



Erendíraní

Mario López Espinosa

Erendirani, una diligente mesera y Lorenza, una simpática cocinera, de Sanborns, se arman de valor y aceptan el desafío que les plantea don Lorenzo, un migrante español que regresa a su patria al final de su vida y decide establecer un restaurante de auténtica cocina mexicana. Esta es la historia de una batalla perseverante en la que Erendirani descubre su espíritu emprendedor, ambas conquistan Madrid y encuentran el amor con que habían soñado toda su vida.



He dedicado la mayor parte de mi vida profesional a luchar por combatir la pobreza y la desigualdad, impulsar el fortalecimiento de la capacidad emprendedora de las mujeres, fomentar la internacionalización de las micro y pequeñas empresas y promover la participación de los connacionales en el exterior en el desarrollo equitativo de México. Últimamente, mi pasión por la literatura me ha aconsejado compartir mis experiencias, vivencias y reflexiones a través de la novela. Los invito a acompañarme en esta aventura, para mí desafiante y fascinante

ERENDIRANI

Mario López Espinosa

Este libro está dedicado a mi hija Conieca, la persona más valiente y luchadora que he conocido, quien en sus diez años de vida nos demostró que para una mujer decidida no existen barreras infranqueables

*"Yo no deseo que las mujeres tengan poder sobre los hombres,
sino sobre ellas mismas"*

Mary Wollstoneft

"Nadie puede hacerte sentir inferior sin tu consentimiento"

Eleanor Roosevelt

"Las mujeres, primero que nada, queremos vivir sin miedo"

Isabel Allende

No dejes que nadie te diga qué puedes hacer y que no.

No lo permitas

Emma Watson

"La mejor protección que puede tener una mujer es el coraje"

Elizabeth Cady Stanton

"Sobre todo, sé la heroína de tu vida, no la víctima"

Nora Ephron

"Cree en ti misma y serás imparable."

Emily Dickinson

Capítulo 1.- <i>El inicio</i>	7
Capítulo 2.- <i>La decisión</i>	14
Capítulo 3.- <i>Rumbo a Madrid</i>	26
Capítulo 4.- <i>El primer asombro</i>	33
Capítulo 5.- <i>Las delicias del Anahuac</i>	35
Capítulo 6.- <i>Una estrategia innovadora</i>	40
Capítulo 7.- <i>El inicio de la gran aventura</i>	42
Capítulo 8.- <i>El encuentro con don Manolo y la partida de dominó</i>	51
Capítulo 9.- <i>Los primeros relatos</i>	60
Capítulo 10.- <i>El deseado divorcio</i>	75
Capítulo 11.- <i>El taller del profesor Lacalle</i>	79
Capítulo 12.- <i>Construyendo el sueño</i>	84
Capítulo 13.- <i>Las ventajas comparativas</i>	87
Capítulo 14.- <i>De nuevo al cortijo</i>	101
Capítulo 15.- <i>El encuentro con Marco</i>	107
Capítulo 16.- <i>Y el amor se asomó</i>	114
Capítulo 17.- <i>La acción conjunta y la colaboración</i>	122
Capítulo 18.- <i>El Mechiulak</i>	127
Capítulo 19.- <i>Una cena inolvidable</i>	136
Capítulo 20.- <i>La inauguración</i>	140
Capítulo 21.- <i>El restaurante “Entre nous”</i>	146
Capítulo 22.- <i>La amenaza cobarde</i>	141
Capítulo 23.- <i>La vida de Richard</i>	157
Capítulo 24.- <i>El ultimátum</i>	167
Capítulo 25.- <i>Hasta nunca Richard</i>	173
Capítulo 26.- <i>La lección de Moscú</i>	179
Capítulo 27.- <i>El cocinero gallego</i>	186
Capítulo 28.- <i>El regreso de don Fidencio</i>	191
Capítulo 29.- <i>La afición por el casino</i>	196

Capítulo 30.- <i>Las Delicias de Galicia</i>	202
Capítulo 31.- <i>El regreso a México</i>	208
Capítulo 32.- <i>La estrategia solidaria</i>	213
Capítulo 33.- <i>De regreso a Madrid</i>	218
Capítulo 34.- <i>El segundo relato de la vida de don Fidencio</i>	223
Capítulo 35.- <i>De nuevo al cortijo</i>	235
Capítulo 36.- <i>La estrategia solidaria en Las Delicias</i>	236
Capítulo 37.- <i>Las Delicias del Mezzogiorno</i>	241
Capítulo 38.- <i>El encuentro con París</i>	244
Capítulo 39.- <i>La alianza de género</i>	252
Capítulo 40.- <i>Un relato más de don Fidencio</i>	256
Capítulo 41.- <i>El amor y la sexualidad</i>	262
Capítulo 42.- <i>Un alegre desenlace triste</i>	276
Capítulo 43.- <i>El milenio</i>	282
Capítulo 44.- <i>La tragedia</i>	304
Capítulo 45.- <i>El sepelio y el regreso</i>	316
Capítulo 46.- <i>El reencuentro</i>	321
Capítulo 47.- <i>¿Te avientas?</i>	327

Capítulo 1.- *El inicio*

—¿Por qué? —se preguntó Erendirani—. Si verdaderamente se trata de un hombre tan sabio como siempre lo había imaginado, ¿por qué cree que yo sí puedo, si yo sé bien que no? ¿Por qué me tiene esa confianza que yo jamás me he tenido? ¿Por qué se está arriesgando conmigo? Conozco bien mis capacidades y también mis limitaciones, o al menos eso creo; pero la verdad es que él ya me ha hecho dudar. Me está proponiendo nada menos que me lance a cruzar el Atlántico, sin boleto de regreso, para ayudarle a instalar y operar en Madrid un restaurante de comida mexicana; pero también, y sobre todo, según me advirtió con cierto aire de solemnidad, para encontrarme conmigo misma y para descubrir quién soy.

«¡Uff!, a mis treinta y seis años!»

Yo he sido y sigo siendo tan solo una simple mesera de Sanborns, y de los menesteres de la cocina sé muy poco, pero por supuesto, mucho menos de administrar un restaurante. Él apenas me conoce, le insistí, y solo en la relación de cliente y mesera; en lo personal, nada. Se lo dejé muy claro, pero no me hizo caso. Insistió en que lo que él necesitaba era de mi sonrisa, mi honestidad, mi eficiencia y mi trato con la gente, incluso de mi belleza típica mexicana... Es cierto que muchos clientes me han apreciado y que a veces hasta se pelean porque yo los atienda. También es cierto que siempre me han valorado mis compañeros y jefes; eso debo aceptarlo. Pero de eso a operar un restaurante hay un abismo, eso sí que son otros Pérez... Y

además, en un país que no conozco...

Recordaba que don Fidencio también le aseguró, como quien ha vivido mucho y lo ha visto todo, que él sabía identificar la inteligencia y reconocer la sensibilidad, y que estaba seguro de que a ella eso le sobraba.

—Yo creo que don Fidencio está medio loco, o se está volviendo —pensó—. Debe ser cosa de la edad.

Sea como sea, se trata de una iniciativa que, en todo caso, habría que meditar con detalle y a fondo antes de rechazarla o acometerla.

Erendirani Sánchez Pérez era la menor de tres hermanos y la única nacida en la Ciudad de México, después de que sus padres decidieron abandonar Tacámbaro, su pueblo natal en Michoacán, para emigrar a la capital. Extrañamente, esta diferencia perduró durante toda su infancia. Sus hermanos la llamaban “Chilanga” para molestarla, y ella, en defensa, los calificaba de “Provincianos”, con un cierto aire de superioridad, por cierto. Reconocía a los “Aztecas” como sus antepasados más que a los “Purépechas” y se enorgullecía al hablar de su origen “Náhuatl”. Afirmaba que de “tarasca” solo tenía el nombre.

Este sentimiento de supremacía la impulsó a reflejarlo en un mayor aprovechamiento escolar. Siempre obtuvo las notas más elevadas de los tres y era quien recibía mayores reconocimientos por parte de los maestros. Su infancia y adolescencia transcurrieron como las de todos los niños contemporáneos de la ciudad.

Como también sucedía con la mayoría de los niños de la capital, los juegos y los juguetes fueron determinantes en su formación y en la construcción de su carácter. El hecho de ser la única hija mujer y la más pequeña de los hermanos, a quienes les llevaba tres y cinco años, influyó en que irrumpiera en los juegos varoniles, siempre más

interesantes y con mayor capacidad para despertar la imaginación y la creatividad. En realidad, esa era no solo la mejor, sino la única alternativa para jugar. Su salón de juegos fue siempre la calle.

Otro factor que influyó en los tipos de juegos y juguetes fue la limitación económica de la familia, que impedía reaccionar ante las novedosas campañas publicitarias que proyectaban los diversos medios, y sobre todo la televisión, que desde la década de los sesenta comenzaba a introducirse en todos los hogares del país, independientemente de su condición económica.

Esas implacables estrategias comerciales de las grandes empresas industriales, fortalecidas por la masiva influencia de los valores y patrones de consumismo de la sociedad norteamericana, se dirigieron, sin consideración alguna, hacia los niños mexicanos. Pronto, estos comenzaron a determinar en qué gastaban el dinero sus padres, quienes fueron convencidos de que la felicidad, el crecimiento, la diversión y la educación infantil serían casi inalcanzables sin la compra de algún juguete de moda. Se les prometía que ese juguete otorgaría a sus hijos alegría, habilidades, motricidad y desarrollo intelectual, además de adiestrarlos para participar con mayores posibilidades de éxito en una sociedad en la que predominaban, de manera exclusiva y excluyente, las aspiraciones y valores del mundo adulto.

Soldados de plomo, fusiles, pistolas, cornetas, tambores y todo tipo de juguetes bélicos proliferaban para fortalecer en los niños la capacidad competitiva necesaria para participar en un mundo violento y desafiante; coches de pedales, bicicletas, aviones y patines representaban la importancia de pertenecer a los estratos sociales altos y la pertinencia de la movilidad social. Para las niñas, muñecas y casas de muñecas, junto con utensilios domésticos como licuadoras, planchas, escobas, estufas, juegos de té y todo lo necesario para descubrir y aceptar, desde muy pequeñas, las labores, tareas y

responsabilidades asignadas para toda la vida por su majestad: el hombre, con la complicidad y tácita aprobación, por supuesto, de las abnegadas madres.

Por fortuna, los padres de Erendirani eran pobres y no podían participar en la vorágine de imposición de valores que se extendía con tremenda rapidez a todos los hogares mexicanos, con el apoyo entusiasta y desinteresado, desde luego, de sus vecinos del norte. Aunque la televisión, también “sin interés alguno”, desde luego, persuadía a la población de que el consumo masivo y desmedido de estos juguetes nuevos les permitiría aparentar ante los demás, cuya opinión no les importaba lo más mínimo, que su familia pertenecía a un estrato socioeconómico superior al que en realidad correspondía.

Erendirani no tuvo otra alternativa que jugar a “la roña”, “los encantados”, “el avión”, “el futbol”, “el patada-bote”, y también con inolvidables juegos grupales musicales que fomentaban la sociabilidad, como “doña blanca”, “a la víbora de la mar”, “en el patio de mi casa”, “la rueda de san miguel” y, más tarde, “la botella”, entre muchos otros. Además, tuvo que inventar sus propios juguetes, estimulando su creatividad e imaginación, o recurrir a aquellos populares y al alcance de todos, como “el balero”, “el trompo”, “las canicas”, “la matraca”, “la pirinola” y “el yoyo”. Quizá por ello, más tarde, habrían de prevalecer en la educación de sus hijos los principios de participación activa, inclusión efectiva e igualdad de género. Es muy probable que don Fidencio, años después, se percatara de ese sustento formativo para proponerle atreverse a desafiar su destino.

Fue quizá por esa inclinación hacia su lugar de origen que sus dos hermanos regresaron a la capital de Michoacán a muy temprana edad, mientras ella permaneció como hija única con sus padres, en la Ciudad de México.

Fue en la preparatoria donde conoció a Agustín, un pésimo

estudiante y estrella del fútbol con aspiraciones de convertirse en pro-fesional. Se enamoraron —o al menos eso dijeron— y se hicieron no-vios. En una noche de parranda en casa del mejor amigo de Agustín, con los padres ausentes por viaje, Erendirani cambió la virginidad por la maternidad con una puntería digna de Apache. Todo sucedió en una sola noche.

Ella se negó a interrumpir su embarazo, a pesar de la sutil sugerencia de su pretendiente. Como era de esperarse, la noticia no provocó gran felicidad en sus padres, quienes, sin embargo, aceptaron su decisión de, aunque todavía sin casarse, unir sus vidas y tratar de vivir de manera independiente. Esto hizo necesario que Erendirani, despojada del frágil refugio de la adolescencia, abandonara sus estudios tras concluir la preparatoria, y buscara con cierta urgencia un trabajo para afrontar los nuevos gastos. Lo que percibía Agustín ayudando a su padre en labores de construcción no les alcanzaba ni siquiera para pagar la renta del modesto departamento donde comenzaron su nueva vida.

Conseguir su primer empleo resultó difícil, sobre todo por no haber cumplido aún los dieciocho años. Finalmente, le dieron la oportunidad de trabajar como dependienta en una librería del centro de la ciudad: “El Laberinto”. El sueldo era modesto, pero tenía la oportunidad de devorar libros de toda índole cuando no había clientes, y se le permitía además llevar a casa algunos ejemplares algo maltratados. Allí se intensificó verdaderamente su pasión indómita por la lectura. Los libros no solo eran su escape a una realidad un tanto ingrata, sino que se convirtieron en su emocionante alternativa para volar entre las nubes de la imaginación y los sueños.

Así convivió con Agustín, en lo que ellos llamaron “matrimonio libre”, y siete meses después recibieron a Luisito, su primer hijo. Vivieron juntos casi dos años, más o menos sobreviviendo y más o me-

nos tolerándose, hasta que ella le anunció la llegada del segundo hijo, y él desapareció para siempre, como por arte de magia.

Erendirani cumplió con creces su misión de madre soltera, como lo hacen una de cada tres mujeres con hijos en México: las mujeres no abandonan a sus hijos. Ella les brindó educación, cariño y respaldo incondicional.

Tres años después de haber iniciado su primer empleo, fue aceptada en Sanborns para trabajar de mesera, donde, gracias a las propinas, pudo atender con mayor solvencia las necesidades esenciales de la familia.

Un par de años más tarde, en la víspera de aquel fatídico jueves 9 de septiembre de 1985, cuando sobrevino la primera tragedia en su vida, le sucedió algo extraño. No podía dormir, como si presintiera que algo terrible estaba por acontecer; aquel siniestro presentimiento se agudizaba al escuchar los aullidos de un coyote a lo lejos. Tardó horas en quedarse dormida y despertó súbitamente ante el estruendo del terrible terremoto de 8.1 grados. Afortunadamente, el edificio donde estaba su departamento resistió el embate. Se vistió apresuradamente y salió corriendo, desesperada, hacia la casa de sus padres. Corría y lloraba mientras escuchaba a lo lejos cómo se intensificaban los aullidos de los coyotes, como si supiera que no encontraría buenas noticias, y efectivamente no las encontró. El inmueble estaba completamente derrumbado y no le permitieron acercarse; no hubo sobrevivientes. Fue la primera experiencia terrible de su corta vida.

Los días que siguieron fueron una absoluta pesadilla. Tras el sepelio de sus padres, sus dos hermanos le propusieron vivir con ellos en Morelia. Erendirani les agradeció, pero rehusó amablemente la oferta y decidió salir adelante en la ciudad que había elegido como su campo de batalla. Aquella niña alegre y dicharachera, aquella

jovencita atrevida y entusiasta, se convirtió de pronto en una mujer triste, tremendamente necesitada de afecto y cariño, que se entregó por completo a sus hijos, a quienes estimuló y respaldó hasta que lograron ambos una formación profesional. Luisito se llegó a graduar como ingeniero petrolero y Luisita como enfermera.

Por cierto, siempre se arrepintió de haberles puesto el mismo nombre a ambos, solo diferenciados por el género. La habían critica-do mucho y sabía que a sus hijos tampoco les agradaba. Aunque nun-ca reveló ni admitió su secreto, todos lo habían descubierto, suponiendo que era el nombre de su verdadero gran amor. Jamás lo admitió, ni siquiera con ellos, pero sin duda era cierto.

Luis era, en efecto, el nombre del primer y único hombre del que verdaderamente se había enamorado, al menos hasta entonces. Fue en aquellos tiempos en que comenzó sus estudios de secundaria. Por supuesto, Luisa era el último nombre que su hija habría imaginado para su nieta Janette, quien nació en una época en que todas las jóvenes optaban por nombres extranjeros para sus hijos —lejos de los tradicionales mexicanos—: Diego, Edgar, Alexander, Erick, Jonathan, Napoleón para los niños, y Érika, Monserrat, Verónica, Itzel, Brenda, Isela y Karina —como su nieta— para las niñas. Así se llamaban los sobrinos y amigos de sus hijos. Vaya ocurrencia la suya, elegir nombres como homenaje a aquel joven, cuyo rostro había olvidado, pero cuya mirada y aquel “me gustas mucho” recordaba siempre como sinónimo de “te quiero”.

Erendirani trabajó catorce años en la gran cadena de Sanborns; transitó por cinco de los más de noventa restaurantes de la Ciudad de México. Donde más tiempo permaneció fue precisamente en el último y sin duda principal: el de “Los Azulejos”, que fue justo donde conoció a don Fidencio, o más bien donde don Fidencio la conoció a ella, ocho años antes. Sin embargo, no lo había vuelto a ver durante

el último año, desde que él decidió regresar a España “a vivir las últimas correrías de su vida”, como le dijo aquella tarde de despedida, tras haber vivido casi sesenta años en ese México donde convivían varios Méxicos. Quería regresar a su terruño para cumplir las ocho décadas, iniciar el milenio y luego, en su oportunidad, lo enterraran en Galicia, la tierra de sus padres, justo de donde había partido rumbo a México hacía más de medio siglo.

Capítulo 2.- *La decisión*

Las dudas de Erendirani Sánchez Pérez se habían acrecentado en proporción similar a un extraño entusiasmo. La verdad era que no podía pensar en otra cosa que no fuera la reciente propuesta que le hizo don Fidencio a su temporal regreso. El dilema se manifestaba cada día con mayor intensidad, sobre todo después de que lo comentara con su hija durante los días que la visitó, quien, tras evaluar el ofrecimiento con detenimiento, le manifestó:

—Mamá, me parece un sueño, una oportunidad increíble. Yo, en tu lugar, no habría dudado y la habría aceptado de inmediato. Imagínate: no solo visitar, sino vivir por un tiempo en España, es como algo mágico. Hacer nuevos amigos, vivir nuevas experiencias. ¿Te puedes imaginar? Madrid, Toledo, Barcelona, Granada, Sevilla, San Sebastián, Valencia, Santiago de Compostela. ¡Increíble! Y luego, a menos de dos horas de vuelo, París, Londres, Roma, Venecia, Brujas, Lisboa, etcétera, etcétera. Es aún mejor que si te hubieras ganado el premio mayor de la lotería. ¿Y cuánto te van a pagar?

—No lo sé —reveló Erendirani—, pero tampoco me importa, cualquiera que sea la cantidad está bien.

Su hija Luisa vivía en San Diego, California, casada con el hijo de un migrante hondureño de una calidad humana admirable, y trabajaba como enfermera en uno de los hospitales más prestigiosos de la ciudad. Tenía una hija adorable, orgullo y adoración de Erendirani, a quien lamentablemente veía muy pocas veces.

Su hijo Luis se había establecido en Campeche, donde ejercía la profesión de ingeniero petrolero y también estaba casado con una chica yucateca que fue su novia en la secundaria, a quien amaba y

admiraba como un demente. Esperaban, en aproximadamente dos meses, darle un nuevo nieto a Erendirani.

Al reflexionar sobre el ofrecimiento de don Fidencio, pensaba que, en buena medida, había llevado una vida monótona y gris; sí, con sus ilusiones e intereses, pero también con un cierto número de valores impuestos y de prejuicios que, en el fondo, no reflejaban sus inquietudes ni sus aspiraciones más auténticas. Reconocía que había disfrutado algunos momentos especiales, pero presentía que, a fin de cuentas, había vivido muy poco y siempre para los demás.

Una tarde, mientras atendía a sus clientes con la eficiencia y amabilidad habituales, y casi volaba de distraída, se encontró con don Fidencio, quien la esperaba impaciente para ordenar su desayuno y la sorprendió al preguntarle de golpe:

—¿Lo has pensado, Erendi?

La pilló por sorpresa. Erendirani quedó boquiabierta, con los ojos abiertos al máximo.

—Don Fidencio, ¡qué gusto verlo! ¿Que si lo he pensado? Pues, honestamente, no he pensado en otra cosa desde que me hizo la propuesta; ni siquiera puedo dormir. Sin embargo, aún no he tomado una decisión. Espero no molestarle.

—Por supuesto que no —respondió él—, tómate el tiempo que quieras, siempre y cuando no sea después del veinticinco de este mes, que tomo el avión de regreso. Sé que eres una mujer muy inteligente y sensible; también sé que, a fin de cuentas, aceptarás ayudarme a concretar mi desafío de establecer un restaurante auténticamente mexicano en Madrid. Para mí, esto es un tributo y un reconocimiento a mi esencia de mexicano. En última instancia, he pasado más tiempo de mi vida en México que en España. Bueno, por ahora, ordéname un jugo de naranja y unos chilaquiles rojos, con café, que ni siquiera he desayunado.

—Sí, claro, inmediatamente —dijo ella y se retiró apresurada.

Unos minutos después, mientras colocaba en la mesa lo que él había solicitado, don Fidencio le sugirió:

—Sabes, Erendi, he pensado que tendremos que contratar a una cocinera mexicana. Es indispensable si queremos que nuestro restaurante no se convierta en una grotesca y turística expresión de lo mexicano. Es necesario difundir las maravillas de la cocina de nuestro país. Tú podrías ayudarme, estoy seguro. Búscate una cocinera que realmente sepa y en quien confíes. Puedes ofrecerle una cantidad respetable para su viaje e instalación en Madrid, y un sueldo mensual de cuatro mil euros, que es lo que se paga a los cocineros en nuestros otros dos restaurantes. Tú, por cierto, recibirías el doble, que es lo que se le asigna a mi yerno y a mi hija por administrar cada uno de los negocios. Además; recibirías un porcentaje de las ganancias, como sucede en los otros dos casos.

—Claro, yo le ayudaré, aunque decida no aceptar su amable propuesta —ofreció Erendirani, y se fue caminando lentamente, aún boquiabierta, hacia la cocina, justo cuando se cruzó con la mirada de la jefa de cocina del Sanborns de Los Azulejos.

—Una vez que terminemos nuestro trabajo, iremos a tomar un café y a conversar; me urge hablar contigo —le planteó.

Al presentar la cuenta a don Fidencio, le preguntó:

—¿Tiene libre el próximo sábado veinte, don Fidencio? Quisiera invitarlo a cenar en mi casa, para conversar y para informarle y explicarle mi decisión, cualquiera que esta sea. Lo espero a las nueve de la noche, si le parece —agregó, y al percatarse que él asentía sonriendo le hizo entrega de una tarjeta con su dirección. Don Fidencio aseguró que sería puntual.

Al entrar a un pequeño restaurante cercano al Sanborns, Erendirani advirtió a Lorenza:

—¿Qué pensaría nuestro jefe si nos viera consumiendo en la competencia? ¡Nos jalaría las orejas, ¿no crees?

—Sí tú, pos a ver si no nos agarran comiendo pinole.

Le contó con detalles quién era don Fidencio, cómo lo había conocido y cómo había iniciado una auténtica amistad entre ellos. Además, le explicó los pormenores de su invitación, que ahora se extendía a las dos, pues le transmitió la propuesta para hacerse cargo de la cocina del nuevo restaurante mexicano en Madrid, en los términos precisos que le indicó don Fidencio. Aclaró que ambas tendrían que decidir antes del siguiente sábado.

—¡Carambolix, comadre! —exclamó Lorenza y, tras meditar dos minutos, resolvió—: Desde que me vine a la Ciudad de México me he dedicado a trabajar para enviar dinero a mis padres. Ahora solo tengo a mi madre, a quien casi no veo; ella vive con sus dos hermanas en el pueblo, y solo hablamos de vez en cuando por teléfono. ¿Cómo ves tú que, si tú aceptas, yo también me sumo? Creo que podría ayudar más a mi gente y seguiríamos comunicándonos por teléfono, como siempre. Total, el que es perico donde quiera es verde.

Lorenza Jiménez Ruiz era una mujer poblana, originaria de Santa Isabel de Atenayuca, municipio de Juan N. Méndez, realmente atractiva, con una sonrisa agradable y una risa contagiosa; quizá un poco pasada de peso, probablemente porque siempre probaba todo lo que preparaba. Sin embargo, poseía un encanto singular, como también lo era que no tenía compromiso de pareja alguno y pensaba que nunca se casaría. “Más vale sola que mal acompañada”, solía decir.

Esa noche, Erendirani compartió con su hija la reciente conversación con don Fidencio.

—¿Ocho mil euros? —le comentó su hija con expresión de sorpresa—. Eso es una fortuna, madre. ¿Te das cuenta?

—Bueno, debes considerar que allá los gastos son también en euros; tal vez no sea tanto como parece. Claro que recibir un porcentaje de las ganancias puede ayudar.

—Mamá, los gastos en España son similares a los de San Diego. Tú ganarías más que mi marido y yo juntos. Además, recibirías participación en las utilidades. ¡Guau! Te vas a volver una mujer ricachona. Te lloverán los pretendientes. Mira que los españolitos no están nada mal.

—Estás loca —le respondió—. Yo en eso ni pienso.

—Pues ya es hora de que lo empieces a pensar, madre. Se inicia un nuevo ciclo y, por tanto, una nueva vida.

Luisa creyó conveniente dejar sola a su madre para la cena del sábado con don Fidencio, así que programó visitar a una amiga de la infancia que insistía en reunirse.

Erendirani se sentó tranquilamente a hacer la última meditación antes de tomar una decisión. Aún dudaba y optó por entregarse a las delicias de la incertidumbre.

“Desdichado aquel que nunca haya vacilado”, pensó.

La verdad es que, hasta entonces, en su vida nunca había florecido la esperanza de algo especial.

Don Fidencio consideraba que Erendirani jamás podía pasar inadvertida. Le tenía un aprecio especial y creciente, y además sentía una particular identificación con sus actitudes y valores. En el camino a su casa, don Fidencio recordó aquella tarde en que regresaban del Sanborns y Rocío, su esposa, le reclamó:

—Tú tienes una marcada predilección por Erendirani. Hasta parece que te identificas más con ella que con tus propios hijos.

Don Fidencio era un hombre poco impulsivo; en realidad, casi siempre pensaba lo que decía, pero también decía siempre lo que pensaba.

—Pues mira, mujer, si eso parece, me parece muy natural, porque es totalmente cierto. Yo, después de ti, con quien más me identifico es con ella. Me gusta cómo es, cómo piensa, cómo siente. La manera en que disfruta el trabajo, el significado que tiene para ella el hacer las cosas bien. En eso nos parecemos, no cabe duda. Para Erendi, el trabajo no es una carga ni un castigo; trabajar es para ella como jugar para un niño. Eso me agrada mucho, no puedo negarlo.

—Y si disfruta tanto con el trabajo y, como tú, se pasa la vida trabajando, ¿por qué no se le nota feliz? ¿Por qué tiene esa mirada perdida, como si no observara nada?

—Esa es harina de otro costal, ya te lo he dicho. Creo que eso tiene que ver más bien con lo complicadas que son todas las mujeres.

A las nueve en punto sonó el timbre de la casa de Erendirani. Por supuesto, era don Fidencio, que llegaba puntual, aun sabiendo que en México es casi una descortesía, ante una invitación a cenar, llegar justo a la hora indicada.

La puerta se abrió y apareció Erendirani, con un vestido naranja que resaltaba muy favorablemente su tez morena, pero, sobre todo, con un peinado recogido que hacía destacar los rasgos indígenas de su belleza mexicana.

—¡Joder! Pero qué guapa —reconoció don Fidencio, sinceramente sorprendido. Durante diez años de conocerla, siempre la había visto con el atuendo habitual de mesera de Sanborns. Ahora parecía más alta y esbelta, con un cierto matiz de elegante altivez.

—Qué amable, don Fidencio; pase, pase por favor. Tome usted posesión de su casa.

Le ayudó a quitarse la gabardina mientras él accedía con manifiesta confusión. Ella lo invitó a tomar asiento en el sillón principal de la sala. Era una casa modesta, con muebles mexicanos, con infinidad de detalles y fotografías, en la que se respiraba un ambiente de

verdadero hogar.

Después de los comentarios de rigor, Erendirani le invitó a beber algo.

—¿Qué le apetece, don Fidencio? ¿Le parece un tequilita o prefiere un mezcal o una cerveza?

—Yo nunca le digo que no a un tequila, mi querida Erendi. Gracias.

Erendirani lo miró con sus expresivos ojos negro azabache, esbozó una sonrisa lenta, se dio media vuelta y fue a la cocina en busca de aquella botella de buen tequila que había comprado para él. Su falda era lo suficientemente corta para llamar la atención, y don Fidencio recordó la reflexión de un viejo poeta andaluz, quien afirmaba que lo más hermoso del cuerpo de una mujer son los ojos, la nuca y las corvas. Se ruborizó y se apenó un poco por su atrevimiento inadvertido.

Erendirani llenó la copa de don Fidencio y sirvió una para ella. Brindaron por su amistad, por México y por España.

—¿Qué noticias me tienes, Erendi? —preguntó con tono cordial. No acostumbraba a diferir por mucho tiempo la definición de un asunto que verdaderamente le importaba.

Erendirani se incorporó y se dirigió al aparato de sonido para bajar el volumen de aquellos boleros antiguos que acompañaban el encuentro. Volvió a sentarse con calma y confesó:

—Mire, don Fidencio, mi vida no ha sido fácil, aunque debo reconocer que tampoco ha sido espectacular. Ha sido la vida que tenía que vivir, es decir, como supuestamente debía vivir. Nada interesante, es cierto; pero también ha sido una vida tranquila... quizás demasiado. Usted me propone que queme las naves, que arriesgue todo y me lance a construir la aventura de mi vida, pese a no tener en mí la confianza que usted sí tiene. No le tengo miedo a la pobreza, a la

soledad ni a la muerte, pero sí le tengo miedo al miedo. No sé si podría resistir un fracaso. —Bebió de un solo trago la copa de tequila.

Don Fidencio la imitó y se reclinó, juntando los dedos. Erendirani volvió a llenar las copas.

—No tengo la excusa de mis hijos. Viven fuera y hablo con ellos por teléfono casi todos los días, y eso podría seguir haciéndolo desde España. Debo preguntarle, antes que nada, don Fidencio, si está absolutamente seguro de querer apostar por mí en un sueño que para usted es, sin duda, muy importante.

Don Fidencio bebió el tequila de un trago, se inclinó hacia adelante y le explicó con instinto infalible:

—Mira, Erendi. La vida me ha enseñado a conocer a la gente. A veces la experiencia no ha sido agradable. Durante casi diez años que te conozco, me has demostrado que no solo tienes una inteligencia aguda, sino que además eres una mujer de carácter. Esas son dos cualidades para mí muy valiosas. Sé lo que para ti implica aceptar mi propuesta, pero también estoy absolutamente seguro de que triunfarás en todo lo que te propongas. En última instancia, solo necesitas un poco de atrevimiento y creertelo.

Erendirani bebió su copa y sirvió otra vez para ambos. Le clavó nuevamente la mirada profunda de sus bellos ojos felinos y le dijo:

—¡Ay, don Fidencio, de veras que es usted terco! Pero el que por gusto muere, hasta la muerte le sabe. Sí, tengo miedo, pero también presiento que, como destaca mi hijo Luis, el valiente no es el que no siente miedo, sino el que se atreve a enfrentarlo. Además, he pensado que quien vive temeroso nunca será realmente libre, y que el miedo no ahuyenta la muerte, pero sí puede espantar a la vida. Mi querido amigo, me la voy a jugar con usted. Y que sea lo que Dios quiera. —Levantó su copa para brindar con una sonrisa encantadora, ahora plena de aparente seguridad. Había decidido tomar las riendas

de su destino, abandonar el papel de simple espectadora y hacer que las cosas sucedieran. Su suerte estaba echada, y ya habría tiempo para arrepentirse.

—¡Bravo! —exclamó don Fidencio con singular vehemencia— Así se habla, mi estimada socia.

Se pusieron de pie, brindaron, se dieron la mano y se estrecharon en un afectuoso abrazo.

—¿Pasamos a cenar? —sugirió ella—. Tengo un mole poblano justo como a usted le gusta.

Esa noche conversaron de todo y rieron como pocas veces, acompañados de boleros de otra época y una botella del buen vino tinto que don Fidencio solía pedir en Sanborns. Erendirani confirmó que don Fidencio era un buen bebedor y aún mejor conversador, además de un extraordinario jugador de dominó, como él mismo le confesó: “No juego bien al dominó, yo pontifico”, solía decir. Un caballero admirable y valiente que, a los dieciséis años, cruzó el océano Atlántico para hacer la América y, de paso, huir de las atrocidades del franquismo; una aventura siempre emprendida con una mezcla de audacia, determinación, tristeza y gran ilusión. Un español íntegro, apasionadamente trabajador y admirador obsesionado de Agustín Lara y Federico García Lorca.

Durante la conversación, ella le informó:

—Respecto a su encargo de conseguir una buena cocinera, debo decirle que ya la tengo. Se trata de Lorenza, jefa de la cocina del Sanborns de Los Azulejos y, créame, se le reconoce como la mejor mayora de toda la cadena. Es poblana de origen y su madre fue la mejor cocinera del planeta. Conoce bien todos los principales platillos de la cocina mexicana. Si le parece, puedo llamarla para que hable con usted. Vive muy cerca y le dije que estuviera alerta por si requeriáramos su presencia.

—Perfecto —aceptó don Fidencio—, llámala y que venga cuanto antes. Creo que le puedo convidar un poco de mi mole. Eso es eficiencia, Erendi. Por cierto, ¿cuándo crees que estarán listas para partir?

—Sé que el desafío apremia, pero donde trabajamos se considera decente avisar con un mes de anticipación. ¿Sería posible? —preguntó mientras llamaba a Lorenza.

—Me parece perfecto —replicó entusiasta don Fidencio—. Ojalá que, mientras tanto, puedan darse un tiempo para comprar algunas buenas piezas de arte popular mexicano con el fin de decorar el restaurante, y que no vaya a parecer uno de esos lugares grotescos y ridículos que montan los norteamericanos para servir una comida “de colores” supuestamente mexicana, lo que seguramente sucedería si dejáramos este encargo a alguien como mi yerno. Tenemos que dar una buena impresión de nuestro auténtico México y no solo de su calidad culinaria. Estos son los datos de mi gran amigo Toñito; entrégale todo lo que quieran enviar a Madrid. —Le entregó una tarjeta y agregó—: Su empresa se hará cargo de todo.

Don Fidencio narró cómo era la relación con sus hijos, destacando el trabajo altamente responsable y eficiente de su hijo Lázaro, quien había aceptado hacerse cargo de la administración en México de los negocios de ultramarinos, bebida y licores que su esposa Rocío y él heredaron de don Fermín. Don Fidencio había multiplicado por ocho la tienda de su suegro, en tanto que Lázaro había logrado extender la red de tiendas hasta veinticuatro, en las principales ciudades del país. Las había transformado gradualmente en pequeños supermercados de productos exclusivos. También habló de su hija María del Pilar y de su esposo Richard, un norteamericano retorcido y fatuo con quien seguramente ellas tendrían que mantener algún tipo de relación laboral en España. Reveló el arreglo que tenía con ambos y

mencionó que no le extrañaba que no hubiesen destinado parte de sus ganancias para comprarle poco a poco la propiedad de los restaurantes.

—Seguramente piensan que para qué gastar, si pronto habré de morir y suponen que les dejaré sendos restaurantes como herencia.

—Es muy probable que él piense así, don Fidencio, pero es muy improbable que su hija piense lo mismo —le apuntó Erendirani—. No es fácil ir en contra de las decisiones de ciertos maridos. Tenga confianza en María del Pilar.

Sonaron golpes en la puerta; era Lorenza, que llegó como alma que lleva el diablo.

Erendirani abrió y le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Te vienen persiguiendo? ¿Quieres cenar?

—No seas payasa —respondió—. Ya cené, gracias. Mucho gusto, don Fidencio —saludó estirando la mano, decidida a convencerlo de que ella era la mujer indicada y a no quedarse en el preludio de aquella aventura.

—Los dejo para que conversen un poco mientras levanto la mesa —sugirió Erendirani, no sin antes servir a don Fidencio un Kah-lúa como digestivo, ya que sabía que le gustaba. Ambos se acomodaron en la sala y sostuvieron una grata conversación. Cuando Erendirani se reincorporó, escuchó decir a don Fidencio:

—Pues Lorenza y yo ya nos hemos puesto de acuerdo, Erendi. Me parece una excelente alternativa y creo que debo felicitarte, será seguramente una espléndida colaboradora. No se olviden por ningún motivo de la receta de los chiles en nogada y de la cochinita pibil; son dos de mis grandes debilidades. Este es mi número telefónico para que me informen las cuentas bancarias donde enviaré los primeros recursos para los gastos de traslado e instalación. También les haré

llegar una cantidad para la adquisición de artículos de arte para el restaurante, al que, por cierto, deben ir pensando qué nombre le pondremos. Hoy es 25 de marzo, ¿qué les parece si fijamos el 5 de mayo como fecha de partida? ¿Será suficiente para hacer los arreglos?

—Por supuesto —respondieron al unísono, con una sonrisa imborrable.

Bebieron una última copita de Kahlúa antes de despedirse y acordaron comer juntos en dos semanas en el Restaurante del Casino Español, para comenzar a ambientarse.

Una vez que partió don Fidencio, Erendirani interrogó apresuradamente a Lorenza:

—¿Cómo lo convenciste tan rápido? ¿Te preguntó sobre tu capacidad y experiencia en la cocina?

—Nada de eso —respondió Lorenza—. Me preguntó qué hacía los fines de semana, si me gustaba leer, cuál era mi escritor mexicano preferido, por qué estaba orgullosa de ser mexicana, por qué quería conocer España, cuál era mi actor favorito, si prefería tequila o mezcal, cuál era la canción ranchera que más me gustaba y a qué equipo de fútbol le iba; pero nada, absolutamente nada sobre comida o cocina. Bien, buena onda.

Erendirani se quedó pensando con una sonrisa que mezclaba picardía y admiración, y se limitó a decir:

—Ah, que don Fidencio...

Capítulo 3.- *Rumbo a Madrid*

El avión partió rumbo a Madrid a las 20:30 de aquel lunes 4 de mayo de 1998, cuatro días después de la partida de Don Fidencio. Desde luego, no era la primera vez que ambas viajaban en avión, pero sí era la primera vez que cruzaban un océano. Extrañamente, los asientos asignados no estaban juntos. Erendirani supuso al principio que se trataba de un error, pero pronto cambió de parecer y se dijo a sí misma: “Esta debe ser una travesura más de Don Fidencio”. Seguramente pensó que era aconsejable que nuestro encuentro individual con una nueva vida comenzara de inmediato.

Se cerró la puerta del Jumbo 727 y Erendirani tuvo la sensación de desprenderse finalmente del vínculo umbilical asfixiante, de ese opresivo freno que se activaba con el primer intento de oprimir el acelerador; de que se sellaba el acceso único y que, súbitamente y de manera inapelable, se encontraba encerrada en la cápsula espacial que la transportaría al extraño y anhelado planeta de fascinantes, seductoras e inimaginables sorpresas y, por cierto, de muy incierto regreso.

La percepción de haber perdido el contacto físico con la tierra le produjo una sensación emocionante y desconocida, aunque solo parcialmente, pues lo que no resultó del todo nuevo fue ese revoloteo extraño de mariposas en el estómago, que experimentaba en situaciones muy especiales, casi siempre como preámbulo de las primeras veces: el primer día de clases, la primera comunión, el primer día en el primer empleo con el prestigiado y antipático “Señor Notario” —como exigía que le llamaran—, un empleo que duró exactamente tres días, lo máximo que pudo soportar aquellas miradas libi-

dinosas de su jefe; la percepción del inicio del proceso incontenible y placentero del primer orgasmo; la primera señal del primer embarazo; la vez en que descubrió en la mirada de Felipa que su abuela Lola había muerto; y la ocasión más reciente, cuando Don Fidencio le llamó desde Madrid para plantearle que quería verla urgentemente a su regreso a México, pues tenía “una propuesta irrechazable” que hacerle.

Era claro que las mariposas la acompañarían siempre o, más bien, en todas las ocasiones especiales, que infería serían aún más frecuentes de ahora en adelante.

Sus pensamientos se interrumpieron al escuchar:

—Señores pasajeros, les habla el Capitán Santa María. Con la tripulación, les damos la más cordial bienvenida a bordo del vuelo Iberia 225 con destino a Madrid. Estimamos arribar al Aeropuerto de Barajas a las 10:20 horas del día de mañana. Deseamos que su trayecto sea muy placentero. Por favor, si requieren algo, no duden en llamarnos. La cena se servirá en veinte minutos. Muchas gracias.

Ahora sí, la aventura comenzaba. Seguía dudando, pero estaba segura de que es dudando como se aprende.

El asiento 18J que le fue asignado a Erendirani estaba en la tercera fila después de la puerta de acceso, justo el del pasillo en la fila 18, en la columna del ala derecha del avión. En el asiento del medio viajaba un hombre maduro de origen alemán, cuyo único idioma comprendido por él limitó su interacción a sonrisas, lo cual no era poco, considerando que se trataba de un alemán de Hamburgo.

Todo hacía suponer que la mujer española, un poco más madura y bastante menos delgada, que ocupaba el asiento de la ventanilla, habría de convertirse en la compañera e interlocutora incansable de un largo viaje, pues la locuaz aragonesa emitía un número superior de palabras entre cada respiración que la mayoría de las espa-

ñolas, lo cual era impresionante, ya que disparaba, prácticamente sin pausa, unas seiscientas palabras por minuto, lo que equivalía a treinta y seis mil por hora y, durante el trayecto transoceánico, podría sumar tres millones seiscientas mil palabras. Según ella, jamás lograba conciliar el sueño en un avión y, una vez en marcha su fuerza retórica, no había poder humano ni sobrehumano capaz de detenerla, salvo la graciosa huida, alternativa, por razones obvias, descartada por completo.

Afortunadamente para Erendirani, la distancia y el alemán, entre ellas le impidieron ese resbaladizo encuentro que habría formado parte inolvidable de su experiencia europea. Cabe destacar que el alemán no se percató del serio riesgo que corrió, menos aún de que fue salvado por su nacionalismo exacerbado, que lo mantenía convencido de la absoluta inutilidad y absurdo de aprender otras lenguas, cuando dominaba la “mejor de todas”, como seguramente pensaba.

Lo verdaderamente impresionante y entretenido fue descubrir el célebre caso del bolso de la dama española, quien antes de servirse la cena ya la había abierto en siete ocasiones, sacando siempre algo diferente y sorpresivo: *una agenda, un bolígrafo, un chicle, un espejo, un pequeño frasco de perfume, un pastillero y un pañuelo desechable*, en la primera vez.

Erendirani regresó a sus cavilaciones:

—Se inicia para mí una vida en la que todo dependerá únicamente de mí; una en la que poco será como antes. Una nueva realidad en la que ya no me preocuparé por lo que piensen y digan los demás, sino solo por lo que piense yo de mí; una existencia en la que solo tendré que rendir cuentas a mí misma... bueno, y probablemente a Don Fidencio.

A partir de la segunda hora de viaje, y viendo que sus pensamientos eran interrumpidos por la curiosidad, Erendirani decidió con-

tar las veces que la compañera ibérica se inclinaba para levantar su bolso, y luego optó por anotar discretamente en su libreta los cada vez más extraños objetos que la dama aragonesa hacía aparecer, como un mago que extrae de su sombrero un sinnúmero de sorpresas inimaginables.

Lo que añadía mayor originalidad al caso de aquel bolso prodigioso era que jamás retiraba más de un objeto a la vez. Cada vez subía y abría el bolso con cuidado, retiraba lo que buscaba, lo usaba y devolvía o lo consumía. Cerraba con delicadeza su tesoro y lo colocaba nuevamente bajo el asiento delantero.

Se sumaron así seis nuevos objetos: *un libro de bolsillo de historias policiacas, un lápiz de labios, una liga para el cabello, un rímel para pestañas, una botellita de agua y una pastilla para el mareo.*

No había transcurrido aún la tercera hora de viaje cuando la dama aragonesa agregó ocho objetos más a su repertorio mágico: *unas tijeritas, un pañuelo, unas pinzas para cejas, unas pastillas de menta, unos anteojos o “espejuelos”, como les llaman en España, un frasco de aspirinas, crema para manos y una carta* cuya lectura provocó tres lágrimas, seis suspiros y ocho sonrisas tiernas.

Conforme avanzaba el espectáculo de prestidigitación, la expectación crecía y la curiosidad se agudizaba, no solo para Erendirani, sino también para el vecino alemán, cuya expresión de *“Oh mein Gott”* y desconcierto se hacía más patente.

Se cruzaban miradas y sonrisas que claramente decían: *“¿Qué seguirá ahora? ¿Qué emocionante?”*

Por su parte, Lorenza tuvo la suerte de obtener un asiento en la ventanilla, desde donde pudo despedirse llorando al partir de Ciudad de México y admirar asombrada la majestuosa llegada a Madrid.

Su compañero fue un joven andaluz llamado Rodrigo Coronil, originario de Osuna, un pequeño pueblo cerca de Sevilla. Él le enseñó

sobre las regiones de España y le dio tantas recomendaciones que tuvo que anotarlas. Era un mozo apuesto, con simpatía desbordante que la hizo reír durante todo el trayecto y le aseguró que su experiencia sería extraordinaria e inolvidable.

También le preguntaba sobre diversos temas con interés genuino, y le dio su número telefónico, insistiendo en que le llamara para contarle la dirección del nuevo restaurante donde podría seguir disfrutando de las delicias culinarias de ese “México maravilloso” que le había dejado una huella imborrable.

Mientras tanto, Erendirani evocó extrañamente su primer beso, cuando tenía catorce años y, junto a su grupo de amigos —que su padre llamaba “su Pandilla”— visitaron un convento en ruinas y aprendió el juego de “La Botella”.

Su memoria se remontó unos meses después a aquel refugio llamado “El Escondite de las Ánimas”, donde jugaron apuestas prohibidas. Ruborizada y con los ojos bien cerrados, aceptó de su amigo Rigoberto esa primera caricia bajo su falda, que despertó abruptamente, y para nunca más darle tregua, su exuberante sensualidad.

Recordó también las palabras de su tía Gertrudis, quien siempre supo descubrir sus inquietudes y secretos más íntimos:

—Te noto muy rara, muchacha; te brillan los ojos como chispas del carbón. ¿Qué andas haciendo allá por las Ánimas? ¿A qué juegos juegas? Siempre que vas, regresas con una sonrisa bonita, pero extraña. Pero no me hagas caso. Sabes que es una broma, no me digas nada. Nunca le digas a nadie las cosas que son muy tuyas, ni siquiera a mí.

Las mariposas volvieron a revolotear, y ella se ruborizó, como si hubiera sido descubierta.

Una vez más, las distracciones del acto de magia detuvieron los recuerdos.

Erendirani continuó anotando siete nuevos objetos aparecidos, pues corría el riesgo de olvidar algunos, lo cual habría sido lamentable: *un pasador para el cabello, un cortaúñas, un tubo protector para labios resecos, una tarjeta de visita, un peine, una lima de uñas y un trozo de chocolate.*

Parecía que la lista no aumentaría más, pues, contra todo pronóstico, la dama española había cerrado los ojos y parecía flotar en el espacio sideral, disfrutando un sueño profundo y sonoro del que tal vez no despertaría jamás.

Ante la interrupción del espectáculo, Erendirani no tuvo más remedio que poner atención a la película y, antes de que terminara, imitó a su compañera de asiento.

La prestidigitadora aragonesa volvió en sí justo cuando el capitán anunció la cercanía de Madrid y el inicio del descenso inmediato, sin dar más tiempo que para agregar tres últimos objetos mágicos: *una crema dental, un pañuelo desechable y un lápiz de cejas.*

Cabe aclarar que durante el viaje algunos objetos fueron extraídos del bolso para dar paso a otros, y nunca fueron usados en el avión, como la *cajetilla de cigarrillos, el encendedor, el minirrradio portátil, un abanico* —muy hermoso, por cierto—, *unos lentes de sol* y, comprensiblemente, *el pasaporte.*

Al escucharse el anuncio de “Señoras y señores...”, comenzó el descenso, y las mariposas en el estómago de Erendirani hicieron acto de presencia una vez más.

Ahora sí, la conquista de España, y con ella la de Europa y de sí misma, daría comienzo.

Capítulo 4.- *El primer asombro*

Se encontraron en el pasillo, rumbo a la sección de migración. Lorenza presentó a su nuevo amigo Rodrigo y explicó que, gracias a él, su viaje había sido una experiencia muy agradable. Al avanzar para presentar sus pasaportes, Erendirani le susurró

—Chiquitita, ¡tú no pierdes el tiempo! Llegas y ya estás prendiendo lumbre.

—Estás loca, si apenas lo conozco.

—Pues qué será cuando lo vayas conociendo —replicó Erendirani.

Al ver el rostro resplandeciente de Don Fidencio, que las esperaba con una sonrisa de bienvenida, Lorenza se despidió de Rodrigo con un abrazo afectuoso y un beso en la mejilla. Él puso la otra mejilla, un poco desconcertado, pero Lorenza le plantó un segundo beso directo y tronado.

Caminaron hacia su amigo y jefe, mientras Erendirani le decía en voz baja:

—Qué bueno que ya lo vas conociendo mejor.

—¡Vete al cuerno! —le susurró Lorenza mientras se dirigían a la salida.

En el fondo, Lorenza pensaba que ese efímero galanteo de unas horas había bastado para convertir a Rodrigo en alguien importante en su nueva vida. Presentía que era un hombre amable, de amar, y dúctil, pero, sobre todo, un hombre bueno. Justo en el sentido que puede concebirlo una mujer mexicana.

Durante el trayecto hacia el hotel, elegido para ellas por Don Fidencio, ambas se asombraban con la imagen espectacular de la capital española.

—Qué hermosa ciudad —murmuró Erendirani—, es majestuosa y muy linda —como hablando consigo misma.

Don Fidencio quiso darles unos días para aclimatarse y acordaron que el siguiente lunes irían a conocer el local del restaurante y que comerían en un establecimiento muy especial para él, y que seguramente se convertiría en uno de sus favoritos en Madrid.

Los días siguientes los dedicaron a caminar por Madrid hasta quedar rendidas, embebidas en los edificios, monumentos y rincones de la ciudad: *la Puerta del Sol, la Plaza Mayor, el Mercado de San Miguel, la Catedral de la Almudena, el Palacio Real, la Gran Vía, el Palacio de Correos, la Plaza de Cibeles, la Puerta de Alcalá* —cada uno igual de impresionante y hermoso que el anterior.

Visitaron el *Museo del Prado* y el *Museo Reina Sofía*, y quedaron atónitas al contemplar las obras de *Velázquez, Goya, Rubens, El Greco, Sorolla, Durero, Rembrandt, Picasso* y tantos más.

Casi exhaustas, pasearon por el Parque del Retiro y comieron felices —absolutamente felices— en “El Compostela”, un restaurante gallego recomendado por don Fidencio, acompañadas de una botella de buen vino tinto de la tierra de su benefactor.

Comenzaron con unas “Empanadas Gallegas”, siguieron con un “Rodaballo a la Gallega” y concluyeron con el postre: unas “Filloas rellenas de crema” y una “Tarta de Santiago”. Todo, para chuparse los dedos.

Disfrutaron luego de un anís como digestivo, para brindar por “la cuna del requiebro y el chotis”.

—Esto es un sueño increíble y estos son verdaderos manjares, mi querida amiga. No es sino natural que estos nos conquistaran, al fin y al cabo uno es débil —argumentó Lorenza, soltando una sonora carcajada, a la que se unió Erendirani.

Capítulo 5.- *Las delicias del Anahuac*

El lunes temprano, don Fidencio pasó por ellas con el fin de visitar el sitio donde montarían el restaurante. Les aclaró que había pedido a su hija que supervisara las obras de algunas ligeras modificaciones en la construcción que le parecieron indispensables.

—Es lo único, mi estimada Erendi, pues te corresponderá a ti, como administradora del negocio, decidir todo lo demás concerniente al equipamiento y la decoración, así como a la selección y contratación del personal, quizá con la excepción de la cocina que, según infiero, será dominio exclusivo de Lorenza.

Al llegar, los tres se quedaron fríos al ver sobre el acceso principal un anuncio luminoso con el nombre de “La Cantina de Pancho Villa”. Descendieron del automóvil mientras don Fidencio decía:

—Estos gringos nunca han entendido ni entenderán a México.

Entraron al local y se encontraron con Richard y su hija Mari-pili. Se sintieron sorprendidos al observar las mesas con manteles de colores chillantes y todo tipo de chucherías, baratijas, ornamentos y souvenirs, supuestamente mexicanos, colgados de las paredes.

—Bienvenido, querido suegro —gritó Richard—. Me es muy grato presentarle los avances del restaurante. Como podrá usted apreciar, ya hemos equipado la cocina y comprado la vajilla, así como los uniformes del personal —señalando a uno de los meseros que lucía un sombrero de charro de gran colorido con borlas alrededor.

—Yo nunca te pedí eso, Richard —aseveró, muy sobrio, don Fidencio mientras saludaba con un beso y un abrazo a su hija.

—Bueno —respondió él, sin disimular su arrogancia—, yo su-puse que, siendo yo el único que aquí tiene un máster en Business Administration y el que más sabe y tiene mayor experiencia en este negocio, me toca desempeñar el cargo de algo así como “Director del

Corporativo” de los tres restaurantes. Tengo ya contratado, por cierto, más de la mitad del personal. Esperaba que esto fuera una sorpresa para usted.

—Y lo ha sido, Richard, lo ha sido... Si mal no recuerdo, fue a mi hija a quien le pedí que supervisara las obras de adecuación en la construcción que yo ordené. Únicamente eso. Por cierto, Maripili, te presentó a Erendi, la Administradora Única de este Restaurante, y a Lorenza, la Gran Jefa de Cocina. El argumento de una dirección corporativa le había parecido descabellado y hasta ridículo.

Esperó a que las tres se saludaran. Maripili no pudo ocultar el gusto que le provocaba encontrarse con dos paisanas. Don Fidencio, aparentando una calma que no sentía, se dirigió nuevamente a Richard y dijo:

—Vamos a dejar las cosas claras, Richard. Tú sabes bien que los españoles no andamos por las ramas, y menos en cuestiones de negocios, ni tenemos pelos en la lengua cuando de decir verdades se trata. Yo contraté tus servicios profesionales para administrar el restaurante de cocina italiana, exclusivamente, y te entregué absoluta libertad e independencia para hacerlo. Contraté también a mi hija para que administrara el restaurante de cocina gallega, en términos y condiciones semejantes. Acordamos que, en cada caso, percibiríais un salario fijo y una participación del 30 % de las ganancias generadas en la encomienda respectiva.

Erendirani se percató de la presencia de un joven de actitud tímida e indescriptible, que contemplaba los acontecimientos con gran interés, pero con una expresión cercana a la angustia. Le hizo una señal a Lorenza, quien lo vio y susurró:

—En treinta segundos estallará en llanto.

Con la intención de reducir las tensiones, se acercó Lorenza y le consultó:

—¿Me puedes mostrar la cocina, por favor?

—Por supuesto —respondió él, y avanzó mostrándoles el camino.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lorenza—. ¿Trabajas aquí?

—No —replicó rápidamente—, creo que aquí no. Colaboro con Mister Richard como contador en los otros dos restaurantes. Mi nombre es Plácido García.

—¿No tienen algún plano del local? —preguntó Lorenza

—Pues aquí le doy el mío, sacaré después una copia, aunque creo que ya no lo voy a necesitar —respondió Plácido, entregándole el plano a Lorenza.

Mientras revisaban la cocina, continuaban escuchando la alocución de don Fidencio, que decía:

—Te voy a agradecer, Richard, que lo primero que hagas sea retirar ese horripilante anuncio de Pancho Villa, e inmediatamente después todos esos cachivaches que has colgado en la pared, así como los manteles, el equipo de cocina, los uniformes, la vajilla y, en general, todo lo que has adquirido sin mi autorización y, sobre todo, sin la anuencia de la Administradora Única de este negocio.

—Pero eso no será posible —respondió Richard con un ademán altivo e irónico—. El anuncio lo mandé hacer expresamente para el restaurante. Ciertos productos no me van a aceptar devolverlos; es más, algunos ya los pagué. Dispuse de su participación en las ganancias de los otros restaurantes. Sería un verdadero problema.

—Pues vaya problema que tienes. Te sugiero resolverlo, porque es horrible tener problemas —puntualizó don Fidencio—. Es necesario que para mañana hayas sacado todo. Sobre los dineros, ya hablaremos tú y yo solos en unos días. En cuanto al personal que has contratado, Erendi los entrevistará personalmente y los que no la convenzan, tendrás que despedirlos o liquidarlos.

—Pues ya veremos si las señoritas pueden con el paquete — aseveró Richard con una sonrisa burlona y altanera.

Aquel tono irónico fue recogido por Erendirani como un desafío.

Don Fidencio volteó a ver a Erendirani y a Lorenza, y les propuso:

—¿Qué tal si visitamos una tienda estupenda de equipamiento de cocina que hay por este rumbo? De allí las llevaré a uno de mis restaurantes favoritos, que por cierto es también uno de los predilectos de Maripili. ¿Por qué no te vienes con nosotros, hija? Seguramente te contarán algo interesante de tu tierra.

—Encantada, padre, me dará mucho gusto —respondió su hija con una dulce sonrisa.

El engreído de Richard se quedó pasmado y, con una mueca de furia, arrancó una pequeña guitarra de adorno que colgaba en la pared y, entrando a la cocina, la estrelló con todas sus fuerzas sobre el congelador nuevo que aún estaba sin desempacar.

Los cuatro ignoraron el incidente y salieron del local rumbo al auto. Don Fidencio caminaba en medio con las manos sobre los hombros de su hija y de Lorenza. Erendirani sentía en la nuca la mirada de aquel peculiar personaje.

Llegaron a un Centro de Exhibición de la firma SEHRS Projects y Lorenza casi se volvió loca, volaba de un mueble a otro con la sonrisa y el entusiasmo de una niña que visita una gran dulcería. Cuando aclaró a la dependienta que requerían asesoría y todo lo necesario para montar la gran cocina de un nuevo restaurante, ésta llamó a su jefa, la gerente de ventas, quien respondió con gusto al bombardeo de preguntas de Lorenza, que, al recibir las respuestas, hacía anotaciones sobre el catálogo: precios y especificaciones de cuatro o cinco muebles principales.

Finalmente, preguntó:

—¿Me puedes informar sobre los costos de su asesoría y darme los datos de sus principales competidores?

La gerente la miró sorprendida y respondió:

—¿De nuestros principales competidores?

—Mira, amiga —interrumpió Lorenza—, si vamos a establecer una buena relación comercial, es conveniente que comencemos con la verdad y la transparencia.

La gerente transformó su sorpresa en una expresión agradable y le reconoció sonriendo:

—Por supuesto que sí, mi nombre es Jaqueline Serrano. Voy a pedirle a mi secretaria que te prepare una tarjeta con la dirección de los establecimientos y los nombres y teléfonos de las personas idóneas, con el nivel para incidir en precios y condiciones.

Se dirigió a su oficina y, a los dos minutos, volvió con los datos solicitados y su propuesta de precios de equipo y de asesoría. Se dieron la mano y se despidieron con un beso en ambas mejillas. Lorenza se volvió hacia ellos y volvió a percatarse de su existencia.

—Listo —indicó—. ¿Nos vamos?

Se miraron entre sí y obedecieron la indicación, saliendo detrás de ella de aquel impresionante lugar.

Ya afuera, Erendirani aseveró:

—Lorenza piensa que el paraíso es algo así, muy parecido.

Comieron en Casa Carola, un pequeño restaurante cercano a la Plaza del Marqués de Salamanca, cuya especialidad y plato único era el “Cocido Madrileño de Tres Vuelcos”, una verdadera delicia.

La charla fue amena y versó sobre lo que comenzaban a añorar de México, las primeras impresiones del maravilloso Madrid, la exquisitez del platillo madrileño —que devoraron los cuatro— y, por supuesto, sobre su proyecto.

Ya en la fase del café y los chupitos de licor, don Fidencio les entregó una relación de departamentos disponibles en Madrid que había seleccionado su secretaria, haciendo algunas sugerencias, y preguntó:

—Bueno, mis queridas amigas, ¿y qué nombre le pondremos?

—Matarile-lire-rón —agregó Lorenza.

Maripili lanzó una carcajada y mencionó con nostalgia:

—Hace tanto tiempo que no escuchaba ese término. Creo que desde que era niña.

Erendirani improvisó:

—Pues habíamos pensado, don Fidencio, en algo así como “Las Delicias del Anáhuac”. No sé qué opina usted al respecto.

Don Fidencio se quedó pensativo y respondió:

—Pues, no es tan expresivo como “La Cantina de Pancho Villa”, pero me parece simplemente... ¡Perfecto!

Los cuatro estallaron en una carcajada conjunta.

—A mí también me parece estupendo —agregó Maripili—. Abarca todas las regiones de México, pues es el nombre que daban los aztecas a todo el territorio conocido y dominado por ellos, o sea, todo.

Festearon y brindaron por su coincidencia. El nuevo restaurante se llamaría: “*Las Delicias del Anáhuac*”.

Capítulo 6.- *Una estrategia innovadora*

Erendirani le anunció a Lorenza:

—Ya no puedo aguantar más, tengo que contarte una idea que me anda revoloteando desde hace un buen tiempo: creo que no debemos tener una carta en el restaurante.

—¿Que qué? —cuestionó sorprendida Lorenza—. ¿Sin carta? Claro, ¿verdad? Que adivinen, ¿no? Es una buena idea. Te felicito.

—¡Espérate y cállate! —replicó Erendirani—. Déjame explicarte con detalle. Primero debo decirte que creo que tenemos espacio para veinte mesas de cuatro y dos mesas grandes para diez comensales.

—¡Calladita! —le precisó, poniendo el dedo índice sobre sus labios.

Lorenza se calló y cruzó sus manos. Erendirani continuó:

—Pienso que podremos atender dos turnos, tanto para comer como para cenar, lo que significa que, en cada sesión, de comida a la una y a las cuatro, y de cena a las siete y a las diez, tendremos que preparar comida y cena para un total de cuatrocientas personas diariamente.

—¡Carambolix! —exclamó Lorenza—. Casi el Sanborns de Los Azulejos. Y luego sin carta. ¡No, pos así pos sí! Pa' mí que ni yendo a bailar a Chalma.

—La idea —continuó Erendirani— es que tú decidas cada mañana lo que quieres hacer para ese día. Por ejemplo, cinco entradas, ocho platillos principales y seis postres, y que solo adquieras los ingredientes que consumirás ese día, nada de congelados, todo fresco. Los meseros y meseras presentarán en charolas lo que hay y los comensales irán escogiendo lo que se les antoje. La comida mexicana hay

que verla para que se te antoje. Si quieren más de algún platillo y ya no hay, pues se amuelan y prueban algo nuevo.

Lorenza apoyó el codo en la mesa y recargó la cara en su mano cerrada.

—Suenan interesantes —susurró—, “De tocho morocho”. Podríamos incluso dedicar cada día a una región de México. Me late.

—¿Cuáles son las regiones con la cocina más rica y variada de México? —preguntó Erendirani.

—No es fácil —respondió Lorenza—. Por supuesto la poblana, la yucateca, la oaxaqueña, la veracruzana, aunque también la de Michoacán, la de Campeche, Jalisco, Guanajuato, Guerrero... En realidad es que todas las regiones tienen lo suyo.

—Pues escogeremos cinco fijas para que las vayan identificando, y cada semana elegimos para los días restantes dos regiones nuevas para que las vayan conociendo, así podremos cubrir todo el país si queremos. Y podríamos acompañar cada cocina con música y canciones de la región.

—La verdad es que sería espléndido ofrecer solo comida recién hecha. Y así, más que un gran congelador, necesitaremos un simple refrigerador. Creo que nos podríamos programar muy bien y hasta un turno de desayunos podríamos ofrecer, así que no serían cuatrocientos sino quinientos los comensales —apuntó Lorenza y añadió sonriendo—: Pues no eres tan burra, comadre.

—Ni tú estás tan Lorenza, Lorenza —replicó Erendirani con una risotada.

Capítulo 7.- *El inicio de la gran aventura*

Los siguientes cuatro días los dedicaron a visitar los otros tres establecimientos de mobiliario de cocina que les había sugerido la gerente Jaqueline Serrano, además de los departamentos disponibles que había propuesto la secretaria de don Fidencio, e incluso recorrieron algunos de los principales mercados donde identificaron posibles proveedores.

El siguiente lunes lo dedicaron a entrevistar al personal que precipitadamente había contratado Richard para trabajar en el restaurante. Eran cinco jóvenes y dos chicas. Erendirani los recibió uno a uno y, en todos los casos, inició su interrogatorio diciéndoles:

—Describanme con todo detalle lo que hacen en su día libre, desde que se despiertan.

Repitió, uno a uno, todas las preguntas de don Fidencio y pudo confirmar que eran espléndidas para conocer lo verdaderamente importante de una persona.

Le extrañó no encontrar al contador Plácido García, así que durante la entrevista preguntó a uno de los aspirantes a camarero que había trabajado antes en el restaurante de comida gallega, que supuestamente administraba Maripili:

—¿Usted no conoce a Plácido García?

—Sí, por supuesto —respondió—. Era el contador en el otro restaurante.

—Si tiene posibilidad de contactarlo, ¿podría decirle que me interesaría conversar con él?

—Tengo su número. Le llamaré de inmediato.

Llamó, esperó unos segundos y se le escuchó decir:

—¿Plácido? Soy Gerardo Gutiérrez, antiguo camarero en el

restaurante gallego. Sucede que estoy aquí con la señorita Erendirani, la administradora del nuevo restaurante... el que está en construcción. Me ha dicho que le interesaría conversar contigo, ¿cuándo puedes venir? Me dice que cuando usted disponga —informó dirigiéndose a Erendirani.

—Pues si puede ahora mismo, que se venga; yo todavía estaré aquí un par de horas.

—Plácido, que vengas de una vez; ella estará aquí todavía como dos horas. Vale, se lo diré. Ahora viene —anunció a Erendirani.

—Quisiera hacerle una pregunta más, ¿si no tiene inconveniente?

—No, por supuesto que no, encantado —asintió Gerardo Gutiérrez.

—Respecto a la plática que tuvieron todos con Mister Richard, ¿cuál fue el ofrecimiento que les hizo?

—A todos se nos ofreció lo mismo —respondió de inmediato— no habría horarios fijos y el salario sería el mínimo (172,300 pesetas). Los hombres recibirían un 10 % adicional. Además, todos recibirían el 50 % de las propinas, que se distribuiría entre todo el personal de manera equitativa. El otro 50 % iría para el restaurante, con el fin de cubrir los desperfectos y desperdicios que todos ocasionamos. Parece que lo mismo funciona en los otros dos restaurantes. Por cierto, aquí también cada uno tendría que asumir el costo de sus uniformes. En cuanto a la seguridad social, se seleccionaría después de tres meses a quiénes se les cubriría y a quiénes no. Ya pasaron los tres meses y todavía no se le cubre al primero.

Al concluir las entrevistas, Erendirani reunió a todos los aspirantes y les aclaró:

—Debo decirles que los he entrevistado a todos y me han causado una excelente impresión, así que los queremos invitar a que vi-

vamos juntos esta aventura y que, entre todos, construyamos algo cada vez más digno y justo para todos. El salario mensual será del mínimo más un treinta por ciento para todos, hombres y mujeres. “A trabajo igual, pago igual”, ¿no les parece?

Las mujeres aplaudieron y los hombres asintieron.

—El 100 % de las propinas se distribuirá en forma equitativa exclusivamente entre el personal. El restaurante no participará de las propinas; se las ganan ustedes con el trato cordial y eficiente a sus clientes. Les sugiero que integren un fondo común con lo que reciban de propina hasta el 10 % de la cuenta y lo distribuyan equitativamente entre todos, incluyendo al personal de cocina y de apoyo, todos. Si alguien recibe más del 10% como propina, ese incremento será para él o ella.

Por supuesto, no tendrán que asumir el costo de los uniformes, eso le corresponde a la empresa. A las mujeres se les harán unas blusas blancas a la medida, que llevarán un bordado mexicano. A los hombres se les darán camisas blancas y una corbata de moño, también de diseño mexicano. El horario de trabajo será de cuarenta horas semanales, distribuidas según vayamos acordando; el tiempo extra se pagará al doble. Por supuesto, todos, sin excepción, recibirán las prestaciones de seguridad social de inmediato.

—¡Olé! ¡Joder! ¡Bravo! ¡Viva México! —gritaron algunos y todos aplaudieron contentos, felicitándose entre sí.

—Requerimos todavía, por cierto, contratar a cinco camareras más. Por favor, promuevan entre sus amigas o novias. Serán más las mujeres, es cierto, pero debemos aceptar que hay que corregir desigualdades y que, en cuestiones relacionadas con la comida, las mujeres suelen tener mayor experiencia que los hombres. Supongo que en Madrid es lo mismo.

El personal de apoyo de la cocina será seleccionado y contra-

tado por Lorenza, la jefa de cocina. Si conocen algunas chicas con experiencia y tan listas como ustedes, serán bienvenidas.

—Bueno, quedan todos contratados para laborar a partir del próximo primero de junio en *“Las Delicias del Anáhuac”*, que será el nombre del restaurante. Los esperamos el lunes 13 de julio en los primeros talleres. Será importante que conozcan algo más de México y de la cocina mexicana, que acordemos los detalles de la operación y que les tomen medidas para las blusas y camisas.

Se despidieron genuinamente contentos y satisfechos, intercambiando sus respectivos números de teléfono.

El contador Plácido García llegó en veinte minutos y tuvo oportunidad de escuchar todo el planteamiento de Erendirani. Se trataba de un joven madrileño recién egresado, de escasos veintitrés años, de complexión delgada y rostro sencillo y agradable que delataba su honestidad e inocencia. A veces algo distraído y hasta atolondrado, pero siempre amable, eficiente y bien intencionado. En esa ocasión, simplemente esperaba nervioso, con expresión inquietante. Finalmente, se sentaron alrededor de una mesa y Erendirani inició la conversación:

—Antes que nada, quisiera preguntarte si tienes algo importante que contarme.

—Bueno, dos cosas —explicó Plácido, claramente nervioso—. Lo primero que quiero decirte es que ya no trabajo para Mister Richard; me despidió hace unos días, justo el día en que yo los conocí a ustedes.

—¿Y lo segundo? —cuestionó ella.

—Mire, doña Erendirani —añadió Plácido—, soy y siempre he sido un hombre honesto. Durante todo el tiempo que trabajé para Mister Richard me limité a seguir sus instrucciones. Como todos, pensé que él era dueño de los dos negocios: el de comida gallega y el de

comida italiana. Nos hizo creer que era el único propietario; a cada momento nos reiteraba: “Aquí yo soy el dueño y el que manda”. No sabía que había otro dueño sino hasta ese día en que los conocí a ustedes y don Fidencio nos aclaró que él era el verdadero dueño de los restaurantes, me sorprendí mucho. Esa misma tarde hablé con Richard y le dije que, ahora que sabía la verdad, no podía seguir pres-tándome a sus manejos. Le dije que soy un hombre honesto. Esa tarde mister Richard me corrió; me anunció en inglés: “You are fired”.

Erendirani hizo un esfuerzo para no reír y preguntó:

—¿Qué era lo que estaban haciendo? ¿Se puede saber?

—Claro que sí, doña Erendirani —respondió Plácido con determinación—. Cada semana hacíamos un corte, calculábamos las ganancias y yo transfería, por indicaciones de mister Richard, el cincuenta por ciento del importe a una cuenta, cuyo titular nunca supe. Del resto, el setenta por ciento lo depositaba en una cuenta a nombre de don Fidencio Mosqueira Fariñas, sin que nos dijera de quién se trataba, y el treinta por ciento restante se lo entregaba a él en efectivo. Pero la verdad es que nunca se depositó el total, como explicó don Fidencio ese día. Esto ocurría con ambos restaurantes. También en la cuenta secreta depositábamos el cincuenta por ciento de las propinas semanales; el resto se repartía en efectivo al personal en partes iguales. Además, un descuido de Mister Richard me permitió enterarme de que, en algunas adquisiciones importantes como mobiliario, vinos, licores y ciertos ingredientes básicos de consumo regular, les pedía a los proveedores que facturaran con un quince por ciento adicional y le depositaran el diez por ciento extra en su cuenta secreta. Lo hacía, según explicó, para no pagar tantos impuestos a las autoridades gringas. Como para ellos daba igual, se lo creyeron y aceptaron.

—¿Tienes pruebas de lo que me dices, Plácido? —interrogó ella.

—Pues mire, siempre he seguido el consejo de uno de mis mejores profesores: si una operación parece extraña, hay que sacar copia de todo y esconderlo en casa. Tengo la documentación que lo demuestra.

—¿Y si fuera necesario, estarías dispuesto a ponerlo todo por escrito y firmarlo?

—Por supuesto, doña Erendirani, lo haría con mucho gusto. Ese hombre me engañó y se aprovechó de mi candidez.

—¿Y te gustaría trabajar con nosotras como contador?

—Pues la verdad es que sí, doña Erendirani; me encantaría. Se ve a leguas que usted es una persona decente y honorable.

—¿Cuánto te pagaba Richard?

—Dos salarios mínimos, pero sin seguridad social.

—Aquí ganarás tres, pero con seguridad social. Nos vemos el martes dos para que participes en los talleres y nos pongamos de acuerdo en los procedimientos. A partir del primero de junio serás también el contador de “Las Delicias del Anáhuac”.

Le dio la mano y le despeinó el cabello.

—Un millón de gracias, doña Erendirani. No había informado a mi madre del despido; se preocupa de todo la pobre. Se pondrá muy feliz cuando le cuente. Mañana le entregaré por escrito todo lo que le he contado, con la documentación comprobatoria. Usted decidirá qué hacer, pero le repito que estoy dispuesto a todo, hasta a declararlo ante los tribunales.

Al día siguiente, Erendirani y Lorenza entregaron a don Fidencio las tres cotizaciones de asesoría y precio del mobiliario, con una evaluación comparativa que describía sus ventajas y desventajas.

Don Fidencio la revisó con interés y pidió aclaraciones. Finalmente preguntó calmado:

—¿Y ustedes por cuál se inclinan?

—Las tres son buenas —afirmó Lorenza—, pero coincidimos en que la propuesta de “SEHRS Projects” es la más atractiva, no solo porque es la más barata, sino porque nos parece más profesional y con los mejores equipos.

—Bueno —aceptó don Fidencio—. Llámale a tu amiga, la gerente Jaqueline Serrano, y dile que vamos para adelante.

Seguramente habrá que dar un anticipo, así que pide el número de cuenta para hacer la transferencia.

Y así comenzó un proceso de extraordinario esfuerzo, como jamás habrían imaginado Erendirani y Lorenza.

Esa tarde de martes, don Fidencio propuso acompañarlo el fin de semana al cortijo donde se refugiaba su primo hermano Manolo, el hombre a quien más había respetado en la vida y probablemente sigue respetando.

Un pariente y amigo que le enseñó a sobrevivir en la difícil etapa tras perder a sus padres, y quien siempre supo orientarlo en su complicada adolescencia.

Aquel primo querido y decano de la familia cumpliría el próximo sábado 24 de mayo de 1998 ochenta años desde que llegó a este mundo en algún paraje de Santiago de Compostela.

—Mi adorado primo Manolo Rivera Fariñas —compartió don Fidencio— ha sido un hombre excepcional, que para gozar de las diversas aventuras de la vida adoptó meticulosamente oficios como camarero, torero, polizonte, futbolista, viajero, diplomático, escritor, periodista, carpintero, comediante, prestidigitador, empleado, profesor, actor, empresario, comerciante y funcionario público.

Un hombre apasionado y eternamente enamorado de su esposa Margarita, una andaluza encantadora que, al fallecer hace casi cuatro años, no le dejó otra alternativa que enclaustrarse en su cortijo, disfrutar de la soledad y conversar solo con ella y el viento, y de

paso —dice él— esperar de frente a la muerte, a la que no teme ni un poquito.

Desde entonces casi no mantiene comunicación con nadie: ni con sus hermanas, hijos o nietos, ni con amigos, que ya casi todos han partido. Conmigo habla muy poco, muy poco. Él dice que no le gusta hablar con quienes no saben escuchar; quiero pensar que no lo dice por mí.

La verdad es que, aunque no conversa mucho conmigo, sé que le alegra verme. Sabe que ese día estaremos todos los familiares con él, le guste o no.

Nos tomará unas dos horas de viaje. El cortijo del Viento está cerca de Andújar. Pasaré por ustedes como a las nueve de la mañana, si les parece.

Erendirani escuchaba embelesada y sintió un deseo profundo y extraño por conocer a aquel hombre especial.

Capítulo 8.- *El encuentro con don Manolo y la partida de dominó*

El viaje fue muy placentero y sin duda inolvidable. Erendirani habría querido detenerse y conocer cada uno de los pueblos y ciudades del trayecto. Le prometió a Lorenza que algún día, no muy lejano, viajarían por la misma ruta y se detendrían en cada lugar, cuyos nombres parecían sacados de un cuento: Valdemoro, Aranjuez, Ocaña, La Guardia, Templeque, Madrilejos, Villarta de San Juan, Manzanares, Valdepeñas, Carboneros, Guarromán. Conocerlos se le antojaba fascinante. Don Fidencio, que conocía bien esos parajes, simplemente sonreía.

—¿Y vendrá Maripili? —preguntó Lorenza.

—Por supuesto —respondió don Fidencio—. Ella adora a su tío. Lamentablemente también vendrá el presuntuoso de Richard, lo que no será muy del agrado de Manolo. Les contaré que un día, al enterarse Richard de que Manolo es un hombre muy rico, se le presentó de improviso en el cortijo y, con una banalidad francamente pueril, le planteó algo más o menos así: “Don Manolo, ha surgido la posibilidad de un extraordinario negocio y me dije: no puedo dejar fuera a don Manolo, él siempre ha sido muy amable con nosotros”.

Ya saben, algunos gringos piensan que pueden engañar fácilmente a cualquier español. Manolo lo interrumpió y le aclaró: “Mire, míster Richard, yo jamás he hecho negocios con personas de la familia, ni con cualquier persona ligada formalmente a ellas. Así que le agradeceré que no vuelva a intentarlo”.

Aquel burro pretendió insistir con una ligereza que raya en la indolencia y argumentó: “Pero es que no tiene idea de lo excepcional que es este negocio, podría ganar millones, de una manera muy sencilla”.

Manolo se enfureció, llamó a uno de sus empleados y le instruyó: “Acompañe usted al señor a la puerta, que tiene prisa en retirarse”. Esto me lo contó el propio Manolo, diciendo: “Ese tío es un gilipollas”.

Erendirani reflexionó para sus adentros: “Tiene razón don Manolo, este tipo es un imbécil”. El tal Richard no era, por supuesto, santo de su devoción, así que prefirió dedicar el resto del trayecto a pensar que seguramente resultaría fascinante conversar, y sobre todo escuchar, a don Manolo, un hombre que parecía extraordinariamente interesante. Además, no quería volver a cometer el grave error que cometió con su padre e incluso con su madre: esa absurda resistencia de los jóvenes a preguntar y escuchar la vida y las anécdotas de los adultos mayores, para siempre arrepentirse después cuando ya es demasiado tarde.

—“Yo conoceré su vida” —pensó—, “estoy decidida”.

El Cortijo del Viento era una construcción rural muy grande, parecida a las grandes haciendas mexicanas, terminada con muchos detalles agradables como suelos rústicos de cerámica de baldosas, techos altos de madera con vigas y puertas de ronda talladas

Una propiedad muy amplia, que constaba de una zona de vivienda y otras instalaciones para la explotación agrícola de un extenso territorio circundante, con establos y corrales rústicos, típica de las regiones de Andalucía y Extremadura en España. El sol se había agregado a la fiesta con todo su esplendor.

Ya estaban en el cortijo las dos hermanas del tío Manolo con sus maridos, sus cuatro hijos y ocho nietos; Gonzalo, el hijo menor de don Manolo, con su esposa Ana María y sus dos únicos nietos. Lamentablemente, Marco, el hijo mayor, que vivía en París, se encontraba viajando por trabajo y no pudo acompañarlos, por primera vez en su

vida, pues adoraba a su padre.

Habían llegado también los dos mejores amigos andaluces de don Manolo, quien se encontraba en reposo, leyendo en un sillón muy confortable de la terraza principal.

Era un hombre fornido, nada calvo como ellas habían supuesto, sino con una cabellera abundante y una barba cerrada, ambas muy blancas, como era de esperarse. Tenía unos ojos dulces y una mirada penetrante, además de una sonrisa seductora que muy rara vez se dibujaba.

Saludaron y fueron presentadas por don Fidencio a todos los integrantes de la gran familia, quienes las recibieron con cordialidad y alboroto.

—Los mexicanos y, sobre todo, las mexicanas, siempre serán bien recibidas por estas tierras —exclamó la tía Inocencia.

Los niños y niñas pateaban una pelota en el jardín de fondo, con una bulliciosa algarabía. Lorenza se lanzó hacia ellos y, con el pie, les despojó de la pelota, desafiándolos a quitársela, reto que aceptaron de inmediato y al que respondieron abalanzándose sobre ella, redoblando los gritos.

A partir de ese momento, Lorenza se convirtió en su amiga predilecta.

Un grito de Erendirani interrumpió la contienda.

—Lorenza, vamos a conocer a don Manolo.

Siguieron a don Fidencio hacia la terraza principal para ser presentadas a aquel viejo enigmático que Erendirani presentía cambiaría su vida.

—Mi querido Manolete —le dijo don Fidencio con sincero gusto—, es para mí motivo de extraordinaria satisfacción presentarte a mis amigas y socias mexicanas: Erendi, una mujer de inteligencia excepcional, y Lorenza, la reina de la cocina mexicana. Ya tendrás oportu-

tunidad de corroborarlo.

—Muchísimo gusto —exclamó Lorenza.

—Finalmente lo conozco, es un verdadero placer —agregó Erendirani con una sonrisa deliciosa que confirmaba la veracidad de sus palabras.

El tío Manolo continuó su lectura hasta concluir un párrafo. Lentamente levantó la mirada y casi dejó aparecer aquella sonrisa al ver a Fidencio.

Simplemente levantó su mano sin aspavientos, miró a las dos con indiferencia y sólo mencionó:

—Hola —y prosiguió con su lectura.

—Va a estar ‘cañón —murmuró Lorenza.

“La conquista no será fácil”, pensó Erendirani.

Don Fidencio volteó hacia el par de buenos amigos andaluces y les presentó a Erendirani y Lorenza:

—Estos son los mejores amigos del tío Manolo, Antonio y José Manuel.

—Vamos, qué gustazo —saludó don Antonio.

—Pero qué bonicas están estas mexicanas —agregó don José Manuel, extendiendo la mano.

Don Antonio exclamó:

—Has llegado justo a tiempo para formar el cuatro e iniciar la primera partida de dominó.

Don Fidencio no podía negarse a una partida de dominó, una de sus pasiones y de sus principales debilidades.

—Vamos, Manolo, que somos tres y tú eres el cuarto —le gritó don José Manuel.

Don Manolo siguió inmerso en su libro y se limitó a negar con la cabeza.

—¡Joder contigo! —replicó don Antonio—, que nos vas a es-

tropear la partida.

Don Manolo lo ignoró y respondió sin aspavientos:

—Estoy leyendo.

Lorenza se dirigió a los tres restantes y les ofreció:

—¿Si quieren, yo les hago el cuatro?

—¿Tú? —preguntaron los tres al unísono.

—Sí, yo —contestó Lorenza—. No juego tan mal. Usted aguantе vara, don Fidencio.

Don Fidencio sonrió y le aceptó a Lorenza:

—Vale, pues. Me parece bien. ¡Juguemos!

—Pero de parejas fijas —aclaró don Antonio—. José Manuel y yo estamos muy acostumbrados a jugar juntos.

—De acuerdo, hombres de poca fe. Véngase, Lorenza; vamos a darle una lección a este par de presumidos —destacó don Fidencio.

Escuchando aquel diálogo, Erendirani permaneció de pie frente a don Manolo mientras él no interrumpía ni por un segundo la lectura ni levantaba la vista.

Ella se aproximó con sigilo y le susurró:

—Ni crea que se va a escapar de mí, tiene toda una vida que contarme.

Su supuesto interlocutor no se inmutó en lo más mínimo.

Erendirani se acercó aún más y le mencionó:

—Soy muy terca, ¿sabe?

Don Manolo asintió con la cabeza.

—¡Ah, qué cabrón! —reclamó Erendirani, mientras daba media vuelta y se retiraba.

De pronto se detuvo y se volvió de nuevo para decirle algo más, pero pudo percatarse de que aquella famosa sonrisa seductora finalmente había hecho su aparición, si bien de una manera apenas perceptible.

Don Manolo corrigió de inmediato; ella ya no le mencionó nada más y se fue pensando que la sonrisa es siempre una risa que comienza.

Avanzaba, en paralelo, la partida de dominó, al mismo ritmo que crecía la sorpresa de los dos andaluces con la habilidad que mostraba Lorenza y la recriminación que se hacían ambos después de cada juego. Súbitamente se escuchó un tremendo grito de júbilo de Don Fidencio:

—¡Bravo! Le hemos plantado el primer “zapato” de la tarde a este par de creídos. ¡Salud! Lorenza, juegas de maravilla —y levantó su cerveza.

Los contrincantes andaluces seguían acusándose recíprocamente.

—Es que este Toñico hoy está apollardao —reclamó José Manuel.

—¡Vete a la mierda! —replicó don Antonio.

—Bueno, ya, ya; que estamos perdiendo dinero Lorenza y yo. Os toca revolver las fichas, que iniciamos un nuevo juego —exclamó don Fidencio.

Apostaban mil, dos mil y tres mil pesetas para llegar a cien puntos. Es decir, debía pagar mil pesetas cada integrante de la pareja perdedora si registraban entre 51 y 99 puntos; dos mil si registraban entre 1 y 50, y tres mil pesetas si no registraban puntaje alguno.

Así, para comenzar, la pareja de andaluces ya debía a don Fidencio y Lorenza el equivalente a 40 dólares.

Jugaron dos partidas más y Lorenza y don Fidencio volvieron a triunfar, si bien en ambas ocasiones solo ganaron doble, lo que agregó 56 dólares más a la cuenta deudora.

Al iniciarse la tercera partida, don Manolo cerró su libro y se aproximó a contemplar el desarrollo del juego.

Al concluir la tercera derrota, justo cuando Antonio exclamaba:

—¡La víhen! Menudo golpe nos han dao.

Don Manolo anunció:

—Ahora sí quiero jugar.

—Alabado sea el Señor —respondió José Manuel—, finalmente su Alteza Real se digna mezclarse con los plebeyos.

Don Fidencio agregó:

—Vale pues. Es tu cumpleaños y tú decides. Estamos decididos a ceder ese día a todos tus caprichos. ¿A quién queréis sustituir?

—Me da lo mismo —masculló don Manolo—, pero la Lorenza juega conmigo.

Se fueron turnando los tres y jugaron tres partidas más, ganaron dos “zapatos” y un doble— Lorenza y don Manolo, quien en el transcurso estalló en carcajadas en cinco ocasiones ante las bromas burlonas y comentarios provocativos de Lorenza.

La primera carcajada se presentó cuando los contrincantes perdieron un juego y Lorenza les hizo la primera observación:

—Pero ¿sí les queda claro quién contra quién va? ¿Verdad?

—Pero qué mujer esta —respondió Antonio ante la primera carcajada de don Manolo.

La segunda carcajada se dejó sentir cuando José Manuel pensaba detenidamente su jugada y Lorenza comenzó a simular un bostezo y a cabecear.

—Espera mujer, joder, que esta es una jugada clave —replicó José Manuel.

La partida se interrumpió de improviso con la llegada de Richard y Maripili, quien se lanzó entusiasta a abrazar y besar a su tío Manolo, diciéndole con verdadero gusto:

—Felicidades, querido tío.

—¿Cómo está usted, don Manolo? ¡Happy birthday! —exclamó Richard y trató de acercarse.

Don Manolo clavó la mirada en las fichas y se quedó pensativo, ignorando el comentario y sin ocultar la antipatía y hostilidad que le inspiraba.

Lorenza susurró: “Ya nos cayó el chauistle” y luego entró al quíte diciendo:

—No, no me lo distraiga, Richard, que esta es una jugada decisiva.

Maripili saludó con un beso efusivo a Erendirani y Richard levantó la mano diciendo “Hi” con cierta dosis de altanería.

Era claro que la animadversión seguía siendo mutua, así que prefirió alejarse de la terraza. No cabe duda de que aquel granuja era la única nota discordante de aquella agradable zarzuela.

La tercera carcajada se suscitó cuando, después de ganarles otro juego, Lorenza les propuso con voz muy condescendiente:

—¿Si prefieren podemos bajar un poquito el nivel? ¿Verdad, don Manolo?

—¡Vete a la mierda, Lorenza! —gritó don Antonio.

Hasta don Fidencio protestó, expresando:

—Pero qué soberbia de mujer, ¡joder! —ante el regocijo de don Manolo.

La cuarta carcajada se presentó al final, después de ganarles un “zapato” en la última partida a José Manuel y Antonio: Lorenza tomó del antebrazo a don Antonio y les manifestó:

—¡Ánimo, muchachos! Lo importante no es ganar, sino competir.

Esta carcajada se redobló en la quinta, la más explosiva y extensa de todas.

Se dio en el momento en que los perdedores liquidaban sus

adeudos y los ganadores guardaban sus ganancias en las carteras, y Lorenza lanzó aquella pregunta irónica y mordaz con aires de inocencia:

—¿Y dónde encontró a estos clientecillos, don Manolo, José Manuel, ante la carcajada de don Manolo, masculló:

—¡Joder! Esta mujer es el mismísimo satanás.

Afortunadamente para los tres perdedores, llegó el grito salvador de la tía Inocencia que anunciaba que la mesa estaba lista.

Cuando caminaban rumbo al comedor, don Fidencio le pasó el brazo por el hombro a Lorenza y le reconoció:

—¡Cinco carcajadas en una tarde!... Eso no lo veíamos desde hace más de cinco años, Lorenza. Muchas gracias, amiga.

Ella simplemente sonrió y respondió:

—Es que sigue teniendo un gran sentido del humor.

Antes de sentarse, Erendirani y Lorenza entregaron su respectivo regalo a don Manolo: una botella de Tequila Cuervo 1800 Milenio Extra Añejo, en un caso, y una de Mezcal El Zacatecano Añejo, en el otro, que Lorenza aseguraba era el mejor mezcal de México.

—Bueno, está claro que vosotras me sabéis algo —señaló don Manolo, con su sonrisa seductora, ahora sí francamente abierta.

Capítulo 9.- *Los primeros relatos*

Los dos días que pasaron en el Cortijo del Viento fueron especialmente placenteros y, sin duda, inolvidables.

Fue durante la primera sobremesa que compartieron, mientras don Manolo degustaba el tequila y el mezcal recién obsequiados—que, por cierto, se negó a compartir, alegando que nadie los apreciaría—, y fue mientras los demás recurrían al orujo de Hierbas Zárate y al brandy Cardenal Mendoza, que Erendirani le advirtió a don Manolo:

—Usted tiene, seguramente, una vida apasionante que contar-me, y yo estoy que me muero por conocerla. No puede decir que no, sería muy cruel y egoísta de su parte.

Don Manolo sólo sonreía y no dejaba de elogiar el tequila y el mezcal, que alternaba sin lograr descifrar cuál le gustaba más. Lo que era evidente es que era un gran bebedor.

Más tarde, mientras las tías secuestraban a Lorenza y la bombardeaban de preguntas sobre la cocina mexicana, don Manolo invitó a Erendirani a mostrarle personalmente el Cortijo del Viento.

Caminaban por una vereda cuando le cuestionó:

—A ver pues, ¿qué quieres que te cuente?

—Todo —respondió Erendirani—, absolutamente todo.

Él soltó una carcajada.

—Algunos momentos en que estuvo inmensamente contento —continuó ella—, o en que experimentó grandes dudas, o estuvo en peligro, o conoció a alguien inolvidable, o bien en que se divirtió como un loco, o que hizo travesuras, por ejemplo.

Don Manolo sonrió de manera especial, y ella le adivinó el pen-

samiento:

—¡Hahá! El que sólo se ríe. Eso, cuénteme una de sus travesuras —insistió Erendirani.

Estaba decidida a indagar en sus secretos, que como todo lo nuevo era incitante y, a la vez, inquietante.

Volvió a reírse con más ganas, sabiéndose descubierto, e invitó a Erendirani a pertrecharse en la biblioteca, donde sentado en su sillón predilecto y con otro mezcal en la mano comenzó diciendo:

—Pues verás, sucedió hace muchos años, creo que por los sesenta. Me incorporé como gerente de promoción y propaganda de una empresa alemana y belga: Agfa-Gevaert, la segunda empresa fotográfica de España y del mundo en aquel entonces. La verdad es que me resistí; yo tenía cierta animadversión a todo lo que sonara a alemán, desde la Guerra Civil en España, pero me convenció un gran amigo de entonces, Roberto Ramírez, que trabajaba en aquella empresa desde hacía varios años como gerente de ventas.

Nunca pude lograr que se eliminara el término “*Propaganda*” del título del puesto que me fue asignado. Seguramente el director general, alemán de corte prusiano, tenía reminiscencias del controversial pero sin duda eficaz ministro de propaganda nazi, que respondía al nombre de Joseph Goebbels.

Es extraño, jamás en mi vida laboral me había sobrado tiempo. Siempre había sido una de mis principales quejas que el día no tuviera más de 24 horas. Por lo general me sentía agobiado con mis tareas y proyectos. En la experiencia de nueve meses en aquella empresa transnacional, sin embargo, lo extraño es que siempre me quedaba tiempo. Tal vez porque las ideas, los mensajes, los materiales publicitarios y la estrategia promocional venían ya cocinados con frecuencia desde Alemania y, en menor medida, de Bélgica. En algunos momentos me aburría soberanamente.

Y debo aclarar, en descargo de mi pereza, que el director general y mis compañeros coincidían al afirmar que nunca antes se había logrado tanto en la gerencia de promoción y propaganda como en aquel período en que la dirigí. Será el sereno, pero a mí me sobraba tiempo.

Una tarde, tal vez para atenuar mi sensación de aburrimiento, decidí jugarle una broma inocente a uno de mis colegas, de nombre Rudolph Müller, un joven delgado y muy alto, nacido en Frankfurt, pero ya tropicalizado por su esposa asturiana y por su afición a la música y a las películas españolas.

Este atlético exponente de la raza aria desempeñaba el cargo de gerente de productos profesionales. Su cubículo y el mío eran contiguos y estaban separados por una división de cristal, cuyas cortinas dejaban sin cubrir una pequeña rendija en uno de los extremos, al grado que podría haberlo espiado con regularidad si no hubiera estado seguro de que sus labores eran mucho menos interesantes que las mías y su vida de trabajo mucho más aburrida.

Recién había comprado una pequeña grabadora con excelente fidelidad de sonido. Jugaba precisamente con ella cuando se me ocurrió la broma que decidí instrumentar de inmediato.

La activé y la puse en posición de grabación. La introduje hasta el fondo del cajón de mi escritorio. Cerré el cajón y dejé grabar por unos cinco minutos. Después abrí un poco el cajón muy despacio, me aproximé y comencé a grabar esa señal que solemos usar, al menos en España, para llamar la atención de alguien: “*psst, psst*”. Volví a grabar la misma señal tres veces, con intervalos de silencio de dos minutos.

Cerré con suavidad y dejé transcurrir tres minutos, después de lo cual hice un hueco con mis manos juntas alrededor de mi boca para provocar una sensación de eco, me incliné hacia la apertura del cajón,

a no más de cinco centímetros y, en el tono más grave y ronco que fui capaz de emitir, pronuncié con lentitud el nombre de mi amigo

“RRUUUDDOOLLFFF”.

Los dos minutos siguientes fueron del más absoluto silencio. Después lancé el grito oprimido y distorsionado más feo y aterrador que he podido pronunciar en mi vida, algo así como “GGGRRRAOU-USSHAARGGSSDDH”, el cual salió horrible, como un lamento de ultratumba. Un par de minutos después me hice una especie de corneta con un sobre para hacer más lejana y grave mi voz, de por sí ya desfigurada, y dije: “TTRRRRAAMMPPOOSSSOO”.

Luego, con intervalos de dos o tres minutos, volví a emitir el “*psstt, psstt*” y poco después concluí la grabación con la expresión: “SOOYYTTUUUCCOONNCCIIIEENNCCIIAA...”

Yo sabía que Rudolph ese día tenía un acuerdo con el director general a las once, y que esos acuerdos jamás se extendían más allá de veinte minutos, así que a las 11:10 en punto llamé a la secretaria del director y le dije:

—Érika, me urge hablar con el director por la red, pero no lo quiero interrumpir, supongo que está con alguien.

—En efecto —me indicó—, está en acuerdo con Rudolph.

—¿Me harías el gran favor, Érika, de avisarme apenas terminen?

—Por supuesto —me respondió—. Le llamaré oportunamente.

—¡Bravo! —exclamé—, ha vuelto a hablar la voz más eficiente de Agfa-Gevaert.

Sabía que le fascinaba que yo hiciera mención de su eficiencia y así ella aseguraba que me llamaría inmediatamente al concluir la reunión.

Disponía de no más de tres minutos para preparar mi inocente travesura. Tomé la grabadora, salí rápidamente de mi despacho y,

asegurándome de que nadie me veía, me introduje en los dominios de Rudolph.

Cerré la puerta con cuidado y abrí el cajón intermedio del archivero metálico que estaba en un extremo de su oficina. Escondí la grabadora de tal manera que nada obstruyera su bocina, pero que tampoco fuera fácil encontrarla.

Activé el botón de reproducción y, con movimientos felinos y elegantes de un espía, salí con sigilo de su despacho.

Entré a mi cubículo justo a tiempo para responder el teléfono y escuchar la voz de Érika:

—Herr Rivera, se están despidiendo en este preciso instante.

—Vielen Danken, Frau Perfekt —dije al colgar.

Apagué la luz de mi oficina al escuchar los pasos de Rudolph y me dispuse a continuar mi labor de espionaje a través de aquella rendija que me permitía observar todo lo que sucedía en el dominio de mi compañero germánico.

Rudolph entró pensativo a su oficina, colgó con cuidado su saco en el perchero, se desplomó en su sillón ejecutivo y comenzó la lectura de un documento que supuse le había entregado el director general.

Transcurrieron unos tres minutos en absoluto silencio.

De repente, el primer “psst psst” provocó que la cabeza de Rudolph se irguiera a velocidad supersónica. Sus ojos se abrieron al máximo buscando con gran curiosidad el origen del extraño ruido.

Su expresión reflejaba desconcierto. La verdad, debo confesar, tuve que hacer un gran esfuerzo para no reírme y delatar mi espionaje, que habría arruinado la broma.

Erendirani se desarmaba de risa al imaginar la escena que le relataba don Manolo.

Muy poco a poco, Rudolph volvió a la lectura, con manifiesta

dificultad y varias interrupciones de miradas inquisitivas. Finalmente, concentró su atención en el documento.

El segundo “psst psst” hizo que Rudolph se pusiera de pie como accionado por un resorte poderoso. Caminó por la oficina en busca de no sabía qué. Movi6 las cortinas, se asom6 a mi despacho por la rendija a trav6s de la cual, estoy seguro, alguna vez me espiaba el muy canalla. Pero la ausencia de luz y mi oportuno ocultamiento tras un archivero lo descartaron como opci6n.

Me reincorpor6 cautelosamente y observ6 que en tres ocasiones intent6, sin 6xito, concentrarse para reanudar la lectura. Estaba inquieto. Abri6 la puerta de su oficina, pero el pasillo estaba desierto.

Se recarg6 en el archivero donde hab6a escondido la grabadora. Pens6 que desde ah6 descubrir6a el origen de aquella sensaci6n de inseguridad, que deb6a ser insoportable para alguien que se enorgullece justamente de lo contrario. Se llev6 la mano izquierda a la cabeza y presion6 sus sienes, buscando una soluci6n inteligente.

De repente, la encontr6 y camin6 hacia la puerta, acerc6 su o6do con precauci6n y tom6 con suavidad la manija. Permaneci6 inm6vil por un rato, en aquella rid6cula posici6n, como los mimos que, en el parque y por unas monedas, se convierten en estatuas de marfil.

Con aquella estatura y flacura, despeinado como estaba, la imagen era m6s que c6mica, era rid6cula.

Entonces lleg6 el tercer “psst psst” y Rudolph abri6 con furia la puerta, seguro de encontrar “in fraganti” al autor de la fechor6a. Pero nada: el pasillo continuaba desierto.

Regres6 a su despacho con expresi6n de frustraci6n que pronto se transform6 en ansiedad y coraje. Registr6 con premura los cajones de su escritorio, luego los del archivero y, para mi sorpresa, no encontr6 la grabadora, quiz6s por la precipitaci6n o la ansiedad.

Se desplom6 en su sill6n con la mirada perdida en un punto

imaginario. Permaneció así varios minutos, tratando de calmarse y no perder el control, tal vez por primera vez en su vida.

De repente oyó su nombre: “RRUUUDDOOLLLFFFF”, pronunciado desde lo profundo de un pozo. Se despertó y su rostro reflejó una sorpresa y tal desconcierto, que empezaron a preocuparme.

Era manifiesta la desesperación que lo dominaba cuando hizo un esfuerzo por no levantarse y activó todos sus sentidos en alerta máxima.

Al escuchar el horrible grito de ultratumba que inventé, “GGR-RAOOUUSSHARRGGSDDDHH”, Rudolph se puso de pie con velocidad prusiana, como un soldado del Tercer Reich ante la presencia repentina del Führer. No sé si chocó los tacones, pero su expresión era de extrema inquietud, incluso de terror.

Mi preocupación creció y estuve a punto de abortar mi travesura.

Se levantó bruscamente, abrió la puerta, regresó, se asomó tras el archivero y salió casi corriendo por el pasillo hacia la oficina de Griselda, la secretaria.

Erendirani se sujetaba el estómago de la risa.

—¿No me ha buscado nadie? —preguntó.

—No, nadie —respondió ella—. ¿Te sientes bien? —añadió extrañada.

—Jamás lo había visto así —nos contó más tarde.

Rudolph regresó casi corriendo a mi despacho, que abrió con precipitación y encendió la luz, pero mi escondite era perfecto. Apagó y volvió al suyo, justo a tiempo para escuchar la fulminante acusación de “TRRRAAMMPPOOSSSOO”.

Su rostro se alteró aún más. No había duda, el origen de aquella pesadilla estaba en su territorio.

Al asomarme, aprecié una imagen desoladora que casi me hizo

arrepentir de la aventura: Rudolph, desplomado en su sillón, despeinado y pálido, con las manos en los oídos al escuchar de nuevo el “*psst, psst*”, presionando su cara contra el escritorio.

Pero al oír el “SOOYYTTUUUCCOONNCCIIIEENNCCIIAA...” se levantó aterrado y furioso. Se dirigió resuelto al archivero y, seguro de que ahí estaba la fuente de la tormenta, sacó carpetas y carpetas, tirando algunas al suelo hasta encontrar la grabadora infernal.

Con rapidez encendí la luz de mi despacho y me senté, esperando el desenlace ecuanimemente, con expresión hipócrita y conciencia no muy tranquila.

Erendirani no podía más: se cogía el estómago y no paraba de reír. Don Manolo también sonreía rememorando aquella anécdota.

—Pasaron unos minutos que se me hicieron eternos. De repente se abrió la puerta de mi oficina. Rudolph entró con la grabadora en la mano y mirada amenazante. Me incliné hacia atrás, reconociendo con una sonrisa mustia mi jugarreta. Depositó con cuidado mi grabadora en el escritorio, me miró fijamente y lanzó aquella acusación fulminante:

—Eres un kabrón, un kabrón, eso sí es lo que eres, Manolo, un KABRÓN.

Se retiró y se fue a casa. A partir de entonces éramos más amigos y cada vez que alguien recordaba la broma, sonreía y me condenaba: —Un kabrón, eso sí es lo que tú eres, Manolo: un KABRÓN.

Sólo dos veces, estando solos, se atrevió a preguntarme en voz baja:

—¿Por qué incluiste lo de “tramposo”?

—Simplemente se me ocurrió —respondí.

No me creyó. En la segunda ocasión me compartió:

—Cuando uno no es jefe, a veces se ve obligado a hacer ciertas cosas, por instrucciones de los superiores, aunque no esté de acuer-

do. Un extranjero, Manolo, no puede arriesgar un buen empleo en un país en el que quiere quedarse.

Yo no sabía en qué irregularidades andaba envuelto y no me importaba saberlo. Sólo me encogí de hombros y dije:

—Es tu conciencia, kabrón, tu conciencia.

Erendirani estaba exhausta de tanto reír.

—Qué historia más maravillosa, don Manolo, increíble, mil gracias por compartirla conmigo. Debiera escribirla; es impresionante.

Don Fidencio los escuchaba desde lejos, gratamente sorprendido y, en el fondo, agradecido de verlos desternillarse de risa como dos colegiales.

Esa noche, Erendirani recurrió a su excelente memoria y trató de escribir literalmente todo el relato de don Manolo, lo que hizo en esta ocasión, pero en las siguientes prefirió usar una grabadora, con la anuencia de don Manolo.

A la mañana siguiente, Lorenza los agasajó en el desayuno con unos succulentos huevos a la mexicana con salsa roja y unos chilaquiles, que hicieron exclamar a don Fidencio:

—¡Joder! Mujer, eres la mejor chilaquilera del mundo.

Se deleitaban cuando se acercó Maripili para despedirse.

—¿Os vais? —preguntó la tía Gertrudis.

—Sí —aclaró Maripili—, tenemos algo importante que hacer —lo señaló con aire de sumisión y dulzura.

—¿En verdad? —preguntó Erendirani.

Maripili ya no quiso fingir ingenuidad, así que respondió:

—Por supuesto que no, pero creo que ya comenzaste a conocer a Richard.

—Creo que sí —confirmó Erendirani, que, por su parte, consideraba a Richard un mezquino farsante, por decir lo menos.

—Sabes —le propuso Erendirani—, quería sugerirte que asis-

tamos a un taller que ofrece la Cámara de Comercio de Madrid. Lo impartirá un profesor catalán de gran prestigio llamado José María Lacalle y versará sobre mujeres emprendedoras. Tal vez nos resulte útil, o al menos interesante. Inicia el próximo miércoles. ¿Por qué no comemos el martes?

—Me parece perfecto, yo también querría conversar contigo —confesó Maripili.

—Pues escoge el restaurante, tú eres la que sabe —sugirió Erendirani.

—Hay un pequeño y agradable restaurante que se llama Morgana, en la calle de la Libertad, a veinte metros del Banco de España. ¿Te parece a las tres de la tarde?

—Excelente —confirmó Erendirani—. Seré puntual.

—Bueno, pues hasta entonces —dijo Maripili, dándole un doble beso en la mejilla—. Por cierto, lo del taller me parece estupendo y muy oportuno.

Realizaron una visita más detallada al Cortijo del Viento, encabezados por el tío Manolo. A las dos les pareció todo fascinante, comenzando por la historia misma del cortijo.

Antes de sentarse a comer, Erendirani le advirtió a don Manolo:

—Pues yo no pienso irme de aquí antes de que me cuente otra anécdota, vivencia, historia o lo que quiera, pero no me voy sin ella.

Manolo se rio y masculló:

—Pues por mí, te puedes quedar a vivir aquí.

—¡Ja! Eso no podrá ser lamentablemente. Don Fidencio y nosotras tenemos un desafío pendiente —afirmó ella.

Al terminar la comida, don Manolo y Erendirani se encerraron nuevamente en la biblioteca para tomar café y un digestivo italiano que él sugirió: el Amaro Averna.

—Bueno —señaló don Manolo—, ¿ahora qué quieres que te cuente?

—Pues no sé, algo divertido otra vez, quizás.

—Bien —respondió él—, esto no me sucedió precisamente a mí, pero ocurrió cuando vivía en Londres. Es absolutamente real y no muy extenso, y siempre me ha parecido muy simpático.

Resulta que en una muy pequeña población rural, muy cercana a la capital de Inglaterra, habitaba en una hermosa casa de dos pisos y techo a dos aguas una pareja de adultos casi mayores, solos. Un día cualquiera, después de desayunar, el marido se despidió para dirigirse a su trabajo, y la esposa decidió iniciar sus tareas cotidianas con el arreglo de su persona.

Subió a su habitación y comenzó con el habitual tratamiento de su cabello. Colocó un nuevo tinte, en esta ocasión de color naranja más que pelirrojo, y agregó laboriosamente unos amarres a sus rizos con pequeños trozos de papel de estaño. Después preparó la sofisticada pasta embellecedora elaborada a base de aguacate, que fue aplicando con particular cuidado en su rostro y cuello. Era una mujer que apenas rebasaba el medio siglo, pero que se aferraba a su belleza y juventud con una fiereza indómita y perseverante. Una mujer frívola que disfrutaba de vivir en la comarca de la intrascendencia.

La sorprendió el timbre del teléfono, que decidió no responder para no estropear el costoso tratamiento, cuyas indicaciones recomendaban de manera especial permanecer impávida surante no menos de veinte minutos después de la aplicación. El contestador le informó, al registrar la llamada, que su esposo la llamaba desde su oficina para avsarle que regresaría esa noche más tarde que de lo habitual.

Ataviada con aquella bata de colores contrastantes que había comprado en sus recientes vacaciones en Argel, se recostó en el sillón

a esperar el tiempo prescrito por el tratamiento y para recordar aquellos tiempos en que su rostro bellísimo atraía como imán embrujado las miradas de los hombres de todas las edades y posiciones.

Justo en ese momento escuchó un ruido extraño en el piso inferior, seguramente proveniente de la sala. Su sorpresa fue grande y se alarmó al reflexionar que no podía tratarse de su esposo. El trayecto a su oficina le llevaba cuando menos cincuenta minutos, y hacía apenas diez que se había registrado el recado telefónico. Nadie más la visitaba y, en todo caso, ninguna persona inofensiva se habría atrevido a ingresar sin llamar a la puerta.

Escuchó de nuevo un sonido extraño, como si se abriera un cajón. No pudo evitar estremecerse y comenzó a angustiarse seriamente. Sin duda se trataba de un ladrón, en el menos grave de los casos. Su corazón palpitó agitadamente y se sintió prisionera en una trampa sin salida. Por supuesto que no intentaría bajar la escalera por ningún motivo.

“Que se lleve todo” —pensó— “pero que no vaya a hacerme daño”. “Pero ¿dónde esconderme?” El terror se apoderó de ella cuando escuchó con claridad el familiar rechinido del sexto escalón de la escalera. De inmediato abrió con especial cuidado las puertas del ropero y se introdujo con sigilo. Cerró y quedó petrificada e inmóvil, aguantando incluso la respiración al escuchar abrirse la puerta de su recámara.

El ladrón entró muy despacio en la habitación, vestía un pasamontañas negro, se había retirado los zapatos y caminaba con especial cautela. Ella recordaba con preocupación que, no hacía mucho tiempo, apenas el año anterior, una ama de casa había sido víctima de violación y brutal asesinato en una población vecina.

Escuchó con terror cómo el siniestro ladrón abría el primer cajón de su cómoda, donde sin duda encontraría el pequeño cofre

con sus pocas, pero valiosas joyas, herencia de familia. Así, con los ojos desorbitados, fue imaginándolo abrir cada uno de los cuatro cajones de la cómoda y, en paralelo, registraba con gran tristeza la pérdida de sus “modestos” objetos apreciables.

El pavor llegó a su clímax al identificar que el ladrón abría el cajón del buró de su marido, donde, de manera imprudente guardaba celosamente una pistola “para la defensa de la vida de ambos ante el eventual ataque de un ladrón”, solía decir paradójicamente su cónyuge.

El hombre encapuchado, en efecto, se estremeció al encontrar el revolver, que decidió introducir en un maletín muy apropiado que localizó en un clóset en el cuarto contiguo. Sólo faltaba el ropero.

El ladrón abrió, con cierta violencia, las puertas de aquel ropero que, atoradas, se resistían a descubrir a su propietaria. Ella levantó los brazos y, como una cantante de ópera, lanzó un terrible grito desatemplado que seguramente se escuchó a varias millas a la redonda. Un aullido aterrador que, viniendo de aquel ropero antiguo de maderas muy gruesas, parecía más bien provenir de la mismísima ultratumba.

El susto para aquel ladrón fue mayúsculo, ¡terrible!. La imagen de aquella mujer con una capa multicolor, con la cara pintada de verde, el cabello naranja, las puntas metálicas plateadas en la cabeza, con los brazos en alto, lanzando aquel grito demoníaco, debió parecerle una aparición infernal. Preso del terror, el ladrón se llevó las manos al pecho y se desplomó aniquilado por un fulminante ataque cardíaco.

La mujer continuó gritando durante unos minutos, hasta que se percató de la absoluta inmovilidad de su atacante. Temblaba al intentar salir del ropero, tropezó sobre el cadáver y gritó todavía más fuerte. Se incorporó de inmediato y salió dando tumbos para

descender despavorida por la escalera. Abrió la puerta principal para salir, pero se regresó de inmediato, pensando que podría haber algún compañero del maleante afuera. Sin cerrar la puerta, se dirigió a la cocina, sacó el cuchillo más grande que encontró en un cajón y esperó unos minutos para calmarse.

Erendiraní continuaba desatornillándose de carcajadas.

Seguía llorando al tomar el teléfono y llamar a su esposo, a quien trató de explicarle lo sucedido entre lágrimas y sollozos.

—¡Cálmate!, —le gritó el esposo en varias ocasiones. Con ese aplomo tan difícil de describir y que solo es característico de los ingleses — Es absolutamente importante que regreses y te percales de si el ladrón continúa en el estado en que lo dejaste.

Subió temblorosa, con el teléfono en una mano y el cuchillo en la otra. Confirmó que el ladrón permanecía inerte, “con las manos en el pecho y los ojos abiertos y muy fijos, mirando hacia el techo”, explicó.

—¡No toques nada, y espera a que vuelva a llamarte en un minuto!”, exclamó el marido.

Ella esperó en el pasillo, entre la recámara y la escalera, mirando de reojo y con pavor el cadáver, hasta que sonó de nuevo el teléfono. En esta ocasión era un abogado, buen amigo de ellos, quien le pidió que le relatara con todo detalle lo acontecido.

—No muevas ni toques absolutamente nada, —le recomendó el consejero— Será muy útil también que no cambies en nada tu indumentaria y, sobre todo, que no te retires la aplicación de esa crema de aguacate, ni los papeles plateados de la cabeza, hasta que llegue la policía. Yo le llamaré.

Tras unos minutos, por la puerta principal, todavía abierta, entraron corriendo dos oficiales de policía que subieron con gran rapidez la escalera y tremendo susto se llevaron al ver en el pasillo a

aquella mujer con la misma imagen terrible que sobrecogió al ladrón, sólo que ahora lloraba a gritos y con un gran cuchillo en la mano, al grado de que uno de los policías al tratar de retroceder, rodó por las escaleras y después tuvo que ser hospitalizado de emergencia.

Los detalles posteriores ya no importan tanto, sólo debo mencionarte que la pareja tuvo que mudarse de población tres semanas después, incapaces de resistir el constante flujo de curiosos visitantes que acudían al pequeño pueblo expresamente para conocer de cerca a aquella mujer, cuya imagen había matado de miedo a un terrible ladrón y había dejado invalido a un oficial de policía.

Erendirani no podía detener el ataque de risa, así que prefirió disculparse para ir al baño, donde continuó con su fiesta de carcajadas por algunos minutos más.

Ya caía la noche cuando se despidieron. Erendirani abrazó varias veces a don Manolo y le prometió que lo visitaría con frecuencia.

—Tiene que contarme todo lo demás —le señaló—. Váyase preparando.

Ya en la carretera, mientras Erendirani confirmaba haber grabado correctamente el relato de don Manolo, don Fidencio pensaba que tal vez nunca antes había regresado a Madrid tan contento y satisfecho de haber visitado el Cortijo del Viento.

Capítulo 10.- *El deseado divorcio*

El lunes completo lo dedicaron Erendirani y Lorenza a impartir el curso-taller a los empleados del restaurante sobre México y, en particular, la cocina mexicana; además, supervisaron en paralelo el equipamiento de la cocina, que avanzaba a pasos vertiginosos bajo la vigilancia personal de la eficiente gerente Jaqueline Serrano. Todo continuaba conforme a lo programado y seguramente estarían listas para inaugurar “Las Delicias del Anáhuac” el 28 de junio, fecha del cumpleaños de Maripili.

La mañana del martes la dedicaron a instalarse en el piso que habían seleccionado, un magnífico departamento situado en el corazón del Barrio de Salamanca, en el número 34 de Claudio Coello, entre las calles Serrano y Velázquez, no muy lejos del Parque de El Retiro. Recibieron los muebles que habían adquirido y los objetos decorativos traídos desde México, gracias al apoyo de la empresa de “Toñito”, el gran amigo de don Fidencio. Fue todo un día de fiesta.

Esa tarde, puntuales las dos, a las tres de la tarde, llegaron Erendirani y Maripili a su comida. Se instalaron y Maripili comenzó:

—Platícame un poco más del taller o curso o lo que sea; me sonó interesante.

—Lo escuché en la radio, en una entrevista. Llamé a la Cámara de Comercio y la chica que me dio detalles terminó de convencerme. Me explicó que se trata de una verdadera institución, de lo mejor de España; un profesor catalán extraordinariamente ameno que escribió un libro de gran éxito, *El negocio de la exportación*. Lo compré, lo leí y ahora soy su admiradora. Creo que debemos escucharlo, sobre todo porque en esta ocasión tratará el tema de la mujer empresaria, y eso

es precisamente en lo que tú y yo pretendemos convertirnos.

—Me encanta la idea; nunca he estado en un evento así. Habrá que registrarnos, ¿no?

—Pues ya lo hice, sólo tenemos que presentarnos.

Erendirani presintió desde que estaban en el Cortijo del Viento que Maripili quería conversar sobre su situación personal, así que lanzó la provocación sin preámbulo.

—¿Cómo va tu relación con Richard últimamente?

—Mal, pero no últimamente. La verdad es que siempre ha ido mal; en todo caso, cada vez peor. No me ha sido fácil aceptar, pero creo que nunca ha ido realmente bien. A veces no sé por qué acepté casarme con él; tal vez pensé que mis amigas me envidiarían. Alto, fuerte, rubio, simpático, de ojos azules, con supuesta formación académica sobresaliente; en fin, el prototipo en México del supuesto hombre ideal. Fui una estúpida superficial. Sabía que a mi padre no le agradaba en lo más mínimo; siempre ha desconfiado de él. No quise reconocerlo, aunque lo sospechaba en el fondo. Poco a poco salió a relucir la verdad, aunque no me tomó mucho tiempo entender que era un hombre vacío, frívolo, interesado sólo en las cosas insustanciales, sobre todo en el dinero, gringo al fin. Ahora estoy segura de que siempre pensó que, a través de mí, se apoderaría algún día de la fortuna de mi padre mediante la herencia. Además, imagino que creyó que algo le tocaría de la riqueza del tío Manolo. Es un hombre despreciable, deshonesto y calculador.

—¿Y el amor, Maripili?

—Al principio pensé que llegaría a amarlo. La realidad es que nunca lo he amado; ahora estoy más segura que nunca. Él sólo se quiere a sí mismo; como buen ególatra, está enamorado de sí mismo.

Erendirani confirmó su impresión de que Richard era un hombre movido exclusivamente por la vanidad, la envidia y la codicia.

Ordenaron los platillos y abrieron una botella de buen vino tinto. Erendirani continuó:

—¿Y has pensado alguna vez en el divorcio?

—¿Que si he pensado en el divorcio? —se sonrió con matiz de burla y agregó—: Ni un solo día de mi vida de casada he dejado de pensar en el divorcio, querida amiga. Sin embargo, es algo que él tiene completamente descartado; me lo ha reiterado en diversas ocasiones: “Jamás te concederé el divorcio”, me ha repetido. “Va contra mis principios religiosos”, me ha dicho el muy cínico. Lo cierto es que no va con su programación financiera a mediano y largo plazo. Todo en él es mentira. Tanto en México como en Madrid perdió algunas prometedoras oportunidades laborales al no poder comprobar con documentos sus supuestos estudios universitarios y de posgrado, que tanto presume tener. Es evidente que es un aventurero y un falso.

—¿Y el trabajo, Maripili?

—Como seguro ya imaginarás, él me presionó y me hizo la vida imposible hasta que acepté recurrir a mi padre para que invirtiera en los dos restaurantes. El muy miserable quería que fueran una “cadena de restaurantes”, muy al estilo americano, como él decía. También habrás adivinado que él se hace cargo de los dos negocios y sólo fingimos que yo administro el de comida gallega. Estoy segura que mi padre lo sabe, es muy inteligente y sensible, pero no sé por qué prefiere mantener la simulación y actuar como si nos creyera. A veces me siento como encerrada en un calabozo, y otras, como hundida en el fondo de un pozo.

—¡Ánimo, comadre! No todo está perdido. Si estás convencida de querer el divorcio, yo te ayudaré a encontrar una fórmula para lograrlo. Haremos un plan, pero primero definiremos una “estrategia

de acción”, como dice en su libro ese tal José María Lacalle. Primero lo escucharemos para ver qué nos dice. “Salud, Maripili. Aún tienes una hermosa vida que vivir”.

Acordaron encontrarse dos días después en la Cámara de Comercio de Madrid, frente a la Puerta de Alcalá.

CAPÍTULO 11.- *El taller del profesor Lacalle*

Eran treinta y dos las mujeres participantes en el taller. El vicepresidente de la Cámara presentó al profesor José María Lacalle, pletórico de elogios y con antecedentes profesionales impresionantes, que se confirmaron conforme avanzaba el taller.

Muy pronto, las palabras del profesor indicaron por qué aguas habría de navegar. Comenzó diciendo:

—La inequidad y desigualdad son situaciones que afrontan todas las mujeres del mundo. Es una injusticia, pero es así. Comenzaremos identificando, para España, cuáles son los principales obstáculos estructurales que enfrentan las mujeres emprendedoras para participar en la actividad empresarial. Sois treinta y dos; os integrareis en cuatro grupos de ocho. Discutiréis durante una hora cuáles son, en vuestra opinión, esos obstáculos y trataréis de llegar a una conclusión común sobre los más importantes. Luego veremos en qué medida coinciden vuestras conclusiones con las que reconocen las principales agencias de Naciones Unidas. No perdamos tiempo, organizaos.

Rápidamente se formaron los ocho grupos y comenzó el debate con un ruido creciente que gradualmente se convirtió en verdadero escándalo. Lo notable es que todas, sin excepción, buscaban expresar su opinión.

Esa discusión ya justificaba haber asistido al taller. Se debatió con interés, entusiasmo e incluso pasión.

Al concluir, el profesor Lacalle interrumpió e instruyó:

—Bien, basta por ahora. La representante de cada grupo pasará a presentar las conclusiones a que han llegado sobre los principales obstáculos que enfrentan las mujeres españolas para convertirse en

empresarias. Cada representante expuso brevemente cuatro o cinco obstáculos principales. Al concluir las presentaciones, el profesor expuso: —Hay grandes similitudes entre lo que pensáis y lo que opina Naciones Unidas; comentemos los casos en que se coincide:

“Las tareas domésticas:” Todas señalaron como uno de los principales obstáculos para participar en la vida empresarial a las funciones y tareas asignadas a las mujeres por tradición y costumbres. Aunque la responsabilidad es de ambos, casi ningún hombre reconoce la desigualdad. Algunos aceptan que sus esposas tengan negocios productivos pero “sin descuidar” el cuidado del hogar y los hijos. El trabajo femenino implica asumir las tareas de ama de casa además de su emprendimiento, algo que pocos hombres están dispuestos a compartir. El cambio se da lentamente, sobre todo en estratos con menor ingreso y educación. Incluso en altos estratos, algunas mujeres se oponen con vehemencia al cambio, quizás porque transferirían esas tareas a otras mujeres pobres, trabajadoras domésticas, a menudo explotadas y maltratadas.

“Un mundo hecho para hombres” El sistema social y el marco normativo privilegian a los hombres. Aunque en la retórica se defienden derechos iguales, los horarios laborales no permiten compartir obligaciones familiares. Se espera que la mujer suspenda actividades para atender emergencias escolares, algo que los jefes suelen permitir sólo a madres, no a padres. Esta desigualdad estructural dificulta la participación femenina.

“La actitud de algunos maridos” En efecto, algunos hombres consideran los trabajos de sus parejas secundarios y complementarios al suyo, y exigen que previamente cumplan sus responsabilidades de madre y ama de casa. Otros se sienten con derecho a autorizar o negar las iniciativas de ellas. En algunos casos, si la mujer supera en ingresos al hombre, la reacción puede ser agresiva o violenta, aunque

últimamente muchos se acostumbran rápidamente a transferir a sus mujeres algunos gastos familiares.

“No propiedad de bienes inmuebles:” Aunque ha habido avances, sigue siendo habitual en España que los bienes adquiridos en el matrimonio estén a nombre del hombre, afectando la independencia económica femenina. En algunas comunidades se niega el derecho formal de propiedad a las mujeres, incluso de la tierra.

“Problemas de acceso a recursos financieros” Normalmente el hombre es el titular del ingreso familiar y la sociedad sólo retribuye su trabajo. Si el hombre emplea a terceros para tareas domésticas, debe pagarles, pero a su mujer nada. Los bancos prefieren respaldar créditos a hombres y exigen a mujeres antecedentes empresariales que muchas no tienen; esta es una barrera importante.

“Poca preparación y experiencia” Tradicionalmente se ha considerado natural que los hombres incursionen en negocios. Las mujeres suelen tener menos experiencia y formación. Aunque avanzan lentamente, estadísticamente los negocios administrados por mujeres son más duraderos.

El profesor añadió:

—Vuestra opinión coincide con las Naciones Unidas en estos seis obstáculos, pero hay dos más que no mencionasteis:

Primero, *“la poca confianza y baja autoestima”*, que proviene de las propias mujeres, que sienten falta de seguridad ante la ausencia de precedentes exitosos. Muchas “no se la creen” y algunas piensan que invaden territorio masculino, creencia alimentada por hombres. Esta desventaja disminuye cuando hay apoyo mutuo entre mujeres y difusión de experiencias exitosas.

Segundo, *“las propias mujeres”*. Suelen mostrar solidaridad en iniciativas colectivas, salvo en competencia empresarial, donde se critican severamente y destruyen reputaciones sin pruebas ni evi-den-

cias. Esto debe superarse con mayor solidaridad, comprensión y complicitad, como hacen los hombres.

Os invito a reflexionar sobre estos ocho obstáculos estructurales que dificultan la participación femenina en la actividad empresarial. Mañana me indicarán cuáles, en su opinión, son las dos más importantes para España, antes de hablar de las ventajas comparativas que las mujeres tienen para ejercer la actividad empresarial. Hasta mañana.

Maripili y Erendirani salieron de la Cámara de Comercio impactadas y desalentadas. Nunca habían escuchado una exposición tan profunda sobre este tema.

—Invítame unos churros con chocolate en la Chocolatería San Ginés —pidió Erendirani—, que se ha convertido en mi escape predilecto. Me encantan esos churros y ese delicioso chocolate. Tenemos mucho que comentar.

Ya instaladas y habiendo ordenado, Maripili reveló:

—¡Guau! Esta tarde he aprendido más que todo lo que aprendí en el posgrado en Estados Unidos.

—¿Qué bárbaro? —señaló Erendirani—. Este tipo es un “fre-gón”. Notaste que no sólo explicaba los obstáculos, sino que también manifestaba su desacuerdo. La cuestión es que estamos jodidas, en España, México y el mundo. “¡Pinches hombres!” Habrá que esperar que las “ventajas comparativas” de mañana sean muchas y muy efectivas para hacer frente a tanto obstáculo.

Antes de despedirse, Erendirani le planteó que en el restaurante de cocina mexicana necesitaban contratar sus servicios profesionales como diseñadora.

—Creo que necesitaremos un logotipo y que decores los muros con lo que creas más apropiado, elegante y mexicano.

A Maripili le encantó la idea y se la agradeció.

Erendirani insistió en que debía pagarle por ello. Ella no aceptó pero propuso:

—Por supuesto que no, Erendirani, pero te propongo que si voy a ser tu asesora en diseño, tú seas mi consejera en asuntos de negocios. Ayer, con imperdonable trivialidad, Richard me amenazó con retirarse por completo de la administración del restaurante de comida gallega. Pensó que me asustaría, pero le acepté de inmediato. Le aseguré que a partir de hoy me hago cargo de esa función y no discutí más. Tu apoyo será fundamental para implementar esta decisión. Mañana, a primera hora, te visitaré en el nuevo restaurante con propuestas de logotipo y estrategia de imagen.

—Y mañana mismo —respondió Erendirani—nos vamos al restaurante gallego a recabar la mayor información necesaria para diseñar un plan estratégico. ¡Faltaba más, comadre!

Capítulo 12.- Construyendo el sueño

Lorenza había decidido realizar los primeros simulacros en su cocina mágica con el fin de verificar que disponía de todos los utensilios e ingredientes necesarios, y de que el personal conocía bien los platillos que más adelante habría de servir y explicar a los futuros clientes.

Maripili llegó alrededor de las once, verdaderamente entusiasmada, con tres propuestas de logotipo para “Las Delicias del Anáhuac”. Fue muy difícil elegir una definitiva, ya que todas eran excelentes. Finalmente, las tres coincidieron en una única elección. También trajo propuestas de diseño para facturas, notas, sobres, recibos y tarjetas de presentación, y ofreció llevar pronto los diseños de los carteles, tarjetas promocionales, folletos, flyers y la página web

—He pensado —indicó Maripili— que, en cuanto a la decoración de los muros, deberíamos optar por marcos muy sobrios con fotografías, en color y en blanco y negro, de imágenes representativas de México: paisajes, ciudades, pueblos y algunas personalidades mexicanas conocidas especialmente en España.

—Excelente —señaló Erendirani—. Podríamos dedicar un mural a reproducciones de los principales pintores.

—Y otro para fotos de actores, actrices y cantantes, sobre todo los que han triunfado en España —propuso Lorenza.

—¿Y qué me dicen de los principales escritores mexicanos? —agregó Maripili.

—Y algunas fotografías de hechos históricos —añadió Erendirani—. Como iremos cambiando semanalmente el origen de los platillos, también podríamos alternar las imágenes para relacionarlas

con las regiones.

—A mí me gustaría —expresó Lorenza— que en una pared pusieramos fotos de las frutas y verduras que México ha aportado al mundo.

Las tres estaban verdaderamente emocionadas con los nuevos planes.

Llamaron al contador Plácido García y le preguntaron si aceptaría incorporarse también al restaurante de comida gallega. Él aceptó encantado, sobre todo al enterarse de que ya no tendría que tratar con mister Richard. Las nuevas condiciones serían las mismas que había acordado con Erendirani para el restaurante mexicano.

Maripili se dirigió a la cocina para hablar con Lorenza, pues también había propuesto decorar la cocina con cazuelas y ollas de barro, como las de las antiguas haciendas mexicanas.

Plácido García presentó a Erendirani la relación de procedimientos para la administración y contabilidad del restaurante —con una explicación concisa y clara— que ahora también se extenderían al de cocina gallega, además de la propuesta de reportes semanales breves y sucintos que ella recibiría para su aprobación.

—Los reportes semanales deberán ser firmados, conforme, por todos y cada uno de los trabajadores y empleados del restaurante —indicó Erendirani.

—Pero, doña Erendirani, ¿por el personal? —replicó Plácido— ¿No cree que esto es un asunto entre la administradora y su contador?

—Para empezar, te agradeceré que elimines el “doña” y me trates de tú. Aquí todos nos llamamos de tú, somos marineros del mismo barco. Y, para continuar, mi respuesta es no. En nuestra relación prevalecerá la más absoluta transparencia; todos tendrán la oportunidad de opinar y de aprobar.

—Está bien, como tú digas, Erendirani. Quisiera aprovechar para confesarte algo que no te dije antes y que quizás estuvo mal. Resulta que el mismo día que me corrió mister Richard de los otros dos restaurantes, procedí a fotografiar todos sus estados de cuenta bancarios de los últimos cinco años; pensé que en algún momento podrían resultar del interés de don Fidencio. ¿Hice mal?

—Sí —respondió ella—, pero ahora ya lo hiciste, así que prepárame una copia y guarda los originales. Ya veremos más adelante.

Comieron todos aquel pollo en pipián de Lorenza, que estaba simplemente exquisito, acompañado de unos chongos zamoranos espléndidos, terminando con un Kahlúa como digestivo. Las cosas pintaban bien.

Capítulo 13.- *Las ventajas comparativas*

El profesor José María Lacalle los esperaba ya en el aula y las fue recibiendo con un saludo cordial y una agradable sonrisa.

—Bueno, antes de comenzar con las ventajas comparativas de las mujeres emprendedoras, quisiera que cada una de vosotras me indicase cuáles fueron, en vuestra opinión personal, los dos obstáculos que consideráis más importantes y trascendentes en España de entre los ocho que analizamos.

Fue una coincidencia interesante y elocuente, pues todas, absolutamente todas, señalaron como los más importantes justo a los dos últimos obstáculos, aquellos que no habían considerado en un principio: los referidos a la falta de confianza en sí mismas y los ataques entre las propias mujeres.

—Solo quisiera resaltar —destacó Lacalle— que son los únicos obstáculos cuya solución depende exclusivamente de vosotras. Nadie más puede hacer nada por resolverlos.

—En cuanto al segundo tema —continuó—, debo deciros que una de las razones por las que se ha decidido en un sinnúmero de países respaldar a las mujeres emprendedoras es que, en efecto, las mujeres disponen de ciertas ventajas competitivas que derivan de su condición de género y que confirman a la mujer cada vez más como una administradora eficiente, responsable y competitiva.

Debe aclararse que, en el caso de España, estas ventajas se manifiestan sobre todo en las mujeres de niveles medios hacia abajo, acrecentándose a medida que se desciende en niveles de mayor pobreza y tendiendo a desaparecer conforme se asciende a los de mayor riqueza. También debeiera precisarse que no se considera que las mujeres simplemente nacieron como mejores empresarias que los

varones, sino que se reconoce que esta capacidad se ha desarrollado en virtud de los roles que la tradición y las costumbres le han asignado a las mujeres; sobre todo en los estratos de menores ingresos. Esta asignación se ha traducido en el desarrollo de ciertas habilidades particulares que, cuando se aplican a la actividad productiva-empresarial, adquieren una trascendencia significativa y una capacidad estratégica de competencia.

Son muy diversas las ventajas comparativas que se reconocen a las mujeres emprendedoras en el mundo, dependiendo de cada país. A continuación, destacaremos algunas de estas ventajas que, en mi opinión, prevalecen en las mujeres emprendedoras españolas y que explican, en buena medida, la considerablemente mayor sobrevivencia de empresas administradas por mujeres en el país.

El profesor Lacalle se aproximó al pizarrón y anotó la primera: *“Mayor formalidad en el cumplimiento de compromisos”*.

—La experiencia demuestra que la mujer empresaria o productora asume con mayor responsabilidad sus compromisos. Estudios e indicadores de diversos organismos financieros nacionales e internacionales, así como fundaciones y agencias bilaterales de cooperación para el desarrollo, coinciden en señalar que los niveles de cartera vencida, en el caso de las mujeres acreditadas, son considerablemente inferiores al de los varones. Este diferencial se acrecienta aún más en épocas de dificultades o crisis económicas generalizadas. *“Las mujeres pagan, aunque no tengan”*, asevera Nancy Barry, presidenta del Banco Mundial de la Mujer. En España, este es un hecho incuestionable y cada vez es más reconocido por el sistema financiero formal.

—Pero la mujer no solo se ha caracterizado como confiable en el cumplimiento de sus obligaciones crediticias, sino que, además, esta seriedad en el respeto de compromisos se manifiesta también

en la relación comercial interempresarial, sobre todo en los casos en que la unidad productiva actúa como proveedora o cliente de otras unidades productivas. Esta actitud responsable tiende a convertirse en una ventaja competitiva determinante. No cabe duda de que la certidumbre en el cumplimiento de compromisos de suministro que proporcionan las pequeñas unidades productivas administradas por mujeres tiende a convertirse en un factor estratégico en un contexto de creciente interdependencia productiva. En España, bastaría preguntar a cualquier empresario que disponga como proveedores a empresas administradas por hombres y mujeres, cuál es su experiencia en cuanto a niveles de incumplimiento.

—Ya ves, comadre —masculló Erendirani a Maripili—, somos más cumplidoras.

—La segunda ventaja —anotó el profesor Lacalle— se refiere a *“Una perspectiva de mediano y largo plazo”*. En el mundo y también en España, las mujeres han demostrado poseer una ventaja singularmente importante al incorporar al mediano y largo plazos entre las consideraciones principales de sus decisiones, con mayor formalidad y compromiso que los varones. En la administración de una empresa y en el ejercicio de una actividad productiva, esta previsión tiene una mayor significación y tiende a convertirse en una ventaja competitiva determinante.

—La mujer emprendedora que puede vislumbrar y precisar el largo plazo, puede planear y programar sin presiones su avance a través de las diversas fases de su propia evolución. En nuestro país, si se invita a un emprendedor hombre a participar en un negocio que aportará ganancias significativas a partir del sexto o séptimo año, seguramente dirá: “Pero estáis colgado, eso no es negocio”. Si se hace lo mismo con una mujer emprendedora, es muy probable que acepte y que reflexione: “Juanito tendrá trece años y Lucía ocho”.

Maripili confesó a Erendirani con una sonrisa de satisfacción:

—Es curioso, yo ya he estado imaginando nuestros restaurantes dentro de cinco años.

—¡Et voilà!, la tercera —escribió el profesor Lacalle en el pizarrón—: “*Mayor prudencia en la asunción de riesgos*”.

La mujer española se ha caracterizado por otorgarle un valor importante al patrimonio familiar, y en el caso de las comunidades más pobres, la unidad productiva suele formar parte vital del patrimonio familiar. Parece cierto que la mujer empresaria o productora está siempre dispuesta a realizar un esfuerzo adicional y a mantener una estricta disciplina para construir y proteger su patrimonio. También es cierto que, para poner el patrimonio en posición de riesgo, la mujer actúa generalmente con particular y, en ocasiones, hasta exagerada prudencia. Los hombres españoles tienden a poner en riesgo sus propiedades e incluso las de su madre, padre, hermana, cuñado, amigos y de todos los que se dejen, con extraordinaria facilidad.

—Las mujeres emprendedoras son, en efecto, extremadamente cautelosas para asumir riesgos. Esta es una conclusión compartida por la mayoría de las instituciones financieras y organismos no gubernamentales que atienden a mujeres empresarias en Europa y, podría decirse que en el mundo. También es cierto que el riesgo de excesiva cautela tiende a disminuir a medida que la mujer avanza en un proceso de capacitación empresarial, aun cuando la prudencia se mantiene siempre como una ventaja competitiva para acceder al financiamiento formal.

—¡Es que eres muy tacaña, comadre! —le criticó Erendirani a Maripili.

—Pasemos a la cuarta, que es la “*Mayor experiencia y capacidad en la administración de recursos financieros*”. La tradicional encomienda que se ha hecho a la mujer española de administrar el

hogar, y en particular el gasto familiar, le ha otorgado una formación sólida para manejar recursos financieros con particular eficacia y una apreciable dosis de austeridad. Cuando esta capacidad y experiencia se manifiestan en la actividad productiva, se traducen en una administración cuidadosa y eficaz de los recursos financieros del negocio: una gestión en la que los gastos innecesarios tienden a disminuirse o incluso a no presentarse, ampliando considerablemente las perspectivas de permanencia y evolución de la unidad productiva.

—Cabe señalar que esta ventaja se torna estratégica si las mujeres participan en forma colateral en las tareas de administración y control del financiamiento comunitario. Debo destacar nuevamente que esta ventaja se manifiesta sobre todo en mujeres de ingresos medios o bajos, pero tiende a desaparecer conforme ascienden en los niveles económicos. Parece ser que las mujeres muy ricas suelen ser pésimas administradoras de recursos financieros.

—Basta con que olvides tus sueños de volverte bien rica, Erendirani —sentenció Maripili sonriendo— y todo resuelto.

—Ahora, la quinta —continuó el profesor José María Lacalle, escribiendo en el pizarrón: *“Mayor capacidad para administrar recursos humanos”*—.

Las mujeres han recibido tradicionalmente la encomienda de educar y atender a los hijos, lo que les ha otorgado una capacidad especial para administrar mejor los recursos humanos de una empresa; no solo con una relación de mayor comprensión, sino con mayores posibilidades de que los trabajadores y empleados asuman un mayor compromiso con la eficaz operación de la empresa, lo cual se traduce, a su vez, en una mayor competitividad.

—Creo que debes tener hijos antes de divorciarte, mi querida Maripili —apuntó Erendirani.

—Y tú, aunque no te cases, comadre —respondió Maripili.

Ambas se cubrieron la boca para evitar que el profesor José María Lacalle fuera a pensar que se reían de lo que él decía.

—Pasemos a la sexta, que se refiere a la *“Mayor capacidad de las mujeres para concretar iniciativas de colaboración”*. Es cierto lo que ya señalamos, que las mujeres tienden a atacarse cuando trabajan en una misma organización, pero también es verdad lo que la experiencia parece confirmar: las mujeres emprendedoras manifiestan una actitud favorable y una buena disposición para organizarse con otras mujeres y participar en iniciativas empresariales conjuntas de interés común, sin perder su iniciativa individual. Las mujeres aceptan con mayor facilidad que prevalezca el beneficio colectivo sobre el provecho individual; esta es una realidad inobjetable. Esta ventaja puede ser decisiva ante una realidad reconocida mundialmente: Que el principal problema de las unidades productivas más pequeñas no se deriva de su condición de pequeñas, sino de que actúan solas.

—La séptima ventaja es que las mujeres españolas, especialmente las de bajos ingresos, hacen por lo general *“Un uso más racional de su poder de compra”*. Esta buena práctica, reconocida por los hombres, la ejercen las mujeres durante buena parte de su vida. En la actividad empresarial identificar las cualidades de cada producto o insumo que se adquiere, realizar comparaciones objetivas, reduce frecuentemente los costos y aumenta la competitividad, incrementando las expectativas de sobrevivencia y desarrollo de la unidad productiva. Cuando un hombre tiene que hacerse cargo temporalmente del gasto familiar, nunca le alcanza; algo parecido le suele acontecer en el negocio.

—Ahora sí vamos a hacer compras inteligentes en ese restaurante gallego, ya verás —le escribió en una hoja de papel, Erendirani a Maripili, quien sonrió contenta.

—Y ahora vamos a la octava: —señaló Lacalle— *“La mayor*

capacidad de persuasión. En términos generales, las mujeres emprendedoras muestran una capacidad natural para convencer. Esta ventaja es especialmente notable en los estratos de menores ingresos, donde la credibilidad de las mujeres suele ser mucho mayor que la de los varones. Esta habilidad no solo es útil, sino que incluso puede ser trascendental en los procesos cotidianos de negociación en la administración empresarial. Ningún hombre puede negar que la mujer generalmente dispone de mayores y mejores argumentos para persuadir.

—Uy... sí, son muy débiles, pobrecitos —reconoció Erendirani antes de que comenzara la novena ventaja comparativa, *la “Mayor capacidad para administrar inventarios”*.

—Al encargarse por tradición del funcionamiento del hogar, las mujeres adquieren una capacidad especial para administrar con eficiencia y racionalidad los inventarios de consumo familiar. Nunca debe faltar lo necesario y tampoco debe excederse en su existencia; es un principio que aplican en su quehacer cotidiano. Cuando esta práctica se extiende a la “administración productiva de inventarios”, se obtienen ventajas significativas, que pueden ser determinantes en el éxito de una empresa.

Bastaría visitar el departamento de un hombre y el de una mujer, solteros ambos, y abrir la alacena para percatarse de la enorme diferencia en la capacidad de administrar inventarios. En el caso de ella, encontrarán todo lo que se requiere, en las proporciones adecuadas para conservarse en buen estado. En el de él, seguramente hallarán siete latas de atún, pero faltará el aceite, cinco latas de cerveza, pero no hay sal, trozos de quesos muy variados, pero la mitad echados a perder.

—¡Joder! —exclamó Maripili—, este tío nos conoce de verdad.

—La décima ventaja comparativa para las mujeres es la *“Mayor capacidad de efectuar diversas acciones de manera simultánea*, apuntó José María Lacalle. Es incuestionable que las mujeres tienen una capacidad especial para realizar tareas muy diversas a un mismo tiempo. Basta contemplarlas al preparar el desayuno: mueven la sartén, sirven la comida, levantan un plato sucio, hablan por teléfono, mecen la cuna con el pie, mientras terminan de alistar a los hijos mayores para ir al colegio. Es impresionante. También basta ver a un grupo de amigas conversando en un restaurante, donde todas hablan al mismo tiempo y, sin embargo, se entienden perfectamente.

—Cuando el marido está viendo el fútbol y la mujer se acerca preguntando: “¿Dónde están las llaves del auto?”, él responde: “¿Ehhh?”. Ella insiste: “¿Qué dónde están las llaves del auto?”, y él replica: “¡Pues que no ves que estoy viendo el fútbol!”. “Pero solo te estoy preguntando dónde están las llaves, joder”, dice ella. “¡Pues sí, joder!, pero tengo que dejar de ver el fútbol para pensar dónde están las llaves”, responde él.

—Nosotros somos de una por una, como en el teatro; vosotras no entendéis. Hay explicaciones sociológicas e incluso antropológicas que explican esta diferencia. Lo cierto es que esta cualidad, cuando se transfiere a la práctica productiva-empresarial, produce resultados sorprendentes. En ciertas actividades, esta versatilidad femenina puede traducirse en una ventaja relativa determinante, al grado que puede convertir a pequeñas empresas administradas por mujeres en competidoras peligrosas y adversarias temibles.

Todas las asistentes estallaron en una carcajada compartida, confirmando con su respectiva experiencia la veracidad de esta notable diferencia.

—He aquí la undécima ventaja: *“Mayor cumplimiento de obligaciones laborales”*. Las unidades productivas administradas por mu-

jeros muestran mayor solidaridad y conciencia social para cumplir con las responsabilidades laborales. Probablemente, debido a una capacidad maternal que comprenden mejor las implicaciones de la seguridad social en la tranquilidad familiar de sus colaboradores.

—Esta actitud de solidaridad y conciencia social permite disponer de personal más satisfecho y concentrado, reduciendo significativamente los niveles de rotación de trabajadores y empleados, lo que finalmente se traduce en mayores índices de productividad. Además, contribuye de manera significativa a la prevalencia de los principios del trabajo decente, elevando las expectativas de rentabilidad, como han demostrado las mejores prácticas internacionales.

—Es cierto —interrumpió una asistente—, los hombres son explotadores por naturaleza.

—Pasemos a la duodécima, que todavía hay más —sugirió Lacalle—: *“Mayor honestidad profesional”*. En España, esta ventaja comparativa es manifiesta y prácticamente reconocida por todos, sin importar el género. Las mujeres, especialmente en los estratos de menores ingresos, muestran mayor honestidad al ocuparse de un negocio productivo, comercial o de servicios. Casi siempre procuran cumplir con las disposiciones normativas que regulan su actividad, a diferencia de muchos hombres que suelen buscar rendijas para evadir sus obligaciones legales. La honestidad profesional se traduce, por lo general, en mejores resultados a mediano y largo plazo.

Si la oferta de una mujer empresaria es rechazada por no cumplir ciertos requisitos, ellas suelen aceptar las razones y tratan de realizar los ajustes necesarios para mejorar y obtener mejores resultados en una siguiente oportunidad, pero no mienten ni recurren a prácticas ilegales o corruptas, aunque pierdan el pedido, a diferencia de muchos hombres que recurren a la práctica de corromper o buscar el apoyo influyente para salvar el escollo, prácticas que permiten

algunas veces concretar la operación de compraventa, pero no inciden en mejorar los índices de competitividad .

—¡Ah, eso sí! —se escucho comentar—. Entre nosotras solo unas pocas no son honestas, mientras que casi todos ellos son unos sinvergüenzas.

Lacalle se rio y agregó:

—La decimotercera ventaja es la “*Mayor perseverancia*”. La mujer administradora de un pequeño negocio suele mostrar más perseverancia para alcanzar sus objetivos a mediano y largo plazo. No se desespera ni desanima, si no que persiste hasta lograr lo que muchos varones abandonan en el camino. Esta paciencia es una cualidad fundamental en la competitividad empresarial. “Si el hombre fuera constante, sería perfecto”, decía Shakespeare.

—Reflexionemos ahora en la decimocuarta ventaja: “*Una mayor apreciación del factor diseño*”. El diseño, como factor transversal de competitividad, adquiere cada vez mayor relevancia en la actividad empresarial global. Las mujeres suelen mostrar mejor gusto y mayor aprecio por el diseño, incorporándolo más fácilmente en todos los ámbitos de la gestión empresarial. Esta es una gran y creciente ventaja.

—¡Este hombre sabe todo lo verdaderamente importante! —señaló Maripili—. Qué maravilla escucharlo.

—La siguiente ventaja es la “*Mayor austeridad en el gasto*”. Cuando un varón es nombrado director de una pequeña empresa, lo primero que piensa es en tener un despacho grande, con alfombra, muebles caros, computadora moderna, aunque no la domine, sala de juntas, sala de espera o sofá, y una tarjeta de crédito empresarial porque los hombres hemos inventado que es en las comidas donde se cierran los negocios importantes. Esto genera gastos improductivos difíciles de cubrir, sobre todo al inicio. La mujer, en cambio, se las

arregla con lo esencial: una mesa modesta, un ordenador sencillo, usado tal vez, y si hay ingresos extra, los destina a comprar una máquina de coser o a otorgar un bono especial al personal. La mujer es austera por naturaleza, a veces excesivamente ahorrativa, pero esta austeridad es siempre una ventaja empresarial determinante.

—Yo podría dar testimonio de todo esto —señaló Maripili—. Es absolutamente cierto.

—Pasamos a la decimosexta: “*Mayor compromiso comunitario*”. Las unidades productivas que muestran mayor compromiso con su comunidad suelen tener mayor aceptación y logran perdurar más. Las mujeres emprendedoras demuestran una mayor propensión al esfuerzo común y la responsabilidad compartida, razón por la cual sus negocios son bienvenidos. Esta conducta fraterna es, sin duda, una ventaja empresarial.

—¡Qué verdad más grande! —comentó otra participante.

—Finalmente, la decimoséptima ventaja: la “*Solidaridad de género*”. Me detendré un poco en esta reflexión porque considero que es una de las ventajas comparativas de mayor trascendencia.

En todo el mundo, se ha confirmado que existe solidaridad entre mujeres. En España, las mujeres compradoras, que constituyen la mayoría, otorgan especial importancia a que la oferta productiva provenga fundamentalmente del trabajo femenino. Probablemente lo hacen por identificación y porque confían en que el dinero que ingresan a las mujeres se gastará con mayor racionalidad en beneficio de la familia, la comunidad y el país.

En España, cuando los ingresos familiares de estratos medios y bajos son administrados por mujeres emprendedoras, se destina un porcentaje muy superior a cubrir necesidades esenciales de la familia en materia de alimentación, vestido, salud, vivienda y educación. Una ventaja muy relevante de las emprendedoras mujeres, que se ha con-

firmado en algunos estudios que han realizado diversas organizaciones internacionales, como el reciente de la Organización Mundial de Comercio que demuestra que cuando los recursos ingresan al hogar por conducto de las mujeres el 90% en promedio se destina a satisfacer las necesidades esenciales de la familia, en tanto que en el caso de los hombres este porcentaje asciende a solo 45% —¿Cómo reaccionaría un hombre comprador si le dijera que debe preferir un producto porque fue elaborado exclusivamente por varones? Seguramente se reiría.

Si las políticas públicas realmente quieren impactar en la lucha contra la pobreza y mejorar el bienestar de futuras generaciones, deberán canalizar la mayor parte de los recursos de fomento del desarrollo a través de las mujeres. Esta es una reflexión que también pueden hacer las propias mujeres compradoras.

Otorgar prioridad a las iniciativas productivas de mujeres en las decisiones de compra y en estrategias de desarrollo equitativo no discrimina a los hombres, sino que es una medida compensatoria por siglos de exclusión feminista en España.

Finalmente, debo señalar que la realidad mundial demuestra que las mujeres pueden desempeñar prácticamente todo tipo de actividades laborales y profesionales al igual que los hombres, y en muchas ocasiones con mayor eficiencia y responsabilidad.

Hemos llegado al final del taller. Sin embargo, antes de despedirme, quiero invitarlas a reflexionar sobre algunos mensajes de mujeres destacadas que superaron los obstáculos señalados y capitalizaron las ventajas comparativas mencionadas:

“Algunas mujeres están destinadas a cambiar el mundo, mientras otras a mantenerlo unido”, reflexión de Jodi Lynn Picoult, escritora galardonada; *“No debemos permitir que las percepciones limitadas de otros nos definan”,* propuso Virginia Satir, escritora y

psicoterapeuta; *“Las mujeres sienten que necesitan aprobación para hacer las cosas, debemos liderar, tomar las riendas y cambiar eso”*, propone Emma Watson, actriz británica; *“Ganamos fuerza, coraje y confianza cada vez que miramos al miedo a la cara. Debemos hacerlo que creemos que no podemos”*, afirmó Eleanor Roosevelt; *“Necesitamos guiar a las mujeres para que dejen de disculparse, es hora de tomar control sobre nuestros éxitos y fracasos”*, sugirió Tory Burch, diseñadora y filántropa; *“Que las mujeres sean mejores que los hombres no puedo asegurarlo, pero sí que no son peores”*, afirmó Golda Meir, legendaria primera ministra de Israel; *“La pregunta no es quién me lo va a permitir, sino quién me va a detener”*, expresó Ayn Rand, escritora; y, finalmente, Nancy Barry, expresidenta del Banco Mundial de la Mujer, sentenció: *“Serán sin duda las mujeres quienes construirán la nueva realidad que merecen los niños de hoy. La capacidad la tienen; solo hace falta que ganen un poco más de confianza en sí mismas y se atrevan”*.

Muchas gracias y hasta pronto.

Estallaron todas las asistentes en un gran aplauso. Se pusieron de pie y comenzaron a gritar: *«¡Que vivan las mujeres, que vivan las mujeres, que vivan las mujeres!»* y se abrazaron entre sí. Era un gran momento para ellas.

Celebraron genuinamente, impresionadas con el taller, durante el vino de honor ofrecido para despedir al profesor Lacalle, quien a partir de ese momento sería líder moral de un movimiento que comenzaba con fanfarrias. Intercambiaron datos y prometieron reunirse pronto en el restaurante mexicano. Gracias a José María Lacalle, Erendirani ya tenía, de golpe, treinta amigas más.

—¡Gracias mil, maestro! —gritó una.

—¡Qué maravilla! —gritó otra—. He aprendido más que en toda mi vida.

—¡Vaya provocador y gran profesor que es usted, don José María! —señaló una tercera.

Otra más brindó con él diciéndole:

—Oiga, profesor, ¿no se quiere casar conmigo?

Maripili abrazó muy fuerte a Erendirani y le agradeció:

—Tú y este taller me han cambiado la vida. Ahora soy otra. Ahora soy yo, sé quién soy, y me gusta. Nada me detendrá.

—Fue un acierto venir. Tenemos que analizar y discutir cada obstáculo y cada ventaja para hacerles frente —destacó Erendirani, y agregó—: ¡Nos vamos a atrever! Y lo vamos a lograr. ¡Faltaba más!

Capítulo 14.- *De nuevo al cortijo*

Erendirani dedicó casi toda la noche a contarle a Lorenza lo que había aprendido en esos dos días inolvidables. Lorenza se emocionaba y comentaba exaltada cada obstáculo, pero sobre todo se regocijaba con cada una de las ventajas comparativas, ante las que exclamaba: ¡Claro que sí! ¡Tiene toda la razón! ¡Nunca lo había pensado! ¡Qué bárbaro! ¡Ese tipo es un fregón!

Se ponían ambas el pijama cuando Lorenza compartió:

—Pues, ¿cómo ves, comadre? Me llamó Rodrigo, el gitanillo aquel del avión, y me invitó a irnos mañana sábado “de marcha”.

—¿De marcha? —preguntó Erendirani, sorprendida—. ¿Y eso qué es?

—Pues, sepa la bola, comadre, pero no quise preguntar pa no verme tan mensa; solo espero que no sea algo así como ponerse a marchar de verdad, porque en esas cuestiones castrenses yo soy muy malita.

—Yo salgo temprano —informó Erendirani—. Me voy al Cortijo del Viento a ver y, sobre todo, a conversar, y más que nada a escuchar a don Manolo. Seguramente regreso hasta el lunes, así que ahí te quedas con el hogar. Solo te recomiendo que el gitano no vaya a besuquear mi almohada. En tu cama, lo que quieras, comadre.

—¡Estás loca! Te pasas —replicó Lorenza, carcajeándose.

Aún no habían adquirido el automóvil que habían decidido comprar, así que ese sábado viajó en autobús y disfrutó intensamente el trayecto; contemplaba aquellos paisajes magníficos, leía vorazmente el libro “El juego del ángel”, parte de la trilogía magistral de

Carlos Ruiz Zafón, que, en algún momento, le había prestado acertadamente don Manolo, y recordaba lo que venturosamente había aprendido en ese súper taller de la Cámara de Comercio.

El tío Manolo se había dormido el día anterior con la certeza de que al día siguiente lo visitaría su nueva y ya entrañable amiga Erendirani, por lo que no le sorprendió su llegada al Cortijo. La recibió con un abrazo afectuoso y un beso en la mejilla.

—Llegas justo a tiempo para alegrarnos la comida —le afirmó—. Y pidió a su escudero Lucas que llevara su maleta a la mejor habitación del Cortijo.

—¿Qué tal un buen aperitivo? —preguntó—. Tengo un tequila y un mezcal soberbios, como no te imaginas.

Después de saludar con especial gusto a la tía Inocencia, que también visitaba el Cortijo, y a doña Cayetana, la emperatriz de la cocina, Erendirani y don Manolo se instalaron en la terraza, con una copa en la mano y aquella vista que invitaba a soñar.

—¿Cómo va ese restaurante? —preguntó don Manolo—. ¿Avanza todo según lo previsto?

—Pues creo que sí —respondió ella—. Creo que podremos inaugurar justo el día del cumpleaños de Maripili. Con la novedad de que ya tiene usted una nueva casa en Madrid, en el corazón del Barrio de Salamanca, en el número 34 de la calle Claudio Coello, entre Serrano y Velázquez, para ser exactos.

—¡Bravo! —exclamó don Manolo—. Sólo les falta el auto, que en Madrid seguro les será de gran utilidad.

—Pues ya lo hemos adquirido. El próximo jueves nos lo entregan. Don Fidencio nos dio el aval. Un Seat Ibiza azul, que está precioso. Ahí vamos. Déjeme contarle, don Manolo, que en estos dos últimos días Maripili y yo vivimos una experiencia estupenda: asistimos a un taller en la Cámara de Comercio donde conocimos a un expositor

soberbio, un catalán muy inteligente y simpático, José María Lacalle. El tema fue sobre “Las mujeres emprendedoras en España”. He aprendido más que en toda mi vida sobre esto; creo que me ha cambiado. Ahora me siento más segura y decidida que nunca, estoy muy orgullosa de ser emprendedora y, sobre todo, de ser mujer. Además, hice más de treinta amigas de un sopetón.

—Eso me da un gran gusto, Erendirani —comentó don Manolo—. Hace ya muchos años me encomendaron crear y poner en marcha un programa en el Ministerio de Economía y Hacienda para respaldar la participación de las mujeres en la vida económica. Fue toda una aventura, pero tuve oportunidad de adentrarme en la problemática de fondo.

—Por cierto, fue entonces cuando conocí e hice amistad con José María Lacalle. Es cierto, es un verdadero experto en el tema.

—No es fácil ser emprendedor en España, pero ser mujer emprendedora es aún más difícil, —reconoció don Manolo— Históricamente, España, a diferencia del mundo anglosajón, nunca requirió empresarios ni promovió su formación. Lo importante era ser militar, sacerdote o aventurero, y a las mujeres se les vio simplemente como un apéndice del hombre. Para los jóvenes, y mucho más para las jóvenes, siempre ha sido difícil convertirse en emprendedores, y sobre todo en empresarios y empresarias. Los gobiernos sólo los han considerado prioritarios en la retórica. Esta ausencia de inclinación vocacional responde también, en buena medida, al sentido asistencialista y autoritario de la educación paterna en nuestro país. Los padres, en particular, no son precisamente promotores de la iniciativa emprendedora. “En esta casa mando yo” y “Aquí se hace lo que yo digo” son frases tajantes que la mayoría de los españoles resentimos desde muy pequeños. Es raro encontrar un hogar donde las decisiones importantes sean discutidas y consensuadas con la esposa y los hijos.

Los padres españoles se han arrogado siempre la facultad de decidir en lo familiar, en algunos casos condicionando el respaldo a la obediencia y al aborto de las iniciativas de los hijos. Definitivamente, en España, la familia no promueve la formación de emprendedores.

—También en México don Manolo, si es difícil imaginar a un padre estimulando la iniciativa emprendedora de sus hijos, es aún más difícil imaginarlo promoviendo esa actitud en sus hijas. La educación paterna, inclusiva de padres y madres, no sólo no ha estimulado, sino que ha inhibido el emprendimiento como alternativa profesional para ellas. Esta realidad opresora se continúa en la escuela, donde maestros se autodesignan “autoridad” y deciden lo que ocurre en clase.

—La mayoría de las universidades e instituciones de educación media y superior en España forman empleados, no emprendedores —afirmó don Manolo. No es raro que la mayoría de los jóvenes egresados lleguen a su primer empleo preguntando a quién deben obedecer.

—En mi país, para muchos niños y niñas, tomar decisiones sin consulta previa implica reprimendas o castigos, —destacó Erendirani — La obediencia y la inacción se premian; esta represión afecta doblemente a las mujeres.

—Paradojalmente, son las madres las que han formado a hombres arrogantes y opresores, comentó don Manolo.

—Eso pasa también en México, don Manolo, exactamente igual.

—Pues es natural, parte de nuestra herencia —señaló él—. Esta inequidad deberá cambiar con la desclasificación de géneros y la igualdad real de oportunidades, pero es un cambio lento que surge por un extenso proceso de transformación cultural.

—¿Y mientras tanto? —preguntó Erendirani.

—Mientras tanto, sería conveniente que el Estado instrumentara acciones de corto plazo para corregir las distorsiones y discriminaciones que aún prevalecen, que afectan negativamente a las mujeres. España necesita emprendedores, pero aún más urgentes son las emprendedoras.

En mi caso particular —destacó don Manolo—, he tenido un hijo que resultó muy emprendedor, aunque no empresario, y otro que quiso ser empresario, pero no fue muy emprendedor. Por cierto, hoy conocerás a Marco, el emprendedor; no debe tardar en llegar. Ya conociste a Gonzalo, el empresario. Marco vive en París y estaba de viaje por trabajo el día de mi cumpleaños. Por primera vez no lo pasó conmigo. Es formal, estudió derecho y fundó un despacho especializado en respaldo jurídico a trabajadores migrantes en Europa. Está contento con su trabajo y gana bien, aunque no demasiado; pero creo que estaría dispuesto a pagar por trabajar. Me preocupa Gonzalo, que quiere iniciar un nuevo negocio y espera que yo lo apoye. Quisiera ayudarlo, pero no me agrada la idea de que siga colgado de mí. No sé qué hacer.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó Erendirani.

—Unos diez millones de pesetas —respondió don Manolo. —¡Joder! —reaccionó ella, sorprendida—. Es importante tener respaldo, pero más importante que uno avance por su propio esfuerzo; eso forma el carácter y da verdadera entereza.

— Erendiran salió a la terraza y se quedó contemplando el horizonte. Unos minutos después regresó apresurada y anunció;

—¡Ya le tengo la solución, don Manolo!

—¿Ah, sí? Así de rápido —sonrió don Manolo—. Pues venga, ¿qué debo hacer?

—Primero, dame otra copita de tequila para pensar bien y explicarlo mejor —respondió Erendirani.

Don Manolo rio, se incorporó, salió de la terraza

y volvió con las dos botellas, pues él bebería mezcal. Sirvió las copas, se sentó cómodamente, estiró las piernas, entrelazó manos y esperó sonriendo. —Pues verás: lo que debe hacer es decirle a Gonzalo: “Te quiero mucho y te respaldaré como ningún padre. Por cada peseta que juntes para ese negocio, yo agregaré cuatro. Si tienes mil, tendrás cinco mil. Te tendría que querer mucho menos para arrebatarte el privilegio y la satisfacción de construir tu propia realidad. Yo estaré siempre dispuesto a apoyarte cuando tú decidas, pero jamás a sustituirte, nunca habré de jalar tu carreta; porque la carreta es tuya y solo tú eres responsable de ella, si bien puedes hacer con ella lo que tú quieras.”

Don Manolo se puso serio, bebió de golpe el mezcal, se recargó en el sillón y exclamó mirando el cielo:

—¡Eres genial, joder! Si tuviera cinco años menos, Erendirani... y tú treinta y cinco más.

La carcajada de Erendirani fue interrumpida con la llegada de Marco y el grito:

—¿Dónde anda mi querido y desvergonzado padre?

Capítulo 15.- *El encuentro con Marco*

Marco era un hombre alto, fornido, no precisamente hermoso, pero extraordinariamente atractivo y varonil, con barba cerrada y cabello muy negro, y una mirada dulce y firme proveniente de unos ojos profundos, escoltados por unas cejas casi perfectas. Había heredado la sonrisa seductora de su padre y el temperamento romántico de su madre. Rondaba ya los cuarenta.

Se acercó a dar un beso en la mejilla de su padre mientras le reprochaba:

—Ya me han puesto al corriente de que sigues metiéndole con singular alegría al jamón serrano, al chorizo, a la morcilla y justo a todos los embutidos que te ha prohibido el doctor.

—¿Así que tú eres la famosa Erendirani, que rescató la sonrisa de mi padre y le enseñó a hablar de nuevo? —le reconoció Marco, plantándole dos besos en las mejillas y extendiendo la mano, reconociéndola enseguida, aunque nunca antes la hubiera visto, como la mujer que tanto había extrañado en su vida y con quien había querido conversar desde hacía mucho tiempo.

—¿Y tú el “Gran Marco”, el gran capitán de estas comarcas y defensor de los peregrinos necesitados?

Marco se rio de buena gana, levantó la botella de mezcal y reclamó:

—¡Haa, viejo zorro! ¿Dónde tenías escondidos estos tesoros?

“Mezcal El Zacatecano”, esto no lo encuentras en toda Europa ni contratando a un detective ni ofreciendo recompensa.

Se sirvió una copa, la degustó con cuidado y exclamó:

—¡Guau!... elixir de los dioses.

Aten-

dieron el llamado y pasaron a la gran mesa, donde doña Cayetana los agasajó con una “Porra Antequerana” para comenzar, que en realidad no tenía nombre; se trataba de una sopa fría, espesa, elaborada con tomate, pimiento verde y acompañada con jamón serrano y huevo cocido, ideal para un día tan caluroso como el que disfrutaban en esa ocasión.

A

continuación, les sirvió un “Espeto Malagueño de Sardinas”, ensartadas en una caña y cocinadas al fuego, que encantó verdaderamente a Erendirani.

La conversa-

ción fue agradable, salpicada por breves comentarios sobre la caída del ciclo socialista bajo el liderazgo de Felipe González, la llegada al poder de José María Aznar y los crecientes actos de terrorismo de ETA.

Ella cambió el giro de

la plática preguntándole a Marco:

—¿Y cómo es que te

dio lo de respaldar jurídicamente a los trabajadores migrantes en España, y luego en Europa? ¿Fue algo casual o planeado?

—Buena pregunta —respon-

dió Marco—. Pues la verdad es que fue bien planeado, desde que tenía trece años, y mi padre es, en última instancia, responsable de esta decisión.

—¿Yo? —replicó don Manolo—. Yo

jamás he impuesto a mis hijos por qué veredas deben caminar.

—Eso es muy cierto —corrigió Marco—.

Lo que sucede es que esta obsesión mía surgió después de leer un relato corto de mi padre. Me marcó para siempre, y desde ese momento decidí ser abogado y dedicarme a defender a los trabajadores migrantes que en España han sido objeto, por cierto, de todo tipo de

atropellos, infamias y violaciones de sus derechos. Ese cuento fue para mí como “El Corán”, al grado que lo aprendí de memoria y cada vez que he podido lo narro con profunda indignación.

—Pues dilo ahora —solicitó Erendirani.

—¿Ahora? —protestó Marco—. No creo que sea muy apropiado.

—No, claro que no —agregó don Manolo—. Es una simpleza. —Como que no —reclamó Erendirani—. No es justo, es algo que ustedes dos conocen y solo yo no. Insisto y de paso comprobamos cómo anda tu memoria.

—Bien, tú mandas —accedió Marco—. Pues más o menos comienza así:

Inició el relato como si pronunciara un discurso:

“Y en mí encontrareis siempre, trabajadores españoles, a un luchador incansable e invencible por el respeto a vuestros derechos, que son sagrados. No permitiré que patrón alguno eluda sus responsabilidades legales de cubriros un salario justo, un salario mucho más allá del mínimo que establece la Ley, que sea acorde con vuestro gran esfuerzo laboral y vuestra extraordinaria aportación al desarrollo económico y social de España. Seré implacable con quienes que se atrevan a eludir el otorgamiento de las prestaciones de ley, que deben garantizar a todos nuestros trabajadores —independientemente del sexo, tipo de trabajo, edad u origen— una vida digna y sana, así como un futuro pleno de tranquilidad y suficiencia para sus familias”.

Así concluyó su emotivo discurso don Germán Méndez de Vigo y Santamaría, ministro de Empleo y Seguridad Social del gobierno español, aquel primero de mayo en el Gran Congreso de los Trabajadores de España, cuya tumultuosa representación se desbordó en aplausos, aclamaciones y gritos de entusiasmo.

Al concluir aquella diatriba contra los patrones explotadores,

se fue retirando mientras saludaba a todos de mano, abrumado de felicitaciones y abrazos. Todavía quiso ir a su oficina a revisar y firmar algunos “oficios y decretos importantes para los trabajadores de España”, según expresó a sus seguidores. En realidad, quería deleitarse tranquilamente, en compañía de un buen whiskey de malta, con el video de su discurso que le obsequiaron los organizadores del evento. También quería confirmar que su brillante intervención había sido difundida con la cobertura y los reconocimientos merecidos por los noticieros de la noche. Esperaba que, al día siguiente y, por qué no, quizás hasta esa misma noche, el presidente del Gobierno lo llamara por teléfono para felicitarlo. Lo cual ingratamente no sucedió. Así que, por ahí de las once de la noche, después de recrearse con aquella grabación, decidió regresar a su suntuosa residencia, todavía de plácemes con tantas enhorabuenas y congratulaciones recibidas durante el día.

Menuda sorpresa se llevó al ser recibido por su abnegada esposa con una queja alarmante:

—No te lo imaginas, pero esta tarde, Charkia, nuestra sirvienta, se atrevió a decirme, con gran desfachatez, que si sería posible que le pagemos el salario mínimo que establece la ley. ¿Podrías creerlo? Que últimamente ha gastado mucho en doctores con su nueva enfermedad y que ya casi no envía nada a sus hijos. Seguramente alguien la está mal aconsejando.

—¿La ley? —replicó el ministro—. ¿Cuál ley?, si ella es una ilegal. Debería vivir eternamente agradecida de que no la denunciemos ante las autoridades de migración. ¿Y nosotros qué tenemos que ver con sus problemas? ¿Para qué tuvo hijos? Está pagando el precio de su irresponsabilidad. Todas las familias decentes en España le pagarían lo mismo o incluso menos que nosotros. Dile que debe tomar

en cuenta que le damos casa y, algunas veces, hasta come lo mismo que nosotros, por lo que no le cobramos ni un céntimo.

—Pues también me preguntó que, si no podría bajarle la jornada de trabajo a diez horas, porque con la enfermedad estaba muy cansada —añadió la esposa—. Y también me insistió en que le preocupaba qué pasará con ella después de cumplir los sesenta, pues ya está muy cercana y no tiene ahorros. No sé qué pretendía insinuarme.

—¡Haragana! Se le olvida que le damos cada semana todo un mediodía libre. Y cuando ya esté muy vieja para trabajar con responsabilidad, pues lo que deberá hacer es regresar a su pueblo en Marruecos, donde todo es más barato y de donde no debió haber salido nunca. Y también dile que tenga mucho cuidado con sus quejas desmedidas, porque yo soy un ministro del Gobierno de España y puedo hacer que las cosas no sean muy agradables para ella.”

—¡Qué tremendo! ¡Qué impactante! ¡Qué indignante! —exclamó enfurecida Erendirani, levantándose verdaderamente enfadada—. ¡No puedo creerlo! Pero no sé por qué no puedo creerlo, si lo mismo sucede en mi país. ¡Es imperdonable! ¡Es una burla! Pero los políticos del mundo son iguales: ¡canallas, miserables, hipócritas!

Don Manolo y Marco permanecían perplejos y casi asustados.

—Calma, mujer, calma —aconsejó don Manolo—. Te va a hacer daño; es sólo un cuento.

Marco la miraba con cautela.

—Usted sabe, mejor que nadie, don Manolo, que no es un cuento, es la puritita verdad. Eso sucedió y sigue sucediendo en todas partes. Tienes razón, Marco, de indignarte y de tomar la decisión que tomaste. Yo misma quisiera salir ahora mismo a luchar por defenderlas.

Sus ojos lanzaban centellas y brillaban con lágrimas.

—Perdón —dijo—, ahora vuelvo —y se retiró hacia la

biblioteca.

Se miraron entre sí don Manolo y Marco, quien exclamó: —Es de una sensibilidad desbordante.

—Así es —reconoció su padre—, es una de las mujeres más sensibles que he conocido.

Marco, siempre abierto a lo imprevisto, pensó que nunca había visto un rostro tan interesante y fascinador. Su actitud jovial le hacía olvidar casi todo al instante.

Después de unos minutos regresó Erendirani, con semblante muy distinto.

—Una disculpa —reconoció—. Soy una tonta. No volverá a suceder.

Reanudaron el festín, que concluyó con unos “borrachuelos malagueños” cuya combinación de especias, anís y miel era un pecado.

—¿Y qué tal eres para montar a caballo? —preguntó Marco a Erendirani.

—Seguramente muy mala, porque nunca me he subido a un caballo —respondió ella.

—¿Cómo es posible? ¡Una mexicana que no monta a caballo! —replicó Marco.

—¡Es que soy una mexicana urbana, muy urbana, mi querido amigo! —respondió.

Con disimulo y cautela, don Manolo los miraba de vez en cuando de soslayo; los ojos le brillaban deslumbrantes.

—¿Qué te parece si mañana temprano comenzamos con las clases?

—¿No me digas que eres instructor de equitación?

—Pues sí, y de los buenos —aclaró Marco.

—Haaa... bueno, pos así pos sí —agregó Erendirani con una sonrisa traviesa.

Capítulo 16.- *Y el amor se asomó*

Terminaron el desayuno del domingo y Erendirani y Marco se dirigieron al establo, cruzando un patio con fuente, pavimentado con adoquines, y una elegante torre desde donde se podían contemplar las inmensas colinas, cubiertas por una gran variedad de árboles y olivos. Al estar rodeada en su totalidad por un río y un arroyo, la finca contaba con agua abundante, manteniendo el verdor de los árboles y la vegetación casi todo el año.

Caminaron primero por un sendero arbolado, tirando de los caballos por la rienda y conversando con ellos. Según Marco, este debía ser el primer acercamiento con un corcel: “hablarle con la certeza de que te escucha y comprende”. Poco a poco, él va sintiendo confianza en tu voz y percibiendo tu esencia. Es gradualmente que se gesta la amistad con un caballo, y sobre todo con una yegua, como la que te acompaña, que siempre es más melindrosa y escéptica; si bien que, una vez establecido el contacto con ella, el vínculo es más estrecho e incondicional al grado que, al confirmarse la comunicación de hembra a hembra, se convierten en cómplices.

Montaron y avanzaron lentamente. Después de recibir una serie de indicaciones de Marco, animaron a sus caballos a ir al trote. Erendirani se sintió emocionada, inmersa en un ligero temor que le provocaba placer. Era sin duda una nueva experiencia agradable.

Llegaron así a la cúspide de una colina desde donde se divisaba

el lago en todo su esplendor y su inmensidad. Marco la invitó a descender y la ayudó tomándola del talle.

Erendirani se cimbró; hacía mucho tiempo que las manos de un hombre no se posaban en su cuerpo, sintió la firmeza delicada de sus brazos y le gustó, definitivamente le gustó.

Se sentaron y permanecieron unos minutos contemplando el horizonte; era una vista que únicamente había visto en sueños. Comenzaba a borrarse la noción del tiempo. Un comentario extraño de Marco interrumpió el pensamiento que volaba en el viento.

—¿Cuál es tu color predilecto?

Ella reflexionó y manifestó convencida, aunque ligeramente desconcertada:

—El azul, en todas sus tonalidades.

Dejó pasar unos segundos y, ante el prolongado silencio de Marco, preguntó:

—¿Y tú, cuál es tu color favorito?

—Por supuesto que también el azul, Erendirani, el azul —respondió Marco—. Y, sin dejarte tiempo a reflexionar sobre el porqué del “por supuesto”, agregó: —Imaginemos por un momento que la reencarnación existe y que, para desgracia de todos los que ya sentimos la profundidad de tu sensibilidad y fuimos hipnotizados por la magia de tu mirada, tú mueres. Llegas a un lugar donde te indican que vas a reencarnar, pero te aclaran que deberás reencarnar en un animal, y te dan la oportunidad de escoger. ¿En qué animal reencarnarías?

Él la miraba expectante. Ella no dudó un solo instante.

—En un tigre de bengala —respondió con absoluta seguridad.

—Pero te dicen que todos los felinos están dados. Tienes, por lo tanto, que seleccionar un segundo animal.

—¿Otro animal? —replicó Erendirani, tomándose ahora más

tiempo para reflexionar.

—Tendrá que ser una gaviota —aseveró.

—Pero te dicen que, desafortunadamente, lo único que resultaba imposible en esos días era reencarnar en felinos y aves. Te aseguran, sin embargo, que ahora todos los demás súbditos del reino animal están disponibles. Tu tercera elección será la definitiva. Te prometo que no habrá nuevas excusas —aclaró Marco, con sonrisa franca y espontánea.

Erendirani extravió su mirada en la lejanía y pensó con calma. Marco la contemplaba extasiado, guardando absoluto silencio. No quería romper el hechizo de aquel momento ni alterar el sortilegio de aquellos ojos que conjugaban la profundidad y la elocuencia de manera inigualable.

El grito de —¡Un delfín! —rompió de golpe el hechizo.

—Sí, quisiera reencarnar en un delfín —agregó.

—¿Un delfín? —murmuró Marco, contemplando aquel rostro espléndido.

—Sí, un delfín, sin duda —replicó ella.

—Pues muy bien —añadió él, permaneciendo unos segundos en meditación.

—¿Cómo que muy bien? —reclamó ella—. Ante semejante escrutinio, esto debe tener un significado, Marco. Me lo tienes que explicar.

—Claro, claro, sí tiene un significado —respondió Marco sin dejar de mirarla.

—¿Cuál es? —insistió Erendirani.

—Pues verás —aclaró él— se dice que entre animales y seres humanos existen similitudes caracteriales, semejanzas de esencia, parecidos de fondo; y que el primer animal que uno escoge ante esta pregunta refleja cómo queremos que los demás piensen que somos;

el segundo, cómo quisiéramos ser; y el tercero, cómo realmente somos.

Si esto es cierto, Erendirani pretende hacernos creer que es como un “tigre de bengala”: valiente, extraordinariamente hermosa, peligrosa, femenina, temeraria, agresiva, dominante, ardiente, audaz, intrépida, tenaz y seductora. Pero, más bien, le gustaría ser como una “gaviota”: fascinante, astuta, atrevida, autónoma, libre, aventurera, serena, audaz, elegante, altiva, observadora, independiente, retadora, magnífica, segura y visionaria. Pero, en realidad, Erendirani es como un “delfín”: inteligente, desobediente, inofensiva, juguetona, emprendedora, precoz, alegre, dulce, delicada, simpática, intuitiva, vulnerable, ingeniosa, tierna, sentimental, solidaria, emotiva, graciosa, persuasiva, agradable, nerviosa, desconfiada, temerosa, sensual, cariñosa, apasionada, soñadora, sagaz, muy sensible, solitaria e inquieta.

Se mostró absolutamente desorientada, aunque contenta. Jamás un hombre le había dicho algo parecido o la había inducido a meditar en cómo era realmente. Definitivamente se sentía feliz, aunque trató de no demostrarlo. Se limitó a lanzarle una sonrisa dulce y una mirada coqueta, mientras se acostaba sobre la yerba a contemplar el cielo.

En el trayecto de retorno al Cortijo, Marco le hizo una propuesta:

—Regresaré a Madrid a las cinco de la tarde; me encantaría llevarte a casa.

Erendirani sonrió, lo miró de reojo y contestó:

—A mí también me gustaría.

A don Manolo también le gustó la idea de que regresaran juntos. Habían sido varias las novias o pretendientas que Marco había tenido, pero nunca lo había visto tan perspicaz y solícito. Jamás le

había preguntado por qué no había convertido a ninguna en su pareja, aunque le encantaba la idea de conocer a un hijo de Marco antes de abandonar el mundo; él le había advertido que probablemente nunca se casaría.

—No he encontrado a la mujer que deseo y seguramente no la encontraré —le había revelado hacía poco.

Al regresar al Cortijo se encontraron con Gonzalo, hijo menor de don Manolo, quien los saludó diciendo:

—¿Cómo está esa mujer mexicana que hace hablar a los mudos? Qué gusto verte.

Salían de la biblioteca, donde aparentemente habían sostenido una larga charla.

—¿Cómo te fue? —le preguntó Marco con discreción, lo que delató que conocía los nuevos planes de su hermano.

—Pues no estoy muy seguro —respondió Gonzalo—, pero supongo que bien.

Don Manolo, por su parte, miró a Erendirani y le cerró un ojo con expresión de complicidad, confirmando que había seguido su consejo y estaba satisfecho con el resultado.

El regreso a Madrid fue extremadamente agradable. La conversación transitó por variados temas y disfrutó intensamente la selección musical que Marco había hecho, con obras de Julio Iglesias, Rocío Dúrcal, Juan Manuel Serrat, María Dolores Pradera, Napoleón, Nati Mistral, José Luis Perales, Joaquín Sabina, Ana Belén, Diego El Cigala, Miguel Bosé, Rosana, Mocedades y otros que ella no conocía.

Fue un anochece de concierto.

Al llegar al Barrio de Salamanca, Marco le informó que, aunque volvería a París, visitaría Madrid en tres semanas y le pidió que aceptara cenar con él el viernes 20 de junio. Retiró el CD con su selección musical preferida y se lo regaló. Erendirani lo aceptó con gusto y

propuso reunirse antes en su casa para tomar un aperitivo y que él conociera su morada en el número 34 de la calle Claudio Coello. Sacó una tarjeta de su bolso, escribió su número de teléfono y se la entregó con una dulce sonrisa.

—Encantado —respondió Marco—, tanto como he estado este fin de semana, gracias a ti.

Se despidieron con el acostumbrado beso doble en la mejilla. Erendirani esperó en la puerta hasta que él partiera.

Apenas abrió la puerta de su departamento y sonó el teléfono. Respondió apresuradamente; era Marco, que apenas afirmó:

—Erendirani, fue extraordinario conocerte, definitivamente extraordinario. Cuídate —y colgó.

Erendirani se desplomó en su sillón de la sala para recordar y volver a vivir cada instante del fin de semana en el Cortijo del Viento. Lo hizo con una dulce sonrisa grabada en el rostro cuando escuchó abrir la puerta. Era Lorenza, por supuesto. Erendirani se levantó, la tomó de ambas manos y le dio un abrazo muy efusivo.

—¡Hay carajo! —gritó Lorenza—, pero qué ha sucedido, que tus ojos sacan chispas, comadre. Me tienes que contar. Ahora sí no te vas a dormir hasta que sueltes la sopa. Mira nomás qué sonrisa, parece que estás poseída.

—¿Te parece? —respondió Erendirani, tratando inútilmente de cambiar de semblante.

—No puedo mentir, la verdad es que sí, estoy muy contenta y tengo mucho que contarte; pero primero me cuentas tú de la famosa “marcha”. Me tenías con la pendiente: ¿qué pasó en verdad? ¿Te pusieron a marchar o fue algo así como una excursión?

—Pues nada, “irse de marcha” significa nada menos que deambular de bar en bar toda la noche. Los madrileños son como fantasmas alegres que jamás duermen y concentran todos sus sentidos en

disfrutar. Figúrate: en una sola noche conocí y bebí en siete bares en dos barrios, Malasaña y Chueca, donde brindas y conversas con amigos y desconocidos. Todos conviven hechizados por un sortilegio. Conocí gente interesante y loca, todos desbordando alegría. Bebí de todo, y bebí y bebí. A veces me pregunto qué sería de nosotras sin las “malas compañías” —lanzó una sonora carcajada—. Afortunadamente, como sabes, en eso de beber aguanto mucho; debe ser cuestión de raza. Es muy agradable y estimulante ver a los madrileños caminar en peregrinación continua, escoltados por faroles, bullicio y el encantamiento de la luna, arribando a un nuevo bar como un sediento que se lanza tras el espejismo de un oasis para beber como si le fuera la vida en ello.

—Por supuesto, también presencié esas discusiones donde nadie tiene razón o todos la tienen en parte. La verdad es que estuve súper feliz. “Irse de marcha” también significa picar y “menear el bote”, así que terminamos comiendo tapas y bailando sevillanas en un bar fenomenal. Rodrigo, como buen andaluz, es un gran bailaor y me estuvo enseñando. Todo era fantástico. Esa música flamenca se te mete en la sangre y te sacude, comadre. Con decirte que voy a inscribirme en clases para aprender a bailar sevillanas. Tienes que verlos, estoy segura de que a ti también te encantará y, en una de esas, también le entras. Eran las cuatro de la mañana y yo hubiera seguido hasta la noche siguiente, pero al gitanillo se le subieron las cucharadas. Creo que no bebe mucho, pero no quería verse menos conmigo, así que aguantó vara, no dejó de brindar, se puso hasta las chancas y tuve que traerlo a casa. Dejamos su carro quién sabe dónde y tomamos un taxi.

—¡Huyuyuy! —exclamó Erendirani con sarcasmo—. Qué mujer más compasiva.

—No manches, comadre, lo subí casi cargando mientras aquel

trataba de declamar poemas gitanos y de repetir sesenta veces “¡Ostia! Que me encantas”. Lo tiré como un bulto en mi cama y en seguida quedó jetón. Yo me fui a dormir a tu cuarto. No es que estuviera remilgosa, ya que las sevillanas me habían dejado bien jacarandosa, pero no había parque para una batalla. Ni modo, a la mejor cocinera se le queman los frijoles. Al día siguiente amanecí despeinada y ojeyrosa, sin ganas de nada, así que sólo le preparé el desayuno y lo corrí, bueno, le dije que tenía que irse porque tú ibas a llegar.

—Pero ahora cuéntame tú, sinvergüenza, explícame el porqué de esa sonrisa extraña y los relámpagos en esa mirada.

Erendirani relató a Lorenza con todo detalle los pormenores del inolvidable fin de semana, incluyendo el relato y la vivencia del tío Manolo y las delicias de doña Cayetana, pero sobre todo su encuentro con Marco, un hombre que describió como excepcional.

—No quiero ilusionarme con cuentos imposibles; él vive en París, seguramente tiene una novia o varias, además de que según doña Cayetana es muy reacio a tener pareja.

El relato de Erendirani estuvo interrumpido de vez en cuando por expresiones de sorpresa y agrado de Lorenza:

—¡Órale! ¡Qué chido! ¡Qué padre! ¡Se me hace que ya pegamosn el chicle, comadre! Y apenas tenemos como un mes en esta tierra, la neta es que no nos medimos, comadre. Yo pienso que mi amor está de fiesta este año —reconoció Lorenza antes de acostarse, pensando que en Erendirani se había iniciado un amor de esos que sólo sueñan y no piensan.

Capítulo 17.- *La acción conjunta y la colaboración*

Aquellas dos semanas siguientes fueron de un trabajo intenso, tanto en el restaurante gallego como en Las Delicias del Anáhuac. Maripili se concentraba en ultimar los detalles de la decoración, Lorenza estaba inmersa en los vericuetos de la cocina y formalizando el vínculo con todos los proveedores, mientras Erendirani se ocupaba de la organización operativa del negocio y de la formación del personal, siguiendo los métodos de capacitación y especialización que conocían de los Sanborns de México.

Durante las noches, las tres se reunían para proponer y comentar las innovaciones que aportarían a los clientes de Las Delicias del Anáhuac. Fue en una de estas reuniones que acordaron que, como en los Sanborns, se cobraría un solo café, pero se serviría todo el café que cada cliente deseara consumir.

—El café será una inversión promocional —decía Erendirani— y nunca será el vehículo a través del cual el negocio obtendrá sus ganancias. También propuso que el primer tequila o cóctel Margarita siempre correría por cuenta de la casa, es decir, sería gratuito.

—El primero es siempre el mejor estímulo para ordenar el segundo —solía decir.

Maripili, por su parte, sugirió elaborar unas tarjetas tamaño media carta, con la imagen de una indígena mexicana sonriendo, para colocarlas en cada mesa, justo con la leyenda:

“En su visita a Las Delicias del Anáhuac, el primer Tequila o Cóctel Margarita corre siempre por cuenta de la casa”.

En otra reunión decidieron que, como costumbre, al despedir

a los clientes se les obsequiaría un dulce “Gloria de Linares”, el apetitoso dulce de cajeta de Monterrey, acompañado de una tarjeta de presentación diseñada por Maripili.

También acordaron que antes de cumplir el primer mes de operación organizarían una Cena de Mujeres Emprendedoras para las treinta y dos que participaron en el taller de José María Lacalle de la Cámara de Comercio, extendiendo una invitación especial al expositor catalán y al presidente de la Cámara.

Durante esas dos semanas, Maripili y Erendirani destinaron dos tardes a asistir a un segundo taller ofrecido por la Cámara de Comercio, esta vez sobre la competitividad de las pequeñas empresas.

La experiencia no solo fue una aportación extraordinaria a su formación empresarial, sino que les permitió ampliar su círculo de amistades con diez mujeres más, todas ellas luchadoras e interesantes que también avanzaban con sus propios proyectos.

Al regresar a casa la segunda tarde, Erendirani decidió compartir con Lorenza lo más importante que había aprendido sobre las cualidades particulares de las pequeñas empresas, que derivaban precisamente de su condición de pequeñas:

—Fue tan enriquecedor como el primer taller, Lorenza. Me permitió confirmar que avanzamos en la dirección correcta, lo que aumenta mi confianza en nuestra aventura.

—Hice estas notas de lo más significativo e interesante; te comento las que creo serán de mayor utilidad.

—Primero: “Los pequeños negocios reúnen las condiciones de flexibilidad y versatilidad más favorables para incorporar innovación y cambios con mayor velocidad y menores costos e inversiones adicionales”. Ese será nuestro caso, comadre; realizaremos los cambios y adiciones inmediatamente cuando lo creamos necesario.

—Segundo: “Las pequeñas empresas tienen mayores

posibilidades de sustentar su competitividad con rentabilidad mediante una estrategia de especialización flexible”. Como ves, adoptamos esa estrategia cuando decidimos presentar cada día la riqueza culinaria de un estado de la República; así la oferta será siempre diferente. No vamos tan mal.

—Tercero: “Las pequeñas empresas pueden incorporar con mayor detalle elementos y significados culturales en su trabajo productivo, proporcionando información colateral sobre quién produce, cómo, dónde, con qué y por qué”. Maripili trabajará contigo en preparar tarjetas con la historia e ingredientes de cada cocina regional. También se me ocurrió proponerte que a algunos platos agreguemos entre paréntesis el nombre de tus ayudantes en cocina para motivarlas a esmerarse más.

—Cuarto: “Los pequeños negocios disponen de mayor capacidad para establecer un vínculo personal, estrecho y humano con clientes y proveedores”. Voy a pensar en una estrategia para fortalecer esa vinculación.

—Quinto: “Las pequeñas empresas tienen mayor capacidad para absorber tasas de interés elevadas en financiamientos”. Esto lo tendremos en cuenta si alguna vez recurrimos a crédito; siempre podremos usar facilidades de pago de proveedores o financiamiento propio antes que bancos, que me dan algo de miedo.

—Sexto y último: “Las unidades productivas más pequeñas suelen estar mejor preparadas para especializarse en la elaboración de bienes y servicios para nichos de mercado exclusivos, formados por personas con altos niveles culturales y de ingreso”. Nuestro restaurante se orientará a ese nicho, capaz de apreciar la expresión cultural y exquisitez de una cocina sofisticada como la mexicana.

—En cuanto a mayores ingresos, no estoy muy segura, pero lo estudiaremos.

Una mañana de junio, Erendirani visitó la Embajada de México y logró entrevistarse con el agregado cultural, a quien explicó los pormenores y el enfoque de “Las Delicias del Anáhuac”.

La iniciativa fue muy bienvenida tanto por el embajador como por el jefe de la sección consular, quienes aceptaron la invitación para asistir a la inauguración y ofrecieron todo tipo de ayuda, por ejemplo, los datos de jóvenes mexicanos establecidos en España que se ganaban la vida tocando guitarra o piano y cantando canciones mexicanas.

También proporcionaron los datos de personas de origen mexicano formalmente establecidas en España desde hacía un buen tiempo, a quienes contactaría para informarles de la apertura del restaurante.

Erendirani contactó a algunos jóvenes cantantes a dos piaistas y a un estudiante de chelo, a quienes les planteó la posibilidad de presentarse en el restaurante para mostrar sus habilidades y sensibilidad los días y por el tiempo que decidieran. Quedó claro que las primeras semanas no podrían ser contratados con un ingreso fijo, pero, si la afluencia de clientes alcanzaba un nivel razonable y gustaba su expresión musical, entonces sí podrían conversar sobre una contratación formal.

Se les aclaró que el repertorio musical tendría que ser previamente aceptado por el restaurante, es decir, por Maripili, Lorenza y Erendirani, para asegurar calidad y tradición. La respuesta fue mucho más entusiasta de lo esperado y se concretaron los acuerdos correspondientes.

Respecto al precio único aplicado, por todos los platillos que soporte cada comensal, acompañado de tres cervezas mexicanas y una copa generosamente servida como digestivo de Kahlúa, acordaron Erendirani, Maripili y Lorenza un costo de dos mil pesetas, que se incrementaría un 5 % tras cumplirse un mes con lleno completo en

comida y cena.

—Hasta que todos se estén dando de puñaladas por entrar durante un mes, entonces subiremos el precio único —destacó Lorenza—, nunca antes. Está claro.

Se dispondría de una carta de vinos y licores mexicanos, incluyendo cervezas adicionales a las tres de rigor, con precios accesibles que reflejarían una ganancia razonable.

Los digestivos se servirían generosamente y se reiteró que el total de las propinas se distribuiría equitativamente entre el personal, excluyendo a Lorenza y Erendirani.

La siguiente semana, Erendirani dedicó tiempo a seleccionar la música regional que se tocaría durante las primeras cuatro semanas de operación.

Todo avanzaba con el fin de estar listos el sábado 28 de junio para la inauguración de Las Delicias del Anáhuac.

Capítulo 18.- *El Mechiulak*

El segundo fin de semana de junio, Erendirani se refugió nuevamente en el Cortijo del Viento, dispuesta a dejarse consentir por la Gran Cayetana y a mantener otra rica conversación con don Manolo, siempre interesante y aleccionadora.

—Hasta cuando habla parece que escucha —destacó Erendirani.

Después de almorzar como elegidos de los dioses, don Manolo y Erendirani se recluyeron en la biblioteca. Se instalaron cómodamente alrededor de la chimenea, mientras el viento silbaba como un fantasma inquieto, y reanudaron su coloquio, que se volvió habitual en las visitas al Cortijo.

—En la sesión de hoy me tiene que narrar alguna más de sus vivencias. ¿Por qué no me cuenta otra anécdota divertida, de las muchas que debe tener, una que le haga reír al recordarla?

Don Manolo buscó entre sus recuerdos y se rio.

—Ándele, de esas, cuénteme otra de sus travesuras.

Asintió y comenzó:

—Pues verás, nos encontrábamos en la misteriosa, legendaria y bellísima ciudad de Argel cuando nos informaron que el director de la organización que auspiciaba el evento en que participábamos nos invitaría a cenar, a los seis expositores, al lugar más exclusivo de la ciudad, pues él era de nacionalidad argelina.

El establecimiento era, en verdad, impresionante, lujoso y

elegante, pero con los extravagantes matices que suelen surgir al entrelazarse las culturas de Oriente y Occidente. Nos dirigían hacia la mesa especial que se nos había reservado, y en el trayecto pensé que una vez más tendría que enfrentarme a la difícil situación de escoger un platillo desconocido, después de que el resultado de los días precedentes no había sido del todo estimulante. Cuando yo visitaba por primera vez a un país, regularmente ordenaba la comida típica local. Pero en esta ocasión el atrevimiento en las primeras tres jornadas había tenido desagradables consecuencias. Ya para sentarnos, me disculpó para supuestamente ir a lavar sus manos, aunque lo que en verdad pretendía era buscar, entre las diversas mesas, algún platillo que al menos en apariencia me resultara atractivo.

Pues nada, que lo encontré, en efecto, en uno que estaban por servir a una guapa y elegante señora argelina, que parecía bastante apetitoso. Era algo así como una empanada argentina, en tamaño tres veces superior, pero de apariencia exquisita; bien doradita, con un trabajo de filigrana en la orilla. Di un fugaz paseo para dar tiempo a la mencionada señora de iniciar el primer bocado. Su expresión fue de tal deleite, que no dudé más y de inmediato pregunté al mesero sobre el prometedor platillo.

—Es delicioso —me aseguró. Tan solo lo piden los que en verdad conocen. Tiene como relleno una carne de cordero finamente picada y cocida a muy baja temperatura, con las más refinadas especias de Argelia. Le va a encantar”. Me indicó que se llamaba algo así como Mechuilak.

Mucho más tranquilo, me reincorporé con el grupo, que me recibió con sonrisas amables y que, con especial cortesía, habían dejado disponible para mí la silla a la diestra del director general, anfitrión del encuentro. Charlaban sobre la misión que nos llevaba a Argel cuando fuimos interrumpidos por el elegante y sobrio capitán en jefe

del establecimiento para preguntarnos si habíamos hecho nuestra elección. Era claro que este personaje solo atendía personalmente a clientes exclusivos.

Todos habían consultado las cartas, excepto yo, que ni siquiera la abrí. El anfitrión indicó, en buen francés, que las peticiones las iniciaría el primer invitado a su derecha, es decir, yo. Adopté una actitud docta, de *connaisseur* tolerante y, sin duda, bastante petulante, y pregunté:

—Dígame, *monsieur*. —por supuesto en francés—. ¿No tienen ustedes de casualidad *Mechuilak*?

—Por supuesto que tenemos —respondió con desplante orgulloso el gran capitán—. Es casualmente una de nuestras especialidades.

—¿Le gusta el *Mechuilak*? —me inquirió con claro beneplácito el director general.

—Desde luego —aseveré—, es un platillo sin duda especial. —lo dije con una buena dosis de fanfarronería.

—*¡Voilà!* —dijo el director de la agencia de Naciones Unidas y anfitrión de la noche, dirigiéndose a los demás comensales—. *Manolo* es un verdadero gourmet. Este platillo es uno de los más sofisticados y exclusivos de Argelia. Solo los expertos lo conocen y lo aprecian.

—¿Qué es? —me preguntó, en español, mi amigo Ramón Carlos Torres, un compañero asturiano brillante y simpático, que se había agregado a la misión a última hora.

—Sí, ¿qué es? —añadió el colega chileno.

—Pues verán —respondí—, el *Mechiulak* es... ¿cómo explicar? Es algo así como una gran empanada argentina, sí, una empanada perfectamente bien dorada, con orillas de filigrana y rellena de una preparación de carne de cordero, finamente cortada, cocida lentamente y aderezada de manera magistral, como solo en los países

árabes saben hacerlo.

—Suenan bien —comentaron mis compañeros, al unísono.

—Es una verdadera exquisitez —complementó el director argelino— Yo pediré lo mismo —concluyó, cerrando la carta.

—Pues nos agregaremos. ¿No crees? —propuso el chileno.

—Claro que sí —aseveró Ramón Carlos.

Los otros tres expositores seleccionaron otros platillos, quizás porque no estaban tan cerca como para escuchar aquella conversación. Indicaron al capitán en jefe que los cuatro optarían por el *mechiulak*.

A partir de ese momento, la conversación se desvió hacia los temas culinarios, en los que el anfitrión demostró, por cierto, ser no solo un conocedor, sino un verdadero experto. Mientras esperábamos la cena, nos ofreció una cátedra de cómo en Argelia, durante el período de dominación, se fusionó lo mejor de la cocina árabe con lo mejor de la cocina francesa, dando como resultado la magia de la cocina argelina.

La conversación alcanzaba su punto más ameno, cuando llegaron los platillos, y pude percatarme de que el *Mechiulak* fue recibido con una discreta muestra de agrado por los comensales que me habían acompañado en la aventura. La primera prueba había sido más que superada. Seguían animados en la plática y aún no probaban sus platillos. Yo miraba fijamente el mío, tratando de imaginar el contenido casi secreto de aquella empanada. Tomé con cautela el cuchillo de mantequilla y, con el mayor sigilo, pinché discretamente la súper empanada argelina y... *pgggrrrrrrddd*.

Surgió lentamente un líquido espeso, gelatinoso y de color amarillento oscuro, del que se desprendió con brusquedad un olor nauseabundo, mezcla de huevo podrido y cuerno quemado, que verdaderamente me cimbró; aunque debe reconocerse que también se

apreciaba un aroma parecido al jazmín.

Con lentitud, de esa masa desagradable surgían pequeños trozos babosos de carne clara, con apariencia de cuero crudo, con nervio. Me armé de valor y ,a escondidas, llevé un pequeño trozo a mi boca, y “ppggggrrrrddd”, pensaba al percibir un sabor espeso, entre agrio y ácido, que sabía todavía peor de lo que olía. Me quedé petrificado. Más parecía carne de búfalo que de cordero.

¡Guácatelas! Expresó Erendirani al lanzar una de sus muchas carcajadas que acompañaron relato.

—De reojo observé al profesor chileno y a Ramón Carlos y pudo apreciar como aquella expresión inicial de agrado, al efectuar el primer corte en la empanada, se transformaba de golpe en una mueca de aversión. Los dos voltearon a verme simultáneamente, pero yo estaba concentrado en mi plato, digamos, incomunicado. “*Turista no comprende*”, pensé en mis adentros. Con cierto escepticismo, ambos se atrevieron a probar el sorpresivo y poco atractivo experimento. Sus muecas de desagrado se agudizaron todavía más y buscaron de nuevo mi mirada, pero yo conversaba en clara huida con el director anfitrión, quien se deleitaba con el “suculento platillo”.

El chileno fue el valiente. Se dirigió al *connaisseur* argelino con una voz amable y le explicó:

—Señor director, en verdad tengo mucha pena, y si no fuera porque usted se ha mostrado tan amigable y comprensivo no lo haría, pero siento la confianza de decirle que yo en cuestiones culinarias soy muy sencillo y tengo poca experiencia como para apreciar este platillo excepcional. La verdad es que no lo estoy disfrutando y preferiría cambiarlo, si usted no tiene inconveniente.

El anfitrión abrió los ojos exageradamente, y aún más cuando escucho a Ramón Carlos decir:

—Pues qué pena, pero a mí tampoco me gusta y creo que

también preferiría pedir algo diferente y más simple.

El anfitrión argelino, experto en la cocina de su país y orgulloso de su gran riqueza culinaria, los miró con tranquilidad y consultó:

—¿Cómo ve Manolo? —Yo lo miré con resignación y respondí en voz baja:

—¡Déjelos! Son unos ignorantes. —Aceptando así protagonizar uno de los tormentos culinarios más terribles de los que se tenía memoria por aquellos lares en los últimos dos siglos.

—Al anfitrión se le dibujó una ligera sonrisa; llamó al capitán en jefe y le solicitó con un tono de ironía:

—Tráigales la carta a los jóvenes, creo que prefieren una hamburguesa o algo así”, añadió con una risita burlona.

Yo transitaba ya en un laberinto del que solo Dios sabía cómo habría de salir.

El proceso fue interminable y bastante difícil. El director general estaba contento y pidió dos botellas de un prestigiado vino tinto argelino, con el que brindó en repetidas ocasiones conmigo, pero en ningún momento con los comensales rebeldes.

Durante la eterna cena, se conversó sobre muy diversos temas. Yo los escuchaba como entre sueños, o tal vez debería decirse entre pesadillas. Mientras ellos reían, yo luchaba con las consecuencias de mi desplante, en particular con los trozos más duros de carne, que, tomando aire para evitar el paso del aroma, terminé tragando en retazos enteros con enorme dificultad y con la ayuda del reconocido vino argelino.

“Si al menos la empanada hubiese tenido el tamaño de las argentinas”, pensé.

¡Qué desagradable experiencia! Frecuentemente tenía que responder al: “¿Qué tal?” de aquel director argelino que me había designado como el invitado de honor. Yo me limitaba a cerrar el puño

y levantar el pulgar; algunas veces acompañé esta señal con un «¡Excepcional!» o un «¡Único!». Y, en efecto, aquel tormento era excepcional y único. Mi paladar nunca había sufrido semejante humillación; jamás había experimentado un embate alimenticio de tales dimensiones.

Erendirani seguía desbordada en sus carcajadas.

—Mi amigo Ramón Carlos se lme quedó mirando, con algo de lástima, y en un tono muy bajo me susurró en español:

—¿De veras te gusta esa mierda?

—¡Ignorante! —le respondí y regresé a su tortura, la cual sufrí estoicamente, con el heroísmo sereno y resignado de un piloto kamikaze.

Ya para terminar, coloqué los cubiertos sobre el plato, tratando de ocultar un ultimo trozo olvidado de la empanada infernal, pero el director, guardián supremo de la integridad y el prestigio de la cocina argelina, me preguntó de inmediato:

—¿Acaso esa parte no está bien sazonada o bien cocida?

—No, por supuesto que sí —aclaré—. Lo que pasa es que me gusta comerlo muy despacio, para disfrutarlo mejor.

—¡Bravo! —reconoció y, dirigiéndose a todos, destacó:— Este Manolo es, de verdad, un experto, se deleita justo como deben de saborearse los platillos refinados: lentamente.

Tuve pues que aceptar mi último trago amargo. Me sentía pálido y descompuesto. Terminé agotado, en verdad exhausto.

Salimos del restaurante, yo caminaba lentamente con una combinación de autómatas y zombis. Escuchaba todo lejano. En el trayecto de regreso no emití ni una sola palabra, ni el menor sonido; me resultaba imposible. Llegamos al hotel y todos se despidieron cordialmente. El anfitrión estrechó la mano de todos, excepto la de los dos boicoteadores de la cocina argelina. A mí me dio un abrazo, y me fui

con premura a mi cuarto.

Me zambullí en la cama, me tapé con las almohadas, y el malestar y la sensación de haberme comido de golpe un camello vivo seguían intensos. Fui al baño, buscando el refugio natural de la repugnancia, pero nada, el eventual alivio del vómito se negó a presentarse, no obstante, sus reiterados intentos. Por algún maleficio musulmán, mi organismo parecía condenado a digerir cada uno de aquellos trozos del infierno.

Alguien llamó a su puerta. Al abrir, encontré a mi amigo Ramón Carlos Torres.

—Solo vengo —me aclaró— a confirmar que en verdad te gustó esa mierda de platillo. Me niego a creerlo.

—No, por supuesto que no, pasa que te voy a contar. —Y le conté.

Ramón Carlos brincaba de una cama a otra con las manos sobre el estómago en un festival de carcajadas. Se burló sin piedad de mí, que agonizaba en el sillón, trastabillando solo en el desierto, mientras aquel amigo cruel reía y disfrutaba inmisericorde a su máxima potencia.

—Eso te sacas por presumido —me reclamó, y por supuesto que tenía razón. Volvió a estallar en carcajadas.

—Espera, joder, que me estoy muriendo —le protesté lánguidamente, desparramado en la cama.

Haciendo una caricatura de mi voz, Ramón Carlos me imitó exclamando:

—Oiga, súper capi, ¿No tendrá de casualidad *mechuchullak*? ¡Ja, ja, ja!

Tres días duraron su burla y sus carcajadas, y otros tantos mi malestar. Sufriendo, pensaba: «Nunca más la petulancia y la presunción en temas culinarios. En este ámbito, casi sagrado, recomendaré

siempre no cometer imprudencias y actuar siempre con extrema cautela”.

Erendirani se sujetaba el estómago, y no paraba de reír.

Las carcajadas de ambos resonaban en todo el cortijo, para regocijo de doña Cayetana, que festejaba como nadie al escuchar a su querido don Manolo, más vivo que nunca.

Capítulo 19.- *Una cena inolvidable*

Finalmente llegó aquel viernes tan esperado. Marco le llamó del aeropuerto muy temprano y le confirmó que estaría en su casa a las nueve de la noche. Erendirani se fue “de volada” al Corte Inglés en busca de un atuendo discreto pero especial para esa noche.

—Esta noche dormiré en casa de Rodrigo, supongo que te hará mucho bien desvelarte con Marco. ¡Haa! Pero eso sí, en mi cama no se acuesta nadie... ¿Eh? A mi almohada sólo la babeo yo —advirtió Lorenza.

Erendirani sonrió de buena gana y le respondió:

—Hay... Lorenza, de veras que estás bien Lorenza. Estás de atar. ¿Así que te vas a dormir a la casa de Rodrigo? No me pongas de pretexto, comadre.

—¡Ay, comadre! Es que cuando las ganas se juntan, no hay nada que hacer... más que hacerlo —y soltó otra de sus carcajadas traviesas que caracterizaban su espíritu picaresco. Al irse, se despidió tarareando: —“Se me hace que esta noche cena Pancho”.

Poco antes de que llegara Marco, Erendirani había llamado a su nueva amiga Carmela. Se disculpó por el retraso y acordaron la fecha para cenar en el restaurante “Entre Nous”, de su propiedad.

Marco llegó a las nueve en punto de la noche y, como habían acordado, tomaron el aperitivo en el departamento, que por cierto le encantó.

—Es un rincón de México —le exaltó—, tan acogedor y lleno de colores como lo es tu país.

Marco hizo reservación en el Ferreiro, un excelente

restaurante de comida asturiana que resultó ser una sorpresa muy agradable para Erendirani, en diversos sentidos, pero sobre todo por la exquisitez de las especialidades que sugirió Marco.

Ella contemplaba con un tinte de admiración la manera respetuosa y cordial en que Marco se dirigía a los meseros, manifiestamente migrantes, para acordar los platillos. Confirmó una vez más lo importante que siempre había sido para ella la clase; muy probablemente porque también ella era una mujer con clase. Era un gran conversador, hablaba despacio, con una tonalidad pausada y vibrante, utilizando siempre los términos precisos con cierto tinte poético. Pero no solo conversaba, Marco también sabía escuchar con un interés particular, con una atención tan cuidadosa que hacía sentir que todo lo que yodecía era oportuno e importante.

Mientras ella hablaba, Marco, atento a cada palabra proferida por ella, la miraba tierna y fijamente a los ojos, justo como a ella le habría gustado que la miraran desde hacía mucho tiempo.

Marco le compartió que, días antes, había asistido en Inglaterra a un debate televisivo de la BBC en Londres, donde también participaban grupos de jóvenes ingleses y africanos. El tema era el fenómeno migratorio.

Uno de los jóvenes ingleses comenzó diciendo, más o menos así:

—Nosotros no somos racistas ni tenemos nada contra ustedes, sin embargo, hay algo que nos parece injusto. La Inglaterra de hoy fue construida con el esfuerzo y sacrificio de nuestros antepasados, y ahora llegan ustedes y, así como si nada, quieren disfrutar de las ventajas de vivir en nuestro país y exigen los mismos derechos que nosotros.

Un joven africano, de Kenia, le respondió:

—Lo que sucede es que estás mal informado. La grandeza de

este país no se construyó solo con el sacrificio y esfuerzo de tus antepasados, sino también con el tremendo sacrificio de los nuestros. Y no me refiero solo a la terrible explotación directa de tus antepasados en nuestros países, sino también a la relación comercial que por siglos nos fue desfavorable. Mi abuelo nos encomendó: vayan a reclamar lo que también es suyo.

—No cabe duda de que los problemas de África tendrán que resolverlos fundamentalmente los europeos —señaló Marco—. La duda es si lo harán en África o esperarán a hacerlo en Europa. Pienso que tarde o temprano lo mismo le sucederá a Estados Unidos respecto a América Latina, especialmente México, Centroamérica y el Caribe.

Conversaron plácidamente sobre estos y más temas. Marco le habló de sus misteriosos y aleccionadores viajes al Norte de África. Erendirani le contó los matices desafiantes de su México añorado, detalló el proceso de cambio que experimentaba en Europa y las razones que motivaron su decisión de aventura.

Él afirmó, con la certeza intelectual que lo caracteriza, que los derechos de la mujer, en su opinión, son cada vez más incluidos en la retórica populista, pero jamás reciben el reconocimiento ni las acciones pertinentes, y la hizo partícipe del porqué y para qué de algunos de sus nuevos proyectos en el ámbito migratorio.

Ella le confesó algunas inclinaciones superficiales y reconoció un cierto egocentrismo, debilidades de las que asumía estar desprendida.

Conversaron casi de todo, incluso de los enredos fantasmagóricos de la fe y de los espectros insensibles de la razón.

Fue, en síntesis, una velada inolvidable y delicada.

La llevó a casa en el auto que había rentado y se despidieron en la puerta con besos cariñosos en las mejillas.

Era claro que ambos estimaban que para esa noche exquisita había sido suficiente.

Ella subió las escaleras muy despacio y sonriendo. Pensaba que la almohada de Lorenza estaba a salvo y le agradaba que esa noche hubiese terminado de esa manera.

Sentía que soplaban vientos favorables en el horizonte.

Capítulo 20.- *La inauguración*

Y como todo llega, así llegó el cumpleaños de Maripili y con él la inauguración de Las Delicias del Anáhuac. El día comenzó con una serie de recomendaciones que Lorenza dio a todo el personal, concluyendo con un vibrante:

—¡A darle que es mole de olla!

Se esperaban alrededor de ciento veinte invitados, acomodados en mesas de ocho comensales. Los primeros en llegar fueron don Fidencio y dos matrimonios de amigos, a los que un poco más tarde se unió una tercera pareja. El gran promotor de esta iniciativa estaba sinceramente deslumbrado; no había querido visitar el restaurante antes de su inauguración para evitar presionar a Erendirani y Lorenza, y celebraba confirmar que su confianza en ellas era absoluta y firme.

Los faroles que escoltaban el pasillo de acceso, junto con la fuente activa en el centro del restaurante, le parecieron dos detalles fascinantes. Las mesas, vestidas con manteles blancos bordados a mano con motivos oaxaqueños, rodeadas por sillas blancas de diseño purépecha y con una olla de barro en el centro con flores típicas mexicanas, lo encandilaron. A partir de esa visión, su sonrisa se mantuvo activa durante toda la noche.

Recorrió los murales disfrutando las imágenes y fotografías de su México querido, que fue explicando con detalle a sus invitados: el mural de las ciudades, todas visitadas por él y su esposa Rocío; centros arqueológicos prehispánicos como Teotihuacán, Palenque, Uxmal, Tajín, Montalbán y Chichén Itzá; el mural de las playas; y otro de los alimentos que México ha aportado al mundo: aguacate, chayote, tomate, pitaya, calabaza, chícharos, maíz, nopal, ejotes, espinacas,

tuna, tejocote, zapote, guayaba, piña, mamey, papaya, jícama y piñón.

También estuvieron los murales de pintores, actores, actrices, cantantes, compositores, escritores y festividades; y el mural de eventos históricos, como el encuentro legendario de Pancho Villa y Emiliano Zapata en la silla presidencial, la soldadera descendiendo del tren, y varias fotos del archivo Casasola relativas a la Revolución Mexicana. Don Fidencio conocía cada detalle y, ya sentados alrededor de la mesa de honor, narraba con entusiasmo y orgullo sobre su amado México.

Erendirani se sorprendió gratamente al ver en la puerta de entrada a Marco, quien seguramente había venido por insistencia del tío Manolo.

—Qué grata sorpresa —le indicó, con una tranquilidad que no correspondía a lo acelerado de sus pulsaciones.

—No me lo podía perder —respondió él—. Sé lo importante que es para ti.

Fueron interrumpidos por la llegada de don Manolo, quien arribó con sus dos hermanas y sus respectivos maridos, además de su hijo Gonzalo y Ana María, su esposa, quien estaba atónita con el decorado del restaurante.

La manera impetuosa en que los recibió y acompañó Erendirani puso de manifiesto que se trataba de invitados muy especiales.

Casi de inmediato, Erendirani y Lorenza recibieron con especial agrado al embajador y al cónsul de México, que llegaron con sus esposas. Les mostraron en detalle los murales, cuadros, fotografías, e incluso la cocina, cuyas paredes estaban decoradas con todo tipo de ollas y cazuelas de barro procedentes de distintas regiones de México.

Ambos se desvivieron en elogios y felicitaciones para don Fi-

dencio y las propietarias, destacando la música instrumental de fondo con canciones muy mexicanas.

Con cierta discreción, pero con elegancia, llegaron las primeras tres esposas de los trabajadores y las primeras cuatro de las cuarenta y dos compañeras de los talleres de la Cámara de Comercio, invitadas que poco a poco fueron arribando con sus cónyuges y recibidas cordialmente por Erendirani y Lorenza, que los acompañaron a las mesas que eligieron.

Así se fueron sumando en tropel todos los invitados: el presidente de la Cámara de Comercio con su esposa, y de manera especial el profesor José María Lacalle con su señora; Jaqueline Serrano, gerente de ventas de SEHRS Projects, con su esposo, quien parecía sorprendido y contento.

Aquello aún no había iniciado y ya era una verdadera fiesta.

Con un poco de retraso llegó, junto con su esposa, don Luis Ituarte, representante en España de la empresa de productos eléctricos de don Antonio Rodríguez Albarrán, “Toñito”, el mejor amigo de don Fidencio, cuya ayuda para transportar de México a Madrid mobiliario, productos decorativos, bebidas, flores e ingredientes alimenticios había sido invaluable.

Al acompañarlos a la mesa de amigos especiales, Erendirani destacó ante todos:

—Sin el respaldo de don Antonio no habiéramos logrado montar y operar este restaurante. Todos le estamos muy agradecidos.

Don Fidencio se puso de pie y abrazó afectuosamente a don Luis que era también su amigo, expresándole su sincero reconocimiento.

Por supuesto, apareció como invitado especial Rodrigo y, en paralelo, los jóvenes cantantes que se incorporaban como colaboradores, así como las demás parejas del personal del restaurante, quie-

nes apreciaban la invitación como un detalle invaluable y sin precedente.

Finalmente se presentó “Míster Richard”, quien, interrumpiendo la gris y amarga existencia de los mediocres, estaba dispuesto a acudir con la oculta intención de burlarse de la inexperiencia de las “Tres Mosqueteras”.

En cada mesa, además de las ollas con flores originarias de México —flores de Nochebuena, cempasúchil, orquídeas de Zacatlán, alcatraces, dalias, magnolias, begonias y lirios—, los comensales encontraron hermosos platones de Talavera poblana con guacamole, salsas, totopos y chicharrón que empezaron a degustar mientras los camareros distribuían copas de cóctel margarita, tequila y mezcal.

Los músicos, turnándose, se acercaban a cada mesa para interpretar las canciones que habían seleccionado con Erendirani.

Entonces inició la gran degustación. Los camareros recorrían las mesas llevando en sus grandes charolas primero las entradas: sopa de fideo seco al chipotle, sopa de tortilla, sopa de verduras mexicanas, sopa tarasca y sopa de flor de calabaza. Los comensales elegían entre las opciones la que más les provocaba.

Después continuaron con los platos principales, servidos en pequeñas porciones para extender la degustación: mole poblano, cochinilla pibil, chiles en nogada, tamales oaxaqueños, ensalada César, pescado a la veracruzana, pambazos, pollo en pipián, tlacoyos, escamoles, huauzontles, tacos de camarón, quesadillas, chimichangas, empanadas mexicanas, papadzules, tortitas de romeritos, escamoles al epazote, enchiladas, panuchos yucatecos, tacos dorados, cecina de Yacapixtla, y cazuelita de queso con huitlacoche.

Fue un auténtico festín, un agasajo sin igual. Lorenza había “tirado la casa por la ventana”.

Para cerrar con broche de oro llegaron las charolas de postres

selectos: pastel de elote, chongos zamoranos, crepas de cajeta, ate de membrillo con queso, pay de queso con zarzamora, mini buñuelos de naranja, dulce de camote, capirotada y borrachitos de piñón.

Finalmente, los digestivos: licor de guayaba de Calvillo, Kahlúa, holcatzín de Campeche, rompope de Puebla, verde de Xico y xtabentún de Yucatán.

Todos estaban contentos y alegres, lanzando elogios y felicitaciones, pero don Fidencio estaba absolutamente feliz.

Como hubo varios mezcales, no pudo resistir las ganas y se acercó a la mesa en que estaba su yerno, acechando con sigilo para festejar que los errores no se habían dado, y sonriendo le recomendó.

—Fíjate bien, Richard... ¡Pa' que aprendas!

Richard, envenenado de resentimiento, montó en cólera, se puso de pie y decidió marcharse justo cuando estalló el alarido al escucharse al mariachi que hacía su aparición interpretando el “Son de la Negra”, como cortesía de la Embajada de México.

Entonces el regocijo generalizado se desbordó en aplausos. Erendirani y Lorenza se abrazaron nuevamente, exclamando:

—¡La hicimos, comadre! ¡La hicimos!

Don Fidencio se acercó a ellas y las abrazó, reconociéndolas:

—Dios nos coja confesados con ustedes dos, se han pasado tres pueblos. ¡Qué alegría! Este negocio será el de mayor éxito culinario de Madrid en los últimos años. Se los aseguro. Y será muy merecido, ¡muy merecido!

El tío Manolo también estaba muy contento, repartiendo sonrisas como hacía mucho tiempo no lo hacía. Se dirigió directamente a Lorenza y le comentó:

—Joder contigo, hacéis magia en la cocina, os felicito.

—Lo que pasa, don Manolo —respondió Lorenza— es que la cocina no es una ciencia exacta, sino más bien un arte impresionista

—y se rio.

Todo había sido un gran éxito. Erendirani lanzó un recuerdo fugaz a todo lo acontecido desde aquella cena que preparó a don Fidencio en su casa de México y llegó a la conclusión de que la palabra “imposible” había perdido de pronto su significado.

—El siguiente domingo lo visito, don Manolo —amenazó Erendirani—, ya le contaré cómo avanza esto. Vaya preparando mi siguiente relato. Estoy impaciente.

Capítulo 21.- *El restaurante “Entre nous”*

Erendirani llegó cerca de las nueve de la noche al “Entre Nous”, un restaurante que podía calificarse de elegante, refinado y, sin duda, de buen gusto. La esperaba ya su amiga Carmela, quien la recibió afectuosamente.

—Debo decirte, querida amiga, que la inauguración de Las Delicias del Anáhuac me pareció impresionante. Estoy segura de que se convertirá en uno de nuestros restaurantes favoritos en Madrid. No tienes idea de cómo te agradezco que hayas aceptado visitarnos. Quería agasajarte, así que me vas a permitir ordenar por ti.

—Encantada, Carmela, eso se me antoja todavía más.

Mientras les servían una copa de Cava Born Rosé Brut, orgánica, por cierto, Carmela se dirigió al mesero y pidió: para comenzar un “Bisque de Langosta”.

Erendirani degustó la cava y exclamó:

—¡Guau! Exquisito.

El bisque de langosta le pareció también delicioso y delicado; así lo confesó, apreciando la expresión de satisfacción en el rostro de Carmela.

—Sabía que lo apreciarías —observó—. Ahora probarás un platillo que es especialidad de la casa: el “Sole Menière”,.

Después de probarlo, Erendirani comentó:

—Créeme, Carmela, este es uno de los platillos más succulentos que he probado en España. Es un “Bocatto di Cardenale”.

Con semejante comentario, el regocijo de Carmela se desbordó. Había logrado su cometido: impactar a su amiga.

Particularmente contenta, procedió a contarle acerca de la evolución del restaurante, comenzando con la decisión de construir-

lo. Su marido tenía algunas dudas, pero ella estaba absolutamente segura.

Continuaron deleitándose y Carmela concluyó su relato diciendo:

—¿Cómo ves, Erendirani? No obstante la calidad de la cocina y las elegancias del lugar, no hemos podido lograr posicionarlo. La clientela continúa siendo escasa, después de poco más de un año de operar. Hemos tratado de mantener como objetivo un nicho de clientes exclusivos, los que supuestamente saben del buen comer y del buen beber, pero no. Por eso los precios son elevados, para que no acuda cualquier tipo de gente. No escuchamos más que elogios, pero pocos clientes regresan. No me lo explico. ¿Qué piensas amiga? ¿Qué consejo me darías?

—Pues verás, querida amiga, yo en realidad no soy ninguna experta, pero te daré mi opinión: creo que la respuesta de un cierto nicho de mercado no se da automáticamente; se tiene que formar gradualmente. El nicho más atractivo también es el más exigente y quisquilloso. Creo que se activa un círculo vicioso, porque nada desalienta más a este tipo de clientes que un restaurante con poca clientela. Su desconfianza es sensible. Cuando el restaurante está lleno, ellos suponen que debe ser por algo y les resulta atractivo. Tal vez deberías aceptar un proceso gradual, la clientela ideal se debe construir poco a poco. ¿Podría ver su carta?

—Por supuesto —respondió Carmela, solicitándola al mesero. Erendirani la revisó cuidadosamente y preguntó:

—¿Podría hablar con el encargado o gerente?

—Claro que sí —respondió Carmela y llamó a un joven apuesto, con el cabello un poco largo y un traje de corte italiano.

—A sus órdenes —dijo él.

—Anthony, le presento a mi amiga Erendirani, tiene algunas

preguntas para ti.

—Con todo gusto —respondió.

—Dígame, ¿cuántas botellas de Champagne Moët & Chandon Imperial han vendido durante el último trimestre?

—Mire usted, señora —exclamó—, es manifiesto que usted es extranjera. En España el champagne no es una bebida muy socorrida.

Carmela lo interrumpió:

—La señora es propietaria de uno de los restaurantes más exitosos de Madrid, Anthony.

—Disculpe... vendimos no sé... cuatro o cinco botellas, quizás dos o tres.

—Veo que el precio es de siete mil pesetas. Supongo que la venta de champagne no es la fuente más importante de negocio en el restaurante, ¿no es así?

—No, señora, claro que no, ya habríamos quebrado.

—¿Y el costo para ustedes es?

—Unas tres mil pesetas, señora.

—Muchas gracias, Anthony, ha sido usted muy amable.

—A sus órdenes, señora —se inclinó y se retiró.

—¿Cuál es tu conclusión? —preguntó Carmela.

—Pienso que hay muchas personas a las que les agradaría iniciar una cena con champagne —destacó Erendirani—, pero no lo hacen porque casi siempre es caro y se va rápido. Pero quien lo hace, generalmente come bien, continúa con un buen vino y termina con un buen digestivo, a veces con varios.

—En España muchos toman champagne por puro “esnobismo” —señaló Carmela.

—Pues sí... cada loco con su circo, ¿no te parece?

—¿Qué sugieres? —preguntó Carmela.

—Que vendas el Champagne Moët & Chandon a tres mil pe-

setas.

—¿Sin ganarle nada? —inquirió Carmela.

—De todas maneras, no le estás ganando nada —replicó Erendirani—. Sería una inversión promocional, sin costo. Te sugiero que imprimas unas pequeñas tarjetas, como las de presentación, solo con la foto de la botella y el precio; que tu personal, preferentemente Anthony, se las entregue discretamente a los caballeros, sin que se percate la pareja. Tal vez sea mejor que les dé dos: una para ellos y otra para que la compartan con un amigo que aprecie el champagne.

—Por otra parte, no estaría de más revisar los precios de manera gradual, incrementándolos cuando la demanda supere la capacidad del restaurante.

Carmela meditó unos segundos y exclamó:

—Muy interesante, muy interesante... Comienzo a explicarme la razón de tu éxito impresionante.

—Te propongo —sugirió Erendirani— que una semana después de inaugurar “Las Delicias de Galicia” nos reunamos a cenar con Maripili y Lorenza para que nos des tu opinión, sugerencias y te contemos con detalle cómo avanzamos. Tal vez te sea útil.

Carmela aceptó con sincero interés y la conversación siguió por otros senderos igualmente agradables. Erendirani continuó haciendo gala de su exquisito tacto y la velada fue un éxito.

Capítulo 22.- *La amenaza cobarde*

La fiesta de “Las Delicias del Anáhuac” terminó casi a las cinco de la mañana, poco después de que se retirara el mariachi y los diplomáticos mexicanos, y luego de que todos bailaran música guapachosa y, finalmente, ya casi solos, música instrumental mexicana romántica con Marco y Rodrigo.

Como era de esperarse, los invitados se convirtieron en los principales promotores del restaurante, por lo que a partir del lunes llovieron diariamente las reservaciones, al grado de que, transcurrido el primer mes, no se había registrado ni un solo día en que “Las Delicias del Anáhuac” no tuviera arriba del setenta por ciento de ocupación, tanto en comidas como en cenas. Para un restaurante que comienza, esto es un rotundo éxito.

Como estaba previsto, se contrataron más trabajadores, preponderantemente mujeres. Además, se comenzaron a ofrecer desayunos, y en la tercera semana ya casi habían llenado la capacidad del restaurante.

Erendirani y Lorenza decidieron llevar personalmente a don Fidencio los resultados del primer mes de operación, junto con un cheque por el importe de su participación en las ganancias generadas durante ese período. Don Fidencio las recibió con enorme satisfacción y se sorprendió, pues las utilidades obtenidas habían duplicado las correspondientes a los otros dos restaurantes, ambos, en realidad, administrados por el mentado “Richard”. Don Fidencio, a quien poco le importaban las ganancias, no cesaba de felicitarlas y agradecerles por su entrega responsable y particularmente eficiente.

Erendirani sintió una sensación extraña en el estómago, presintió algo desagradable y, una vez más, escuchó a lo lejos el aullido

del coyote. Se alarmó y decidió preguntarle:

—¿Sucedo algo, don Fidencio? Le noto un matiz de tristeza en su mirada.

—Pues la verdad sí, Erendi. No quería aguarles la fiesta, pero ayer falleció en México Toñito, mi mejor amigo. Fue un ataque cardíaco fulminante. Esta noche partiré hacia México; quiero estar con él y, sobre todo, con mi comadre Marisol. Debe estar hecha pedazos y seguramente muy angustiada al quedarse completamente sola al frente de la empresa.

Maripili, Erendirani y Lorenza quedaron sorprendidas e igualmente tristes.

Parecía que a partir de ese momento las cosas comenzarían a complicarse. Al llegar a casa, Erendirani y Lorenza encontraron una nota anónima debajo de la puerta que decía:

<Mexicanas de mierda, aquí nadie las quiere. Deben largarse de este país de inmediato o su vida se convertirá en un verdadero infierno.>

Estaban sorprendidas y, no podían negarlo, también asustadas. Nunca imaginaron que algo así les pudiera suceder. Sin embargo, acordaron no amedrentarse, ignorar la nota y seguir adelante con mayor entusiasmo que nunca. Esa noche, sin embargo, les costó conciliar el sueño.

Lo extraño fue que justo al día siguiente por la noche recibieron un segundo anónimo que decía:

<Disponen de tres días hábiles para abandonar España. Transcurrido ese lapso, el incendio de ese lugar maldito será inevitable y sus vidas correrán peligro.>

En ese momento sonó el teléfono de Erendirani. Activó el altavoz y ambas escucharon una voz distorsionada que decía:

—¡Perra maldita! Sus horas están contadas —y colgó.

—¡Hay... hijos de la chingada! —protestó Lorenza—. ¿Qué haremos? ¿Llamamos a la policía?

—Creo que no —replicó Erendirani—, al menos no todavía. Si esto trasciende, lo menos que sucederá es que nadie se atreva a visitar el restaurante.

Optaron por llamar a Rodrigo y Maripili para informarles de la situación. Quedaron en reunirse esa noche en el departamento de Erendirani. Se trasladaron de inmediato al restaurante y se cercioraron de que todos los dispositivos contra incendios estuvieran activos. Decidieron reunir al personal y alertarlos:

—No tenemos secretos con ustedes. Deben saber que hemos recibido dos anónimos amenazándonos con incendiar el restaurante. Deben extremar las precauciones y tener mucho cuidado; lo más importante es su seguridad personal.

La noticia causó enorme perturbación y expresiones de genuino pesar:

—Pero eso no puede ser posible.

—¿Quién haría semejante canallada?

—¡Madre santa! ¡Me cago en la leche!

—¿Sospecháis de alguien?

—Tenemos que armar un frente de defensa.

—Pero si vosotras no le habéis hecho mal a nadie, al contrario.

—¿Habéis llamado a la policía?

—Todavía no —aclaró Erendirani—. Por supuesto que nos preocupa mucho la seguridad de la clientela, pero no queremos espantarlos, a menos que sea absolutamente indispensable. Tampoco queremos exponerlos a todos ustedes.

—¡Claro! —aseveró el contador—. Si la prensa informa de esta amenaza, no se pararán ni las moscas.

Una vez reunidos, Erendirani, Lorenza, Maripili y Rodrigo expli-

caron lo sucedido y mostraron las dos notas amenazantes, ya dentro de una cubierta de plástico transparente para no invadir las huellas dactilares. También informaron sobre la llamada reciente.

—¡Hijos de la gran puta! —exclamó Rodrigo—. ¿Quién demonios pudo ser? No me imagino a un restaurante competidor recurriendo a estos extremos. Además, el restaurante está rodeado de restaurantes españoles; no hay competencia. No me lo explico.

—¡Pues para mí que es cosa del diablo! —exclamó Lorenza—. Pero nos van a hacer lo que el viento a Juárez.

—No he sabido que algo similar haya ocurrido en Madrid o España —destacó Rodrigo—. Creo que lo más prudente, por ahora, es que yo venga diario para llevarlas y traerlas del restaurante, además de permanecer en su casa hasta medianoche. Debemos alertar al portero para que no permita el acceso a desconocidos ni fotografiar su carnet de identidad.

—Llamaré de inmediato a mi primo hermano Pepe Luis, agente de la Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil. Estoy seguro de que podrá ayudarnos. Él conoce todos los recovecos del Madrid oculto.

—Pepe Luis, soy yo, Rodrigo. Requiero urgentemente tu respaldo. Lorenza, de quien te hablé, recibió con su amiga Erendirani dos notas anónimas y una llamada en que las amenazan de muerte. Estoy muy preocupado. Urge que vengas.

—Pues, joder, claro que ahora mismo. Se trata de la mujer que adoro. Anota la dirección: Morcón, Claudio Coello número 34, departamento 401, entre Serrano y Velázquez. Te esperamos. Ahora mismo voy —les anunció—. Pienso que mientras llega, me deben invitar uno de esos tequilas vuestros para calmar los nervios.

Las tres se miraron, sonrieron, y fueron solícitas a la cocina a preparar el tequila tranquilizante.

El primo Pepe Luis llegó en menos de treinta minutos. Andalúz alto, muy fuerte y extraordinariamente complaciente, recibió las explicaciones con especial atención, tomando notas en una libreta. Se quedó pensativo y al final dio su veredicto profesional. Los demás esperaban con gran expectación:

—Lo primero que puedo decir es que, en mi opinión, esto no es obra de profesionales. La ETA y otros grupos terroristas no amenazan; simplemente actúan, y tampoco se arriesgan en incidentes que no reporten consecuencias políticas o económicas.

—Mi segunda reflexión es que difícilmente se trata de españoles. Cuando un español se enfada u ofende, te lo grita en la cara, pero no recurre a intrigas planeadas propias de novelas o películas policíacas. Esto me parece más obra de un extranjero, en particular un anglosajón, y sobre todo algún norteamericano.

—Creo que los gringos son los únicos que para insultar a una mujer usarían términos como “perra maldita” o “damn bitch”. ¿Conocen alguno que pudiera querer hacerles daño?

Erendirani, Maripili y Lorenza se miraron; no hacía falta ser un lince para atar cabos, pero negaron con la cabeza.

—Colocaré un videgrabador muy discreto frente a su puerta esta noche y revisaré las grabaciones de estos dos últimos días de la sucursal bancaria y los negocios cercanos. Veremos si podemos identificar algún sospechoso. Me llevaré las notas originales, aunque pienso que sólo encontraremos esas huellas dactilares de ustedes. Pondré vigilancia en el edificio y en el restaurante esta semana. Ya veremos.

—Bienvenidos al mundo de la intriga —se dijo Erendirani a sí misma.

—No te preocupes, comadre —exclamó Lorenza—. Esos ojitos nos hacen los mandados.

Rodrigo y Pepe Luis buscaron tranquilizarlas y decidieron

retirarse para dejarlas descansar después de un día difícil e incierto, prometiendo regresar al día siguiente. Rodrigo las recogería en la mañana para llevarlas al restaurante.

—Oye Rodrigo, que Lorenza tiene un culo que quita el hipo —destacó Pepe Luis al salir.

—¡Anda, joder! Que te prohíbo seguir viéndolo —le reclamó Rodrigo.

—Está bien, está bien, no se hable más del asunto.

Una vez solas, se sentaron pensativas y aún inquietas, aunque sin duda un poco más tranquilas.

—¿Crees que sería capaz de algo así? —preguntó Erendirani a Maripili.

—No lo creo. Estoy segura de que es él; Richard es un hijo de puta —replicó Maripili—. La mentira y la traición siempre encuentran cobijo en él, alimentándose una de la otra. Cuando se siente descubierto, es capaz de cualquier cosa. Nada sorprende ni asusta más que lo que uno ya sabe. Nos quiere perjudicar a como dé lugar, sobre todo a ti y a mí, pero también a Lorenza y a mi padre. Es un canalla.

Todo apuntaba a que Maripili estaba en lo cierto.

—¿Es un hecho definitivo que quieres divorciarte? —preguntó Erendirani.

—No pienso en otra cosa. La situación es cada vez más insostenible. Desde la inauguración del restaurante mexicano se ha dedicado a hacerme la vida imposible. Ayer, después de golpearme, se negó a entregarme cualquier información sobre los restaurantes, ni la relación de personal, ni de proveedores, y mucho menos las cuentas. Seguramente teme que vaya a descubrir alguna otra de sus artimañas.

—¿Te golpeó ese miserable? —preguntó indignada Erendirani.

—No es la única vez, Erendirani —respondió Maripili—.

—La primera agresión fue en México; pensé que era un arranque excepcional por la bebida en exceso, pero ahora en Madrid lo ha hecho en diversas ocasiones. Yo sólo quiero que le den morcilla y que desaparezca.

—Desgraciado, cobarde —exclamó Lorenza—. Cría cuervos y te sacarán los ojos.

—Es un granuja —señaló Erendirani, sintiendo un gran coraje.

—Sobre el restaurante de comida gallega, no te preocupes, Lorenza y yo te apoyaremos. Aplicaremos el mismo sistema de Las Delicias del Anáhuac. Por cierto, creo que debe cambiar incluso el nombre. ¿Qué te parece si lo llamas “Las Delicias de Galicia”? Así haríamos una cadena que quizá más adelante incorporemos al restaurante italiano. Creo que lo primero que debes hacer es ir a Santiago de Compostela a conseguir a la mejor cocinera, especialista en comida gallega, cueste lo que cueste.

—En cuanto al divorcio, yo te ayudaré, especialmente mientras estés fuera. Es importante que no te localice. Mañana buscaremos una cita con don Arcadio Zaragoza, el abogado amigo de tu padre. Él nos aconsejará y posiblemente acepte llevar tu asunto.

Maripili asintió contenta y abrazó fuerte a sus dos amigas.

—Se trata de un nuevo reto para “Las Tres Mosqueteras” —exclamó Lorenza—. ¡Qué nos duran!

Capítulo 23.- *La vida de Richard*

La cita con el abogado se fijó para las 16:00 horas. Llegaron puntuales y don Arcadio Zaragoza les aseguró que contarían con su apoyo incondicional. Le pidió a Maripili que le relatara con todo detalle y desde el principio cómo había sido su relación con el tal Richard. Fue entonces cuando Maripili le contó que ese “gringo” miserable la había golpeado en más de seis ocasiones y que la había sometido a la más cruel austeridad, sabiendo que ella jamás recurriría al apoyo de su padre.

También tomó conocimiento de que el canalla no solo la engañaba con otras mujeres con un cinismo extremo y una desfachatez inusitada, sino que llegó a llevar a una prostituta a su casa, obligándola a ella a esconderse en la recámara de visitas. Al día siguiente la forzó a golpes para que le preparara el desayuno. Erendirani apretaba con fuerza su mano.

—Pues vaya fichita que te has conseguido, hija —fue lo primero que le refirió don Arcadio—. Afortunadamente has tomado la decisión de poner un punto final a esta situación. Lo primero que haremos será prepararte un Acuerdo Incondicional de Divorcio, por si encuentran alguna fórmula para obligarlo a firmar. Sería lo más rápido y efectivo, pero sé que no es fácil. En paralelo iniciaremos una demanda civil. Creo que tenemos suficientes argumentos para que el juez dicte la separación definitiva. Necesito una copia de tu DNI informatizado, y si puedes enviarnos una fotografía de la carátula del pasaporte de él, aunque no sea indispensable, ayudaría mucho. Iniciaremos la acción de inmediato. No quiero haceros esperar, pero si vais

a tomar un café, en 30 minutos te entregaré el documento del acuerdo.

—El problema, don Arcadio, es que por ahora no dispongo de recursos para pagar sus servicios, aunque espero hacerlo dentro de poco —respondió Maripili.

Don Arcadio soltó una carcajada y aclaró:

—Mira, hija, independientemente de la estrecha amistad que me une a tu padre, debo decirte que nuestro despacho se ha especializado últimamente en la defensa de los derechos de las mujeres, así que será un honor llevar tu caso con absoluta gratuidad. Encargaré este asunto a dos abogadas muy eficientes que disfrutarán apoyarte.

Salieron del despacho casi saltando de contentas como dos chiquillas que se sienten libres y fueron al bar de la esquina, donde en lugar de dos cafés pidieron unas cañas. Después pasaron a recoger el documento, que tal vez sería el “Acta de Liberación” de Maripili. El documento incluía, además, la obligación de Richard de ceder a Maripili todos los bienes inmuebles, automóviles y joyas adquiridos en Europa, con dinero mal habido pudo haberse agregado. Al salir, Maripili le propuso a Erendirani:

—¿Qué tal si vamos por otras? —Se rieron ambas y, por supuesto, fueron.

El éxito de Las Delicias del Anáhuac se mantenía inamovible. Las solicitudes de reservación crecían a diario, y Erendirani recordó la afirmación del profesor José María Lacalle que decía: “Cuando en un restaurante se encuentra una mesa vacía, es que está mal administrado”.

La productividad era enorme, pues no se registraba desperdicio alguno y la calidad de los alimentos no variaba, ya que se consumía el mismo día todo lo adquirido en el mercado. Como se había planeado, cada día se cambiaba la región de los platillos, algunos cuadros

y fotografías, así como la música de fondo.

Fue necesario modificar un poco la distribución de las mesas, incrementando de dos a cuatro las mesas para ocho comensales, pues a los clientes parecía encantarles compartir su mesa con desconocidos que luego se hacían conocidos y, en ocasiones, amigos.

Durante el fin de semana, las tres dejaron los dos restaurantes bajo el control de sus segundas manos: tres colaboradoras absolutamente eficientes y confiables, que disfrutarían de entregar en su momento buenas cuentas.

Maripili partió el viernes por la tarde en secreto hacia Santiago de Compostela, no sin antes enviar a Erendirani las fotografías de los estados de cuenta de Richard que le había solicitado y que Maripili había sacado de un supuesto cajón secreto, tras violar la cerradura. También envió al abogado una fotografía del pasaporte de Richard.

Erendirani viajó con Marco rumbo al Cortijo del Viento, y Lorenza se fue con Rodrigo a conocer Sevilla y, de paso, a su familia, que ya deseaba conocerla. Para ello, organizaron una gran comida el domingo, a la que asistirían familiares y los mejores amigos.

En el trayecto, Erendirani volvió a recibir una llamada amenazante que reiteraba el insulto de “Perra Maldita”. Decidió olvidarse de ella y no darle el gusto de atemorizarse. No solo parecía extremadamente valiente, sino que lo era. En última instancia, estaba entregada a su aventura y un mequetrefe indolente como ese no la amedrentaría.

Al encontrarse con don Manolo, volvió a activarse la sensación de magia para Erendirani. Doña Cayetana estaba de fiesta, pues disponía de dos tardes para mostrar orgullosa otras de sus maravillas culinarias andaluzas.

El sábado, para comenzar, los sorprendió con un deleitable “Gazpacho”, seguido de unas “Patatas a lo pobre” y unas “Tortillitas

de camarones”, succulentas y exquisitas.

El domingo, el gran agasajo consistió en unas exquisitas “Papas con chocos” y, después, un apetitoso “Pescaito frito” con boquerones, acedías, salmonete y chanquetes.

Al terminar la comida del sábado, Erendirani tomó de la mano a don Manolo y lo llevó a la biblioteca, diciéndole:

—No se me haga el olvidadizo, quiero mi relato. En el camino no dejo de pensar en lo que me contará esta vez. Para estar acorde con lo que me acontece y que le comentaré luego, cuénteme un momento en que miró de cerca la muerte.

—Está bien, mujer, ya sabes que tus órdenes son deseos para mí.

Se instalaron cómodamente en la biblioteca y él comenzó diciendo:

—Me remonto a un momento en Teherán, la capital de Irán, cuando tuve la certeza de que aquella noche podría ser la última. Se me temblaron las piernas y sentí un vacío en el estómago.

El brusco ruido de unas cortinas de cuentas, abriéndose para dar paso a un hombre de mirada diabólica y apariencia de rufián, no presagiaba nada bueno.

Aquellos ojos, como dardos, se clavaron de inmediato en una mujer sentada junto a mí en la barra de un bar extraño y misterioso con la que apenas había intercambiado algunas palabras.

Mi gran amigo que me acompañaba, el pequeño Fernando, joven asturiano un poco obeso y con lentes gruesos, también se percató del peligro y lo manifestó con un suspiro reprimido.

Dos hombres grandes, con barba muy negra y rostros de piratas, escoltaban al hombre que se dirigía hacia mi vecina de banco.

Busqué apresuradamente a Amir Asahampaná, el guía e intérprete asignado durante nuestra visita a Teherán, que comenzaba a

tornarse memorable. Amir era, además, un espléndido protector, campeón de boxeo de Medio Oriente, casi un héroe nacional respetado por todos los persas con los que tuvimos contacto.

Casi me arrepentí de pedirle que nos llevara a conocer lugares interesantes de la ciudad, donde los únicos forasteros fuéramos nosotros dos. El atlético guardaespaldas había ido al baño justo en el momento más inoportuno.

El personaje maléfico se acercó despacio, con altanería y cautela, como un animal de presa, y comenzó a gritarle a la mujer en persa, moviendo los brazos con brusquedad.

La música se detuvo. Me di la vuelta, recosté la espalda en la barra con fingida tranquilidad. Era obvio que se refería a mí, pues al gritar, me señalaba continuamente.

Mi amigo Fernando me jalo el saco y levantó las cejas para señalarme el arma que el cobarde llevaba a la cintura.

Mi temor aumentaba, cuando vi a Amir salir del baño, con total calma, y detenerse a saludar y conversar con un grupo de amigos.

De repente, aquel hombre le propinó una tremenda bofetada a la mujer, que casi cayó del banco.

Me armé de valor y lancé un grito destemplado en español:
—¡Hijo de la gran puta! ¿Cómo te atreves a golpear a esta mujer? ¡Miserable, infeliz, cretino, mequetrefe, desgraciado! ¡Eres un gilipollas!

Mi intención era que Amir nos escuchara y viniera en nuestro auxilio.

Al ver que Amir se entretenía conversando y no reaccionaba, golpeé la barra con fuerza derramando el licor de los vasos vecinos y grité aún más fuerte:

Aquel hombre detuvo su intención de volver a golpear a mi compañera de barra:

—¡Maldito persa de mierda! ¡Si vuelves a tocar a esta mujer te mato, te juro que te mato, cabrón!

Se lo dije señalándolo y casi tocándolo en la frente con el dedo índice.

Mi amigo Fernando, aterrado, con ojos desorbitados, me jaloneaba del saco y gritaba:

—¡Te has vuelto loco, imbécil! ¡irresponsable! ¡suicida!

La mujer nos miraba asustada con los ojos muy abiertos.

El villano y sus guardaespaldas estaban desconcertados, sin entender mis palabras en español.

Finalmente, Amir escuchó el alboroto e identificó las palabrotas en castellano, sus favoritas. Se acercó lentamente y regañó a los otros tres persas, quienes al reconocerlo comenzaron a disculparse.

Suspiré y bebí de un trago la copa que alguien me había servido.

Era muy joven, apenas en la primera mitad de mis veinte años, y nunca antes había estado tan cerca de la muerte.

Tras quince minutos, Amir informó que Mehrak, aquel hombre, quería disculparse e invitarnos una copa. Acepté la disculpa, pero no la copa. Le dije que era yo quien invitaba y esperaba que aceptaran.

Mi colega Fernando, todavía alarmado, gritó que sí aceptaba y les agradecía.

Discutieron un poco con Amir y finalmente accedieron a la invitación.

Así comenzó una de mis mejores veladas en Teherán.

Fernando se emborrachó esa noche; lo llevamos cargando primero al auto y luego a la habitación del hotel.

Erendirani, con los ojos abiertos y la mano sobre la boca, soltó una carcajada:

—Mi madre, qué susto. Qué bárbaro, qué atrevido. Pobre Fernando, seguro creyó que se había vuelto loco.

Don Manolo esbozó una ligera sonrisa, llena de picardía y un poco de melancolía; ambos la apostaron con risas durante unos minutos.

—Ahora es tu turno, Erendi, ¿qué te ha sucedido y por qué lo relacionas con la muerte?

En ese momento recibió una llamada de Pepe Luis, quien le informó que le enviaba los videos de los negocios vecinos, editados para incluir sólo a quienes habían tenido acceso al edificio en esos días. Los había revisado y justo cuando ellas estaban en el restaurante, entró un hombre alto y rubio con cara de embustero, que juraba que era Richard.

—¡Miserable! —fue lo único que le salió decir a Erendiran.

Regresó a la biblioteca, se acomodó en el sillón y le contó a don Manolo, con detalle, todo sobre las recientes amenazas que habían recibido, exceptuando únicamente las sospechas —ahora certezas— sobre la probable autoría de Richard.

—Coincido con el primo de Rodrigo —dijo don Manolo—. Un español no usaría ese proceder para amenazar a una mujer, y menos esos insultos como “perra maldita”. Eso sólo puede ser obra de un gringo.

Aunque Erendirani no había incluido en su relato esa conclusión del primo, que consideraba la probable autoría de un norteamericano.

—Quizá hayan sido españoles —bromeó ella—. No todo lo que nos trajeron a México fue bueno. —y levantó su copa para brindar.

—¿Por ejemplo? —preguntó don Manolo.

—Por ejemplo —contestó ella—, la “viruela”.

—¿Ah, sí? —inquirió él—. ¿Qué más?

—Sus antepasados nos trajeron la peste y las armas de fuego, por ejemplo.

—¿Qué más?

—Pues, el fanatismo, el divorcio, la holgazanería, el despilfarro, la corrupción, el trabajo infantil, entre muchos otros males.

—¿Ah, sí? —dijo don Manolo.

—Sí —respondió ella con sonrisa burlona y actitud cínica.

Don Manolo reflexionó unos segundos y comentó:

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, excepto en una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó ella, sin dejar de sonreír.

—Que no fueron mis antepasados, niña. Fueron los tuyos, porque los míos se quedaron aquí, en España.

Erendirani soltó una carcajada explosiva y prolongada:

—¡Qué bárbaro! —exclamó—. Con usted no se puede —y siguió riéndose.

—No, sí se puede —aclaró él—, pero ahora no me apetece.

Erendirani lo miró asombrada, sin poder creer lo que escuchaba, y lanzó una carcajada aún más estruendosa.

Justo en ese momento entró a la biblioteca la hermana Inocencia, quien, contagiándose de la risa de Erendirani, preguntó:

—Pero ¿qué te cuenta mi hermano?

—¿Tu hermano? —respondió ella—, ¡tu hermano es un cabrón! —afirmó y siguió riendo, hasta que sonó nuevamente el teléfono. Era —una vez más— Pepe Luis, que le informó:

—Cuando regreses encontrarás una nueva nota amenazante. No la toques; pasaré a recogerla mañana por la noche y te llevaré el video para que identifiques al mensajero.

—Este tipo no sólo es maléfico y malvado; es un auténtico delincuente —pensó Erendirani.

Durante el trayecto de regreso reflexionaba sobre Richard, a

quien aborrecía en lo más recóndito de su pensamiento. ¿Quién era él realmente? ¿Qué pretendía? ¿Habría querido alguna vez a Mari-pili? ¿Seguiría enamorado? ¿Qué tan peligroso era en realidad? Preguntas sin respuesta. Seguramente su plan era tan diabólico que sólo Satanás podría explicarlo.

Richard Wilkinson nació en Bowling Green, una pequeña ciudad de poco más de 50,000 habitantes en el condado de Warren, Kentucky, dentro de una familia de clase media alta que avanzaba rápidamente en el famoso “Sueño Americano”.

Su padre era militar retirado y ejecutivo en una fábrica de refrigeradores, mientras Richard disfrutaba de su notoriedad en la “Bowling Green High School”, la escuela preparatoria de la localidad. Alto, atlético, rubio, de ojos azules, estrella del equipo de fútbol americano, era el prototipo de “gran partido” de la alta sociedad local y de gran éxito con las chicas.

Richard era hijo predilecto de su padre, quien, aunque lo reprimía, se regocijaba en cumplir sus caprichos más estrafalarios.

Se formó en una familia donde los únicos valores eran el dinero y la apariencia. Su padre, militante republicano, era duro, inflexible y autoritario, con claras inclinaciones racistas y clasistas. Consideraba a los blancos biológicamente superiores y a los pobres como flojos.

Al cumplir Richard catorce años, sus padres se divorciaron y él optó por quedarse con su padre para mantener el financiamiento de sus excentricidades.

Aquella “brillante trayectoria” se frustró cuando cerró la planta de refrigeradores y trasladaron la fábrica a Monterrey, México, en busca de mano de obra más barata.

Le propusieron al padre de Richard trasladarse a Monterrey.

—¿A México? —protestó—. ¡Jamás! Estaría loco.

Las dificultades para encontrar empleo similar fueron

aumentando junto con su desprecio y rencor hacia México, a quien culpó por su desgracia. Sus privilegios comenzaron a esfumarse al mismo tiempo, y él encontró en México su enemigo.

Erendirani ignoraba todo esto.

Su sueño americano incluía formación universitaria, que logró gracias a la combinación de habilidad y cinismo: ingresó a la Escuela de Negocios de la Universidad de Florida por sus antecedentes deportivos y una donación de su padre.

Sin embargo, fue un pésimo estudiante que mantuvo en secreto su expulsión por dos años para no cortar las transferencias de su padre, que él despilfarraba para mantener una imagen familiar acomodada.

Poco después de ser descubierto, conoció a Maripili y la enamoró, disculpando su nacimiento mexicano con la falsa idea de que era española.

—Con padres y abuelos españoles, tú eres española, sin duda —le decía.

—Pero yo me siento mexicana —respondía ella.

—Por ahora —contraargumentaba él—, pero en cuanto lleguemos a España, olvidarás ese país mediocre que no te merece.

Richard, con altanería y un objetivo inconfesable, comenzó a construir un sueño de éxito en España, exaltado por su apariencia encantadora y su, aunque escasa, formación universitaria. Confiaba que la riqueza de don Fidencio sería su salvoconducto, por lo que intensificó su conquista sentimental y su aprendizaje del español.

Capítulo 24.- *El ultimatum*

Al llegar a Madrid, Erendirani llamó por teléfono a Pepe Luis y a Rodrigo y les pidió que acudieran esa misma noche a su casa, donde se encontraron a las nueve. Una vez que confirmaron que Richard era el responsable de la amenaza, Erendirani explicó su intención:

—Nuestro verdadero interés no es refundirlo en la cárcel, sino lograr que se aleje para siempre de Maripili y que se concrete el divorcio. Se trata de un matrimonio que en realidad nunca existió, de una relación abusiva e insoportable. Con los argumentos que ahora tenemos sobre la amenaza y el fraude en los restaurantes propiedad de don Fidencio, que él administraba, trataré de persuadirlo para que abandone España y a Maripili para siempre.

Acordaron un plan y lo siguieron al pie de la letra. Erendirani se reunió con Plácido, el contador, quien le aportó nueva e interesante documentación sobre las artimañas de Mister Richard y le ayudó a preparar la carpeta disuasiva.

Unos días después, mientras Maripili continuaba su indagación en Santiago de Compostela, Erendirani llamó por teléfono a Richard y le dijo:

—¿Richard? Soy Erendirani; me urge tener una conversación contigo.

—¿Haa... sí? —respondió Richard con tono burlón y triunfante—. ¿Con qué fin? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Se trata de un asunto de la mayor importancia para mí, pero sobre todo para ti. Es imprescindible y conveniente tratarlo en persona. ¿Dónde? Donde tú digas. ¿Cuándo? Mañana mismo.

Después de unos segundos de silencio, claramente victorioso, Richard exclamó:

—Pues esta semana estaré muy ocupado, tengo la agenda cargada; sin embargo, por tratarse de ti —aclaró con ironía—, trataré de mover alguna cita y te lo haré saber —y colgó.

“Seguramente me suplicará que me haga cargo de los restaurantes porque ella debe partir”, pensó Richard.

Veinte minutos más tarde, el teléfono de Erendirani registró un recado de Richard, que decía: «El próximo jueves a las once en punto, en el lobby del Hotel Palace.»

Ella llegó puntual y Richard apareció con quince minutos de retraso al lujoso hotel madrileño. No la saludó, se desplomó en uno de los elegantes sillones, cruzó las manos, estiró las piernas e, inmóvil como un reptil a la espera, murmuró:

—Te escucho —mientras pensaba para sus adentros: “She is at my mercy”, con una sonrisa diabólica. Se complacía anticipadamente en su venganza.

—Antes que nada —comenzó Erendirani—, sería importante que le dieras una revisada a esta carpeta; creo que te resultará interesante.

Richard se enderezó con desgano y abrió la carpeta, cuya portada indicaba «COPIAS».

Al principio figuraba una copia del contrato celebrado con don Fidencio para la administración del restaurante de cocina italiana, donde estaba subrayada en amarillo la cláusula que indicaba la obligación de Richard de depositar mensualmente el 70 % de las ganancias en la cuenta de don Fidencio.

Su rostro fue cambiando gradualmente conforme avanzaba en la revisión de la carpeta, que mostraba el importe de las ganancias totales registradas cada mes, desagregadas en las cantidades que debían depositarse en cuentas bancarias de don Fidencio y de Richard, conforme a los porcentajes acordados.

También incluía el importe del otro 50 % de las ganancias totales reales depositadas en la “cuenta secreta” de Richard. Esta desagregación, con fechas, figuraba también para el restaurante de cocina gallega que él administraba.

En el reporte formal del banco sobre la “cuenta secreta” se destacaban además los depósitos del 50 % de las propinas que robaba mensualmente a los trabajadores, como acto de absoluta mezquindad, así como los importes de las comisiones fraudulentas que le cubrían regularmente los proveedores.

La ira estuvo a punto de estallar en su rostro al ver las copias de sus estados de cuenta con las cantidades señaladas, y la suma total del “fraude” que explicaba la vida que llevaba y su capacidad para adquirir un lujoso chalet en Navacerrada, donde solía refugiarse, nunca solo, pero jamás en compañía de Maripili.

Levantó la mirada con expresión temible; la furia se apoderaba de su esencia. Se incorporó y, como una serpiente lista para atacar, se acercó a Maripili con aire inquisitivo hasta casi respirar en su oído, aprisionándole los brazos con brusquedad escalofriante, y le susurró, con voz colmada de odio:

—A mí nadie me chantajea, ¡perra maldita! Te estás jugando la vida —un aire maléfico invadía el ambiente.

Sus amigos, alertados, se pusieron de pie a distancia prudente. Pepe Luis tomó del hombro a Rodrigo invitándolo a permanecer sentado y se dirigió, apresuradamente, al rescate de Erendirani, quien trataba de zafarse de Richard, que seguía apretando con desprecio hasta recibir un dolor en la nuca. La mano izquierda de Pepe Luis, como perro de presa, se lanzó sobre el cuello de aquel canalla y apretaba con ferocidad. Richard cedió, sintió un dolor intenso y casi se desvaneció. Pepe Luis lo jaló y lo sentó bruscamente en su sillón diciendo:

—¡Me cago en la leche contigo! Tranquilo, la señorita todavía no termina —y se sentó entre ellos.

Rodrigo se acercó tranquilo, pero con mirada amenazante, colocándose detrás de Erendirani. Ella se incorporó lentamente, miró a Richard fijamente y le lanzó una sonora cachetada que lo hizo caer del sillón, atrayendo las miradas sorprendidas de los presentes.

Pepe Luis lo levantó con fuerza inusitada y volvió a sentarlo con firmeza. Richard estaba verdaderamente espantado, como si hubiera visto al mismísimo diablo. Se sentía herido de muerte y se fue apagando como sombra etérea.

—Por esta estafa —agregó Erendirani—, mis abogados estiman que pasarás unos siete años en una prisión española trabajando arduamente para reponer el dinero robado, pues el chalet en Navacerrada, tus autos y joyas apenas alcanzarán para devolver una mínima parte de tus fechorías.

Mientras ella hablaba abrió su computadora portátil y activaba el video que preparó Pepe Luis, donde aparecía Richard accediendo al edificio donde está el departamento de Erendirani y Lorenza en los días en que llegaron las primeras notas amenazantes, y luego la imagen detallada y cercana de aquella tarde en que introducía bajo la puerta la tercera amenaza. Sin duda pruebas concluyentes de su perversidad.

Pepe Luis mostró su placa que lo acreditaba como agente de la Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil, y sentenció:

—“Amenaza terrorista de incendio, con riesgo de perder la vida para un grupo numeroso de comensales”. Es probable que, con ayuda de un buen abogado penalista, te reduzcan la condena a quince años, ¿no le parece, comandante? —preguntó a Rodrigo, quien respondió un poco desconcertado:

—Pero un buen abogado. Con los recientes atentados de ETA,

los jueces españoles tienen sed de venganza y no les importa quién las hizo, sino quién las paga. Pero vaya que ese gringo es cojonudo, se le ocurrió hacer terrorismo en España. Él quiere ser un “pijo bombón”, pero es un “tontopollas”.

—Es que el señorito pensaba que era una idea de puta madre —añadió Pepe Luis.

—Quince más siete, son veintidós años —afirmó Erendirani—. No quisiera estar en sus zapatos, menos sabiendo cómo tratan los reclusos a los gringos que golpean a mujeres españolas, y con la anuencia de los custodios.

Fue una estocada profunda. Richard se sintió acosado como un animal perseguido por cazadores crueles.

Parecía un pobre diablo, y estaba bien.

Erendirani sacó un folder de su portafolio y se lo entregó tranquilamente a Richard. Contenía el Acuerdo de Divorcio Incondicional preparado por don Arcadio Zaragoza y un boleto a su nombre para un vuelo que partía esa misma noche rumbo a Nueva York.

—La única salvación que tienes es firmar este acuerdo, agregando tu huella digital —indicó mientras mostraba un sello de tinta—, y usar este boleto para no volver a poner un pie en España o México, y jamás intentar contactar a Maripili. Dispones de dos horas para decidir, que es el tiempo que nos tomará comer en el excelente restaurante del hotel. Después iremos a la comisaría a presentar las demandas.

Se levantó y propuso:

—¿Pasamos al restaurante, caballeros?

Los dos se pusieron de pie inmediatamente y la siguieron, olvidando por completo a Richard, quien permaneció derrotado y descompuesto. Antes de escabullirse como el cobarde que era, alcanzó

a escuchar:

—Les advierto, señores, que esta vez invita México.

Capítulo 25.- *Hasta nunca Richard*

Como un reconocimiento a su origen mexicano, los tres decidieron empezar ordenando una ensalada César. Como segundo plato, Eren-dirani optó por el salmón a la parrilla con tuétano de brócoli; Pepe Luis, por una paletilla de cordero lechal asada; y Rodrigo, como homenaje adicional a México, eligió los tacos de solomillo salteados con cebolleta, todo acompañado de un buen tinto penedés: el Caus Lubis Especial.

—Bueno, señores, cuéntenme algo de ustedes dos, de cuando eran muy jóvenes allá en su Osuna. ¿A qué les gustaba jugar de niños, por ejemplo?

A los dos les encantó la pregunta y los llenó de nostalgia.

—Aaaah... nuestra infancia en Osuna —suspiró Pepe Luis, y agregó—: qué época más hermosa.

La sonrisa melancólica de Rodrigo fue más que elocuente cuando comenzó:

—Te voy a contar a qué nos gustaba más jugar cuando teníamos doce o trece años. Éramos un grupo de chavales que, para divertirnos, decidimos inventar un juego especial. Primero reuníamos el poco dinero que traíamos en los bolsillos; todo, no había manera de salvar este requisito. Luego nos sentábamos a pensar; la idea era que teníamos que imaginar y ejecutar alguna travesura que pusiera en una posición difícil, embarazosa o graciosa a un adulto de reconocido prestigio en el pueblo.

» Teníamos que liarla parda. Lo hacíamos en presencia de todos y, al anochecer, después de la aventura, votábamos sobre cuál

travesura había sido la más divertida. El que ganaba se quedaba con el dinero de todos y adquiría el derecho de darnos órdenes al resto durante tres días.

»Te contaré una travesura que recuerdo de Pepe Luis, en la que ganó, por cierto. Tenía un morro que se lo pisaba. Nuestro profesor de gimnasia, llamado don Hermenegildo, era muy enérgico y calificaba al honor como el valor fundamental. Un hombre "del año de la pera" para nosotros entonces, creo que tendría poco más de sesenta años, un poco gordo, pero con una gran agilidad de la que se preciaba reiteradamente.

Rodrigo tenía una extraordinaria habilidad para correr hacia atrás, era impetuoso y siempre nos ganaba a todos, incluso a algunos que corrían hacia adelante mientras él lo hacía de espaldas. Pues resulta que un día Pepe Luis desafió al profesor Hermenegildo. Le afirmó: "Le apuesto a que yo le gano una carrera, usted corriendo hacia adelante y yo hacia atrás."

—"Estás loco" —le respondió el profesor—, "eso es imposible."

—"Bueno" —replicó Pepe Luis—, "pues apostemos algo y hagamos la carrera."

—"¿Y qué sugieres que apostemos?" —preguntó el maestro.

—"Pues mire" —indicó Pepe Luis—, "si usted gana la carrera, iremos todos al sitio más aglomerado del pueblo y yo tendré que gritar al mayor volumen y con manifiesta desesperación: '¡Ayuda, ayuda, por favor, estoy desesperado, me he enamorado de mi maestra y ella no me quiere; si no me detienen voy a cometer una locura, ¡Ayuda, ayuda, ayuda! ¡Deténganme!' y me lanzaré a la fuente más cercana. Lo tendré que hacer por cuando menos cinco minutos.

» Si, por el contrario, usted pierde, se obligará a lanzarse de rodillas frente a la mujer que yo seleccione y a declararle su amor con

alaridos desesperados; gritando que desde hace meses está perdida-mente enamorado de ella y que, si no le corresponde, hará algo grave, irreparable, que pesará sobre su conciencia toda su vida. Una vez que le manifieste su rechazo, procederá a lanzarse a la fuente principal, vestido y vociferando: ‘¡Quiero morir! ¡Quiero morir!’, también por un período de al menos cinco minutos.”

—Erendirani había comenzado a reírse y no podía detenerse. —Y luego, ¿qué pasó? —preguntó claramente interesada.

—Pues nada, que el profesor estaba absolutamente seguro de ganar, se realizó la carrera, y ganó Pepe Luis, quien sabía que justo a esa hora pasaba todos los días por la fuente principal la maestra Isidora, la mujer más antipática y enojona de la escuela y del pueblo.

Fue a ella a quien señaló Pepe Luis, diciéndole a don Hermenegildo: «Las deudas de juego son deudas de honor, Maestro», como él solía decirnos. Y aquel cumplió al pie de la letra, y nosotros nos revolcábamos de la risa ante la mirada sorprendida y la expresión de espanto de doña Isidora, que gritaba: «Pero ¿qué dice? ¿Se ha vuelto loco?», y huía desesperada, levantándose las faldas y gritando: «¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Auxilio!».

Te puedes imaginar, Erendirani, cómo fue el siguiente día de clases. Casi los expulsan, a Pepe Luis y al profesor.

Los tres se destornillaban de la risa. Erendirani no podía contener sus carcajadas.

Después de unos minutos de festejo, Pepe Luis advirtió:

—Ahora yo te contaré una de las apuestas que ganó Rodrigo; su triunfo fue indiscutible.

—Pues tendrás que esperarte —apuntó Rodrigo—, porque ahí viene el interfecto.

Richard regresaba de una rabiosa caminata en la que

vociferaba injurias y evaluaba cada arista de su nueva y escalofriante realidad, hasta llegar a la conclusión única de que tenía que ceder la plaza.

Efectivamente, en ese instante entraba al restaurante con la cabeza baja, el cabello despeinado y la mirada triste. Los tres hicieron un esfuerzo por mostrarse serios.

Se aproximó a la mesa y, como una pueril caricatura de aquel macho indomable y bravucón, con los ojos envenenados entregó el sobre, que abrió Erendirani para percatarse de que el Acuerdo Incondicional estaba firmado y que figuraban las huellas dactilares.

Le advirtió entonces:

—Grábate bien, Richard, esto es para siempre. Si cualquiera de nosotros llegamos a enterarnos de que has pisado tierra española o mexicana o que has intentado contactar a Maripili, las denuncias se activarán de inmediato. En España los delitos de terrorismo no prescriben nunca y está vigente el Acuerdo de Extradición con el gobierno de tu país.

Richard iba a decir algo cuando fue interrumpido por Pepe Luis, quien le advirtió:

—¡Atento, Mister Wilkinson! Que mis manos se ponen muy inquietas y pierden el control al escuchar a un gringo insultar a una hermana mexicana. Además, ya estamos de ti hasta las narices. Así que esto sánseacabó y mejor te esfumas de una puñetera vez.

Richard prefirió mantenerse en silencio; con aire vagamente espectral, dio media vuelta y, batiéndose en retirada con una mirada de condenado, se marchó rumbo al destierro. El boleto de avión ya no estaba.

Rodrigo se sintió tentado a seguirlo y darle su merecido para despedirlo, pero la mano de Erendirani sobre la suya lo disuadió. Ella

no podía ocultar su expresión de felicidad. Únicamente manifestó:

—Con seguridad, muy en el fondo, concluyó que una vida sin envidia, sin odio y sin mentiras en España no era digna de ser vivida.

—Y se limitó a agregar—: Maripili regresa el próximo lunes. Se pondrá muy contenta, Pero ni crean que los voy a dejar ir sin que me cuenten la aventura de Rodrigo.

Llamó al camarero y ordenó coñac para los tres como digestivo.

—Pues el padre Juan —reinició Pepe Luis—, como te puedes imaginar, era todo un personaje en el pueblo y a los jóvenes de nuestra edad nos tenía agobiados con sus consejos y sus amenazas infernales.

Era un viernes y todos acudimos a la iglesia para supuestamente cumplir con nuestra obligación de buenos católicos. El primero que se acercó al confesionario con una expresión de mustio arrepentido fue Rodrigo, que disfrutaba de meterse en camisa de once varas.

Se hincó y, después de la obligada introducción, le confesó cabizbajo al Padre Juan:

—Acúsome, padre, que soy un piromaniaco.

—¿Qué sois qué cosa? —le replicó el Padre Juan.

—¡Un piromaniaco! —repitió Rodrigo.

El Padre Juan, con expresión de extrañeza, se agachó hacia Rodrigo y le gritó:

—¡Qué sois... que sois un hijo de la gran puta! Eso es lo que sois.

Mientras soplabla y trataba con las manos agitadas de sofocar apresuradamente las llamas de su sotana.

Erendirani explotó en una carcajada tremenda, escupiendo medio trago de coñac en la manga del saco de Rodrigo.

—¡Qué cabrón! —dijo—. ¡Pero qué cabrón!

Envuelta en carcajadas, ya un poco más calmados, después de unos minutos y degustando un segundo coñac, Erendirani exclamo:

—Pocas veees me he reído tanto. Debe ser porque estoy muy contenta.

Se despidieron con un abrazo y Erendirani salió disparada a casa para contarle todo a Lorenza, quien brincaba de gusto al escucharlo y se moría de risa con los juegos de juventud de Rodrigo y Pepe Luis, cuando entró una llamada telefónica. Era Rodrigo, que se limitó a decir: «Ya abordo el avión». Las dos se abrazaron.

Erendirani experimentó un vago y saludable sentimiento de reivindicación.

—Ahora sí, a darle vuelo a la hilacha —propuso Lorenza.

Capítulo 26.- La lección de Moscú

Erendirani y Lorenza, acompañadas por Plácido, el Contador, y dos de sus principales colaboradoras, se concentraron en los días siguientes en revisar la situación de los otros dos restaurantes. El fin de semana, los tres se dirigieron al Cortijo del Viento. Erendirani tenía un enorme deseo de ver a don Manolo y contarle los pormenores del reciente triunfo. Lorenza quería que Rodrigo conociera al tío Manolo, y que don Manolo también conociera a Rodrigo.

El gran menú de doña Cayetana incluía una deliciosa "Crema de salmorejo", "Habas con jamón" y "Cazón en adobo"; y, como postres, unas "Pezuñas" y unas exquisitas "Medias lunas". Como siempre, todo fue un verdadero manjar de dioses.

El relato de don Manolo esa tarde fue toda una lección. Se refería a un viaje al Moscú de la recién desintegrada Unión Soviética. Ya bien instalados ambos en la biblioteca, con sus cafés y sus habituales digestivos, don Manolo comenzó diciendo:

—Acompañaba yo a la Ministra de Educación y Cultura en una visita oficial de varios días a Moscú. Se nos cruzaba el invierno y un fin de semana. No profundizo en las razones ni en detalles de nuestra visita para no divagar ni alejar el relato de aquella gran lección que quiero compartir contigo.

El hecho es que el programa nos obligaba a permanecer un fin de semana en la capital de lo que había sido la Unión Soviética, cuando un funcionario del gobierno nos preguntó el viernes qué deseábamos hacer esos dos días y cómo podían asistirnos. Le dijimos que en breve se lo haríamos saber.

—Seguramente tratarán de limitarnos —nos advirtió la ministra—. La censura hará su aparición y tratarán de que visitemos sólo

lo que ellos quieren que veamos.

—Y, en particular, querrán elegir con quiénes podemos hablar y evitar que hagamos preguntas incómodas —agregó otro funcionario del ministerio que integraba la misión.

—Por supuesto —respondió la ministra—, pero se van a llevar un chasco.

Nos dirigimos con paso firme y actitud desafiante hacia aquel funcionario amable que esperaba nuestra respuesta. La pregunta la había hecho en francés.

—Traduce —me instruyó la ministra— y dile con toda claridad a este ilustre caballero que lo que queremos hacer ya lo decidiremos en su momento y que únicamente requerimos el apoyo de un automóvil y de un chofer.

—Perfecto —respondió el funcionario de inmediato, con una sonrisa amable—. Sólo les pregunto si les gustaría que los acompañara un intérprete ruso-español, por si desean conversar con alguien que no comprenda vuestros idiomas.

—No quisiéramos distraerlos en los días que no son laborables —manifestó la ministra un poco desconcertada.

—Los puede acompañar este joven, que estudia en la Universidad Rusa de la Amistad de los Pueblos. Él mismo se ha ofrecido.

Aceptamos agradecidos y un poco apenados por haber sido tan desconfiados. Quedamos de vernos al día siguiente a las diez de la mañana.

—Usted avance por donde quiera, ya le iremos dando indicaciones en el trayecto —le pidió la ministra al intérprete, que tradujo al chofer.

—Ahora dé vuelta a la derecha, ahora a la izquierda... siga de frente.

En realidad, nunca lo comentamos, pero estoy seguro de que

los tres íbamos buscando manifestaciones de extrema pobreza y de extrema riqueza. Después de casi dos horas aceptamos, con ciertos aspavientos, haber fracasado en nuestro intento. No encontramos ni la una ni la otra.

—¿Podría detenerse frente a ese edificio muy alto y gris? —inquirió la ministra—. Nos gustaría intentar conversar con quien habite en alguno de los departamentos del tercer piso. ¿Será posible?

—Por supuesto —respondió con amabilidad nuestro intérprete y guía.

Tocamos una puerta al azar, y el estudiante transmitió nuestra petición. Nos invitaron a pasar de inmediato. Entramos y conversamos. Fue una experiencia estimulante y particularmente agradable. Avanzamos en el experimento. Visitamos siete edificios y escogimos departamentos al azar. Nos recibieron justo siete familias, todas con extrema cortesía, cálida cordialidad y absoluta sencillez. Abordamos temas muy diversos. Conocimos vodkas especiales, saboreamos bocadillos y postres exquisitos y otros no tanto. ¡Vaya anfitriones los rusos!

Nos quitamos y pusimos siete veces aquellos impresionantes y pesados abrigos y gorros de piel de foca, que compramos el primer día cuando sentimos por primera vez aquel viento moscovita en compañía de dieciocho grados bajo cero, que confirmaba sin dejar duda todo lo que habíamos leído en algunas obras de Dostoievski. En ningún momento se intentó evitar dar respuesta a nuestras preguntas. Y creo que habríamos continuado, de no haber sucedido lo que aconteció con la séptima familia, después de lo cual nuestro deseo de investigación se diluyó casi por completo. Es justamente el relato de esta última visita el que quiero compartir contigo.

Se trataba de un doctor, un cardiólogo cirujano, para ser más preciso, ya entrado en la primera mitad de los sesenta años, y de su

encantadora esposa, regordeta, sonriente y dinámica, cuyos ojos graciosos desbordaban inteligencia a través de su mirada dulce. Se desvivió por atendernos y hacer más que placentera nuestra estancia en su hogar, que era, por supuesto, un hogar: un gran hogar, sencillo pero acogedor, con un sinnúmero de detalles, fotografías en blanco y negro y recuerdos distribuidos de manera coloquial, pero con peculiar refinamiento.

En virtud de que el doctor Nikolay Vasíliev Nóvikov extrañamente hablaba español, el intérprete se ofreció a ir con el chofer mientras tanto a comprar un libro de arte ruso que deseaba adquirir la ministra. Nos quedamos solos los cinco en una tertulia fascinante. Parecíamos amigos de muchos años. Nuestro reciente camarada cardiólogo, quien después supimos tenía un acreditado prestigio internacional, nos ofreció un ron cubano espléndido que su hijo, ingeniero, le había traído de un reciente viaje a Cuba. Lo agradecemos porque, de vodka, ya estábamos un poco abrumados. Creo que nos acabamos la botella.

En cierto momento de la amena plática, la ministra de Educación y Cultura de España le preguntó al anfitrión:

—¿Cuánto gana usted mensualmente, doctor?

Me pareció, en ese momento, una pregunta imprudente.

—La conversión a su moneda no será útil si pretende llevar a cabo una comparación con su país, señora ministra —respondió el cardiólogo.

—No, no pretendo establecer una comparación con lo que percibe un médico en España o en Occidente —replicó la ministra—. La comparación que me gustaría hacer es con lo que gana un obrero que sólo aprieta tuercas todo el día, en su propio país. ¿Qué porcentaje recibe en promedio un obrero respecto a lo que recibe un médico cardiólogo, en Rusia?

El doctor Nikolay Vasíliev Nóvikov sonrió discretamente, entrelazó sus manos y respondió:

—Pues eso depende, señora ministra. Depende.

—¿Depende de qué? —inquirió ella.

—Pues, suponiendo que ambos trabajan al máximo de sus capacidades físicas y durante el mismo número de horas, depende, sobre todo, de cuántos miembros en cada familia requieren ese ingreso. En nuestro caso, por ejemplo, ya somos únicamente mi esposa y yo. Si el obrero tiene varios hijos que estudian, además de su mujer, o si el padre o la madre de algunos de ellos vive en casa, ese obrero puede llegar a ganar lo mismo o incluso más que yo.

—Y usted, doctor, ¿cuántos años ha estudiado? —cuestionó la ministra.

—Toda mi vida, desde que entré a la escuela elemental, y hasta ahora no he dejado de estudiar un solo momento.

—Pero ¿cuántos años ha asistido a una escuela, a un instituto, a una universidad? —insistió la ministra.

El ilustre cardiólogo levantó la vista hacia el techo para hacer cuentas y agregó:

—Un poco más de cuarenta años, creo yo.

—¿Y el obrero que sólo aprieta tuercas? ¿Cuántos años fue a la escuela?

El doctor Nikolay Vasíliev Nóvikov miraba a la ministra un poco confundido, tratando de discernir su intención, y respondió:

—Pues, yo creo que unos doce o tal vez quince.

La encantadora cónyuge, que también comprendía algo de español, ya no atendía; miraba fijamente a ambos con gran curiosidad.

La ministra de Educación y Cultura se sirvió otro vaso de ron. Se armó de paciencia y, como quien va a dar la estocada final, destacó con voz docta:

—Ustedes, los rusos, estimado doctor Nikolay Vasíliev Nóvikov, magnifican siempre que, en la Unión Soviética, bajo el régimen comunista, prevalece en todo momento la justicia sobre todas las cosas. ¿Le parece justo que un obrero que sólo aprieta tuercas todo el día, que sólo ha asistido quince años a la escuela, pueda llegar a ganar lo mismo o incluso más que un médico cardiólogo que ha estudiado cuarenta años en escuelas y universidades, que ha continuado estudiando toda su vida y, sobre todo, que salva vidas? ¿Le parece justo? —concluyó en tono triunfante.

Fue entonces cuando, en el rostro afable del doctor Nikolay Vasíliev Nóvikov, apareció aquella expresión de desencanto, de decepción y quizás de tristeza que me acompañaría para siempre. Yo no había participado en aquel interrogatorio, pero sentí que era a mí a quien se dirigía. Descansó su cabeza en su sillón mecedor, depositó su pipa en un cenicero con la acuciosidad de un coleccionista, miró hacia el techo y exclamó con voz pausada y complaciente:

—Ahora comprendo. Pues mire usted, señora ministra, es claro que ahora ustedes sólo pueden medir todo con dinero. Permítame decirle que, si el dinero proporciona algún tipo de satisfacción, me parece absolutamente justo que se le dé a ese pobre hombre que sólo ha asistido quince años a la escuela, que no ha podido continuar estudiando y que sólo aprieta tuercas todos los días, porque yo, estimada ministra, he tenido la fortuna de asistir cuarenta años a escuelas y universidades, he disfrutado del privilegio de continuar con mis estudios por toda la vida, y he tenido y sigo teniendo, como usted dice, la enorme, maravillosa e invaluable satisfacción de salvar vidas.

Debo reconocer que los tres visitantes nos quedamos pasmados, ensimismados, diría yo. No teníamos ya palabras ni argumentos, así que no había razón para permanecer más en aquel hogar.

Afortunadamente, en ese preciso instante, nuestro intérprete

tocaba la puerta. Nos despedimos, agradecemos y nos fuimos. Esa última sonrisa amable, diplomática, condescendiente e indulgente del eminente cardiólogo Nikolay Vasíliev Nóvikov se fue también conmigo para toda la vida.

Ya no pronunciamos palabra alguna, ni la señora ministra de Educación y Cultura de España, ni el otro funcionario acompañante, ni yo, durante nuestro silencioso regreso al hotel. Casi obscurecía.

Durante el viaje de regreso a Madrid, el domingo por la tarde, Erendirani habló muy poco.

Capítulo 27.- *El cocinero gallego*

Lorenza y Erendirani fueron a la estación de ferrocarril a recibir a Maripili, quien venía cargada de ingredientes locales, de esos que sólo se pueden conseguir en Galicia. Venía acompañada de un hombre extraordinariamente guapo, alguien que bien podía ser un famoso actor cinematográfico. Alto, esbelto, de cabello abundante y muy negro, ojos también negros, con una mirada profunda y agradable, de porte muy viril y excepcionalmente atractivo; quizás el español más guapo que habían visto Erendirani y Lorenza. Las mujeres que se cruzaban con ellos no podían evitar voltear para mirarlo. Era algo verdaderamente sorprendente.

—¿Y esta? —preguntó Lorenza con la boca abierta.

—Les presento a nuestro nuevo chef de "Las Delicias de Galicia", Artai Forcadela —les anunció Maripili—. Comenzará mañana mismo —agregó.

Les ayudó a colocar la maleta y algunas de las cajas en el Seat Ibiza azul que recién habían estrenado, y se llevó las demás en el auto del amigo que fue a recogerlo. Se despidió de manera muy respetuosa, quedando en reunirse con ellas al día siguiente en Las Delicias de Galicia.

Rumbo a la casa de Maripili, Erendirani le interpeló:

—Chiquitita, fuiste en busca de una cocinera y te trajiste al príncipe del cuento. Ahora me explico por qué no regresabas.

—No inventes y tampoco exageres, Erendirani —respondió ella—. Es el mejor cocinero de toda Galicia, eso se los puedo asegurar. Es cierto que es muy amable y que no es feo, pero nada más.

—Claro —señaló Lorenza—, tú que eres una malpensada, Erendirani. Se trata tan sólo de un simple cocinero, como cualquier otro, y la verdad es que está muy regular, como tirando a feo —soltó una carcajada y agregó, con su tradicional falta de prudencia—: ¡Pinche canija! Ya ni la amuelas, te agenciaste un actor de cine para ti solita. No te mides. Eres una avorazada.

Erendirani exclamó por su parte:

—Se me hace que esta sinvergüenza ya sabía que es una mujer libre y quiere recuperar todo el tiempo perdido.

—¿Qué quieres decir con lo de "mujer libre"? —cuestionó apresuradamente Maripili.

Erendirani sacó lentamente un folder y se lo entregó como si nada a Maripili, a quien, mientras leía el documento, se le transformaba la expresión del rostro y las lágrimas comenzaban a desbordarle.

—¡No puede ser! —gritó—. Y abrazó a Erendirani con tal fuerza que estuvo a punto de perder el control del volante. Prefirió detenerse para abrazarse, como tres colegialas después de su anhelada graduación.

—Lo lograste, comadre, lo lograste —exclamó Lorenza.

—Eres una "trinchona" —gritó Maripili.

—Tu consorte, que ya no es tu consorte —informó Erendirani—, abandonó España para siempre, con el compromiso ineludible de no volver a buscarte nunca.

Maripili no podía contener el llanto, ni las risas ni los gritos: ¡Libre!, ¡libre!, ¡libre al fin! No puedo creerlo. Soy la mujer más feliz del universo.

—Y ahora con un nuevo súper galán —destacó Lorenza—, pues ¿a ver quién te aguanta?

Maripili abrió la ventana y sacó la cabeza para gritar, como

enloquecida:

—¡Soy libre! ¡Soy libre! ¡Soy libre!

Poco antes de llegar a la casa de Maripili, Erendirani se detuvo y fue con premura a comprar tres botellas de champagne en una tienda de abarrotes. Ya en casa, se bebieron hasta la última gota mientras le relataban a Maripili los pormenores de su rescate, entre risas, lágrimas y abrazos. Maripili y Lorenza brindaron repetidamente por el “cachetadón” de Erendirani.

Se pasaron toda la noche comentando también sobre sus planes para el replanteamiento de los restaurantes de cocina gallega e italiana. Los sueños de Maripili comenzaban a despertar de su letargo, y ella experimentaba un vago y saludable sentimiento de reivindicación.

—Habíamos pensado que te fueras a Italia a conseguirte un cocinero italiano, pero ya nos da miedo, comadre —señaló Lorenza—. Ya vimos que eres una mujer muy peligrosa. Capaz que te traes más de uno.

Fue entonces que decidieron transformar el restaurante de cocina italiana en un restaurante dedicado a las ocho regiones del sur de Italia, que disponen de una tradición culinaria extraordinaria. El nuevo nombre sería “Las Delicias del Mezzogiorno”.

Se pusieron de acuerdo en que, después de que llegara don Fidencio, trabajarían un día completo en cada uno de los tres restaurantes.

Al día siguiente, Maripili recibió una llamada del despacho de don Arcadio Zaragoza, en la que se le pidió que se presentara ese mismo día, de ser posible. Llamó a Erendirani y las dos acudieron a las trece horas en punto.

Don Arcadio, tras saludarlas con afecto, les dijo:

—Veo que nuestro asunto avanza muy bien. Recibí el original

del acuerdo firmado, muchas gracias, Erendirani. Como recordarán, en el cuerpo del acuerdo se incluye la aceptación de que todas las disponibilidades de efectivo, así como la propiedad de los bienes muebles e inmuebles adquiridos por tu exesposo en España, pasarían a ser propiedad exclusiva de la esposa, en este caso, tú, Maripili. Con base en este documento realicé los requerimientos conducentes al Banco Santander, donde Richard mantenía cuentas de cheques, y se me ha respondido que está a tu disposición una caja de seguridad que se abrió a su nombre. Pueden pasar cuando lo estimen conveniente para efectuar el retiro. Lo único que tienen que llevar es una copia del acuerdo incondicional, del que, por cierto, ya obra en mi poder el registro y la certificación oficial correspondiente, y tu carné de identidad.

Realicé también las gestiones ante el Registro Público de la Propiedad y, con base en lo estipulado en el acuerdo incondicional, ya se encuentra a tu nombre el chalet que tu exesposo adquirió en Navacerrada. Imagino que las facturas de los automóviles y de otros bienes deben estar en la caja de seguridad del banco. Ya me dirán qué encuentran, para efectuar los reclamos pertinentes.

Ambas estaban desconcertadas y no quisieron esperar más, así que se trasladaron de inmediato al Banco Santander, donde, tras cumplir con los trámites correspondientes, abrieron la dichosa caja de seguridad y vaya sorpresa la que se llevaron con lo que encontraron:

Cuarenta mil dólares en efectivo, seguramente producto de su robo cotidiano a don Fidencio y de uno que otro pillaje entre bambalinas; un pasaporte falso con la fotografía de Richard pero con otro nombre que jamás habían escuchado; dos anillos, una pulsera y un collar que Maripili había recibido como regalo de su padre y que deducía había extraviado, si bien el propio Richard buscaba convencerla

de que le había sido robado por alguna de las trabajadoras domésticas. La cartera que su padre había perdido inexplicablemente dos meses atrás; las escrituras del chalet en Navacerrada y de un departamento en Madrid; las facturas de dos automóviles que supuestamente Richard había adquirido a crédito y aún pagaba; diversas cartas de algunas amantes norteamericanas que lo creían soltero; y un citatorio de un juez de Bowling Green, su lugar natal en el estado de Kentucky.

—¡Desgraciado! ¡Canalla! —fue lo único que se le ocurrió decir a Maripili—. Este era el botín de sus fechorías —agregó.

Retiraron todo y procedieron a cancelar la caja de seguridad, dirigiéndose nuevamente a explicar los resultados de su pesquisa a don Arcadio.

—Vaya pillo de siete suelas —insistió don Arcadio—. Me quedo únicamente con las facturas y las escrituras para formalizar el cambio de propietario. Dale un abrazo a tu padre, Maripili, que tengo entendido regresa mañana.

—Así lo haré, don Arcadio. Le estaré agradecida toda mi vida —le dio un beso doble y las dos partieron a depositar los dólares en la cuenta de don Fidenci

Capítulo 28.- *El regreso de don Fidencio*

Al día siguiente, las tres acudieron al aeropuerto de Barajas para recibir a don Fidencio, convencidas de que demandaba solidaridad y respaldo, pues seguramente enterrar a su mejor amigo había sido demoledor. Lo cierto es que a don Fidencio le dio un gusto enorme encontrarse con el abrazo de sus tres féminas consentidas, quienes le arrebatan todo de las manos para cargarlo y dejarlo libre y tranquilo, disfrutando así el regreso a su tierra.

Subieron al auto y Maripili comenzó el interrogatorio múltiple:

—¿Cómo te fue, padre? ¿Cómo te sientes? Cuéntanos, por favor.

—¿Qué tal nuestro México? —cuestionó Erendirani—. ¿Cómo está su hijo?

—¿Qué tal el viaje? —interrogó Lorenza.

—Sólo les diré que el viaje fue espléndido —respondió don Fidencio—. Ni un solo contratiempo. Todo puntual y eficiente. La comida no fue la de Lorenza, pero estuvo muy aceptable. Lo demás se los contaré en casa, una vez que ustedes me cuenten con todo detalle las travesuras que seguramente hicieron durante mi ausencia. Sólo agregaré que tuve una compañía muy agradable: al lado derecho, un hombre de negocios mexicano que viene a Madrid a realizar inversiones inteligentes en el sector turismo; y al siniestro, una mujer catalana muy amable que regresa de haber realizado un viaje apasionante casi por toda la República Mexicana. Está tremendamente impresionada. Con ambos mantuve conversaciones muy amenas y estimulantes. Quedé en invitarlos al restaurante “Las Delicias del Anáhuac”

para continuar con nuestra interesante charla.

—¿Y qué es lo que trae en esa bolsota, don Fidencio? Está muy ligera —cuestionó Lorenza.

—Pues no lo vas a creer, pero llegando a casa me vas a tener que hacer un rico guacamole —dijo él—. Porque lo que viene en la bolsa es chicharrón, una de mis grandes debilidades.

Las tres soltaron una carcajada.

—Eres un antojadizo incorregible —repitió Maripili.

Ya en casa, mientras él desempacaba en su habitación, Lorenza se abocó a preparar el ansiado guacamole. Ya con una cerveza en mano, brindaron por el encuentro y Maripili comenzó por entregarle un folder con el texto del "Acuerdo Incondicional".

—¡Joder! ¿Qué es esto? No puedo creerlo. ¿Es verdad? ¿Te deshiciste de este c...?

—¡Cabrón!, dilo —interrumpió Maripili—. En efecto, me deshice de él para siempre. Es más, ya está fuera de España, a donde no volverá jamás. Perdóname, padre, sé que a ti nunca te pareció una buena decisión, pero respetaste mi libertad y siempre quisiste apoyarme, aun sin estar de acuerdo. Eso te lo agradezco profundamente, pero tenías toda la razón. Fue una pesadilla de la que ya desperté, gracias a Erendirani y a Lorenza, pero también a Rodrigo y Pepe Luis, que ahora te contaremos quiénes son. Bueno, también gracias a tu gran amigo don Arcadio Zaragoza.

Después de brindar, procedieron a relatarle a don Fidencio, con todo detalle, aquel proceso que concluyó tan exitosamente con la libertad absoluta de Maripili.

—Aquí está el cheque por 7.3 millones de pesetas, que corresponde al dinero en efectivo. Una vez que don Arcadio concluya con la formalización del cambio de propietario, procederemos a vender las dos propiedades y los automóviles, así como las joyas que este canalla

adquirió con el dinero que te robó. Por cierto, aquí está tu cartera, supuestamente extraviada; aún conservas tus documentos, aunque no el dinero, como era de esperarse.

Don Fidencio no daba crédito. Estaba realmente emocionado. Se levantó para dar un beso en la mejilla a cada una y les reconoció:

—Qué prodigiosa tranquilidad. Es evidente que las tres juntas son invencibles. No hay nada que no puedan lograr. Aprovecho para notificarles que ya había decidido que, en el negocio de los restaurantes, yo no debo participar en las ganancias; deben ser todas de ustedes tres, que son las que trabajan. Así que también el importe de este cheque y los recursos que se obtengan de la venta del chalet en Sierra Nevada y del departamento en Madrid, así como de las joyas, les corresponde enteramente a ustedes. Debo aclarar que esta decisión mía es irrevocable y no está sujeta a discusión.

—Pero el dinero es tuyo, padre. Richard lo desvió, fue un robo, esos recursos te pertenecen.

—Es una decisión tomada, Maripili, que no pienso discutir. Ús-enlo para la reconstrucción y transformación que seguramente tendrán que hacer de los otros dos restaurantes. En la semana, con la ayuda de nuestro amigo Arcadio, formalizaremos la propiedad de los tres negocios a su nombre, en partes iguales. No lo discutamos más. Así lo iba a poner en mi testamento; no me digan que tengo que acelerar mi muerte para darme ese gusto. Quiero otra cerveza —añadió—. ¿Me la invitarías, Lorenza?

—¡Me canso, ganso! —contestó Lorenza, casi corriendo hacia la cocina.

Le contaron cómo avanzaba el restaurante mexicano y cuáles eran sus planes y avances en el gallego e italiano. Le informaron que ya tenían al cocinero para Las Delicias de Galicia y que estaban buscando al de Las Delicias del Mezzogiorno.

—Un tipo muy feo, don Fidencio, podría decirse que horripilante —destacó Loreenza.

—No le hagas caso, padre —aclaró Maripili—. La verdad es que el tío es guapo hasta hacer daño... pero también es cierto que no lo contratamos por eso, sino porque es el mejor chef de Galicia.

Continuaron informándole sobre las visitas al Cortijo del Viento y le manifestaron su especial interés en que lo conocieran Rodrigo y Pepe Luis.

Cuando ellas concluyeron, don Fidencio se acomodó en su sillón de piel, encendió su pipa y compartió:

—México, maravilloso, como siempre, en todo, con problemas, también como siempre, y superándolos, lentamente, pero avanzando y contento.

Las tres, sentadas en el sofá, lo escuchaban muy atentas.—Mi hijo Lázaro y su esposa Blanquita, felices, disfrutando intensamente la niñez de mis dos nietos, que me adoran, por cierto. El negocio se fortalece cada día y no tardarán en convertirlo en un emporio. No cabe duda de que Lázaro es un gran administrador. Te envían todo su cariño, Maripili, y se mueren de ganas por conocer a Erendirani y Loreenza. Les hablé mucho de ustedes durante mi estancia. En principio, planean pasar el fin de año con nosotros y el tío Manolo. Ya veremos.

—La que me inquietó fue mi comadre Marisol. Si bien la muerte de Toño no se presentó de improviso, su llegada tuvo un impacto devastador en ella. Cincuenta años de vivir como un par de aventureros audaces y de ser cómplices amorosos fue toda una osadía. Ella, a pesar de la hecatombe, muestra, sin embargo, una entereza estoica.

Las cosas comenzaron a no ir tan bien en la fábrica y en los comercios después de que Toñito tuvo que retirarse por la enfermedad. A ella le preocupan ahora, sobre todo, los trabajadores, y también el

hecho de que es mujer y que jamás dio órdenes a nadie, y tampoco entiende mucho del negocio. No quisiera vender, a menos que resulte absolutamente indispensable. Yo le sugerí que, antes de decidir nada, escuchara los consejos de una verdadera especialista en emprendimientos de mujeres. Le ofrecí, Erendirani, que la visitarías apenas fuera posible.

—Pero yo, don Fidencio, no sé nada de fábricas y mucho menos de productos eléctricos.

—No me vengas otra vez con esas pamplinas, Erendi. Nadie mejor que tú para aconsejarla —replicó don Fidencio.

—Es cierto —dijeron Maripili y Lorenza al unísono—. Si alguien la puede ayudar, esa eres tú —agregó Maripili—. Si alguien puede inyectarle confianza en sí misma, esa eres tú —confirmó Lorenza.

—¿Me harías ese gran favor, querida amiga? —insistió don Fidencio.

—Por usted, don Fidencio, yo sería capaz de asesorar al mismo diablo y hasta al burro de Aznar, que parece que no las trae todas consigo. Sólo que tendrá que ser dentro de unas dos o tres semanas, que requerimos trabajar las tres muy estrechamente en la transformación e integración de las tres Delicias.

—De acuerdo —aceptó don Fidencio—. Mil gracias, me has dado una gran tranquilidad. Ahora váyanse, porque necesito descansar.

Se rieron y se pusieron de pie para despedirse. Erendirani, antes de salir, le advirtió:

—Descanse bien, porque mañana en la noche me lo voy a llevar a cenar para que usted, como el tío Manolo, comience a contarme algunas de sus aventuras y vivencias. No se me escapará, se lo advierto.

—Está bien, mujer —respondió don Fidencio sonriendo satisfecho.

Capítulo 29.- *La afición por el casino*

Erendirani cumplió su amenaza y se presentó a las nueve en punto en casa de don Fidencio, diciendo:

—Espero que no se le haya olvidado que tiene usted una cita para cenar conmigo esta noche.

—De ninguna manera —respondió él sonriendo—, lo tenía muy presente.

Partieron hacia el Viridiana, un restaurante elegante y acogedor cercano al Parque del Retiro. Ambos pidieron para iniciar una copa de buen cava. Mientras ordenaban, Erendirani pensó que tenía que aprovechar la oportunidad para averiguar si la preocupación que tenía Maripili sobre la afición al juego de don Fidencio tenía alguna justificación. Brindó con él y le anunció:

—Como le pedí, tiene queirme relatando algunas de sus vivencias y travesuras. Quiero conocer más a fondo su vida; pero, déjeme aclararle primero que voy a grabar las charlas con usted, como lo hago con don Manolo, porque tengo la pretensión de editar un libro sobre cada caso, que destinaremos a sus nietos, sobre todo cuando cumplan veinte años.

Don Fidencio, que sospechaba justamente que Erendirani compartía la inquietud de Maripili respecto a su manía de visitar los casinos, decidió aprovechar la ocasión para esclarecer el alcance real de su debilidad:

—Bien, pues comencemos con mi afición al juego y a los casinos, ¿qué te parece?

Erendirani se sorprendió y abrió los ojos, delatando su

preocupación. “Soy una idiota”, pensó, “no podré engañarlo jamás”.

—O lo que quiera, don Fidencio, todo me interesa — quiso aclarar, arrepentida.

—Bien. Sucedió un viernes de verano en el Casino del Hotel Crowne Plaza San José Corobici, en la capital de ese pequeño oasis de la tierra, al que Dios premió con un pedacito de cielo y que la gran mayoría de los habitantes del planeta conocen como Costa Rica. San José estaba vestido de fiesta aquella noche; celebraban los ticos el Festival de la Luz y decidí rechazar la invitación a uno de los festejos para complacer mi debilidad de jugador furtivo, aunque ocasional. Me atraía —y confieso que me sigue atrayendo— jugar al blackjack.

Debo reconocer que, en efecto, me gusta jugar, y para ser más preciso, me gusta arriesgar, más que ganar. Me estimulan y me provocan los momentos y circunstancias en que el talento puede influir en alguna medida para reducir el riesgo. Activar una máquina o lanzar los dados para que ella o ellos sean los que jueguen me parece aburrido, tan sólo digno de los que están habituados a no pensar mucho, que no son pocos, por cierto. Si bien es verdad que no me obsesiona ganar, no menos cierto es que tampoco me apasiona perder. Por lo general suelo ponerle un límite a mi posición de riesgo, determinado más bien por el importe que considero es el precio que estoy dispuesto a pagar por divertirme haciendo algo que me entretiene y me gusta, hasta que el tiempo —que fijé al inicio— me notifica que se acabó el juego, o bien antes, cuando la pérdida de la última ficha me indica que terminó la diversión. Hasta ahora he respetado ese pacto, quizás porque siempre he tenido algo relevante que hacer temprano al día siguiente.

Me encontraba pues en la mesa de blackjack. El primero a la derecha era un ciudadano de California. Siempre me cuesta trabajo encontrar el gentilicio adecuado. Es claro para mí que nosotros, los

mexicanos, somos también norteamericanos, como también lo son los canadienses, y más difícil me resulta al pensar que California está repleta de norteamericanos que son mexicanos. Bueno, pues, digamos entonces que era un norteamericano, de origen anglosajón, de California, sin duda simpático e incluso agradable; de esos que están siempre como disculpándose de ser de donde son.

A un lado del estadounidense se desbordaba una gran dama venezolana que radicaba en San José, ciudad a la que, por cierto, no perdía ocasión de criticar, lo cual debo reconocer que me incomodaba seriamente, al grado que en dos ocasiones salí en su defensa con dos comentarios —irónico uno y burlón el otro— pero ambos con la manifiesta intención de molestarla, en revancha por la osadía de criticar una de mis ciudades predilectas.

Yo era el tercero en la mesa. La silla contigua, a mi izquierda, la ocupaba un chileno, de esos “Made in USA”, con MBA en la Universidad de Chicago y sepetecientos diplomas de cursos y seminarios en diversas ciudades de la Unión Americana. Un chileno de los nuevos, que más que neoliberal, es un neoargentino, de esos de Buenos Aires.

Debo reconocer que, ya como a las dos de la mañana, cuando los whiskies habían cumplido con su mandato, y una vez que se cansó de levantar la ceja, y se dio cuenta de que no hacíamos mucho caso a sus comentarios pretenciosos, nuestro colega chileno se convirtió en un agradable compañero de juego.

El siguiente era uno de aquellos tantos holandeses que decidieron invadir Centroamérica después de las épocas de guerrilla, con la encomienda de montar, con el generoso financiamiento de las agencias bilaterales europeas de cooperación para el desarrollo, elegantes organizaciones de la llamada sociedad civil para indicarles infructuosamente a los locales cómo es que podrían superar el subdesarrollo con las recetas de los exitosos países avanzados.

Y al extremo de la izquierda, en la posición que suele ser la más controvertida, disfrutaba un chino alegre, de unos cuarenta años, que meditaba con seriedad cada una de sus decisiones.

En la jugada en que se suscitó el evento que me interesa narrar, la chica “dealer”, que representaba al casino y hacía la repartición de las cartas, se había dado un 6, que, como saben los que conocen el juego, es la peor carta para “la casa”, pues incrementa de manera considerable las posibilidades de que se exceda del deseado 21 y pierda en favor de los visitantes, que insisten en no reconocer que “la casa gana siempre”.

El californiano se plantó con 14, con un 9 y un 5, seguro de que ganaría.

La frondosa y crítica mujer venezolana recibió un 6 y un 5, con lo que, con especial gusto, dobló la apuesta y dio un salto alegre al recibir un 9 y hacer 20. Había hecho una apuesta inicial fuerte, y ya calculaba su jugosa ganancia con una gran sonrisa.

—Por supuesto que ni una carta más, — respondí a la pregunta de la Dealer. — Mi 13 es más que suficiente — dije con aire de gran conocedor.

El chileno levantó la mano en señal docta de “no más” y permaneció con un 10 y un 4. El “experto” holandés recibió un 8 y un 4 y también se quedó.

De manera muy, pero muy extraña, no había salido una sola figura, ni un joto, ni una reina ni un rey. Las cartas más probables no habían hecho su aparición, lo que aumentaba aún más nuestra posibilidad colectiva de ganar.

Faltaba sólo el chino, que, con un 9 y un 8, estábamos seguros todos de que pasaría. Sin embargo, el chino se quedó muy pensativo, ante la expresión de gran sorpresa de todos nosotros.

—*¿Quiere carta?* — le preguntó la chica.

El chino continuó meditando.

Nos mirábamos los demás entre sí, opinando con nuestra expresión: —*¿Pero éste loco qué piensa?*

—*¡No puede ser!* —se atrevió a mascullar la venezolana. —*Ya tiene 17, nadie pediría una carta más, Nadie.*

El chino estaba impávido. Todos nosotros a la expectativa. Levantó lentamente la mirada hacia la *dealer*, que también mostraba una cara de absoluto desconcierto, y pronunció con tranquilidad la palabra fatídica:

—*“Otlá”*.

Los ojos de todos se abrieron al máximo.

La chica obedeció y le entregó una dama. El chino se pasó y perdió. Ella abrió su segunda carta que era un rey, con lo que hacía 16. Abrió muy despacio la tercera carta, que para brutal decepción de todos era un 5, y con 21 nos ganó a todos.

Te puedes imaginar el estallido general de descontento.

—*¡Oh My God!* —vociferó el Californiano.

—*¡Pero, no es posible!* —grito el chileno, —*se habría pasado la casa.*

Se oyó una maldición en holandés que nadie entendió, pero todos comprendieron.

La venezolana se jaló los cabellos mientras alegaba — *Este tipo es un majunche, hubiéramos ganado todos.*

Yo me limité a decir con discreción —*¡Porca Miseria!*

El Chino continuó con su expresión impasible y, mirando a nadie en particular, aclaró:

—*No, si yo sé bien que tuvo mal, pelo e que fui caprichoso.*

—*“Fui Caprichoso”* —repetimos todos —*Fue caprichoso.* —Y estallamos en una carcajada colectiva.

Evidentemente nuestro regocijo colectivo significaba que

habíamos perdonado al chino y, a partir de ese momento, se inició una gran velada, plena de risas, de bromas y de diversión. Cada vez que alguno fallaba al pedir una carta adicional, aclaraba; “*E que fui caprichoso*”. Los brindis por y con nuestro colega chino se repitieron una y otra vez. Él también se mostró muy contento.

Debo reconocer que aquella fue una de las lecciones trascendentes que he recibido en mi vida. Cada vez estoy más convencido que nuestro célebre amigo chino tenía razón. No siempre se debe actuar con fundamento en la sensatez y la lógica. Es muy importante, de vez en cuando, cometer locuras, tomar riesgos, atreverse a desafiar a la prudencia. Debo reconocer que he seguido su consejo en diversas ocasiones con buenos dividendos, y si las cosas no han salido del todo bien, me he limitado a sonreír y decir: “*E que fui caprichoso*”.

—¡Bravo! —gritó Erendirani, aplaudiendo y desbordando sus carcajadas reprimidas—. ¡Genial! ¡Absolutamente genial!

Su inquietud sobre el juego había desaparecido por completo.

—Siempre seré su discípula más aplicada, mientras tenga algo que aprender, don Fidencio. Una vez más, gracias por las lecciones. Usted ha sido y sigue siendo mi mejor maestro.

Capítulo 30.- *Las Delicias de Galicia*

Se integró el equipo de transición con Erendirani, Maripili, Lorenza, Plácido, el contador, María Dolores —una chica muy joven, guapa y madrileña— que se había convertido en el brazo derecho de Erendirani; Sara, la brillante cocinera suplente de Lorenza; y Artai, el nuevo cocinero de Las Delicias de Galicia. Se reunieron en Las Delicias del Anáhuac para preparar el plan de transformación y homologación de los tres restaurantes.

Acordaron que concentrarían todas las tareas comunes en un solo centro de administración financiera, adquisiciones y administración de inventarios, coordinado por Erendirani, Dolores y Plácido; un segundo centro de cocina, coordinado a su vez por Lorenza, Sara y Artai; y un tercer centro, encargado de todas las funciones de decoración y promoción comercial, que encabezaría Maripili, quien buscaría con urgencia una colaboradora.

La metodología sería la misma para los tres restaurantes: no habría carta y los responsables de cada cocina decidirían los platillos que se prepararían diariamente, buscando ofrecer cada día las delicias culinarias de una región diferente. Se ratificó la decisión de orientar el restaurante de cocina italiana exclusivamente a las regiones del Mezzogiorno, y llamarlo “Las Delicias del Mezzogiorno”. Reiteraron que, así como en Las Delicias del Anáhuac el “primer tequila o cóctel margarita” como aperitivo y la primera copa de “Kahlúa” como digestivo corrían por cuenta de la casa, en Las Delicias de Galicia lo serían el “Aguardente de Herbas” para comenzar y el “Chupito de licor de hierbas” como digestivo; y para Las Delicias del Mezzogiorno correría por cuenta de la casa el primer “Spritz” (Prosecco y Aperol), así como el primer digestivo de “Amaro” o “Grappa”.

Decidieron igualmente extender la política de precios a los tres restaurantes. Al principio, serían accesibles e incluso bajos, para luego incrementarse gradualmente si la aceptación crecía. Sólo un aumento general del 5 % después de haber transcurrido al menos un mes completo en que la demanda de reservaciones hubiese rebasado la capacidad física del restaurante. En cuanto a la redecoración de los locales, Maripili se comprometió a presentar dos propuestas para recibir comentarios, observaciones y sugerencias; lo haría lo antes posible y los convocaría a una nueva reunión.

Ya saliendo, Artai destacó:

—Este sistema de no carta, sino lo que decida el cocinero, me parece genial. La verdad, es lo que me resultó más atractivo de la propuesta para integrarme a este equipo, después de Maripili, por supuesto. ¿Es idea tuya, Lorenza?

—Pues me hubiese gustado, pero aquí la de las ideas creativas es Erendirani —respondió Lorenza—. La idea es suya.

—Pues te felicito, Erendirani. Es un incentivo extraordinario para cualquier cocinero, pero para un gallego es la gloria. No más desperdicios y no más congelados. ¡Fantástico! —agregó Artai—. Saben, Juan Pardo, mi amigo, mi hermano y extraordinario cantante y compositor gallego, me ha ofrecido que, sin costo alguno, vendría a la reinauguración del restaurante e incluso que en esa ocasión lanzaría su doble compacto “Alma Gallega”. Si a ustedes les parece bien, por supuesto.

—¡Sería espléndido! —gritó Maripili—. Mi padre se volverá loco, es el único riesgo.

—¡Estupendo! —agregó Erendirani—. Será un honor para todos nosotros. Espero que la fecha no le resulte complicada.

—No —aclaró Artai—. Maripili me había dicho que podría ser una posibilidad y yo le comenté. Me respondió que le parecía

espléndido, que sólo tendríamos que invitar también a su pareja.

—Entonces perfecto, no se diga más —concluyó Erendirani.

Todos estaban conscientes de que tendrían que hacer un gran esfuerzo promocional, pues seguramente la actual clientela de Las Delicias del Anáhuac se redistribuiría entre los tres restaurantes, justo ahora que la demanda de reservaciones se acercaba a rebasar la capacidad de atención.

Esa misma tarde se reunieron todos en el restaurante de cocina italiana, donde Plácido presentó un reporte sobre la situación financiera y administrativa que no era nada alentador. Aquí los cambios en la decoración tendrían que ser mayores, pues una extraña mezcla de objetos y adornos reflejaban el concepto turístico y grotesco que Mister Richard tenía de Italia. En realidad, se trataba más de una pizzería que incluía algunos platillos extraños cuyas recetas también había escogido Mister Richard, quien las había transformado y adecuado a lo que él pensaba era la comida de Italia, país que jamás había visitado.

Al día siguiente, Maripili y Erendirani partieron hacia Nápoles en un viaje de tres días, donde entrevistarían a cinco cocineros candidatos que habían respondido a la invitación publicada en uno de los principales diarios locales. Todos laboraban activamente en restaurantes típicos de la región y dos de ellos conocían ampliamente la cocina de todas las regiones que integran el Mezzogiorno. Fue notable que los cinco mostraron gran interés, motivados, en particular, por la misma razón que atrajo a Artai: lo consideraron un desafío apasionante. Fue muy difícil la selección, pero finalmente optaron por contratar a Raffaele Galano, un napolitano que había sido “chef principal” en dos prestigiados restaurantes locales en Palermo, Sicilia, y en Cagliari, Cerdeña. Visitaron también dos despachos de diseño y, con uno de ellos, contrataron servicios de asesoría técnica, por medio de

la cual uno de los diseñadores, cuyos trabajos conocieron, se trasladaría a Madrid para apoyarlas durante dos semanas en la reestructuración de Las Delicias del Mezzogiorno.

Aprovecharon para visitar tres camiserías y, en la tercera, concertaron un acuerdo para que les manufacturaran camisas para mujer y hombre bordadas con motivos típicos de la región del Mezzogiorno, destinadas al personal de servicio del restaurante italiano. Otorgaron un anticipo y quedaron en que les harían llegar, en unos días, las tallas correspondientes. Por cierto, el restaurante de cocina italiana, al igual que el de cocina gallega, tenía sólo camareros hombres. Richard nunca confió en las trabajadoras mujeres. Erendirani y Maripili decidieron incrementar ese número casi al doble y fue claro que futuras contrataciones en ambos casos serían exclusivamente mujeres.

Pudieron también ordenar, en una tienda de artículos para el hogar, la elaboración de los nuevos manteles y servilletas de Las Delicias del Mezzogiorno. Dispusieron de muy poco tiempo libre para conocer esa maravillosa ciudad, pero una ojeada a la Reggia di Caserta, el Museo di Capodimonte, el Duomo di Napoli, la Piazza de Santo Spirito y el Palazzo Reale les resultó suficiente para comprender aquella famosa frase de Goethe: “Vedi Napoli e poi muori”.

En el viaje de regreso, Erendirani le manifestó a Maripili:

—Oye, por cierto, había olvidado decirte que, con respecto a tus inquietudes sobre la afición al juego de tu padre, no hay absolutamente nada que temer —y le hizo escuchar la grabación del relato de don Fidencio. A Maripili le encantó, se tranquilizó y afirmó que incorporaría entre las directrices de su nueva vida el sabio consejo del chino que jugó con su padre. A partir de entonces, si algo no salía del todo bien, se decían una a otra: “E que fui caplichosa”.

Trabajaron todos arduamente las semanas siguientes para reinaugurar Las Delicias de Galicia en la fecha prevista. Por supuesto,

invitaron a toda su clientela, que reaccionó muy favorablemente, motivada también por la noticia de que esa misma noche el cantante y compositor Juan Pardo lanzaría su doble compacto “Alma Gallega”. Para todos fue una experiencia exquisita, pero para los gallegos un reencuentro muy emotivo con su primera patria.

En uno de los muros, fotografías de los pueblos más hermosos de Galicia; un segundo mural con imágenes de escritores gallegos famosos; otra pared con fotos de actores y actrices gallegos; y, finalmente, un mural con reproducciones de célebres pintores gallegos. Como música de fondo, por supuesto, canciones de Cristina Pato, Luar na Lubre, Xil Ríos, Carlos Núñez, Ana Kiro, Ugía Pedreira, Lucía Pérez, Mercedes Peón Mosteiro, entre muchas otras.

Artai presentó un verdadero banquete, con degustación de un sinnúmero de exquisitos platillos típicos gallegos: “Caldo gallego”, “Pulpo a Feira”, “Empanadas de mejillones”, “Pimientos de Padrón”, “Lacón con grelos”, “Chorizo con cachelos”, “Raxo”, “Oreja de cerdo asada”, “Picadillo de zorza”, “Calamares en su tinta”, “Tapas de oribe, xoubas y percebes”, “Churrasco”, acompañados de “Pan de Cea” y “Filloas”; y para concluir, “Queso de Arzúa-Ulloa”, “Queso de El Cebreiro”, “Tarta de Mondoñedo”, “Tarta de Santiago”, “Melindros”, “Almendrados de Allariz”. Durante el festejo circuló, por supuesto, vino gallego de Rías Baixas, Ribeiro y Monterrei.

Fue todo un festín, un verdadero agasajo. La gente quería probar de todo y se deleitaba cada vez más con el siguiente platillo. El concierto particular de Juan Pardo resultó un gran acontecimiento. Él continuaba cantando y les pedía que no interrumpieran la gran comilona. Hizo, en efecto, el lanzamiento de su nuevo disco “Alma Gallega”, y se le veía francamente contento y orgulloso de su querida Galicia.

Don Fidencio y Don Manolo, así como el alcalde de Santiago de

Compostela, gran amigo de ambos, estaban especialmente orgullosos y no cesaban de destacar la altísima calidad culinaria de su tierra natal. Don Fidencio sólo lamentaba que su hijo Lázaro y su esposa Blanquita no hubieran podido pasar con ellos el fin de año, como era su intención, si bien prometieron visitarlos para la inauguración del restaurante de cocina italiana.

Por supuesto también asistieron Don Manolo, sus dos hermanas con sus cónyuges —Gonzalo y su esposa Ana María, Cayetana— y, como invitado especial, Marcos. Asimismo, los amigos de Don Manolo, Antonio y José Manuel, quienes aceptaron el desafío de conocer de cerca las verdaderas delicias de Galicia.

Los comensales, en su mayoría gallegos, estuvieron felices y festejaron hasta pasada las cuatro de la mañana. Erendirani, Maripili y Lorenza no dejaron de sonreír; se habían dado otra de esas alegrías que van justificando la vida.

Capítulo 31.- *El regreso a México*

Erendirani tomó el avión de las veintitrés horas rumbo a México. Era apenas la segunda vez que cruzaba el Atlántico y lo hacía en primera clase, por decisión expresa de don Fidencio. Aceptó una copa de champagne y, junto a un compañero inexistente, comenzó a volar. Antes de que partiera el avión, pensaba en su vida reciente. Había vivido apenas tres meses con mayor intensidad que en los treinta y seis años anteriores. Qué afecto más profundo y sincero se había despertado hacia su gran amigo y maestro don Fidencio. Sabía que con él todo sería algo especial, pero nunca imaginó que lo fuera tanto. Qué hombre tan admirable, tan inteligente, tan sensible, tan brillante. Qué afortunada era de haberse cruzado en su camino. Gracias a él, su vida era otra, una mucho más digna de vivirse...

Qué amistad más profunda y sincera la que había surgido entre ella y Lorenza. Qué gran acierto. Era la mujer perfecta para vivir esa aventura. Vaya, una mujer inteligente y valiosa. Qué orgullosa se sentía de ella. Era la hermana perfecta que nunca había tenido, no cabía duda. Se sentía tan tranquila de que su gran proyecto hubiera quedado en sus manos. No le preocupaba nada en absoluto; sabía que ella tendría una buena solución para cada problema que se presentara...

Y luego Maripili. “Vaya un par de amigas bandoleras que tengo”. Qué sensibilidad y qué clase la de Maripili. Qué mujer más honesta y creativa. Qué gusto le daba haber podido contribuir a esa felicidad que tanto merece. Y, además, Marco..., por si fuera poco. Y

qué decir del Tío Manolo, con sus contagiosas carcajadas y su experiencia inaudita. Vaya hombre ejemplar, que le había compartido su vida solo para complacerla y enriquecerla. Qué cariño más delicado y profundo. Qué hombre admirable e interesante. Lo extrañaba siempre, lo necesitaba. La enseñaba a pensar, a sentir, a vivir...

Y, por si fuera poco, ahí estaba su gran amigo Rodrigo, el amor de Lorenza. Lo quería porque él la amaba sinceramente, pero también porque era un hombre de grandes valores. Y qué decir del primo Pepe Luis, un hombre siempre amable y buena onda, que se había integrado inmediatamente a aquella pandilla que estaban construyendo. Y sus nuevos amigos y colaboradores: Plácido, María Dolores, Sara y Artai; y, además de todo, las cuarenta y dos compañeras de los talleres, cuya amistad se incrementaba día con día. Y todo esto en tan solo tres meses.

Doña Marisol la esperaba en el aeropuerto y la recibió con un abrazo afectuoso y sincero.

—Eres un amor —le reconoció emocionada—. Trasladarte a México solo para ayudarme, no sabes lo que eso significa para mí.

Había decidido que Erendirani se alojaría en su casa y le había preparado con auténtico cariño una recámara especial. Esa noche conversaron de todo, menos del negocio.

—Tienes que hablarme de “tú” —fue lo primero que le pidió.

Al día siguiente se trasladaron a la empresa, donde don Fabián, el hombre de confianza de su marido, que seguía al frente de la operación de la fábrica y de los cuatro comercios, les presentó un reporte detallado de la situación que prevalecía en los negocios, que no era precisamente halagüeña.

Todo iba bien hasta que don Antonio se vio obligado a dejar de asistir. Los empleados y los trabajadores lo veneraban, pero sintieron que, después de su partida, el barco navegaba sin timonel y sin rumbo

hacia el inevitable naufragio. La fabricación de productos eléctricos demandaba una absoluta precisión y su comercialización una atención técnica impecable. Todo eso se había perdido, al menos eso sentían los trabajadores y empleados. A don Fabián lo estimaban, pero no le tenían gran respeto profesional. No lo consideraban capaz de dirigir la empresa ni le tenían la confianza indispensable. Todos dudaban.

La producción y las ventas, y en consecuencia los ingresos, disminuían mes con mes, semana a semana. Con ese ritmo, en menos de seis meses estarían en quiebra técnica. La actitud de los líderes del sindicato era cada vez más hostil y presionante.

Erendirani quiso dedicar los siguientes tres días a conversar personalmente con empleados y trabajadores. Quería conocer sus opiniones y percibir sus sentimientos: tristes e inseguros, sin duda.

—¿Cuál debería ser esa estrategia para transformar esta cruenta realidad? —se preguntaba Erendirani—. “Tenemos que inventar algo nuevo”, se decía. Pero, ¿qué?

Durante las dos noches siguientes le contó con todo detalle a Marisol de su propia experiencia y del taller al que asistió sobre mujeres emprendedoras, impartido por aquel genio catalán llamado José María Lacalle. Afortunadamente llevaba sus apuntes en aquella carpeta negra donde anotaba todo y de la que no se separaba jamás. Hablaron de las dificultades que afrontan las mujeres en todo el mundo para emprender negocios, pero, sobre todo, de las ventajas comparativas que se desprenden de su condición de mujer. La confianza de Marisol en sí misma comenzó a despertar de manera extraña y vertiginosa.

El cuarto día acudió a un festejo que a las seis de la tarde le organizaron sus compañeros y amigos del Sanborns. Por unas horas se olvidó del problema y decidió disfrutar el encuentro. La recibieron

con especial cariño y el bombardeo de preguntas tenía diversas vertientes, con comentarios desde los más sinceros y afectuosos: “¿Cómo ha sido tu nueva vida? ¿Has hecho amigos? ¿Te has sentido sola?”, hasta otros más insensibles e indolentes: “¿Cuándo te regresas? ¿Te has sentido perdida fuera de México? ¿Cómo te han tratado los españoles? ¿De veras son tan bruscos como dicen?”.

O bien como el comentario insulso de un recién incorporado encargado de acceso muy pronorteamericano, que no conocía España, con una cara de imbécil que no mentía, quien le preguntó:

—Seguro esos pinches gachupines te han tratado mal. ¿Verdad? ¿De veras los gallegos son tan estúpidos como dicen los chistes? ¿Te discriminan mucho por ser india mexicana?

Al final, antes de retirarse, Erendirani quiso dirigirles unas palabras a todos:

—Les agradezco el cariño con que me han recibido, me pone muy contenta el que no me hayan olvidado. Quiero compartir con ustedes que estos tres meses han sido los más maravillosos de mi vida. Madrid es una ciudad extraordinaria y bellísima, pero lo mejor son los españoles y las españolas, gente encantadora, amable y muy sincera: siempre dicen lo que sienten y siempre hablan con la verdad. Yo, y también Lorenza, que les envía un abrazo a todos, no hemos recibido más que afecto y atenciones especiales. Por cierto, los gallegos que hemos conocido, y no han sido pocos, son de una inteligencia brillante y de una cordialidad encantadora. Les recomiendo que hagan un esfuerzo y visiten España; está llena de magia y alegría, y los tratarán estupendamente bien. Los españoles tienen un cariño especial por los mexicanos, sobre todo los indígenas mexicanos, por quienes sienten un gran respeto, quizás más que algunos de por aquí.

—Quiero asegurarles que en Madrid he aprendido a querer más a nuestro México. Sé que algunos zopilotes que andan por ahí

revoloteando estarían dispuestos a convertir a la Ciudad de México en Houston. Es insólito, pero cuando la ignorancia se combina con la incultura suceden cosas inverosímiles. Yo estoy más orgullosa que nunca de nuestra ciudad y de nuestro país, y celebro que sólo hayamos perdido la mitad de nuestro territorio a manos de los gringos. A mí me ha quedado muy claro que los españoles son nuestros verdaderos hermanos. Gracias a todos ustedes por su amistad y su preocupación.

Se retiró entre abrazos y sonrisas de todos, con una sola excepción.

Al día siguiente, después de visitar dos de las seis tiendas del negocio, se fue a caminar a Chapultepec para meditar y pensar en la mentada estrategia. Remaba en una de las lanchas cuando, justo en medio del lago, encontró la posible salida.

—¡Debe ser por ahí! —se dijo sonriente.

Capítulo 32.- *La estrategia solidaria*

—Creo que ya tengo la estrategia, Marisol —anunció Erendirani.

—Estupendo —respondió Marisol, expectante.

—Se trata de una “Estrategia Solidaria”. Pienso que tenemos que ganarnos el respaldo de las familias, en particular de las mujeres, ya sean parejas, esposas o concubinas, o bien madres si son solteros. Así que deberías plantearle a todo el personal y a sus familias que estás consciente de que, para que los hombres puedan trabajar, sus mujeres en casa deben hacerse cargo de todas las tareas del hogar y del cuidado de los hijos, sin retribución particular alguna. Debes decirles además que, en tu opinión, el barco del negocio no es solo tuyo, sino de todos. Si se hunde, nos hundiremos todos. Solo con el esfuerzo, la entrega y la imaginación de todos habremos de salir adelante.

—Debes indicarles que para ti está claro que ese esfuerzo no solo es tuyo ni de ellos, sino, en particular, de sus familias. Para demostrar tu reconocimiento, podrías anunciarles que, a partir del día siguiente, el cien por ciento de las ganancias incrementales obtenidas en la fábrica y los negocios comerciales se asignará exclusivamente a las esposas, concubinas o madres, si son solteros, de los empleados y trabajadores. Se les otorgará a través de un “Bono Trimestral de Reconocimiento”.

—¿El cien por ciento? —preguntó Marisol con incredulidad y desconcierto. No sabía mucho de negocios, pero entregar el cien por ciento de las ganancias le parecía un poco exagerado.

—No te confundas —aclaró Erendirani—, no se trata del cien por ciento de las ganancias totales, sino del cien por ciento de las ganancias incrementales. Si, por ejemplo, en una de las tiendas en el trimestre anterior se obtuvo una ganancia de cien, entonces, el

siguiente trimestre, todo lo que supere esa cifra será para sus familias, pero solo el incremento. Si al trimestre siguiente se obtiene una ganancia total de ciento cincuenta, esos cincuenta adicionales se distribuyen íntegramente a las beneficiarias, en proporción equitativa entre todas. Para el trimestre siguiente, la base será 150 y solo lo que se obtenga por encima de esa cifra se les asignará a ellas. Y así sucesivamente. Si no se registra ganancia incremental no les toca nada.

Marisol reflexionó, analizando las gráficas que Erendirani había plasmado en su carpeta para ilustrar mejor la propuesta.

—En realidad no tienes nada que perder —insistió Erendirani—. Les estarías haciendo entrega cada trimestre de aquellas ganancias que actualmente no recibes. Si el esfuerzo adicional, el mayor cuidado y el ahorro se traducen en mayores ganancias, sus familias podrán percibir un ingreso atractivo en el siguiente período. Todo dependerá de su eficiencia y responsabilidad. Si gastan menos en energía eléctrica o fotocopias, si disminuyen los desperdicios, si producen mejor y venden más, ¡mejor para todos! Ganarán más, además de sus salarios. Así sentirán que la empresa es también de ellos y de sus familias, se preocuparán y se ocuparán de que funcione cada vez mejor.

—Creo que es magistral —murmuró Marisol—. Creo que eres un genio, o una genio, o como se diga.

—Te voy a preparar unas láminas para que puedas ilustrar mejor la explicación —ofreció Erendirani—. Es vital que seas tú quien lo exponga y explique el funcionamiento. Debes ser tú quien les haga recobrar la confianza. Es probable que te pregunten qué sucederá si no se obtienen ganancias incrementales en el trimestre. La respuesta es que si no hay ganancias incrementales, sus familiares no percibirán nada adicional, y los trabajadores y empleados solo su salario. Pero para el siguiente trimestre se tomará como base la cifra del trimestre anterior. Es decir, si el primer trimestre base se obtuvieron cien, y el

segundo ciento cincuenta, los cincuenta adicionales serán de ellos; si en el tercero solo se obtiene ciento treinta, no perciben nada, pero el cuarto trimestre la base será ciento treinta y lo que supere esa cantidad será para sus familias. ¿Está claro?

—Clarísimo —respondió Marisol, contenta—, y llamó de inmediato a don Fabián para pedirle que convocara a todos los trabajadores y empleados, así como a sus esposas, concubinas y parejas, o madres en caso de ser solteros —“Me refiero a todo el personal, tanto de la fábrica como de los negocios comerciales”.— Se convocó una gran reunión en las instalaciones de la fábrica para el día siguiente a las seis de la tarde.

—¿Incluyendo al sindicato? —preguntó don Fabián.

—Por supuesto, incluyendo al sindicato —respondió Marisol y colgó.

—¿Cómo crees que lo verá el sindicato? —preguntó Marisol a Erendirani.

—Pues mal, una vez que lo entiendan bien, pero no podrán hacer nada. No sería extraño que propongan que la empresa entregue el importe de la ganancia incremental y que ellos la distribuyan; pero tú debes responder que se trata de un incentivo especial que la empresa quiere otorgar no a sus trabajadores y empleados, sino a sus familias. Ahora bien, si alguno de los beneficiarios quiere transferir parte o la totalidad del importe del “Bono de Reconocimiento” al sindicato, estará en su derecho y la empresa no puede intervenir.

Conviene aclarar que esto no sustituye, por supuesto, al sistema de participación de los trabajadores en las utilidades, que continuará funcionando como establece la ley. Lo fundamental es lograr que esposas, concubinas o madres se conviertan en aliadas de una empresa que reconoce el trabajo no remunerado que todas llevan a cabo. Si lo logramos, nada detendrá el éxito del negocio.

La tarde siguiente fue un gran día. Marisol estuvo verdaderamente magistral: tranquila y segura expuso el plan y la explicación detallada, con la ayuda de las láminas preparadas por Erendirani. Respondía con calma a todas las preguntas y aclaraba las dudas. Todo en ella inspiraba confianza. Los empleados y trabajadores que habían acudido al encuentro, predispuestos y preparados para una liquidación generalizada, estaban felices; casi no lo creían.

Las parejas, esposas, concubinas y madres no pudieron evitar aplaudir y gritar: “¡Viva Doña Marisol!”. Los líderes del sindicato, en efecto, no pudieron hacer nada salvo expresar, en nombre de los trabajadores, su agradecimiento por semejante respaldo solidario. Se atrevieron a formular la sugerencia prevista por Erendirani: que fuera el sindicato quien distribuyera los recursos. Se escucharon algunos “¡No!” por parte del público, interrumpidos por la contundente argumentación de Marisol, que concluyó con el aplauso generalizado de todas las mujeres presentes. Los líderes mostraban cierto desconcierto, sospechando que el declive de su poder había comenzado, pues veía innecesaria su intermediación entre los propietarios de las ganancias y los trabajadores, cuando estos últimos de golpe se convertían para efectos prácticos en copropietarios la empresa.

Marisol concluyó:

—Para la fábrica lo haremos por lapsos trimestrales y para los negocios comerciales por períodos mensuales. Hemos instruido al contador para que entregue a cada trabajador y empleado un reporte de resultados, ya sea trimestral o mensual, según corresponda; y que la transferencia de fondos se haga de inmediato. Para ello, requerimos que nos hagan llegar a la brevedad el número de cuenta bancaria de sus beneficiarias. El reporte incluirá todos los detalles de la operación del negocio. Nunca más habrá secretos entre ustedes y nosotros. La absoluta transparencia será una directriz fundamental de la

empresa. Y, por último, les advierto a los hombres que no se vale quitar el dinero a sus beneficiarias: es de ellas, se lo han ganado a conciencia.

La carcajada fue generalizada y todos aplaudieron y volvieron a gritar sus “¡Viva Doña Marisol!”. Se retiraron despidiéndose uno por uno de Marisol, a quien le expresaron agradecimiento y reconocimiento. Algunos abrazos fueron inevitables y la frase predilecta de despedida fue: “¡Cuenta con nosotras!”.

—Te invito a cenar mañana para festejar en el San Ángel Inn, que es mi restaurante predilecto —susurró Marisol a Erendirani, con una sonrisa llena de satisfacción.

—Excelente —respondió Erendirani—, no lo conozco y siempre he querido conocerlo. Qué mejor ocasión.

—Te va a encantar —aseguró Marisol—. Es el mejor restaurante de México.

Capítulo 33.- *De regreso a Madrid*

Fue una cena inolvidable en un restaurante realmente encantador, ubicado en una emblemática casona del siglo XVII en el barrio de San Ángel. Originalmente fue una hacienda y, posteriormente, un hotel que hospedaba a la gente más aristocrática y famosa de aquella época. Era un restaurante tradicional con un menú internacional y un toque mexicano, sin duda el lugar perfecto para festejar triunfos y hacer planes para el futuro.

—No sé cómo agradecerte, Erendirani — exclamó Marisol—. Le has dado un vuelco a mi perspectiva. Mi vida ha vuelto a tener una buena razón para vivirla.

Comieron rico y bebieron contentas, acompañando una espléndida conversación salpicada de carcajadas y suspiros. Erendirani decidió esperar a que cumpliera la primera semana de operación de la “Estrategia Solidaria” en los negocios comerciales para regresar a Madrid.

Tuvo oportunidad de reunir a sus hijos y nietos dos días antes de partir, en una gran cena que organizó en la casa de Marisol, quien la ayudó con todos los detalles para que fuera una celebración memorable. Les contó a Luis, a Luisa y, de paso, a la propia Marisol, cómo había sido su vida en esos últimos tres meses.

—¡Bravo, madre! Los dos sabíamos que eres una gran mujer, qué bueno que te han dado la oportunidad de demostrarlo y de demostrártelo a ti misma —le reconoció su hijo Luis—. Haremos lo posible ambos por pasar la Navidad y Año Nuevo del fin del milenio contigo, con Lorenza, con Maripili, con don Fidencio y don Manolo, y con todos los que te quieren, que ya veo que son muchos y seguramente cada vez serán más.

Fue una estupenda velada.

Concluyó la semana y los primeros resultados de los establecimientos comerciales fueron impresionantes. Las ganancias se incrementaron en ciento veinte por ciento. Nunca más volvió a perderse ni un solo producto. Parecía que todos se cuidaban entre sí. Las ventas aumentaban día tras día. No se registró ni una sola ausencia en los empleados y parecía que ya no se requería supervisión ni control. Todos protegían la empresa.

Erendirani no pudo evitar derramar algunas lágrimas al despedirse en el aeropuerto de Marisol, quien le obsequió un hermosísimo rebozo de Santa María del Río, llamado “Caramelo de siete colores”. Una verdadera joya y orgullo del arte popular mexicano.

—Mantenme al tanto —le pidió Erendirani.

—Por supuesto —respondió Marisol—. Te iré informando sobre cómo avanza todo. Y si se me atora algo, pues te echas otro brinco, ¿no?

—Claro —indicó sonriendo Erendirani—. Será un placer. Cuídate mucho y recuerda siempre lo que te conté que expresó Nancy Barry: “Serán sin duda las mujeres las que habrán de construir la nueva realidad del mañana que esperan y merecen los niños de hoy. La capacidad la tienen; solo hace falta que adquieran un poco más de confianza en sí mismas y que se atrevan de una vez por todas.”

—Lo tendré siempre presente, mi querida amiga —la abrazó emocionada, con cariño sincero— y se despidieron.

Fue un largo viaje que le permitió pensar de nuevo en su vida. La revisó desde el inicio hasta llegar a sus proyectos futuros inmediatos. Recordó que tenía pendiente organizar una cena exclusiva para las cuarenta y dos compañeras de los talleres de la Cámara de Comercio; la promovería apenas llegara a Madrid. También tuvo tiempo para satisfacer su gran pasión por la lectura. Devoraba cada libro de

autores españoles que le habían prestado o regalado don Fidencio y don Manolo. Reflexionó en que, en solo tres meses, había leído tanto como en un año completo de su vida en la editorial. No durmió ni un minuto durante el viaje.

Como era de suponerse, Maripili y Lorenza la esperaban en el aeropuerto. La recibieron como si no la hubieran visto en años. Ambas estaban especialmente contentas y urgidas por recibir la aprobación de Erendirani sobre sus acciones al frente de los tres restaurantes.

Durante el trayecto a casa le contaron que seguía el éxito arrollador de Las Delicias del Anáhuac. La demanda de reservaciones continuaba creciendo. Las Delicias de Galicia avanzaba gradualmente hacia el lleno completo. Artai, más contento y creativo que nunca, sorprendía a los clientes con sus exquisiteces. En cuanto a Las Delicias del Mezzogiorno, la redecoración había concluido y estaban listas para la reinauguración. El respaldo técnico de los diseñadores italianos —ya que finalmente llegaron dos— había sido excelente y efectivo. No le contaron más para que fuera una sorpresa. Al día siguiente la visitarían para decidir detalles pendientes.

Don Manolo preguntaba insistentemente por ella. Argumentaba que retirarse tanto tiempo era arriesgado, pero realmente quería verla. Le mostraron las cuentas con los depósitos de la venta del chalet, el departamento, los autos y las joyas. Se estaban convirtiendo rápidamente en un trío de “solteronas ricachonas”.

Fueron directamente a encontrarse con don Fidencio, para entregarle las cuentas del encargo.

—No les cuento los detalles de mi visita a México porque se lo contaré a don Fidencio y ustedes estarán presentes, así no tendrán que escucharlo dos veces. Sólo les digo que todo resultó estupendo y que vengo muy contenta. ¿Qué saben de Marco? ¿Cómo están

Rodrigo y Artai?

—Pues Marco es una monserga, alma mía, ya no lo aguanto — se quejó Lorenza—. Llama todos los días para saber si habías anticipado tu regreso. Es cierto que al que no habla Dios no lo oye. Lo vimos un fin de semana en el Cortijo del Viento, se veía triste, o melancólico más bien, y se la pasaba recorriendo en su caballo las praderas y conversando horas con el Tío Manolo en la biblioteca. En cuanto a Rodrigo, pues está muy bien, mejor que nunca, comportándose a la altura y haciéndome cada vez más feliz. Claro que cuando se me alborota, yo lo paro y le digo: “¡Serenó, Moreno!”

—¿Y Artai? —preguntó Maripili—. Pues guapísimo, cada vez más. Ya me ha llevado dos veces a cenar en estupendos restaurantes e incluso me preparó en mi casa una cena exclusiva y exquisita, solo para mí, con velas y música romántica. A cada momento lo admiro más. Estoy como una quinceañera, no les niego.

Llegaron a la casa de don Fidencio, quien salió con los brazos abiertos y una sonrisa gigante a recibirla.

—Vamos, viajera, que por fin has regresado. Cómo te habíamos extrañado. No tienes idea. Justo acabo de colgar con Marisol. Me llamó para agradecerme por tu visita y para decirme que está encantada, que eres una bendición para ella. Tus consejos han sido extraordinarios y muy efectivos. Ella se siente nuevamente entusiasmada para seguir viviendo y tomar el mando de la empresa. Me dice que tú le inyectaste la confianza en sí misma y la convenciste de que la vida todavía vale la pena, a pesar de todo. La producción y las ventas se incrementan día con día después de aplicar la “Estrategia Solidaria” que le propusiste. Dice que te estará eternamente agradecida. Me has dado, mi querida Erendi, otro gusto gigantesco. Ella es como mi hermana. Fue la mejor amiga de mi esposa y yo la aprecio intensamente. ¿Cómo voy a pagarte por este gran respaldo? No lo sé, supon-

go que con mi cariño incondicional.

—Con su cariño, don Fidencio, y con los relatos de sus vivencias. Eso sí no se lo voy a perdonar.

Don Fidencio lanzó una carcajada y masculló:

—Cosas de viejos, mi querida Erendi, cosas de viejos, que yo te contaré con un placer enorme. Pero pasen, pasen, estoy ansioso de conocer los pormenores de tu “Estrategia Solidaria”.

Entraron, abrieron una “cava” que era un deleite: una “Celler Batlle Brut Nature”, con ocho años de crianza en rima. Se acomodaron en la sala y Erendi narró con todo detalle su estancia en México y, en especial, explicó la llamada “Estrategia Solidaria”, que, por cierto, pensaba proponerles aplicar en las tres Delicias.

Erendirani continuó explicando los detalles de la estrategia. Don Fidencio la escuchaba muy atento, con una ligera sonrisa dibujada en el rostro, y finalmente festejó:

—¡Genial! Absolutamente genial. ¡Qué ingenio! Qué razón tenía Einstein al decir que “la creatividad es inteligencia divirtiéndose”.

—¡Soberbia! —reconoció Maripili—. Me encanta, las familias de nuestra gente te van a adorar.

—¡Qué bárbara! —aseveró finalmente Lorenza—. No cabe duda de que estás bien loca. ¿Cómo se te ocurrió algo así? No sé cómo puedes chiflar y comer pinole al mismo tiempo.

La charla se extendió con dos botellas más de cava hasta entrada la noche. Acordaron suspender uno de los desayunos con el fin de convocar un gran almuerzo que organizarían el jueves siguiente en los amplios jardines de la casa de don Fidencio, para todo el personal de las tres Delicias y sus familias.

—Mañana en la tarde lo visitaré, don Fidencio —amenazó Erendirani—. Vendré a que me cuente de usted y le adelanto que dispondré de todo el tiempo del mundo.

Capítulo 34.- *El segundo relato de la vida de don Fidencio*

Comieron en casa y, en la sobremesa, ya solos y sentados muy tranquilos, Erendirani le manifestó a don Fidencio:

—Quiero saber todo de usted y, como ya le advertí, dispongo de todo el tiempo para escucharlo, así que ¿por qué no comienza por el principio, desde que nació?

—Bueno, pues tú te lo sufres —respondió él—. Nací en Madrid el 13 de septiembre de 1923, justo el día en que el Capitán General de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, se sublevó contra el Gobierno y dio un golpe de Estado. Mis padres vivieron un día de tremenda contradicción, que fluctuaba entre una gran alegría por el nacimiento de su primer hijo y una inmensa tristeza por la llegada de un dictador más al gobierno de España. Mis padres fueron siempre republicanos activos, así que, con la llegada de Franco, mi infancia y, sobre todo, mi adolescencia estuvieron plagadas de desasosiegos y sobresaltos, temeroso siempre de que cualquier día mis queridos progenitores fueran aprehendidos, como había ocurrido con los padres de muchos compañeros y vecinos. Fueron años en que prevaleció la zozobra y el desasosiego, período que finalmente concluyó con la detención y posterior desaparición de ambos.

Había yo recién cumplido los catorce años y fui enviado por unos vecinos amigos de la familia con la hermana de mi madre y su marido en Santiago de Compostela, quienes me acogieron con cariño, pero también con una inquietud constante. Mis tíos, los padres de Manolo, lograron matricularme en la escuela a la que asistían mis dos

primos, con la consigna de no mencionar bajo ningún motivo que mis padres eran o habían sido republicanos y mucho menos que fueron detenidos por la Policía Secreta del Estado. Me dejaron claro que el incumplimiento de esta instrucción me acarrearía severas sanciones y, por supuesto, la prohibición absoluta de viajar fuera de Santiago.

No obstante mi corta edad, durante los dos siguientes años me las ingenié para realizar varios viajes a Madrid, acompañado por Manolo, el mayor de mis primos, e incluso fui solo, aunque únicamente en tres ocasiones. Después de una ardua e infructuosa búsqueda del paradero de mis padres, tuve que aceptar, muy a mi pesar, que no volvería a verlos jamás. Sobre todo, cuando tuve la oportunidad de entrevistarme con un antiguo jefe de mi padre, el hombre más admirado de mi familia, cuya actitud y recomendaciones me confirmaron la muerte de mis padres.

Todo estaba perdido para los republicanos. El 19 de mayo de 1939, Franco y los suyos celebraron el Desfile de la Victoria. Ese mismo día tomé la decisión irreversible de partir hacia México lo antes posible. ¿Por qué partir? Porque no tenía sentido alguno quedarme. ¿Por qué México? Por tres razones principales:

La primera, porque aquella tarde en que don José Giral Pereira, el hombre más admirado de mi familia, me confirmó implícitamente la muerte de mis padres, me recomendó al despedirse: “Si algún día tienes que dejar España, dirígete a México, no lo dudes ni un instante”. La segunda fue que ese mismo día me enteré por un diario local que el propio don José Giral Pereira había partido en exilio hacia México.

La tercera razón fue que mi tía había recibido unos días antes una carta del tío Gervasio, quien vivía en México desde hacía muchos años, confirmando que me aseguraba “un empleo para que pudiera construir con mi propio esfuerzo una nueva vida en México”.

En realidad, había una cuarta razón escondida: había leído en algún libro que México era un país lejano y extraño, lleno de sorprendentes incoherencias, cuyo pueblo no aceptaba monumento ni reconocimiento alguno para Hernán Cortés, pero que parecía, como ningún otro, acoger a los españoles como verdaderos hermanos; ya fuera que vinieran a “hacer la América”, como se decía entonces, o a refugiarse de las amenazas y atrocidades del régimen franquista.

Esto último me lo confirmaron mis tíos, a quienes, por cierto, mi partida no les parecía tan mala idea, pues siempre vivieron con la zozobra y preocupación de que mi presencia en su casa les provocara serias dificultades algún día. Probablemente fue por esta intranquilidad que aceptaron mi partida e incluso decidieron aportar el dinero para adquirir aquel boleto de ida, sin regreso, para embarcarme y seguir la ruta de mis aventureros antepasados.

Fue una despedida muy emotiva. Mis tíos lloraban, mi primo favorito, Manolo, me dio un fuerte abrazo y prometimos volver a encontrarnos algún día en el futuro, en algún lugar del mundo. Los preparativos del viaje se hicieron a toda velocidad para que pudiera viajar primero a Burdeos y desde allí al puerto de Pauillac, para abordar el 13 de junio un barco de carga bastante antiguo llamado “El Ipanema”, que tenía solo una chimenea y una hélice, acompañado de otros 997 pasajeros españoles procedentes de todos los rincones del país, quienes lloraban nostálgicos por dejar España y sonreían preocupados e ilusionados por llegar a México.

Apenas zarpamos, ya había conocido a mi mejor amigo de toda la vida, Antonio Rodríguez Albarrán, “Toñito”, un joven de mi edad, precisamente de Asturias, parlanchín insoportable y con un espíritu aventurero incomparable, que igualmente tenía como destino final la Ciudad de México y que, coincidentemente, se encontraría con un tío lejano que nunca había conocido, quien le había ofrecido posada y su

primer trabajo.

El Ipanema no contaba con camarotes; acondicionaron algunas bodegas que convirtieron en comedores y dormitorios con literas. Su capitán, de origen catalán-francés, resultó ser un hombre extraordinariamente amable y divertido. En las noches estrelladas disfrutaba darnos lecciones de astronomía y permitía el acceso a su biblioteca personal.

Durante el trayecto, devoré algunos libros de Voltaire, Diderot, Blasco Ibáñez y, sobre todo, Alfonso Reyes, cuyas obras completas disfruté más adelante y a quien, junto con Juan Rulfo y Carlos Fuentes, he considerado siempre como los tres más grandes escritores que México ha dado al mundo.

Con Toñito pasábamos las noches conversando sobre nuestras atropelladas vidas y los sueños que empezábamos a construir.

El viernes 7 de julio de 1939, unas gaviotas en vuelo nos anunciaron que podíamos lanzar finalmente el grito reprimido de “¡Tierra!” y evocar el sentimiento de quienes nos precedieron muchos años atrás. Al atardecer arribamos al puerto de Veracruz y dos días después casi mil refugiados españoles desembarcamos en nuestra nueva morada.

“Bienvenidos a su casa” fueron las primeras palabras que escuchamos una y otra vez, acompañadas de aquellas sonrisas amables que siempre he considerado las más hermosas y auténticas del planeta, aun después de conocer diversos países.

Toñito y yo encontramos al descender a nuestros respectivos y desconocidos tíos, quienes afortunadamente sostenían una cartulina con nuestros nombres. Nos identificaron y nos estrecharon en un abrazo. El tío Gervasio y el tío Fermín se dieron la mano efusivamente, con verdadero gusto.

—Gervasio Guevara, de Santiago de Compostela, para servirle

—dijo mi tío.

—Fermín Sotres, de Madrid, a sus órdenes —respondió el tío de Toñito.

Tras la presentación nos dirigimos al “Café de la Parroquia”, donde ambos habían hecho reserva para cenar, previsión inteligente ante la llegada simultánea de tantos paisanos, los que llegaban y los que nos esperaban.

Nunca olvidaré aquel primer contacto con las delicias culinarias de México, aunque el “Café de la Parroquia” parecía uno de los grandes cafés de la Gran Vía, totalmente repleto de españoles de todas partes. Mi experiencia era poca, pero le aseguré a mi tío que “estos meseros, que realmente disfrutan ser meseros, son sin duda los mejores del mundo”. No conocía mucho, pero jamás he cambiado de opinión.

Les narramos las vicisitudes de nuestro viaje y los tíos nos contaron cómo había sido que ellos mismos desembarcaron, un día lejano, en ese mismo puerto con la misma ilusión que nos invadía.

Mi tío Gervasio era un hombre afable y sonriente, con una figura que delataba los estragos de la cocina mexicana y una calvicie propia de su edad, que debía rondar los sesenta. De inmediato se manifestó su particular sentido del humor, también indicio de una vida feliz y tranquila.

Don Fermín, su contemporáneo, denotaba menor edad, tal vez por su delgadez, aunque su cabello canoso y seriedad lo delataban.

Fue don Fermín quien propuso que tal vez fuese conveniente que viviéramos cada uno con su tío, pero que no trabajáramos con él, sino con el tío del otro: “Es decir, yo trabajaría con Don Fermín y Toñito con mi tío Gervasio.”

—Creo que es importante —destacó don Fermín— que aprendan a valerse por sí mismos lo antes posible, que adquieran la

madurez necesaria para enfrentar la gran metrópoli. Trabajar con pares suele retrasar ese proceso.

Confesó que en su caso particular se presentó ese retraso con su hijo, también llamado Fermín, que no lograba asumir plenamente su responsabilidad en el trabajo.

—Les resultará más difícil independizarse y construir su propia vida —añadió— si todo les resulta fácil trabajando con un familiar.

Don Gervasio estuvo completamente de acuerdo y nosotros no ofrecimos resistencia alguna. La verdad, para los dos todo pintaba bien y estábamos dispuestos a manifestar nuestro total acuerdo con lo que propusieran los tíos.

Los cuatro nos acomodamos en el automóvil del tío Fermín y durante las seis horas de trayecto a la Ciudad de México nos concentramos en recordar y soñar.

Me cimbré al irme adentrando en la gran ciudad y recordé la expresión de asombro que había leído de Bernal Díaz del Castillo al divisar a lo lejos la Gran Tenochtitlán.

Finalmente llegamos a la casa de amplio jardín y dos pisos del tío Gervasio, situada en la calle de Puebla, en la colonia Roma. Don Fermín no consideró prudente aceptar la invitación de pasar y confesó cierto cansancio, pero de inmediato invitó al tío Gervasio a comer la semana siguiente en el Café Tupinambá.

—Donde “El café expreso es auténtico café” —apuntó el tío Gervasio sonriendo, y aceptó la invitación.

—Te espero el próximo lunes a las ocho en mi casa para desayunar y presentarte a mi familia —me indicó don Fermín—. Después te llevaré a visitar el negocio donde comenzarás tu vida laboral en este continente.

El tío Gervasio, por su parte, le extendió a Toñito una invitación similar para el mismo lunes y a la misma hora, para luego llevarlo a la

fábrica de artículos eléctricos de la que era propietario y director, donde mi nuevo y eterno amigo iniciaría su actividad laboral.

Se abrió el portón de entrada y apareció la tía Manuela, quien habría de convertirse en mi segunda madre desde ese instante hasta su fatídica muerte, aquel 23 de septiembre de 1973, justo el día en que yo cumplía medio siglo de vida.

La tía Manuela era una mujer extraordinaria, de sentido del humor excepcional y siempre sonriente, que recurría a todo para hacer mi estancia y existencia más grata y feliz. Mi incorporación familiar transformó la vida de aquella encantadora pareja que siempre había añorado tener un hijo, alegría que por fin colmó su hogar. Creo que desperté en ellos ese sentido prodigioso de la paternidad que creían dormido para siempre.

Ese primer fin de semana me llevaron a conocer el centro de la ciudad. No fuimos en su auto, sino que abordamos un autobús, o camión como lo llaman ustedes, y luego subimos a un tranvía que nos dejó justo en el Zócalo, que me impactó profundamente al sentir la grandeza de una gran civilización.

La imagen de la catedral, del palacio nacional y de las oficinas gubernamentales era sorprendente y única, aunque al caminar por algunas calles me sentí trasladado mágicamente a Madrid. Todo era similar, pero diferente. La simbiosis de dos grandes culturas me cimbó y marcó para siempre.

El lunes temprano me dirigí en camión hacia la casa de don Fermín, ubicada en el número 23 de la calle Vicente Beristaín, en la colonia Vista Alegre, casi enfrente del parque Asturias, y para mayores señas, casi frente al primer estadio de fútbol en México, que se había incendiado meses antes tras una trifulca en las tribunas ocasionada por una decisión arbitral. Afortunadamente estaba en proceso de reconstrucción y, a partir del siguiente año, se convirtió en el

refugio dominical de Fidencio y mío, aficionados al fútbol.

Oprimí el timbre y esperé que me abrieran la puerta. Entonces me quedé paralizado al encontrarme con un ángel, el primero que había visto en mi vida; pensé que enfrentaba un fenómeno sobrenatural.

Rocío, la hija de don Fermín, había abierto la puerta y me invitó a pasar. Al encontrarme con aquellos ojos azules y aquella sonrisa que activaba un hoyuelo seductor en sus mejillas, sentí que comenzaba a volar y tuve que sujetarme del barandal de la escalera.

—¿Te sientes bien? —preguntó ella.

Asentí con la cabeza, incapaz de hablar. Por fortuna, se acercó don Fermín diciendo:

—Adelante, Fidencio, veo que ya conociste a mi hija Rocío.

—Pues sí, creo que sí —respondí—. ¿Cómo estás? Soy Fidencio —le dije a ella.

—Creo que mejor que tú, según parece —respondió sonriendo—. Debe ser la altitud de la Ciudad de México —añadió.

Yo estaba muy lejos de imaginar que aquella bellísima mujer se convertiría más tarde en mi esposa y que compartiríamos cinco décadas de vida juntos, hasta que la muerte nos separó.

Después de un espléndido desayuno, disfruté la compañía y las observaciones inteligentes de Rocío, y conocí a su hermano Fermín, quien colaboraba a regañadientes con su padre, pues habría preferido ser torero o “matador”, como él decía,

Nos dirigimos a conocer las cuatro grandes tiendas de ultramarinos especializadas en la venta de vinos y licores, así como la bodega de respaldo común, orgullo laboral de don Fermín.

Esa misma tarde establecí amistad de inmediato con los empleados y encontré la primera contradicción que descubriría en México: aquella revelación que debía mantener en gran secreto en

España y que, en cambio, me abría las puertas y el corazón de los mexicanos: “Soy hijo de una pareja de republicanos españoles”.

Bueno, creo que por aquí dejamos, Erendi; otro día continuaremos. Ahora déjame soñar con mis recuerdos.

Capítulo 35.- *De nuevo al cortijo*

Ahora eran ocho: don Fidencio, Erendirani, Maripili, Lorenza, Artai, Rodrigo, Pepe Luis y Raffaele Galano, el nuevo cocinero de Las Delicias del Mezzogiorno, quienes se fueron a pasar el fin de semana al Cortijo del Viento.

Don Manolo estuvo muy contento, especialmente de volver a ver a Erendirani, pero como todos querían hablar con él, no les dejó tiempo para su acostumbrada sesión de relatos, lo que desagradó mucho a Erendirani. Los dos cocineros, junto con Rodrigo, se fueron a cabalgar por las praderas, mientras don Manolo y don Fidencio hacían estragos en el dominó contra Antonio y José Manuel, los amigos andaluces también invitados.

—Seguro que estos primos han estado entrenándose últimamente —reclamó don Antonio.

—¡Por supuesto! —añadió José Manuel—. No se explica de otra manera. Además, estos dos se hablan con la mirada, seguramente utilizan un código secreto que nosotros desconocemos. Con tal de ganar, son capaces de todo.

—¡Váyanse a la mierda! —exclamó don Manolo—. Ya es tiempo de que aprendan a perder, ¡joder! Se les está acabando la vida y siguen resistiéndose.

—Y tú, Antonio, ponte alerta, ¡ostia! Que te distraes a cada momento y estos dos se aprovechan, ¡y nos han dado pal pelo! —concluyó José Manuel.

—Van a tener que recurrir al rescate de Lorenza —les sentenció don Manolo, soltando una carcajada junto con don Fidencio.

Erendirani salió a caminar con Maripili y platicaron sobre el próximo almuerzo con el personal. Además, le planteó una nueva idea para aplicarla en los tres restaurantes. Se refería a diversas acciones para fortalecer el vínculo humano con la clientela.

—Necesitamos asegurarnos de que consideren al menos uno de los restaurantes como una extensión de su casa. Yo les hablaré de la “Estrategia Solidaria”, Lorenza preparará el almuerzo con Artai y Raffaele, y serán los héroes del evento. Creo que es importante que seas tú quien les hable de esta propuesta de nueva relación con la clientela. Esta es la nota que preparé sobre las acciones de vinculación —dijo, y continuaron conversando largo rato sobre los detalles del que llamaron justamente “Nuevo Esquema de Vinculación”.

Ante la noticia de que entre los invitados estarían, además de Lorenza, dos chefs de renombre internacional, Doña Cayetana quiso dejarles una huella imborrable y consagrarse como “la mejor cocinera andaluza de los últimos tiempos”, como le decía don Manolo. El menú fue soberbio y abundante, con aroma de exquisitez: “Tortillas de camarones”, “Pipirrana andaluza”, “Rabo de toro a la cordobesa” y “Cazón bienmesabe”, y como postres, “Polvorones de Estepa” y unas “Gachas dulces” que evocaban la infancia.

Durante la comida, Erendirani les mostró fotografías de su cena con Marisol en el “Restaurante San Ángel Inn” de la Ciudad de México, y de la comida con sus hijos y nietos en “Las Mañanitas”, en Cuernavaca. Todos elogiaron los lugares, y don Fidencio afirmó contundentemente:

—Son de lo mejor del mundo.

Aquello fue un verdadero agasajo y, efectivamente, todos, especialmente Lorenza, Artai y Raffaele, reconocieron y festejaron la extraordinaria calidad culinaria de Doña Cayetana, a quien el ego profesional y la satisfacción estaban a punto de hacerla estallar, o al

menos, hacerla volar. “Orujos Mar de Frades” fue en esta ocasión el digestivo para todos.

Capítulo 36.- *La estrategia solidaria en Las Delicias*

Maripili se había lucido para el esperado almuerzo: veinte mesas de ocho personas inteligentemente ubicadas, con mantel blanco y un jarrón sencillo con flores bellísimas. Un discreto sistema de sonido del que emanaban canciones gallegas, mexicanas e italianas. Acudieron todos los integrantes del personal de los tres restaurantes; los hombres, que representaban más o menos el 65 %, iban con sus esposas o parejas; las mujeres, casi todas, acudieron con sus madres y unas pocas con sus maridos o parejas.

Casi al concluir el almuerzo, Erendirani se dirigió a todos de la siguiente manera:

—Queremos agradecerles que hayan aceptado venir con sus familias o con parte de ellas. Ya organizaremos otro desayuno para los niños, quizá el próximo Día Internacional del Niño, si les parece.

En primer término, quiero asegurarme de que todos ustedes conocen a don Fidencio Mosqueira Fariñas, principal propietario y fundador de Las Tres Delicias; a Maripili Mosqueira, su hija y también copropietaria del negocio; a Lorenza Jiménez Pérez, nuestra cocinera estrella en Las Delicias del Anáhuac, igualmente copropietaria; a don Artai Forcadela, el chef de Las Delicias de Galicia; y a don Raffaele Galano, prestigioso chef de Las Delicias del Mezzogiorno. A ellos tres, por cierto, debemos este riquísimo almuerzo.

En ese momento se desprendió un aplauso generalizado.

—Me gustaría ahora dirigirme, en primer término, a las mujeres trabajadoras y empleadas de Las Tres Delicias, que por ahora

representan solo el treinta y cinco por ciento del total del personal. Es claro que el anterior administrador no era un admirador de las mujeres trabajadoras, pero eso lo habremos de corregir. Nuestra meta es lograr un equilibrio y que las mujeres representen al menos el 50 % del personal, o quizá un porcentaje un poco mayor para compensar, en alguna medida, la desigualdad que ha perdurado durante tantos años.

Por otra parte, todos sabemos que los hombres, en general, no podrían acudir al trabajo si no hubiese una mujer encargándose del cuidado de los hijos y de las tareas del hogar, que son muchas y muy demandantes. También sabemos que en países como España y México las mujeres han realizado tradicionalmente este trabajo sin percibir retribución alguna. Las ocasiones en que los hombres han tenido que encomendar estas importantes tareas a otra mujer o a otro hombre fuera de la familia han requerido el pago correspondiente.

Que las esposas o parejas no perciban ingreso alguno por su trabajo nos parece absolutamente injusto. Estoy segura de que estarán todos de acuerdo conmigo.

También sabemos que, en el caso de las mujeres y hombres solteros que trabajan en Las Tres Delicias, por lo general han sido sus madres quienes han tenido que hacerse cargo de estas responsabilidades, también, por cierto, sin percibir ingreso regular de ningún tipo.

Es igualmente cierto que no son solo los hombres los responsables de esta situación de desigualdad e injusticia. No olvidemos que han sido las mujeres madres quienes han formado a los "machos" de nuestros países. Son ellas las que dicen: "Esta es mi cocina" y aquí no te metes. "Son mis hijos", suelen argumentar apropiándose de la responsabilidad fundamental de cuidarlos y educarlos. Son las madres quienes le dicen a sus hijas que laven los platos de su hermano, mientras que a él lo envían a jugar.

Queremos invitar a todos y todas a contribuir a corregir esta situación de desigualdad. Para demostrar el serio compromiso que los propietarios de Las Tres Delicias asumimos en este propósito, proponemos lo siguiente:

—A partir de mañana, el cien por ciento de las ganancias “incrementales” que se obtengan cada mes, en comparación con el anterior, se asignarán a las mujeres en casa y, en los casos en que las madres hayan quedado lejos, en el pueblo tal vez, también ellas serán beneficiarias de este trato. Será una manera de reconocer su respaldo y quizás su sacrificio del pasado. Si se da el caso de una mujer que trabaja con nosotros y puede hacerlo porque su pareja o marido se ocupa del cuidado de los hijos y de las tareas domésticas, él también será beneficiario.

—Es importante aclarar que nos referimos a las ganancias “incrementales”. Si en la semana anterior, por ejemplo, se obtuvo una ganancia de cuatrocientas mil pesetas, la semana siguiente todo lo que se registre como ganancia por encima de esa cantidad será considerada incremental y corresponderá íntegramente a las familias. Para el mes siguiente se tomará como base la ganancia total obtenida la semana previa. Así será de aquí en adelante.

Las familias estallaron en aplausos y gritaron “¡Vivas!” a “Las Delicias”.

Uno de los trabajadores se levantó y preguntó:

—¿Qué pasaría si en lugar de obtener un incremento, la siguiente semana se registra una ganancia total inferior a la registrada la semana anterior? Por ejemplo, en su caso de solo trescientas mil pesetas.

—Pues entonces —respondió Erendirani— no les tocará nada a sus familias; solo ustedes percibirán sus sueldos y salarios. Pero para la semana subsiguiente la base será de trescientas mil pesetas y

todo lo que se registre por encima de esa cifra será para sus familias. ¿Está claro? —preguntó.

—¡Sí! —respondieron todos—, clarísimo.

La esposa de uno de los trabajadores se levantó y anunció:

—Pues si estos tíos no logran aumentar las ganancias, vamos a pensar muy seriamente en el divorcio —y soltó una carcajada que fue secundada por todas las asistentes con nutridos aplausos.

Erendirani finalizó diciendo:

—Le he pedido a Plácido García, nuestro contador, que el lunes de cada semana entregue a cada uno de ustedes un reporte de resultados con toda la información detallada sobre costos, gastos y ganancias. Todo será transparente. Entre nosotros no habrá nunca secretos. Finalmente, les pediría que a partir de mañana cada uno registre con el contador el número de cuenta bancaria de su respectiva beneficiaria o beneficiario, donde se harán los depósitos correspondientes. Ahora escuchemos una propuesta que nos hace Maripili. Inició Maripili diciendo:

—Me ha dado un gran gusto escuchar el entusiasmo con que han acogido ustedes la iniciativa que presentó Erendirani. Ahora quiero hacerles más que nada una recomendación. No es necesario aclarar que para nosotros la satisfacción de nuestros clientes tiene gran prioridad. Sin embargo, queremos que nuestros clientes se conviertan en nuestros aliados, en nuestros verdaderos amigos, que sientan que Las Tres Delicias son una extensión de su casa, un lugar donde se respire no solo calidad, sino también afecto y cordialidad.

Para lograrlo tenemos que conocerlos bien. A partir de mañana encontrarán en la computadora de cada restaurante una base de datos, con un formato que irá incorporando gradualmente información sobre nuestros clientes.

¿Cuáles serán esos datos? Todos los relevantes: el nombre de

todos los integrantes de cada familia que nos visite, fechas de cumpleaños y santos, dónde trabajan, a qué se dedican, cuál es su deporte preferido, su pueblo de origen, equipo de fútbol favorito, escuela o universidad donde estudiaron, partido político de preferencia, su próximo o más reciente viaje, la escuela de sus hijos, el nombre de sus mascotas, sus principales proyectos, su música y canciones favoritas, la marca de su automóvil, su programa de radio o televisión preferido, opinión del alcalde y del primer ministro, barrio donde viven, principales entretenimientos, aficiones artísticas, escritores y actores favoritos, y en general toda la información que nos permita conocerlos mejor.

Por supuesto, no se trata de interrogar a cada cliente con preguntas directas como: “¿Dónde vive usted?”, “¿Cuántos años tiene?”, “¿Cómo se llama su mujer?”, “¿A qué equipo le va?” No. Se trata de registrar, con discreción y sin abrumarlos, algunos datos que surjan durante la conversación natural que solemos mantener con ellos. El único propósito es que todos los demás lo conozcan y, en el momento oportuno, les hablemos por su nombre y hagamos la pregunta o comentario inteligente que los haga sentirse en casa, que demuestre nuesinterés. Esto hará su estancia más placentera y nuestro trabajo mucho más humano e interesante.

La propuesta fue recibida con el mismo agrado y aceptación que la primera. Se sentía un ambiente festivo que todos celebraban. Para concluir, se distribuyó café y una enorme variedad de postres mexicanos, gallegos e italianos. Poco a poco, personal y familiares se fueron despidiendo de mano de don Fidencio, Erendirani, Maripili, Lorenza, Artai y Raffaele. Coincidentemente con lo sucedido en México en la fábrica de Marisol, la frase predilecta de las esposas, parejas y madres fue: “Gracias, cuenten con nosotras”.

Y, por cierto, esa misma tarde Erendirani recibió la llamada de

Marisol, quien quería contarle del extraordinario éxito que tenía su “Estrategia Solidaria”. Tanto la fábrica como los negocios comerciales operaban con una eficiencia inusitada y las ganancias se incrementaban mes con mes como nunca imaginaron.

—Salvaste a la empresa, Erendirani —le reconoció Marisol—. Ahora colaboramos todos felices y decididos. Ayer, los trabajadores nos comunicaron su decisión de poner a hibernar al sindicato, que ya no consideran necesario. Quienes allí trabajaban se han reintegrado gustosos a la actividad productiva. Hemos liquidado todas nuestras deudas y en el horizonte solo vemos ganancias incrementales. Todo gracias a ti, querida amiga. Todos aquí te envían un saludo muy cariñoso y esperan verte pronto por acá.

Erendirani no sabía qué responder.

—Marisol, no he sido yo, solo aporté una sugerencia, ha sido tu actitud y tu liderazgo. Lograste que todos recuperaran la confianza. Ahora están seguros de que el timón del barco está en manos de un capitán capaz, de una verdadera empresaria. Soy yo quien te reconoce y te felicita.

Capítulo 37.- *Las Delicias del Mezzogiorno*

El sábado, dos semanas después, se inauguró Las Delicias del Mezzogiorno como un extraordinario restaurante de primera clase, decorado de manera excepcional por Maripili, con el apoyo de sus asesores italianos y las sugerencias de Raffaele Galano. Aquellos manteles impecables, con el discreto bordado del logotipo del restaurante que diseñó la propia Maripili, y las servilletas con pequeños motivos artesanales del sur de Italia, daban al local un toque de elegancia y exclusividad.

El restaurante tenía, sin duda, una personalidad propia, aunque conservaba ciertas semejanzas con sus restaurantes hermanos. Un mural mostraba extraordinarias fotografías de las principales ciudades y algunos pueblos de las regiones del Mezzogiorno italiano; otro, los mejores escritores de la región; una pared con reproducciones de los pintores más destacados; y un último mural con fotografías de personajes locales del cine y teatro.

De fondo, resonaban canciones de *Mino Reitano, Mia Martini, Rino Gaetano, Loredana Bertè, Nicola di Bari, Domenico Modugno, Gianni Bella, Massimo Ranieri, Rosario Fiorello, Pepino Gagliardi, Roberto Murolo, Vincenzo Spampinato, Pepino di Capri, Pippo Pollina, Gigi D'Alessio, Carlo Muratori, Matilde Politi, Etta Scollo, Fabrizio de André, Teresa de Sio, Davide Casu, Franca Mas y Pino Daniele.*

Raffaele Galano se inspiró y hechizó a los visitantes con una degustación del Mezzogiorno que fue mencionada al día siguiente en tres importantes diarios de Madrid: *"Agnello cacio e uova",*

“Macarrones a la guitarra” y “Scapece” del Abruzzo; “Panzerotti”, “Bombette” y “Favetta” de Apulia; “Gnummareddi”, “Lampascioni” y “Cauzuncieddi” de Basilicata; “Pìpi Chini”, “Stocco alla Mammolese” y “Peperoni e Patate” de Calabria; “Caponata”, “Pasta alla Trapanese” y “Arancine” de Sicilia; “Culurgioni”, “Malloredus” y “Culurgioni” de Cerdeña. Para cerrar, un banquete de postres insólitos de la región, capaces de enloquecer al más experimentado: “Confetti”, “Mostaccioli”, “Pasticciotti”, “Cartellate”, “Sporcamuss”, “Scorzette”, “Can-noli”, “Amaretti”, “Seadas”, “Casadinas” y “Babas de Nápoles”. Todo ello acompañado con vinos selectos del sur de Italia: “Pervini”, “Riviera”, “Casalbaio”, “Torrevento”, “Basilicata” y “Gravello”. Fue una auténtica locura culinaria; nadie quería irse, todos pedían más.

Para la inauguración se amplió el espacio hasta alcanzar una capacidad para doscientos comensales, pues se invitó a todos los clientes habituales de los otros dos restaurantes hermanos. De nuevo, el éxito fue arrollador e impresionante.

—Es como cruzar una puerta mágica y trasladarse de golpe al Mezzogiorno —aseveró la esposa del embajador de Italia en España, quien había aceptado la invitación que le llevó personalmente don Fidencio. El embajador, a su vez, invitó al gran cantante napolitano Roberto Murolo, quien a sus 85 años de edad deleitó a los asistentes con cinco bellísimas canciones de su terruño: *“Malafemmena”, “Santa Lucia Luntana”, “Munasterio ‘e Santa Chiara”, “Dimme Ado Staje” y “Te Voglio Bene Assaje”*.

A partir de esa noche inolvidable, y con la aplicación generalizada de la “Estrategia Solidaria” que convirtió a los trabajadores en socios corresponsables, la demanda en Las Tres Delicias superó diariamente la capacidad de los restaurantes. El servicio del personal fue óptimo; los desperdicios desaparecieron por completo y los ahorros se multiplicaron. La supervisión se volvió innecesaria, pues todos se

cuidaban entre sí y se aseguraban de que cada uno cumpliera a la perfección su encomienda.

En la mesa de don Fidencio lo acompañaba finalmente su hijo Lázaro, quien cumplió su palabra y aprovechó el viaje para expandir sus negocios en Francia, Italia y Bélgica, pero también con la intención de hablar con Erendirani, a quien esa noche le propuso:

—Seguramente ya estás enterada, Erendirani, del extraordinario éxito que ha tenido tu famosa “Estrategia Solidaria” en la empresa de la tía Marisol, quien me sugirió aplicarla en nuestros negocios. Me pareció una idea genial, pero no quise hacerlo sin obtener tu anuencia y consentimiento.

—Lázaro, para mí es un honor que una idea mía pueda ser útil para la familia. Me llena de emoción lo que me dices —respondió ella. Las lágrimas se le desbordaron y se abrazó a don Fidencio, quien la acogió con cariño y satisfacción. Acariciando su cabello, solo destacó:

—Mi Erendi es tremenda, lo supe desde un principio. Es simplemente una “trinchona”, como decimos los mexicanos.

Capítulo 38.- *El encuentro con París*

—Hola, soy Marco —dijo.

Erendirani se cimbró y casi se le cayó el teléfono de la mano.

—¿Qué tal, Marco? ¿Cómo estás?

—Muy bien —respondió él—. Pues quería invitarte a cenar en París el próximo sábado. Si quieres, puedes quedarte unos días en mi casa. Yo salgo para Berlín, pero regresaré el viernes por la noche.

—Pues no lo vas a creer —anunció Erendirani—, pero justo había programado visitar París esta semana, incluso ya hice la reserva del hotel. Pero con mucho gusto acepto tu invitación para cenar el próximo sábado.

Trataba de ocultar que estaba temblando.

—Pues no se diga más —indicó él—. Envíame un mensaje con el nombre de tu hotel. Yo pasaré por ti a las 8:30, ¿si te parece?

—Claro —respondió ella—. Te enviaré los datos.

—Perfecto. Hasta entonces. Cuídate mucho —exclamó y colgó.

Erendirani quedó embargada de emoción; se daba cuenta perfectamente que, aunque había aceptado la invitación a cenar, había implícitamente rechazado la propuesta de alojarse en su casa.

—¿Me habré equivocado? —se preguntó—. Se quedó unos minutos pensando y decidió darle vuelta a la página, diciéndose: — Hay que dejar que las cosas sucedan.

De inmediato llamó a Maripili y le platicó:

—Maripili, he decidido pasar tres días en París esta semana.

Necesito que me sugieras algún hotel.

—Desde luego, pero ¿por qué no te quedas con Marco?

—¿Cómo crees? Pienso que no es oportuno. Tal vez él viva con alguien, pero cenaremos el sábado.

—De acuerdo —contestó Maripili, con voz condescendiente— Hay un hotel pequeño en Saint-Germain-des-Prés que te va a gustar, se llama Résidence des Arts. Te pasaré los datos en media hora. ¿Cuándo te vas?

—Pues pensaba irme el jueves y regresar el domingo, claro, si encuentro un vuelo.

—De Madrid a París siempre hay vuelos, comadre.

Erendirani hizo las reservaciones del vuelo y del alojamiento por teléfono e informó de los datos del hotel Résidence des Arts a la oficina de Marco. Fue al refrigerador, sacó una botella de vino blanco Albariño Pazo Señorans, se sirvió la primera copa y se sentó tranquilamente en su sillón predilecto para dejar volar la imaginación.

—Por fin —pensó—. París, ya no tendrás que esperar más, ni yo tampoco. El encuentro esperado por tantos años está por presentarse.

París, después de México, había sido la ciudad más importante para ella durante los últimos veinte años, hasta que inesperadamente apareció Madrid. Desde que estudiaba el primer semestre de la preparatoria, cuando fue una de las pocas que prefirieron el francés en lugar del inglés en la materia de idiomas, la asignatura de Historia que más le fascinó fue la de Francia; aprendió todo lo que pudo de ese gran país.

Esta predilección se amplió durante los cuatro años que trabajó en la librería “El Laberinto”, donde leía como poseída obras de Víctor Hugo, Marcel Proust, Honorato de Balzac, Miguel Zévaco, Gustave Flaubert, Simone de Beauvoir, Émile Zola, Charles Baudelaire,

Alexandre Dumas, Voltaire, André Malraux y Anatole France, que se convirtieron en sus escritores franceses favoritos.

Recordó con nostalgia un libro especial de Guy Breton, “Historias de Amor de la Historia de Francia”, que la marcó para siempre.

Conocer París se volvió una obsesión y un sueño que, conforme avanzaba el tiempo en México, comenzaba a aceptar que no se daría jamás.

En el trayecto de Barajas a Orly las mariposas en el estómago no desaparecieron ni un momento; vaticinaban un evento trascendente. Erendirani enfrentaba la ansiedad que provoca lo desconocido. Durante el trayecto del aeropuerto al hotel, abrió la ventanilla del taxi y sus ojos suspiraban, devorando las imágenes de aquella ciudad fascinante.

No cabía duda de que Maripili la conocía bien; el hotel Résidence des Arts, ubicado a veinte metros del Sena, entre el Barrio Latino y Saint-Germain-des-Prés, era perfecto, justo lo que hubiera deseado.

Se instaló en su habitación y, sin perder un segundo, con prisa evidente, se lanzó a disfrutar de aquel gran encuentro anunciado y tantas veces soñado. Fueron tres días de caminar, de visitar museos, y Erendirani se sintió embrujada por París.

La magia de quizá la principal ciudad europea, considerada por muchos —quizás la mayoría— como la más hermosa y fascinante del mundo, la tenía hipnotizada, la había cautivado de inmediato.

El incomparable París desplegaba una vez más sus encantos únicos y su grandeza inconmensurable. Para ella, deambular por París fue una cita excitante con lo melancólico y lo profundo. Recorrer la ciudad era encontrarse incesantemente con una historia creativa y emocionante.

No cabe duda, pensaba, que la grandeza de las ciudades tiene

mucho que ver con la elocuencia de sus fantasmas: los espacios abiertos de Luis XIV, la sensación de grandeza y libertad de sus plazas —en particular L'Étoile y La Concorde—. Podía casi ver a María Antonieta convirtiendo su frivolidad en dignidad indomable en el Palais de Justice; a los asambleístas entregando su vida para defender el derecho que tienen todos, incluso los imbéciles, a decir lo que piensan; a Napoleón arrebatando la corona al Papa para coronarse él mismo en Notre Dame, confirmando que era el gran elegido para interpretar los designios de los dioses; a Enrique de Navarra pronunciando su inmortal frase “París bien vale una misa” para convertirse en Enrique IV de Francia; a las tropas nazis cruzando irreverentes por el Arco del Triunfo y, poco después, al general De Gaulle encabezando la gran fiesta de la liberación; a Jean Paul Sartre reflexionando con Simone de Beauvoir sobre los laberintos de la esencia humana en ese famoso café del Boulevard Saint-Germain; a los jóvenes del mundo proclamando “Prohibido prohibir” en aquel mayo del 68.

Cuánta razón tenía Carlos Fuentes al afirmar que París es un museo abierto al público, pensó Erendirani.

El cosmopolita París, espacio permanente y dinámico de las manifestaciones delicadas del arte y la cultura, de las nuevas ideas y de la reflexión profunda.

Disfrutó intensamente de esos tres románticos atardeceres y de un concierto de Bach en la Iglesia de la Madeleine, verdadero manjar para espíritus refinados que sienten la música en lo más profundo de su ser. Fue esa sensación de sentarse sola a pensar frente al Pensador de Rodin, o caminar sola a orillas del Sena —la amante más fiel de París—, la fiesta de sensaciones de los impresionistas en el Musée d'Orsay, el mirar y no mirar desde los puentes donde uno puede meditar lentamente, interpelar la vida y sentarse discretamente a observar en los cafés de siempre.

“La clase convertida en ciudad” —pensó—. Esa música parisina, siempre sensible y apasionada, que corre por mi cuerpo y me transporta a un mundo mágico donde puedo sentir y vivir lo inexistente, como si mi alma se desdoblara de la parte material y a la vez se convirtiera en su presa.

París, el esplendor en su expresión más delicada.

La irónica posibilidad de ocuparse asiduamente de la contemplación estética justo a la hora en que el día se entrega más al bullicio, el vértigo del champagne, el buen vino, el queso. Después de tres días, Erendirani estaba también casi culinariamente abrumada.

El maravilloso París era una tentación continua, una invitación persuasiva hacia la gula. Qué cocina, qué platillos. Los malvados franceses no tenían misericordia con alguien antojadiza, golosa y débil como ella.

Sus buenos propósitos de continuar sin interrupción sus ejercicios matutinos y mantener con rigor su dieta saludable no tenían capacidad alguna de influencia.

Pensó que, si bien Francia no es solo París, no lo es menos que Francia es sobre todo París. Cada momento la ciudad le gustaba más; cada instante le descubría un nuevo secreto fascinante. Caminó por calles pequeñas y experimentó sensaciones nuevas; todo lo nuevo no le parecía tan nuevo, como si ya lo conociera y solo no lo recordara.

“París, de vez en cuando y siempre”.

El viernes, Erendirani decidió invitarse a una cena especial en algún restaurante parisino con al menos dos estrellas Michelin para festejar el ansiado encuentro con la magia convertida en ciudad.

Eligió el Restaurante Michel Rostang, en el número 20 de la rue Rennequin, expresión suprema del buen gusto, con valiosas reproducciones del Expreso de Oriente y paredes y estantes de maderas finas que albergaban una colección única de figuras de porcelana

recuperadas durante años en tiendas de antigüedades.

Para abrir el apetito pidió un “Kir Royale”, bebida de champagne con licor de frambuesa Chambord y una cereza natural, que se había convertido ya en su aperitivo predilecto en París.

De entrada, un “Foie Gras de Canard poché dans un bouillon corsé”, y como plato principal un “Coeur de Carré de Veau à la Florentine”, ambos indescritiblemente exquisitos, justificando ampliamente las dos estrellas Michelin.

Acompañó la cena con una botella de vino tinto Château Latour 1976.

Mientras disfrutaban las especialidades del chef Guy Martin, que explicaban por qué el Grand Véfour había recuperado en marzo del 2000 la tercera estrella Michelin que perdió tras 30 años, Erendirani narró su visita a París y por qué ese encuentro se volvió un sueño y obsesión para ella.

Marco, a su vez, le compartió la sensación de terror que lo invadió el primer día que incursionó como profesor en La Sorbona, una oportunidad que había luchado sin cuartel por más de diez meses y que casi rechazó por inseguridad.

Para cerrar, pidió dos postres casi imprudentes: “Éclair au crémeux et praliné vanille” y “Barre chocolat noir, cassis et poire”.

Erendirani le contó cómo su padre la obligaba de niña a escuchar ópera, de la que era un verdadero adicto, y cómo ella al principio la odiaba, pero terminó siendo una gran aficionada; “Turandot”, de Puccini, era su obra preferida.

Sin prisas, dejaron que la reunión fluyera. Poco a poco ocultaron discretamente a quienes debían ser para dejar expresarse a quienes realmente eran. De manera sencilla intercambiaron ideas, conceptos y opiniones sin preocuparse por las consecuencias ni lo que el otro pensara.

La conversación fluía natural, como un fenómeno cotidiano y simple. Ella descubrió que la interacción sin expectativas encierra sutilezas fascinantes. Marco se estremecía cada vez que sus ojos se posaban en ella.

Ella también detectó que bajo la sobriedad de Marco se escondía un apasionado delirante de las emociones.

Erendirani no sabía si Marco estaba enamorado o vivía con alguien, y realmente no le importaba. Lo inaudito para ella fue que, en todos sus años de capacidad para enamorarse, esa información era un requisito sine qua non para continuar cualquier relación.

“Ya no puedo permitirme perder el tiempo”, reflexionaba, cuando aún creía que el amor podía programarse o controlarse.

Ahora había aprendido que debía permitir que las cosas sucedieran, que los acontecimientos vinieran sin ser apresurados, sin forzar un ritmo o dirección, consciente de que lo verdaderamente trascendente puede o no darse, y sin libertad auténtica nunca se presenta.

Ella estaba dispuesta a apostar y seguir viéndolo. Si se enamoraba y él resultaba comprometido, mala suerte. No verlo más o conservar una amistad serían opciones inmediatas; pero aceptaba que enamorarse o dejar de hacerlo no estaba en sus manos.

Recordó las palabras de don Manolo al confiarle el secreto de la felicidad: “Hay que dejar que las cosas vengan como vienen y dejarlas irse como se van”.

Hubo una única pregunta desconcertante de Marco, tras mirarla a los ojos:

—¿Cuál es la parte de tu cuerpo más sensible a una caricia?

Ella respondió como si la pregunta le pareciera trivial, aunque no pudo disimular una leve turbación ni un ligero estremecimiento:

—Ese es un secreto de Estado, mi querido Marco —eludió con

aire pizpireto.

El eco de aquel episodio se fue desvaneciendo poco a poco.

Esa noche, simplemente la llevó a su hotel y se despidieron en la puerta, como dos muy buenos amigos.

Ella subió lenta las escaleras, aceptando que Marco era un experto en las artes de encantar.

A la mañana siguiente, Erendirani decidió convertirse en lectora adicta del escritor Fernando Pessoa, sin duda uno de los colosos del siglo XX, y, claro está, gracias a Marco.

Al dirigirse a desayunar, el conserje, encomendado por Marco, le entregó un tulipán color mamey —su flor predilecta la noche anterior— acompañado de una tarjeta con un pensamiento del prestigioso poeta portugués:

“O valor das coisas não está no tempo que elas duram, mas na intensidade com que acontecem. Por isso existem momentos inesquecíveis e pessoas incomparáveis.”

Antes de llevarla al aeropuerto al día siguiente, Marco la invitó a caminar tranquilamente por los verdes encantadores del Bois de Boulogne, hasta que una lluvia intempestiva los obligó a correr, no con la intención de refugiarse, sino simplemente para correr y emparse.

Algo que ella no hacía desde niña, cuando evadía la vigilancia de su madre para lanzarse a las calles de México en actitud desafiante, solo para levantar el rostro y recibir de frente la estimulante y fresca provocación de su majestad: la lluvia.

No comentaron cuándo se volverían a ver.

Erendirani regresó a Madrid sonriendo; París le había concedido una emoción nueva y dulce a sus ansias de vivir.

Capítulo 39.- *La alianza de género*

Ese domingo por la noche, Erendirani llegó a casa todavía extasiada y aún hipnotizada por la magia de París y el encantamiento de Marco.

—Tienes que contarme, comadre. Te veo volando —recalcó Lorenza—. Tengo el presentimiento de que fue algo inolvidable, que ha cambiado tu vida.

Erendirani le narró con particular detalle lo que fue su deseado encuentro con París, intercalando su plática con algunos suspiros.

Con respecto al encuentro con Marco, solo reconoció que todo fue maravilloso, aunque aclaró que el amor entre ellos no había estado entre sus temas de conversación. Los detalles particulares se los iría contando más adelante, pero no ahora.

Para la noche siguiente habían suspendido la atención al público en general en Las Delicias del Anáhuac para organizar la cena prevista con las compañeras de los talleres de la Cámara de Comercio.

Fueron en total cincuenta: cuarenta y dos colegas más ocho emprendedoras que algunas de ellas invitaron a formar parte de aquel grupo, que decidieron llamar “Las Discípulas del Maestro Lacalle”. Acordaron celebrar un pacto para colaborar entre sí. Empezarían con que, en cada cena, dos o tres de las compañeras contarían cuál era su respectivo negocio, qué dificultades afrontaban y cómo pretendían superarlas. Las demás les harían comentarios, sugerencias y recomendaciones; tratarían de capitalizar en beneficio de cada una los errores, aciertos y experiencias de todas. También buscarían

identificar iniciativas de colaboración y acción conjunta, para lo cual plasmaron en un documento las ideas que inicialmente aportaron sobre los posibles ámbitos de cooperación: “Compras en común”, “Maquinaria, herramientas e instalaciones de uso colectivo”, “Servicios empresariales comunes” (como centros de servicios de corte y patronaje para quienes coincidían en la actividad textil), contratación conjunta de servicios de cómputo, contabilidad, asesoría jurídica y diseño, “Promoción y comercialización conjunta”, “Negociación conjunta ante proveedores y compradores”, “Investigación conjunta de nichos de mercado”, “Gestión ante autoridades” e “Intercambio de publicaciones especializadas”.

Finalmente acordaron reunirse una vez al mes, rotando los lugares entre los tres restaurantes de Las Delicias y el “Entre Nous”, de la amiga Carmela. Por cierto, rechazaron todas el ofrecimiento de que no se les cobrara la cena.

—Debemos cuidar de no mezclar la relación de amistad con los negocios — advirtió una de las asistentes.

Dos semanas después, Lorenza organizó una fiesta íntima en el departamento de ambas, a la que asistieron don Fidencio, Erendirani, Maripili, Rodrigo, Artai, Sara, María Dolores, Plácido, Pepe Luis, Raffaele y Montserrat, la nueva colaboradora de Maripili. El motivo de la reunión fue anunciarles el próximo matrimonio de Rodrigo y Lorenza, quien finalmente había sucumbido ante un fino trabajo de persuasión por parte de Rodrigo y porque, después de bailar sevillanas, no podía rechazar una propuesta así. Fue una sorpresa extraordinariamente bien recibida. Quedaron en comunicar la fecha a la brevedad posible.

La verdad es que nada era más aconsejable para la voracidad feroz de Rodrigo que contraer nupcias con una cocinera excepcional.

—Pues a cada capillita le llega su fiestecita —dijo sonriendo

Lorenza y añadió—: Se los informamos de una vez a fin de que tengan suficiente tiempo para comprar sus regalitos —soltó una carcajada.

—Yo propongo que nos den la oportunidad de organizar el banquete de bodas en Las Delicias de Galicia, pues me temo que Lorenza va a estar muy ocupada ese día —propuso Artai—. Lo haremos Maripili y yo, si les parece —agregó, tomándola del hombro como para dejar sentado que esa relación entre ambos avanzaba a pasos acelerados.

El 15 de septiembre fue una noche especial en Las Delicias del Anáhuac. El festejo del aniversario de la Independencia de México atrajo a un número importante de mexicanos radicados en Madrid. El lleno fue completo y resultó todo un acierto la idea de Erendirani de activar un karaoke, en el que prácticamente todos los comensales participaron activamente. Fue impresionante confirmar cuántas canciones rancheras mexicanas son conocidas y cantadas por los españoles.

Fue especialmente notable cuando la propia Erendirani, como capitana de aquel navío y ataviada con un bellísimo y elegante traje de charra, tomó la bandera y lanzó el tradicional Grito de Independencia justo a las once de la noche:

—¡Mexicanos! ¡Vivan los héroes que nos dieron patria y libertad! ¡Viva la independencia nacional! ¡Viva México! ¡Viva México! ¡Viva México!

Fue emocionante ver a mexicanos y españoles mezclados respondiendo:

—¡Viva! ¡Viva!

A partir de esa noche, los viernes se convirtieron en “Noches de karaoke con canciones mexicanas en Las Delicias del Anáhuac”, que fue el día con mayor demanda. Como decía Lorenza:

—Estos españoles se dan de puñaladas por reservar para desahogar sus penas y alegrías con canciones rancheras.

Capítulo 40.- *Un relato más de don Fidencio*

Erendirani llevó a don Fidencio a cenar a Las Delicias del Mezzogiorno con la intención de continuar con el relato de su vida. Antes pasaron a la cocina a saludar a todos, y discretamente le pidió a Maripili que diera indicaciones para que, una vez iniciada la cena, no los interrumpieran. Le solicitaron a Raffaele Galano que él eligiera lo que iban a cenar, incluidos aperitivos, vino y digestivos.

El relato de don Fidencio continuó así:

—A partir de aquel encuentro, mi vida giró en torno a Rocío Sotres. No solo pensaba en ella en todo momento, sino que buscaba todas las maneras de verla y conversar con ella. Uno de los diversos encantos que más me cautivó fue su pasión por la verdad. Simplemente no ocultaba ni alteraba ninguno de sus pensamientos, de sus sentimientos y de los acontecimientos de su vida. Recuerdo aquella tarde en que paseábamos por el Parque de Chapultepec y le pregunté:

—¿Te has enamorado alguna vez?

Rocío me respondió:

—Creo que no, pero tal vez. Tenía yo trece o catorce años y había un joven mexicano, hijo de mexicanos, a quien miraba y sonreía todos los días desde la terraza de mi casa mientras él pasaba rumbo al colegio. Él se limitaba a responder con un gesto a mi sonrisa. Vestía siempre de azul, en diversos tonos, pero siempre azul. Una noche él averiguó no sé cómo el número de teléfono de mi casa y me llamó

diciendo que era un compañero del colegio. Al escuchar su voz supe que era él y el latido de mi corazón se aceleró como nunca antes. Me aclaró que yo no lo conocía, pero que precisamente para eso me llamaba: para que nos conociéramos. Le pregunté si vestía siempre de azul y confirmó que yo sabía bien de quién se trataba.

—Me confesó que fue el momento más trascendente de su vida: percatarse de que había notado su presencia. Aceptaba que yo no pertenecía a su mundo y mucho menos él al mío. Conversábamos por horas; un día finalmente quedamos de encontrarnos en la iglesia, pero no lo hicimos, todavía no sé por qué. No sé si fue amor, pero sin duda habría sido si él hubiese sido un poco más atrevido. Sabía que mi padre no lo habría aprobado. Sin duda quería mucho a los mexicanos, que le acogieron como a un hijo nuevo, pero les tenía un poquito de miedo. Siempre habría preferido que yo me enamorara de un español o, al menos, de un hijo de españoles. Se habría opuesto sin duda, pero también sé que me habría rebelado y hecho valer mi sentir. Siempre estuve segura de que mi padre había acelerado nuestro cambio de casa para alejarme de él, una vez que se enteró de su existencia. Nunca le perdoné a mi hermana que le o haya contado. Ella nunca lo aceptó. Cosas del principio de la adolescencia, tal vez. Pero cada vez que pienso en él no puedo evitar sonreír.

Afortunadamente para mí, Rocío no volvió a ver ni a hablar con aquel extraño joven mexicano.

—Cada día que pasa estoy más enamorado de tu prima Rocío —le confesé un día a Toñito—. Me tiene embrujado, solo pienso en ella y cuando estamos juntos, el resto del mundo y de la vida desaparece para mí.

Me convertí en un colaborador fiel y útil de don Fermín, sobre todo al extender la red de negocios a doce tiendas: diez en la Ciudad de México y dos más en Puebla y Guadalajara.

Fermín “chico”, el hijo menor de don Fermín, una vez que se fue convenciendo de que lo más cercano que habría de contemplar la mirada de un toro sería desde la barrera de tercera fila en la Plaza México, se transformó en mi asistente más valioso.

Mi amigo Toñito, por su parte, resultó ser un brillante administrador; fue ascendiendo hasta convertirse en socio y administrador general de la fábrica cuando el tío Gervasio decidió retirarse. Impulsó de manera significativa el desarrollo de la empresa de artículos eléctricos, llevándola incluso a exportar un porcentaje importante de su producción a Sudamérica y Europa, en particular a España.

Rocío y yo nos casamos justo al cumplir tres años de habernos conocido. Tuvimos dos hijos y puede afirmarse que vivimos muy felices durante cuarenta y ocho años, hasta que, como nos había advertido el cura que nos casó, efectivamente la muerte la separó de mí en 1994.

Dos años después de nuestro matrimonio, Toñito se casó con Marisol, una guapa compañera de colegio de Rocío. Los cuatro fuimos siempre los mejores amigos y solíamos reunirnos en nuestras casas al menos dos veces al mes, sin contar los días festivos, en los cuales, por supuesto, también compartíamos, y los diversos viajes que realizábamos juntos. Así lo hicimos hasta la muerte de Rocío, tras lo cual decidí aislarme mucho. La verdad es que la vida había dejado de tener sentido para mí. Nada me reconfortaba, ni siquiera nuestros hijos, a quienes me dediqué por completo.

Un año después de la muerte de Rocío falleció el tío Gervasio y, poco más tarde, la querida tía Manuela, que no pudo sobrevivirlo mucho tiempo. Toñito, por cierto, quedó al frente de la empresa, cuya propiedad compartida le fue entregada en herencia a ambos.

A pesar de que recurrieron a todas las recetas sugeridas y aceptaron las prescripciones de muchos médicos especialistas, Toñito

y Marisol, al igual que sus benefactores, no pudieron tener descendencia.

Lázaro recibió como nombre nuestro primogénito, en homenaje a Lázaro Cárdenas, presidente de México, a quien admirábamos porque abrió el corazón del país para todos los refugiados y emigrantes españoles. María del Pilar fue la siguiente, una niña encantadora que mantenía un notable parecido con su madre y siempre fue la alegría de la familia. Había heredado y aumentado el sentido del humor de Rocío.

Los dos estudiaron la primaria en el Colegio Madrid como su madre, y la secundaria y preparatoria en el Instituto Luis Vives, ambas instituciones creadas por republicanos españoles exiliados en México. Ambos cursaron estudios universitarios en la Universidad Nacional Autónoma de México y han sido “Pumas” de corazón.

Nuestro hijo Lázaro fue un estudiante ejemplar, siempre con las mejores notas. En la UNAM cursó la carrera de Finanzas y, al graduarse, pudo respaldarlo para que realizara un posgrado en esa disciplina en la Universidad de Columbia, en Nueva York. A su regreso, se incorporó de inmediato a una prestigiosa firma internacional de consultoría en desarrollo de negocios.

Maripili, por su parte, estudió diseño también en la UNAM y realizó un posgrado en la Rhode Island School of Design en Miami, donde conoció, por cierto, a Richard Wilkinson, un norteamericano de Kentucky que presumía haberse graduado en Administración de Negocios en la Universidad de Florida, y quien, años más tarde, la visitó en Ciudad de México. La enamoró y convenció de unir sus destinos en un contrato matrimonial, pues se negó siempre a una ceremonia religiosa católica, por ser metodista y considerar dicha ceremonia “absolutamente anticuada”, según sus palabras.

A mí nunca me gustó “ese gringo” para ella, debo reconocerlo,

pero respeté la decisión de mi hija. Después de algunos años en que Richard intentó infructuosamente aplicar su supuesto MBA en consultoría empresarial en México, persuadió a Maripili para trasladarse a Madrid, donde, según decía, “apreciarían mejor su formación profesional y sus habilidades”, las cuales nunca fueron consideradas relevantes por Lázaro, quien conocía bien el tema.

Así lo hicieron y, tras un año de residencia en Madrid, Richard se convenció de que tampoco los españoles entendían la trascendencia de “la administración moderna de negocios” y persuadió a Maripili para que me pidiera que les financiara el establecimiento de una cadena de restaurantes en España.

Por supuesto que no acepté un simple obsequio de recursos ni la idea de montar una “cadena de restaurantes”, como aspiraba Richard, pero les ofrecí crear una nueva empresa en Madrid para invertir los recursos de inversión y operación iniciales con el fin de activar dos restaurantes —uno de cocina gallega y otro de cocina italiana— según solicitaron.

Argumenté que las relaciones de negocio más saludables entre familiares son las idénticas a las que se conciertan con extraños; no obstante, también les ofrecí que, conforme fueran ahorrando parte de sus ganancias, podrían irme comprando la propiedad del negocio, en términos muy favorables para ellos.

Estaba convencido de que un padre no debe solucionar gratuitamente los problemas financieros de sus hijos, pero sí respaldarlos para acompañar y facilitar su propio esfuerzo emprendedor.

Contraté así los servicios profesionales de Richard para administrar el restaurante de cocina italiana, como él quería, y a Maripili para el gallego. Ambos tendrían sueldo fijo y participación porcentual en las ganancias. La fórmula no era exactamente lo que Richard esperaba, pero aceptaron los términos propuestos.

La muerte de Rocío fue un golpe devastador para mí. La adoré apasionadamente, era mi compañera, cómplice y razón de vivir; sin ella, la vida perdió sentido. No tuve ánimo para continuar y, por fortuna, mi hijo Lázaro aceptó hacerse cargo del negocio, con la condición de que yo siguiera como su principal consejero.

Durante un tiempo me limité a leer y a deambular por el centro de la ciudad, además de comer casi todos los días en el Sanborns de los Azulejos, donde te conocí.

De repente tomé la difícil decisión de abandonar México y trasladarme a vivir a Madrid. Quería morir en mi tierra. Mi traslado a Madrid no resultó nada agradable para Richard, pero sí para Maripili

Pero no te preocupes, Erendirani, no me pondré triste. La vejez no implica más que dejar de sufrir por el pasado.

Capítulo 41.- *El amor y la sexualidad*

Se disponía a dormir cuando sonó el teléfono de casa; era Marco. Erendirani volvió a cimbrarse.

—¿Erendirani? Recuerdo que me contaste que Turandot era tu ópera favorita.

—Sí —respondió ella—, en efecto lo és.

—Compré dos boletos para el domingo 28 de este mes en la Ópera de París, que justamente presentan Turandot, con Alessandra Marc. ¿Hice bien?

—Hiciste perfecto —respondió sonriendo—. Siendo domingo, seguro será a las tres de la tarde; te estaré esperando desde las dos en el hotel de siempre, ¿de acuerdo?

—No pretendas regresar esa misma noche porque tenemos programada una cena —recomendó él—. Cuídate —agregó y colgó.

—Muy bien, hasta entonces.

Erendirani había adquirido un diario francés en el que se enteró de que justo el sábado 27 tendría lugar en París una conferencia dual, en la que dos especialistas en cuestiones de género de la Universidad de La Sorbona presentarían los resultados de una investigación de campo en países de América Latina, entre ellos México, de manera relevante. El tema era por demás provocador e interesante: “El amor y la sexualidad en América Latina”.

Con la invitación de Marco en puerta, decidió arribar a París el viernes para asistir a dicho evento, que se realizaría en el legendario hotel “George V Le Cinque”, ahora modernizado y rebautizado con el

nombre de “Four Seasons”.

La disertación de ambos especialistas fue brillante, y la interacción con el público, de un dinamismo extraordinario. Para Erendirani, que pocas veces —quizás nunca— había presenciado una exposición y debate de tal calidad, y mucho menos sobre un tema que realmente le interesaba, todo resultó sorprendente.

Con coincidencias de fondo y divergencias de matices, los expositores definieron lo que para ellos significaba la sexualidad y el amor por separado, para luego destacar sus diferencias fundamentales y relacionarlas con sus recientes descubrimientos y conclusiones derivadas de su trabajo en América Latina.

Era notable cómo habían expuesto con especial claridad en pocos minutos lo que para Erendirani había sido, en buena medida, confuso y mezclado durante toda su vida.

—La manifestación activa de la sexualidad —afirmó uno—, conocida como “hacer el amor”, una expresión elocuente que contribuye quizás la confusión latinoamericana es, en mi opinión, como una caricia profunda e intensa que penetra la esencia; tiene la misma dimensión que un beso apasionado o una mirada ardiente. Es la expresión sutil del deseo, la afectividad y la coincidencia. Las personas y sociedades menos complicadas y ansiosas son aquellas que no condicionan ni distorsionan su interacción sexual con prejuicios, sino que realizan la entrega plena, siempre que sienten un deseo profundo de hacerlo; como una práctica de libertad. Quizás por ello, esas personas rara vez participan en el juego de la sexualidad si el deseo no se manifiesta claramente.

—Buena parte de las mujeres latinoamericanas, —en cambio—, coincidieron los sociólogos— reprimen la práctica de su sexualidad por innumerables razones, casi siempre de orden moral, incluso en aquellos casos en que sienten un deseo incontenible. Es extraño,

pero aceptan, en contraste, participar en la relación sexual porque “deben” hacerlo, porque se sienten social o moralmente obligadas, con el esposo o la pareja, incluso sin experimentar deseo alguno. Aunque estos fenómenos no son exclusivos de América Latina, no se presentan en proporciones similares.

—La sexualidad es parte intrínseca de nuestra esencia como seres humanos, es parte integral de nuestra naturaleza —destacó otro investigador—. Incorporar la prohibición o represión sexual como parte del proceso educativo familiar, durante la infancia y adolescencia, solo puede ocasionar severas crisis existenciales en etapas posteriores. No resulta sencillo convertir en bueno, de un día para otro, lo que se aprendió como malo durante toda una vida.

Erendirani empezó a cimbrarse; sentía que el tema central se relacionaba con una parte supuestamente superada de su propia vida.

—El amor, en cambio —destacaron los expertos—, es una sensación que no surge del deseo, sino de la afinidad y la sensibilidad; aparece cuando se manifiesta la aceptación recíproca sin intención de cambiar o utilizar al otro. La sexualidad desata pasiones ardientes; el amor, miradas dulces y sensibles. La primera es llama, el segundo, luz. Los dos tienen enorme valor, no son dependientes ni uno mejor que otro; pueden coincidir o no, son independientes. La relación sexual puede programarse; el amor, jamás. El amor genuino es expresión espontánea, insobornable; simplemente existe. No entiende de razones ni acepta imposiciones. No responde a planes ni estrategias, ni se convierte en objeto de trueque. Nadie decide de quién enamorarse; es el amor quien decide cuándo presentarse.

El conferenciante mayor citó a Cervantes en una frase que Erendirani recordaría siempre: *“El amor es invisible y entra y sale por donde quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus actos”*.

En ese instante, Erendirani, escudriñando los vestigios de su vida en México, reconoció que, en efecto, el auténtico amor llega cuando quiere, sin aviso, y se va cuando le da la gana, sin explicaciones.

—En América Latina —señaló el investigador más joven— sexualidad y amor han sido coercitivamente interconectados y unificados, casi concebidos como fenómenos simultáneos o al menos consecutivos, por una sociedad que reprime a ambos, pretendiendo hacerlos manifestarse en complicidad y artificial dependencia. “*Solo me entrego si me amas*”, dirían ellas; “*Solo te amo si te entregas*”, dirían ellos. Difícil dilucidar cuál es más vulnerable de tales razonamientos.

La expresión de Erendirani se intensificó cuando el otro profesor lanzó una conclusión fulminante: “Parece cierto que, en países estudiados de Latinoamérica, el hombre finge ternura para lograr el orgasmo y la mujer finge el orgasmo para obtener ternura. Por ello, tras el acto sexual, en la mujer prevalece el deseo insatisfecho de cariño y en el hombre solo queda el deseo de nada.”

Estaba verdaderamente sorprendida; jamás había escuchado una crítica tan severa y contundente a sus connacionales. Por fortuna grababa el evento para analizarlo luego con detenimiento, pues allí se esclarecía un importante horizonte de su pasado más recóndito.

Las sorpresas y provocadoras aseveraciones se sucedieron. La sesión de preguntas mantuvo la calidad del debate. No todos estuvieron de acuerdo y así lo expresaron; fue un auténtico ejercicio dialéctico.

En un momento, del que Erendirani no se percató, concluyó la conferencia. El auditorio ovacionó efusivo. Ella permaneció absorta, envuelta en una vorágine de argumentos que le fluían como estallidos desordenados por las sendas pedregosas de los recuerdos.

El salón se convirtió en caos y ella continuó sentada, con la mirada fija en un punto lejano, buscando imágenes de otro tiempo. Dejó

que las afirmaciones “como si nada” de aquellos desencantadores jugaran a las escondidas con sus pensamientos y prejuicios caducos, que suponía ya esfumados desde hacía tiempo.

Y le saltó el reciente comentario:

“La obsesión recíproca por la posesión se ha convertido en Latinoamérica, especialmente en México, en la principal causa del hastío primero y del fracaso conyugal después. El habitual: ‘mi mujer’, y el obsesivo: ‘mi marido’, reflejan absoluta y obsesiva pertenencia, dependencia y propiedad totalitaria. El pronombre posesivo “mi” nunca tuvo mayor elocuencia.”

Por supuesto, la crítica no se circunscribió a las mujeres. También se denunciaron “las innumerables fruslerías de los hombres latinoamericanos, siempre dispuestos al más estafalario acoso para confirmar su vigencia”. Para Erendirani fue divertida la referencia al trauma del hombre mexicano de “actuar sistemática e irreflexivamente en sentido contrario al de la mujer para resaltar su masculinidad y evitar descubrir sensibilidades femeninas en su esencia. Pavor histórico. Si ella cuida su sexualidad con profundidad, él debe ser opuesto, ¡para eso es macho! Para la mujer, aceptar la entrega es una decisión trascendente, mientras que el hombre debe ser frívolo y generoso en su entrega sexual, la que llega a convertirse en un objetivo en sí mismo y, en ocasiones, en un ritual egoísta vacío. En su obsesión por diferenciarse y colocarse en el polo opuesto, el hombre latinoamericano compite con otros hombres y consigo mismo, entregándose sin propósito.”

Erendirani se levantó lentamente y caminó como sonámbula hacia la salida, recordando el misil que impactó la estabilidad de sus recuerdos con esta frase:

“La delicada sensibilidad y el romanticismo refinado —a veces cursi— de la mayoría de las mujeres en la región, sobre todo

mexicanas, supera por mucho la modesta capacidad de comprensión de la mayoría de los hombres encuestados en América Latina, particularmente en México.”

Casi como un autómatas, bajó las escaleras mecánicas, sintiendo la brisa de la tristeza que habita al lado de la melancolía. Así abandonó el hotel y comenzó a caminar París. Ya no se escuchaba la algarabía cuando pensó en otra aseveración elocuente: “Las mujeres en la región han sido educadas durante siglos para usar con destreza su virginidad primero y luego su entrega sexual. como elementos de negociación para alcanzar el amor y, sobre todo, el matrimonio, o al menos la unión informal —informal sí, pero con igual compromiso. Con frecuencia, las mujeres latinoamericanas dejan de disfrutar relaciones sexuales con intensidad deseadas en espera incansable del amor sublime con el príncipe encantado. Los hombres, en contraste, son formados para recurrir a cualquier artificio y con particular astucia llegan incluso a jurar amor, aun sin sentirlo, con el único fin de alcanzar su verdadero objetivo: “la seducción”, como afirmación de una supuesta virilidad, de su imaginaria vigencia y de su obsesiva autoestima. El hombre latinoamericano encuentra difícil amar a una mujer, quizá porque, curiosamente, está enamorado de sí mismo.”

Esa noche decidió cenar cerca del hotel, en la Brasserie Vagenende del Boulevard Saint-Germain. Ordenó algo ligero y continuó sumergida en la reflexión de la inolvidable conferencia dual.

“Esta relación interdependiente, compleja y condicionada que establecen hombres y mujeres latinoamericanos entre sexualidad y amor y viceversa, no parece haberlos llevado a la felicidad ni a la satisfacción consigo mismos. Todo hace suponer que una mayoría de parejas en la región se encuentra en situación de divorcio, aunque solo una minoría se ha atrevido a oficializarlo. El yogui indio, místico^l Sadhguru afirmaba que “la mujer siempre espera que el

hombre cambie; mientras que el hombre espera que la mujer no cambie, y ambos se equivocan”

Sonrió sutilmente, mientras disfrutaba de su “Kir Royale”.

El domingo por la mañana quiso deleitarse con los impresionistas del Musée d’Orsay: un encuentro soberbio con Van Gogh, Manet, Renoir, Degas, Monet, Cézanne y Gauguin.

A las 14:10 apareció Marco por la puerta del Résidence des Arts. Tras el saludo habitual, partieron rumbo al teatro de la Ópera en el auto de Marco.

Para Erendirani fue emocionante escuchar aquella maravilla: la ópera inconclusa de Puccini, interrumpida por su muerte. La imagen de la niña abrazada a las rodillas de su padre, se le vino encima y la hizo derramar lágrimas.

Al concluir, todavía impactados, se dirigieron a un exclusivo restaurante en la Place de la Madeleine, donde ella se deleitó con el más exquisito salmón ahumado y conoció por primera vez el caviar “Beluga” y el vodka de cereza, dos delicias que la conquistaron.

El “Kaspia”, así se llamaba el restaurante, era uno de los recintos de París donde habitaba el deleite. Fundado en los años 20 por un refugiado aristócrata que huía de la Rusia Imperial en tragedia, ofrecía, con manteles azul plúmbeo, cuchillería de plata, copas de cristal tallado e iluminación indirecta, una atmósfera delicada y majestuosa para conversaciones con tintes románticos.

En ese contexto reanudaron la amena charla que habían dejado inconclusa unas semanas atrás. Sólo fueron interrumpidos una vez por un violinista que se acercó para interpretarles una melodía dulce y nostálgica, que los envolvió como parte del encanto nocturno.

Mientras se deleitaba escuchando aquella música, Erendirani reflexionó que pocas veces, quizás nunca, se había sentido tan auténtica y libre como esa noche, en que quizá por primera vez no quiso

programar nada ni especular sobre el futuro; solo dejar que las cosas sucedieran. La lección de su vida se hizo elocuente: en el amor, la prisa solo produce el efecto contrario de lo que se pretende. Comprendió que con premura el ansia no concede tiempo al amor para convertirse en algo verdadero y noble, como dicen las leyendas. Y tal vez no era tarde.

Fue así, de esa agradable manera, que aparentemente concluyó aquella noche memorable, que como estará de acuerdo el lector, no podía terminar así. Él era fuego y ella tenía frío...

Al salir del restaurante, Marco la tomó de la mano y ella correspondió con sutileza. Frente al auto, él la tomó con ambas manos de las mejillas y le dio un beso tan tierno que hizo esconderse a la luna. Ella comenzó a flotar dulcemente. Él vio en su mirada un deseo análogo y en ese instante intuyó las graves consecuencias de aquel repentino hechizo, así que propuso:

—Me gustaría que la última copa la bebiéramos en mi casa. Ella se acercó a su oído y le susurró:

—Entonces vayamos hacia allá.

A lo lejos se divisaban los resplandores de una noche eterna y en esa ocasión especial. Erendirani conoció los secretos profundos de la entrega plena y la pasión desbordada. Fue una noche de sortilegio interminable, caricias sublimes y un placer que jamás imagino que pudiera experimentarse.

Todo comenzó cuando Marco alzó sus manos hacia ella y ella llevó las suyas al encuentro; el perfume de su fragancia la envolvió, y sus miradas se fundieron con tal intensidad que decidió acercarse para unificar su aliento con el suyo y navegar a través de sus ojos aún más adentro. Al sentir la cercanía de sus espléndidos muslos excitados, desafiando claramente sus instintos, se estremeció y se arrojó al encuentro de sus labios, que lo recibieron con una dulzura

indescriptible y fascinante.

Sus lenguas se entrelazaron de mil maneras, con intensa y maliciosa ternura. Al rodear su talle, Marco sintió el cuerpo de ella integrarse con el suyo y, al oprimir con mayor firmeza, sus cuerpos se reconocieron y temblaron en una aventura plena de intención conjunta. Los dedos de Erendirani estrujaron con furia el cabello de Marco cuyas manos acariciaban con deseo y desesperación su espalda y cuello delicado. Sus labios se fundieron vehementemente y se escaparon más allá de lo que sabían dónde, como si se hubiesen buscado durante algunos siglos.

El ritual había comenzado, el deseo se manifestaba con una fuerza incontenible, desvaneciendo toda reticencia justificada.

El aroma de Erendirani invadía el aire esperando que él lo respirara. La miró detenidamente, la separó de sí por un momento, solo para admirarla en toda su magnificencia. Su vestido se deslizó con lentitud y, como un acto de magia, su cuerpo apareció desnudo con todo el esplendor de sus encantos.

Las notas melancólicas de la música lejana acentuaban la sensualidad y el erotismo de su figura encantadora. Su mirada impetuosa lanzaba destellos de fuego, sus senos temblaban, clamando silenciosamente por caricias, y las manos de Marco respondían con presteza, mientras ella desabotonaba su camisa con premura.

La deslizó entonces hacia el borde de la cama y la recostó con particular cuidado y con cariño. Su posición recordaba a la campesina desnuda que inmortalizó el pincel de Goya. Era una ilusión de encantamiento.

Erendirani se estremeció al sentir la admiración contenida en la mirada ardiente de Marco posándose en su cuerpo desnudo y se inició una fiesta de besos tiernos y caricias dulces. Sintió el ardor de sus manos siguiendo la ruta de su mirada, que siguió la forma de su

cuerpo.

Observó su mirada ligada a la búsqueda y percibió la humedad de su espíritu enardecido y envuelto en sensaciones indescriptibles. Sus labios se desbordaron sobre toda ella como si estuvieran hambrientos de su piel, sedientos de su deseo y ávidos de sus secretos. Lo hizo sin prisa, pero sin pausa, como poseído por un maleficio de corsario. Y siguió y siguió y siguió, y un lamento onírico emergió de lo más profundo de Erendirani. Una sonrisa ardiente y un “sí” profundo se entremezclaron y el recinto se llenó de una mezcla erótica del sabor a ella y del aroma del incienso. Y no pudo impedir que se escapara un alarido de gozo incontenible acompañado de un gemido intenso que absorbió su aliento. Iniciaba así su primer viaje a las estrellas, impulsada por las caricias continuas y la vorágine incesante de los besos de Marco.

La escena era soberbia y voluptuosa. El éxtasis parecía interminable. Su cuerpo todo experimentaba una sensación suprema de placer profundo, un estremecimiento deleitable, un clamor de entrega colosal. Su mirada se perdía entre los ojos de Marco y el espacio, y él la acompañó hasta lo más alto, hasta ese instante memorable en que ella desfalleció, rendida como un gran final de una sinfonía de mil expresiones de placer y cuatrocientas sonrisas de deleite.

Marco recordó después la suavidad con que ella se escondió entre sus brazos, en manifiesta búsqueda de un refugio de ternura. Ese mirar su mirada tan de cerca. Ese acariciar con sus labios su mejilla, sus orejas, sus ojos que aún flotaban en el ensueño. Sus manos alaciaron su cabello con cariño y con cautela. Ella apenas regresaba embelesada del espacio sideral, susurrando su nombre en silencio. Su sonrisa era serena y elocuente.

Poco después, ella se giró en una invitación implícita para que él acariciase esos hombros atrevidos y elegantes, ligeramente

inclinados hacia adelante, para deslizar sus labios por el sendero voluptuoso de su señorial columna vertebral, escribiendo con su lengua enamorada cuentos de amor en la espalda erguida y altanera. Y su juego de caricias se estacionó en tan tersa y succulenta expresión de la belleza, durante un instante prolongado de sensual hipnosis, solo interrumpido solo por el murmullo encantador de las expresiones de Erendirani entrecortadas de placer creciente. Y las notas de la música y la llama de los cirios y, el aroma del incienso, y el embrujo de la noche y los demonios de la pasión fueron cómplices de la exploración implacable de Marco, que hacía brotar de los labios de ella la expresión solemne de su sexualidad agitada y de su fragancia dulce.

Las sábanas de seda se habían impregnado de su esencia y tenían el olor del paraíso. Y ella se volteó bruscamente en búsqueda ansiosa de más besos. Sus labios volvieron a fundirse con desesperación, en tanto que las manos de Marco, aún enloquecidas, continuaban su recorrido frenético, disfrutando tersura de su piel.

Y Erendirani se volcó con mayor ímpetu y menor recato y se escaparon juntos en un torbellino de ilusión y pasiones. Pero Marco había perdido ya la noción de la prudencia, del tiempo y del espacio, embriagado del sabor a ella y de su descomunal entrega. Erendirani proclamaba decidida que estaba decidida a seguir volando, ya sin titubeo alguno, hasta el final del arco iris.

Él se lanzó resuelto al abordaje final de su navío como un pirata enamorado. Ella bajó las velas para propiciar el encuentro. Se arrojaron uno sobre otro y jugaron a todos los juegos de amor conocidos e inventaron otros tantos aun desconocidos.

Así lo corroboró la mirada extraviada de Erendirani, así lo evidenció su sonrisa enigmática, así lo hicieron saber sus expresiones gitanas. Ella se aferraba a él con frenesí y él se anclaba a ella con fanatismo. Y en ese momento nada, ni siquiera lo inimaginable, hubiera

podido separarlos.

Se fundieron al galope delirante, se convirtieron en uno solo. Sus cuerpos se trenzaron en una sincronía insólita, con una precisión perfecta en aquella cabalgata desbocada. Y nada podía detenerlos en esa travesía sin freno, en que el menor embate provocaba el mayor delirio.

Y él pensó: que era así es como lo había imaginado siempre. Y todo era euforia y entrega y embriaguez y romance; y todo era así y por qué no.

La explosión de su electrizante deseo fue tan prodigiosa que los dioses se cimbraron, las llamas de los cirios se conmovieron y la noche se oscureció profundamente. Asomó la imagen soñadora y pálida de la luna. Y su pasión bailaba al mismo ritmo de su locura. Entrelazados cabalaron sobre un mismo corcel en las praderas de la euforia. Las uñas de ella se aferraban al pecho de él para no escapar a otra dimensión. Se estremecieron con una intensidad insólita cuando sus almas tomaban el control y enseñaban a sus cuerpos la dimensión Inverosímil que puede adquirir la entrega si es absoluta y el grado de placer que puede alcanzarse cuando no es el placer sino la entrega total la que se busca.

Marco la acompañó como un animal de presa en su nuevo vuelo rumbo al paraíso. Y viajaron juntos por encima de la vía láctea, más allá de las estrellas, más allá de lo nombrado. Y en trance, Erendirani gritó mil veces en un idioma que solo la luna despeinada y su corazón trastornado comprendían.

Después, solo ella, él y el silencio.

Ya muy avanzada la madrugada, Erendirani se quedó dormida, exhausta y rendida. Marco permaneció despierto contemplándola, admirándola, tranquilo y sereno, sonriendo. Estaba seguro de haber sentido lo que nunca antes, Estaba absolutamente convencido de que

ella era la mujer con quien había soñado toda su vida.

Después de algunas horas, se incorporó con suavidad, sin querer interrumpir el sueño feliz que delataba la dulce expresión de Erendirani. Se dirigió lentamente a la terraza para esperar el amanecer, ese amanecer que conocía tan bien en su soledad y en su búsqueda incansable. Tenía que contarle que por fin había encontrado, que tenía la certeza de que era ella, que después de tanto tiempo se había dignado aparecer en su destino. Tenía la sospecha, y quizás la certeza, de que ese sentimiento profundo era mutuo. Con seguridad Ella pensaba lo mismo. Tenía que ser así. La entrega había sido recíproca, total, decidida y plenamente consciente.

Quería querer quererla y lo había logrado. La amaba con alegría, como siempre soñó que debía amarla. Nada le causaba mayor placer que mirar su mirada, verla sonreír, sentirla feliz.

Marco, que jamás programaba en cosas del amor y aun menos las cuestiones de relación sentimental, la quería cerca para toda la vida, y comenzó, por primera vez a planear soñando despierto. No pretendía poseerla; él sabía bien que el amor sólo puede subsistir si se constituye en una práctica de la libertad. Pero, por primera vez en su vida, se imaginaba en su vejez, en los últimos días de su vida, despertándose al lado de una mujer, y esa mujer era ella, sin duda alguna era ella. La amaba, como un demente, como un niño ama su escondite secreto.

Cuando Erendirani despertó con el viento, se asomó a la terraza donde Marco conversaba feliz con el horizonte.

Bonjour, Marco. Qué salvaje eres, me hiciste beber tanto champagne, que no recuerdo muy bien qué fue todo lo que sucedió anoche. La expresión de Marco fue de absoluto desconcierto en el primer instante y de profunda decepción en el segundo. Por supuesto que tal reacción de parte de Erendirani era lo último que esperaba

escuchar después de aquel encuentro tan determinante y explosivo, pero tan frágil y trascendente para él. Definitivamente se trataba de una peripecia inesperada, de una paradoja sorpresiva. Trató de balbucear alguna respuesta, pero sus labios, también confundidos, no lograron emitir sonido alguno, ni reaccionar ante aquellas palabras que habían despojado de intensidad a los sentimientos. Con un claro tinte de tristeza y desilusión, y sin siquiera mirarla, Marco se limitó a decir:

—Debo llevarte a tu hotel, tienes que viajar esta tarde. ¡Ah! Y no te preocupes demasiado, no sucedió nada anoche; en realidad, todo fue un sueño.

Y la orgullosa y altiva Erendirani y el romántico y lastimado Marco no volvieron, durante el trayecto de regreso, a referirse en lo absoluto a lo acontecido aquella noche insólita. La conversación hasta llegar a su hotel fue superficial, esporádica e intrascendente. La ceja levantada de Erendirani no se dignó bajar ni por un segundo y la mirada triste de Marco no se diluyó ni por un instante.

Capítulo 42.- *Un alegre desenlace triste*

Erendirani no dejó de llorar durante el trayecto de regreso a casa, sin saber cuándo, si acaso, volvería a verlo. Cuán dolorosamente le hería aquel súbito desenlace.

Se abrió la puerta y se desplomó en los brazos de Lorenza, quien, alarmada, intentaba calmarla. La consoló durante unos minutos en los que no cesaba de llorar, la acomodó en su sillón predilecto y de inmediato fue a traerle un mezcal que le obligó a beber de golpe a la mexicana.

—Ahora sí, tienes que contarme, comadre —le advirtió, con tono de instrucción.

Erendirani, mirando hacia el vacío, narró con especial detalle su viaje a París y, sobre todo, su encuentro con Marco. Lorenza la escuchó con atención e interés, sin emitir sonido, hasta que llegó el momento en que ella le expresó a Marco: «Bonjour, Marco. Qué salvaje eres, me hiciste beber tanta champagne que no recuerdo muy bien qué pasó anoche», y justo ahí se derrumbó el castillo y se esfumó el sueño.

—¿¡Qué, qué?! —gritó Lorenza—. ¿Le dijiste eso? ¡Pero eres una pendeja, comadre! ¿Cómo se te ocurrió? Pudiste haberle agregado, como buena mexicana, «Ay, y ahora ¿qué vas a pensar de mí?». No es posible.

Asintió, poniéndose de pie mientras Erendirani lloraba aún más.

—Es cierto, tienes razón, soy una imbécil, no sé cómo pude

hacerlo. Avancé hasta la cúspide de la felicidad y luego tiré todo por la borda, como lo que soy: una verdadera estúpida.

Quería desaparecer de golpe y para siempre.

—¡Tienes que llamarle! —gritó Lorenza— y pedirle perdón de rodillas.

—Eso jamás, Lorenza, jamás lo haré. Prefiero sufrir las consecuencias de mi estupidez, mi soberbia, mi inconsciencia.

Lorenza comprendió que su recomendación llegaba tarde. Se abrazaron por varios minutos, hasta que Lorenza le llenó de nuevo la copa diciendo:

—Échate otra, comadre, que, para todo mal, mezcal, y para todo bien, también. Debemos pensarlo detenidamente, tiene que haber una solución.

Se quedaron las dos pensando en búsqueda de una salida que no se veía cercana. Erendirani no había dormido desde que despertó en la casa de Marco y, después del tercer tequila, se quedó dormida en el sillón. Lorenza la cubrió con un zarape y permaneció frente a ella hasta ya muy entrada la madrugada, cuando la acompañó a su habitación.

A la mañana siguiente, Lorenza encontró a Erendirani otra vez en su sillón mirando al vacío, ensimismada y con una infinita tristeza en la mirada. No tuvo apetito para desayunar y solo informó que ese día no iría a trabajar; quería concentrarse única en pensar. Lorenza lo entendió y antes de partir le dijo:

—Ánimo, comadre, que nunca está más oscuro que cuando va a amanecer.

Erendirani siguió escuchando sus propios sollozos en medio del aterrador silencio, mientras un viento helado le recorría las entrañas.

Para Marco, el encuentro había sido maravilloso y el desenlace

demoledor. La aprehensiva soledad tuvo tiempo de andar y desandar numerosos caminos. La pregunta había sido una, la respuesta, sin embargo, mucho más compleja y desconcertante de lo que podía sospechar. La cuestión era que, al borde del tiempo, continuaba imaginando la silueta de Erendirani bajo el crepúsculo.

No volvió a buscarla y, por supuesto, ella tampoco le llamó. A partir de entonces, Erendirani se convirtió en una mujer triste y melancólica, cada vez más silenciosa y retraída. Marco, por su parte, quedó atrapado en su propia encrucijada.

Los dos últimos meses del año transcurrieron, más o menos, como siempre, mientras Erendirani debatía si izar anclas o abandonar la nave a la deriva. Los días estaban cada vez más lejanos de la noche.

Lorenza trataba de animarla diciendo:

—Bueno, comadre, cuando te toca, aunque te quites; y cuando no te toca, aunque te pongas. O como dice el dicho: a fuerza ni los zapatos entran. Lo que tú y yo deberíamos hacer es no quedarnos de a seis para siempre, sino irnos de marcha y ponernos graciosas. Total, un clavo saca otro clavo, y a todo se acostumbra uno menos a no comer.

Lorenza estaba sinceramente convencida de la veracidad de estos dichos, pero esta vez estaba un poco escéptica, pues sabía bien que su amiga del alma se había enamorado de veras y para toda la vida.

Afortunadamente, Las Delicias del Anáhuac continuó con su demanda desbordada; el personal, feliz y como siempre eficiente, actuaba como un verdadero propietario responsable. La fiesta de karaoke de los viernes tuvo que extenderse también a las noches de los jueves. Los ingresos aumentaban mes con mes. Algo muy similar ocurría con Las Delicias de Galicia y Las Delicias del Mezzogiorno. En los tres restaurantes, aumentaba el número de mujeres y se turnaban

para organizar las cenas mensuales de *Las discípulas del Maestro La-calle*.

No obstante, la depresión que aquejaba a Erendirani tuvo una ocurrencia que se tradujo en todavía más clientela. Afortunadamente, habían invertido en un excelente sistema de sonido que permitía escuchar perfectamente la música de fondo y conversar.

Una noche, decidió poner tan solo canciones mexicanas interpretadas por cantantes españoles, y así escucharon, aquel miércoles, a Ana Navarro con *"Hay Jalisco no te rajes"*, a Hugo Macaya con *"Tata Dios"*, a Diego El Cigala con *"La media vuelta"*, a Joan Manuel Serrat con *"De un mundo raro"*, a María Dolores Pradera con *"¿Sabes de qué tengo ganas?"*, a Lolita con *"No sé tú"*, a Ana Belén con *"Amanecí en tus brazos"*, a Blanca Villa con *"Te solté la rienda"*, a Pedro Guerra con *"Alfonsina y el mar"*, a Luz Casal con *"Piensa en mí"*, a Plácido Domingo con *"Yo soy mexicano"*, a Mocedades con *"La Malagueña"*, a Rafael con *"La llorona"*, a Rocío Dúrcal con *"Échame a mí la culpa"*, a Julio Iglesias con *"Cucurrucucú paloma"* y a Joaquín Sabina con *"El rey"* y *"México lindo"*.

Fue tal la respuesta de los comensales que decidió institucionalizar para todos los miércoles *"La noche de rancheras con cantantes españoles"*.

Aunque su cielo ya no estaba plagado de esperanzas, sino de recuerdos, también mantuvo ocupada a Erendirani la organización de las cenas de fin de año en los tres restaurantes de Las Delicias, así como la boda de Lorenza que se había programado para el próximo 18 de marzo. Las cenas del 31 de diciembre resultaron ser un todo un éxito y, si bien se ampliaron todo lo posible, no pudieron atender todas las solicitudes de reservación que recibieron. Don Fidencio, Erendirani y Maripili tuvieron que resistir una gran comilona, pues se

vieron presionados a visitar y convivir esa noche en Las Tres Delicias y degustar al menos los platillos principales que fueron preparados en cada caso para esa ocasión. Lo verdaderamente notable fue que sus dos hermanas con sus esposos, su hijo Anselmo con su esposa y Plácido el contador los acompañaron e hicieron lo mismo en una gran marcha. Los demás tuvieron que permanecer en su trinchera.

Por lo que hace a la boda de Lorenza, no fue posible, lamentablemente, concretar el ofrecimiento de Artai de organizar el banquete de bodas en Las Delicias de Galicia, porque los familiares en su pueblo casi se levantaron en armas exigiendo que la ceremonia se organizara en Osuna y la ceremonia religiosa se celebrara justo en la Colegiata de Nuestra Señora de la Asunción, patrimonio histórico de Osuna y de todo Sevilla. Con cuarenta y dos años, todos pensaban que Rodrigo ya no se casaría nunca. También insistieron en que los invitados que irían de Madrid, así como la madre de Lorenza que vendría de México habrían de alojarse en las casas de los familiares más cercanos de Rodrigo y de Pepe Luis. Tanto la ceremonia religiosa como el banquete resultaron impresionantes, la cena fue soberbia y el embriagador vino del lugar corría como un río interminable.

Después del banquete, Lorenza y Rodrigo ofrecieron a los invitados un auténtico espectáculo: bailaron unas sevillanas como si fueran dos gitanos profesionales; un Rodrigo con garbo y gallardía y una Lorenza altanera y salerosa. Nadie podía creerlo, comenzando por la madre de Lorenza. El que se regocijaba como nadie era don Fidencio.

—De lo mejorcito de México y España —resaltó—, de lo mejorcito.

—Esta *mujé* nos está engañando —aseveró el tío-padrino—. Sólo una sevillana o una gitana pueen bailar de esa manera —afirmaba, mientras todos los vitoreaban con entusiasmo y sorpresa.

El ambiente suscitaba deseos de cantar y bailar y todos cantaron y bailaron como se dieron a entender. Lorenza irradiaba alegría y felicidad.

La fiesta —que fue una gran fiesta— se prolongó hasta las seis de la mañana. Ni siquiera la madre de Lorenza tenía sueño. Pepe Luis había contratado a un fotógrafo para que hiciera —como hizo— una estupenda videograbación del evento. Todo era alegría.

Sonoras campanadas estremecían al pueblo cuando los novios partieron en su auto hacia Sevilla, desde donde tomarían el avión para volar rumbo a Marrakesh, donde pasarían su luna de miel. A partir de entonces, Erendirani se hizo cargo de la madre de Lorenza, que disfrutó enormemente de conocer los siguientes cinco días Sevilla, Madrid y sus alrededores.

Capítulo 43.- *El milenio*

El resto del año de 1999 transcurrió con notable intensidad para Erendirani, quien, sin obtener resultados, hacía un gran esfuerzo para que su mirada recuperara el brillo de antaño. A veces se sentía condenada a recordar todos los días aquel amanecer fatídico. En ocasiones se refugiaba en secreto en aquel restaurante de comida asturiana al que Marco la llevó en su primera cita formal: El Ferreiro. Con frecuencia prefería escaparse de su dura realidad y volar en la fantasía de sus sueños. Imaginaba y simulaba que Marco estaba por llegar. Tenía herida el alma.

Cuando don Manolo se percató del distanciamiento entre Marco y Erendirani, se puso de un humor terrible que solo suspendía durante las visitas de la querida amiga, a quien adoraba como si fuera su hija o su nieta consentida.

La realidad es que Erendirani no descansaba ni un momento. Además de la administración general de los tres restaurantes, Las Discípulas del Maestro Lacalle decidieron constituir una asociación civil sin fines de lucro para organizar la colaboración entre ellas e impulsar iniciativas de acción conjunta, así como promover y respaldar a las mujeres que deseaban irrumpir en la actividad empresarial. En su primera asamblea optaron por designar a Erendirani presidenta, lo que contribuyó a distraerla de su realidad personal que no lograba superar. En apenas seis meses, fueron 23 las empresas de mujeres que incorporaron, con la asesoría de Erendirani, la «Estrategia de Solidaridad», con excelentes resultados todas. Erendirani se reunió en

diversas ocasiones con sus nuevas amigas, a quienes apoyó de múltiples maneras.

Es cierto que por momentos no decía nada porque no tenía nada que decir, pero intensificó sus encuentros con don Fidencio para escuchar los relatos importantes y curiosos de su vida. Se trasladaba rigurosamente los fines de semana al Cortijo del Viento para continuar con los festejos de Cayetana y las tertulias en biblioteca con don Manolo. De ambos tenía la anuencia para grabar sus relatos y editar un libro con imágenes dirigidos a sus respectivos nietos. Los tulipanes eran las flores preferidas de don Manolo, y en todas las visitas que le hizo Erendirani llegaba justamente con un ramo, que tenía la magia de arrancarle la primera sonrisa.

Erendirani se concentró también en la preparación de los dos libros. Incluso realizó un segundo viaje a México, con el propósito principal de fotografiar los lugares y rincones significativos para don Fidencio: su casa, la de sus suegros, los negocios y sitios que le gustaba frecuentar, incluyendo parajes turísticos. Esto extendió un poco su estancia en México. La ayuda de Marisol fue extraordinaria para alcanzar su propósito.

Aprovechó el viaje, por cierto, para conocer a su nuevo nieto, primogénito de su hijo Luis, y para adquirir unas hermosas guayaberas yucatecas para los camareros de Las Delicias del Anáhuac y unas bellísimas blusas bordadas con motivos oaxaqueños. Por supuesto, Erendirani se alojó unos días en Las Mañanitas. Fue allí que una noche, cenando sola, recordaba París, donde había quedado prisionera su alma.

«Siempre se está cerca de París, aunque se esté lejos», pensaba.

A la mañana siguiente, recostada desafiando el sol intenso de Cuernavaca, reflexionaba sobre cuán insensata e inútil era tal vez su

vida. Por su mente pasaban imágenes que volaban raudas como golondrinas.

De regreso en la Ciudad de México, se divirtió mucho en un agasajo con Marisol en el restaurante San Ángel Inn.

El vuelo de regreso resultó, por supuesto, triste, teñido de desconsuelo y vacío. Consciente de su desvarío, dudaba entre aceptar que cuanto antes se rindiese mejor, o continuar pensando secretamente en la ilusión de que algo imprevisto pronto sobrevendría. Optó por diferir la decisión y se dedicó a hurgar en los cajones de la remembranza.

Ya en Madrid, Erendirani incursionó también en los vericuetos y escondites del Cortijo del Viento en busca de fotografías de lugares, momentos y personas importantes en la vida de don Manolo. Escudriñó con la acuciosidad de un coleccionista y fotografió algunos cachivaches y recuerdos de otras épocas. Ambos libros no solo recogerían vivencias, relatos y travesuras, sino también imágenes significativas de sus vidas.

Poco antes de finalizar el año, don Manolo se puso delicado de salud y todos se trasladaron al Cortijo del Viento con gran preocupación, todos excepto Marco, quien estuvo muy pendiente por teléfono.

—De esto usted tiene la culpa —le reclamó a don Manolo—, por andar comiendo todas esas porquerías que sabe bien que no debe.

—Pamplinas —protestó él—, puras pamplinas.

—¡Qué pamplinas ni que ocho cuartos! —exclamó ella—. Cayetana tiene prohibido servirle otra vez esos embutidos del diablo.

Cuando a solas don Manolo le decía a Cayetana:

—A ver, mujer, dame un poco de morcilla y chorizo, que me estás matando de hambre.

Cayetana respondía:

—De eso no le voy a dar nada, y si sigue insistiendo, lo voy a acusar con Erendirani.

—Tú me delatas con ella y yo al enterarme te voy a echar por el despeñadero —le respondía él.

Habiendo reparado, durante su búsqueda, cierto deterioro en el Cortijo, Erendirani decidió hacerse cargo personalmente de algunas reparaciones y mejoras, aunque en el fondo lo hacía para cuidarlo de cerca.

—A ver, don Manolo, tiene que escoger entre estas hermosas losetas valencianas que pondremos en la terraza.

—A mí esos valencianos me tienen hasta las narices —protestó don Manolo.

—Pues lo tendrán hasta donde quiera, pero las vamos a poner, así que mejor escoja, sino escojo yo —reclamó Erendirani.

—¡Pues escoge tú! —exclamó don Manolo.

—Pues escojo yo —concluyó Erendirani, y escogió.

Lo que sí no le perdonaba eran los relatos, sobre todo al constatar que el humor y el talante mejoraban sensiblemente después de narrar sus aventuras. A ella le seguían encantando y así acumulaba contenido para el libro que preparaba con particular celeridad.

Por cierto, un día estaba Erendirani en la biblioteca con don Manolo cuando llegó su hijo Gonzalo, que urgía conversar con él. Se miraron sabedores del asunto. Erendirani se retiró bajo el argumento de revisar los avances de las obras, que debían estar concluidas antes de fin de año.

Casi dos horas después encontró a don Manolo en la terraza, con una copa de buen vino, contemplando el horizonte. Se acercó y preguntó:

—¿Lo que imaginábamos?

—Pues solo parcialmente. Lo que es indudable es que acertaste en el sentido profundo del argumento, pero sucedió lo que ni tú ni yo esperábamos.

Ante la sorpresa y desconcierto de Erendirani, continuó:

—Esperaba que me informara cuál era la cantidad que había logrado reunir para multiplicarla por cinco, pero realmente me vino a dar las gracias por lo que él llamó «La gran lección».

Me reveló que, después de aquella tarde, se abocó a conseguir la mayor cantidad posible, pero conforme avanzaba en reunirla, recordaba más lo que le dije entonces acerca del «gran privilegio y la enorme satisfacción de saberse protagonista principal en la construcción de su propia realidad». Había reunido, con gran esfuerzo e imaginación, tres millones de pesetas, pero aclaró que no necesitaba que se la multiplicase, que ajustaría el negocio a esa cantidad, pues no quería perder aquella enorme satisfacción que yo le había señalado y que ahora sentía con regocijo inédito.

—Me dio un enorme gusto, Erendirani, un enorme gusto. ¡Salud!

Así, con el andar del tiempo, llegó por fin el último día del año, del siglo y del milenio. Por razones explicables, decidieron que la gran fiesta se realizaría en dos días en el Cortijo del Viento, aunque Lorenza, Artai y Raffaele no podrían asistir el primer día porque debían hacerse cargo del gran banquete de fin de milenio en Las Tres Delicias, si bien el segundo se incorporarían a la gran fiesta.

Cayetana se preparó para el festín de su vida, cuidando hacer algo especial y exclusivo para don Manolo. Por supuesto, asistieron sus hermanas con sus cónyuges e hijos, además de Pepe Luis y Rodrigo, quien se había resistido a la instrucción de Lorenza, pero finalmente se plegó.

No pudieron faltar los amigos de siempre: don Antonio y José

Manuel, además de Gonzalo, el hijo menor, acompañado de su esposa y dos hijos. Marco, por supuesto, se disculpó.

Durante ese año Erendirani reprimió sus grandes deseos de visitar París. La verdad es que aún le hacía daño.

El Cortijo estaba iluminado como nunca; luces de colores por doquier anunciaban a todos, especialmente a los niños, que presenciarían un momento histórico. Todos bailaban, cantaban y reían como nunca, excepto Marco, quien había visitado a su padre el día anterior para darle un fuerte abrazo, comer con él y explicarle por qué no estaría con ellos en el gran momento.

—Estás cometiendo —mejor dicho, están cometiendo— una gran estupidez —reiteró don Manolo—. Tu madre y yo incurrimos en una tontería semejante y pospusimos el inicio de nuestra vida juntos once meses. Siempre nos arrepentimos de perder ese año sin sentido, pero los hijos nunca aprenden de sus padres; siempre cometen las mismas tonterías. La vida no espera y el destino no está dispuesto a aguardar hasta que los orgullos arrogantes se percaten de su tremenda insensatez. Pero es su vida y pueden hacer con ella lo que quieran, incluso destruirla para siempre.

Al servirle el postre a Marco, Cayetana lo miró muy seria y le masculó:

—Ay, Marco, estás viendo y no ves.

Aquellas doce campanadas que anunciaban el fin del milenio sonaron a duelo para Erendirani y don Manolo, quienes, sin embargo, aceptaron unirse a la celebración y la algarabía de todos.

La cena de Cayetana fue sin duda la mejor del siglo.

Durante la mañana del primer día del milenio llegaron Lorenza, Artai y Raffaele Galano, acompañados de sus apreciados colaboradores: Plácido y María Dolores, quienes concentraron la atención narrando cómo las cenas de fin de año habían resultado un éxito

arrollador.

—En Las Tres Delicias —contó Lorenza— todos los asistentes cantaron sin cesar, acompañados del mariachi y de la pantalla del karaoke; se emocionaron al pedir posada y enloquecieron rompiendo piñatas con imágenes de Hitler, Mussolini, Stalin, Pinochet y Franco, a las que todos apaleaban como gran acto de justicia. Solo una mesa se desocupó, cuyos comensales se indignaron por la inclusión del dictador español; los demás lo festejaron como si fuera una fiesta nacional.

Artai habló sobre el menú y los detalles que conformaron la victoria de Las Delicias de Galicia, destacando la gran sorpresa que causó a los comensales el estallido de fuegos artificiales justo a la medianoche, mientras brindaban emocionados con el vino espumoso de las Rías Baixas, 100 % Albariño, elaborado por Cabaña das Bolboretas.

Raffaele Galano relató el súper evento de Las Delicias del Mezzogiorno, describiendo a los asistentes y cada exquisito platillo del festín, con especial énfasis en el ritual de las uvas y la gran camaradería de los asistentes, quienes se mezclaron y compartieron las mesas como una sola gran familia.

Al llegar, Lorenza, con envidiable jovialidad, acaparó la atención de los niños, que la rodeaban atentos en el jardín, como hipnotizados.

—¡Qué bárbaros, cómo han crecido desde la última vez que los vi! Se están poniendo viejos; creo que me van a alcanzar —dijo sonriente.

Todos soltaron una carcajada auténtica.

—Ah, ¿no lo creen? Pues comenzaremos con nuestra amiga Sarita. ¿Cuántos años tienes?

—Diez —respondió Sara.

—Cuando tú cumpliste un año, yo tenía treinta. ¿Cuántas

veces era yo más vieja que tú?

—Treinta veces —respondió Sarita, hija menor de Gonzalo y Ana María.

Continuó Lorenza:

—Y cuando cumpliste cinco años, yo tenía treinta y cinco. ¿Cuántas veces era yo en ese momento más vieja que tú?

Sarita pensó, hizo sus cuentas y respondió:

—Pues siete.

—Ahora yo tengo cuarenta y tú diez, ¿cuántas veces soy más vieja que tú? —preguntó Lorenza.

Un poco confundida, Sarita respondió:

—Pues creo que cuatro, ¿no?

Lorenza puso cara de sorprendida y cuestionó:

—O sea, primero era yo treinta veces más vieja que tú, poco después solo siete, y ahora solo cuatro veces; si esto continúa así, me vas a alcanzar, ¿no? A lo mejor hasta me vas a pasar.

Siguió con el mismo ejercicio con cada uno de ellos, quienes estaban cada vez más impresionados y boquiabiertos tratando de explicar el fenómeno.

En algún momento les anunció:

—Los duendes me dijeron que deben disfrutar este día tan especial, en que se inicia un nuevo milenio. Los antepasados de ustedes que vivieron un momento semejante fueron los bisabuelos de los bisabuelos de los bisabuelos de los bisabuelos de los bisabuelos de los bisabuelos de los bisabuelos de todos ustedes. Los siguientes en vivir un momento así serán los tataranietos de los tataranietos de los tataranietos de los tataranietos de los tataranietos de los tataranietos de los tataranietos de todos ustedes. ¿Se dan cuenta de lo afortunados que son? Algo que sólo les toca a unos cuantos cada mil años y ustedes,

afortunados, están entre ellos.

—¡Que viva el milenio! —gritó, y todos respondieron regocijados: «¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!»

Los llamaron porque la comida estaba lista, invitación que todos rechazaron pues querían permanecer con Lorenza, quien tomó a dos niños de la mano y se dirigió al interior del Cortijo diciendo:

—¡Vamos, camaradas, que donde manda capitán no gobierna marinero!

En el festejo del lunes, por primera vez los hijos cenaron con los grandes en aquella enorme mesa.

Nuevamente, Cayetana lució sus grandes dotes culinarias y, en el momento de los postres y poco antes de los digestivos, Gonzalo le reclamó a su padre que solo contaba sus relatos de vida a Erendirani.

—Por supuesto que todos queremos mucho a Erendirani y estamos muy agradecidos por haberte aplicado esa tremenda inyección de vida, pero ¿por qué solo a ella, padre?

—Porque es la única que me ha preguntado —respondió don Manolo.

—Tienes razón, padre —reconoció Gonzalo—. Esa es una gran lección de Erendirani para nosotros, pero iniciemos la corrección en este momento. Cuéntanos ahora uno de tus relatos, alguna de tus aventuras.

—¡Sí, por favor! —gritaron todos, incluyendo Cayetana y los niños.

—Cuéntanos una travesura, abuelo, seguro que tienes muchas —le dijo uno de los niños.

Don Manolo sonrió, dio un sorbo a su coñac y prosiguió:

—Pues verán, una de las más inocentes y atrevidas travesuras que he cometido tuvo lugar en la hermosa ciudad suiza de Lausana. Claro que más de uno de los afectados no la calificaría así al saber que

fui el principal responsable de esa extraña confusión, que algunos prefirieron denominar “verdadero follón”. Aunque en realidad la verdadera culpable fue aquella secretaria de la oficina de nuestra empresa en Suiza, quien, desoyendo nuestras sabias sugerencias, ejerció el poder de sus limitadas atribuciones y decidió reservar habitaciones para quienes tendríamos un encuentro con inversionistas suizos, en un hotel grande, quizá para demostrar que en ese país solo sus chicharrones tronaban, como dirían los mexicanos.

Debo aclarar que detesto alojarme en hoteles grandes, por diversas razones, entre ellas el riesgo de toparse con grupos numerosos de turistas, como fue el caso.

Sucede que poco después de registrarnos con dos colegas en el gigantesco hotel Lausanne Palace, fuimos invadidos por una horda de turistas españoles, mayormente procedentes de Murcia; algunos simpáticos, otros un tanto rudimentarios, pero todos —absolutamente todos— muy gritones. Por supuesto, no tengo nada contra los murcianos; los admiro por su autenticidad y los encuentro divertidos, aunque quizá en España siempre, y no en un país donde la mayoría vive en extrema tranquilidad, lo que favorece la meditación y la conversación amena, prácticas que fueron interrumpidas estruendosamente por los bulliciosos visitantes.

Una mención aparte merece la guía que lideraba al grupo: una mujer un poco gorda y bastante fea, lo que en sí no sería desventaja salvo por su conducta antipática y desagradable. Sus rasgos eran latinos, incluso ligeramente indígenas, pero intentaba ocultarlo con un cabello teñido de rubio y un maquillaje clarificador que la hacía parecer una protagonista del teatro japonés clásico. Esta señora, llamada Juana Chiriboga, según me explicó el administrador adjunto del hotel, era de origen centroamericano; había entrado ilegalmente al país y poco después obtuvo residencia al casarse con un suizo mayor, Erwin

Wessner, entonces dueño de una agencia de viajes y poco después retirado, de manera forzosa, por la nueva administradora y esposa astuta y poco agraciada, Frau Joanna Wessner, como se hacía llamar ahora, quien no solo lo tenía subyugado y humillado, sino que además lo trataba como al más insignificante de sus empleados.

Poco antes de comer, revisaba con mis colegas un documento importante cuando dejamos de escucharnos abruptamente ante el escándalo causado por los marcianos, quiero decir los murcianos, tratando de ponerse de acuerdo sobre su itinerario del día. La risa alegre de los niños se hizo presente.

La verdad es que aquel bullicio me exasperó, pero controlándome me dirigí a su majestad, la guía del grupo, y con la mayor cortesía que pude, le pregunté en inglés —yo sabía que a ella le gustaba— si podría intervenir para que el volumen de su grupo bajara algunos decibeles.

Ella respondió en pésimo inglés, con mirada fulminante, un grito despótico:

—Si no le gusta, cámbiese de hotel y deje de molestar a la gente decente y civilizada.

Erendirani notó que todos en la mesa escuchaban con atención, sin pestañear.

Continuó don Manolo:

—Reprimí mis impulsos, tomé aire y en el español más amable que pude usar, sabiendo que delataba su origen, le respondí: “Me sorprende su respuesta, señora. Con todo respeto, solo le solicito sus buenos oficios para sugerir a su grupo que disminuyan un poco el volumen”.

La recién llegada residente suiza, con temperamento centroamericano, lanzó una mirada altanera y, con un talante prepotente, replicó en español con acento extranjero:

—Pues entonces, no se cambie de hotel, mejor lárguese a su patria, que no sé qué diablos hace usted en un país civilizado que no es el suyo.

Se dio la media vuelta y desapareció entre el enjambre estridente de su grupo. Me quedé perplejo, desconcertado y un poco lastimado. Deglutí el berrinche, rogando a mis dioses que me concedieran la gracia de la revancha. Me reintegré con mis compañeros y les dije, con tono que no pudo ocultar derrota o impotencia: “Me temo que tendremos que esperar”.

Se pueden imaginar cómo me sentí durante los tres días que duró la visita de trabajo, con intermitentes estampidas de los rústicos visitantes. Así que la última noche decidí cenar en el restaurante más alejado del hotel, con Armin Kodyoudjman, un querido amigo y economista armenio, con quien trabajé en varios proyectos en Londres y que encontré en Suiza trabajando para una agencia de Naciones Unidas.

Después de la cena y una estimulante conversación de sobremesa, como suele ocurrir cuando el interlocutor es inteligente y sensible, me costó persuadirlo para ir al casino, que supuse retrasaría el regreso y evitaría un encuentro indeseado con el grupo y su dirigente desagradable.

No fue fácil convencerlo, pues, aun apegado a ciertos principios musulmanes, argumentaba que el juego le parecía insulso, poco saludable e inmoral. Por supuesto, era falso. Finalmente, no fue sino hasta las dos de la mañana que logré retirarlo de la mesa de blackjack.

Aunque a mí me divierte jugar, sin ser adicto a los juegos de azar, conseguimos reducir el riesgo de encontrarnos con los paisanos de Murcia.

Cuando regresamos al elegante, pero displicente, gran hotel, los murcianos ya estaban refugiados en sus aposentos. Al cerrar la

puerta del ascensor, después de despedirme de mi amigo armenio, caminé despacio por el pasillo, cuidando de no hacer ruido, pues tenía pavor de despertarlos.

De pronto, noté una estampa singular: en todas las manijas de las puertas, excepto en la mía, colgaba el habitual cartel con las indicaciones del desayuno. Claramente partirían temprano; a las siete debía encontrarme con mis compañeros para partir a Ginebra y llegar a tiempo a una reunión de trabajo, no importante, pero inevitable.

Lo supe porque esa era la hora que los murcianos habían pedido según una tarjeta que tomé de una puerta. Fue entonces cuando se me ocurrió una inocente travesura.

Me dirigí con cautela al pequeño cuarto al fondo del pasillo donde guardaban los utensilios de limpieza y, como si fuera a robar, abrí despacio la puerta. En honor a la verdad, sí iba a robar, y me robé un fajo de tarjetas en blanco como las que colgaban en las puertas.

Con especial cuidado y en absoluto silencio fui retirando las tarjetas colocadas en cada puerta y ya con todas ellas en mi poder me refugié con sigilo en mi habitación, donde con particular laboriosidad avancé en la preparación de las nuevas tarjetas, con mi mejor esfuerzo para imitar, en cada caso, la letra del ordenante. Desde luego en todos los casos modifiqué el señalamiento del desayuno esperado. Así, al que pedía utan solo café y un pan de dulce, le solicité un par de huevos con jamón y tocino; al que esperaba en cambio huevos, le pedí unos panqueques dobles; al que ordenaba sólo fruta le registré huevos tibios con mermelada. En general, al que requería mucho le ordené poco y viceversa, al que demandaba jugo lo sustituí por Coca-Cola, al que señaló café le indiqué té y al de té le marqué café expreso. En fin, todo lo cambié pensando en algo que casi con seguridad no sería del agrado del firmante. Transitó finalmente a la fase más delicada de mi travesura: la de falsificar con especial cuidado

cada una de las respectivas firmas.

Erendirani apreció que la alegría se propagaba por el recinto y todos se reían, en especial los niños.

Don Manolo continuó:

»Regresaba yo a mi habitación y me di cuenta de que frente a casi todas las puertas los murcianos habían colocado sus zapatos, con la solicitud implícita de que fueran aseados. Bajé un piso y al confirmar que el mismo encargo lo habían hecho otros, precedí a intercambiar los de abajo con los zapatos del piso de arriba y viceversa.

Aquí sí todos estallaron en una carcajada.

—Desde luego también coloqué una atenta solicitud de desayuno en mi habitación y me recosté para dormir algunas horas, no sin antes poner el despertador a las 6.00 a.m., la hora fatídica del acontecimiento pues fue la que señalé en las tarjetas, lo que por cierto no hubiese sido necesario porque cinco minutos antes de la cita crucial, el grito desaforado y nada refinado del primer caballero murciano me despertó súbitamente con la delicada frase de: “¡Achoooo! ¿Qué es esto?”. En tanto que un segundo expresaba su seria protesta gritando: “Pero ¿se puede saber por qué diablos me despertáis a esta hora?”

»Me incorporé de inmediato y tambaleando me dirigí a la regadera, de la que salí antes de tres minutos para ser testigo presencial del evento. En el proceso de vestirme, escuchaba agregarse algunas nuevas voces de reproche cuando tocaron a mi puerta para hacerme entrega del desayuno, que desde luego sí coincidía con mis pretensiones. Permití que lo introdujeran en mi aposento, fingiendo no darme cuenta del contenido y esperé a que saliera el empleado polaco, como lo eran casi todos los trabajadores de servicio en el hotel. Me acerqué entonces a la puerta y, asegurándome de que me escucharía el pequeño tumulto que comenzaba a formarse en el pasillo, lancé un

grito destemplado que trataba de reflejar una supuesta molestia: “Pero ¡joder! ¿Qué es esto?”, grité, “¡Yo no ordené fruta para el desayuno!”, lo cual por supuesto era absolutamente falso.

A partir de aquí las risas y carcajadas eran generalizadas y permanentes.

—Me interné de nuevo en mi habitación para devorarme la fruta y beber de un sorbo el jugo de naranja y salí con rapidez para incorporarme a la manifestación de inconformes. Más de diez murcianos, entre hombres y mujeres, la mayoría adultos mayores, trataban de expresar su profundo desagrado a los cuatro o cinco empleados polacos, que intentaban explicarse en un mal inglés, que bien pudo haber sido excelente y de todas maneras inútil, pues tal parecía que ninguno de sus interlocutores murcianos conocía ni siquiera lo elemental de la lengua de Shakespeare. Justo al acercarme, se abrió el ascensor y apareció el encargado, en ese momento, de la administración del albergue: un suizo impresionantemente delgado que no sólo hablaba un buen inglés, sino además alemán y algo de francés, lo que desde luego tampoco sirvió como código de comunicación, pues los indignados turistas tampoco comprendían en lo absoluto estos idiomas, y el suizo del español no sabía ni la jota.

»Los empleados le explicaron, entre los gritos de protesta de los huéspedes disgustados, que tal parecía que no estaban de acuerdo con los desayunos que recibieron, protesta que no se explicaban los polacos pues, según ellos, todo coincidía con exactitud con lo solicitado. El encargado suizo revisó con detenimiento las tarjetas y les indicó primero en inglés, y después en los otros dos idiomas que conocía, que el servicio estaba correcto. Los huéspedes murcianos permanecieron perplejos ante la explicación que no comprendieron.

»“¿Qué dijo? ¿Que qué cosa? ¡¿Dónde diablos está la guía?!”, grito un hombre maduro y gordo en pijama de cuadros y una sola

pantufla, cuya hija adolescente trataba de calmarlo. “Que llega hasta la siete, eso nos adelantó anoche”, le respondió su mujer de rostro gracioso, pero perfectamente despeinada.

»El desorden iba aumentando cuando me ofrecí para actuar como interprete aficionado. Comencé traduciendo al suizo, que me pidió le indicara a la camarilla de inconformes que les habían traído para desayunar justo lo que habían ordenado y validado con sus firmas. Se lanzaron todos a la vez sobre sus respectivas tarjetas y los rostros de cada uno de los huéspedes murcianos fue transitando de un matiz de desconcierto a otro de sorpresa y después de confusión al grado que tuve que disculparme un momento, para supuestamente hacer una llamada, aunque la verdad, fue para encerrarme en mi cuarto por unos minutos con el saludable propósito de soltar algunas carcajadas debajo de mi almohada, pensando en sus sorprendidas expresiones.

»Cuando salí una vez más de mi cuarto, con el rostro más serio que pude inventar, se escuchaban lo siguientes comentarios: “¡Rediez! Esta es mi letra, en efecto, pero juro que yo no pedí los huevos fritos. ¡Los detesto!”, exclamó uno; “Pero mira Josefa”, afirmaba otro, “que no sólo la letra es mía, sino también la firma, pero ¿sólo un té? Vamos, tú sabes bien de mi endiablado apetito por las mañanas. ¡Esto es una miaja! Y yo estoy *esmallao*”; “Oye, Pedro”, observaba una mujer, mientras, a través de sus espejuelos recién colocados, revisaba minuciosamente la tarjeta de instrucciones, “Que sí es tu firma. Te dije que no bebieras tanto vino”; “¡Vete a la mierda, mujer! Sólo eso me faltaba, que te pongas del lado de los suizos”.

»Otro hombre, calvo, bajito y regordete, observaba con determinimiento su tarjeta en silencio, mientras se rascaba la nuca con una expresión de preocupante extrañeza. “Esto parece cosa de Satanás”, murmuró absorto en su reflexión.

»La sorpresa y la incredulidad eran generalizadas. Yo estaba a punto de inventar otra llamada, cuando, al percatarse de mi reincorporación, otro andaluz alto, fuerte y con cara de pocos amigos, me pidió: “Oiga usted, hágame el favor de decirle a estos polacos que por mí se pueden llevar estas porquerías que yo no pedí y que desde luego no me pienso comer, y mucho menos a la hora en que les da la gana traerlo”.

»Aceptando reincorporarme en mi calidad de intérprete emergente, me dirigí a los migrantes polacos y les manifesté en inglés, con la actitud sobria de quien desempeña una delicada encomienda: “Señores, el caballero español me ha pedido les diga que, en su opinión, seguramente vosotros habéis sido los culpables de la confusión reinante, pues es claro que los polacos son todos muy ignorantes, y también dice que tenía mucha razón la guía Wessner cuando les alertó recomendó que tuvieran mucho cuidado con los empleados polacos porque son muy brutos y todo lo enredan”.

Ahora sí todos en la mesa, absolutamente todos estallaron en carcajada, sobre todo cuando Gonzalo, al carcajearse, escupió un trozo del postre en la blusa de su esposa.

—La sensación de indignación hizo que los cinco meseros polacos respondieran de manera simultánea: “Pero ¿qué se han creído estos españoles?”; “¿Eso dijo la guía Wessner?”; “Pues veremos si se atreve a decírnoslo en nuestra cara”; “¡Esto es una agresión directa!”; “¡Qué injusticia!”.

»“Mire usted”, me pidió el administrador que parecía el más sensato. “Dígale por favor al caballero español que nosotros nos limitamos a traerles lo que ellos habían ordenado y ratificado con sus firmas, y que no llegaremos a ningún lado si nos faltan al respeto. Nosotros les hemos tratado con extrema cortesía”. “¿Qué ha dicho?”, me preguntaron los murcianos, también al unísono. “Pues me da un

poco de pena traducirlo”, mencioné. Y varios me exhortaron a continuar en la interpretación de los polacos. “Bueno”, indiqué, “pues ellos dicen que, si no se lo quieren comer pues que no se lo coman, pero que eso sí, tendrán que pagarlo. Ah, y que los culpables más bien sois vosotros por ordenar lo que no querían desayunar, que seguramente se debió a que todos bebieron demasiado anoche. Que ellos escucharon a la guía Wessner decir que los murcianos se van todas las noches de farra, pues todos son una sarta de borrachos”.

»La réplica murciana fue bastante escandalosa y casi violenta: “Pero habrase visto, qué desfachatez!”, protestó uno; “¡Que yo a estos les pego un tortazo macho!”, gritó otro; “¡Que ahora comprendo al Hitler ese!”, masculló en voz baja el hombre gordo bajito y calvo. En el fondo del pasillo se escuchó una voz ronca que exclamaba: “¡Y esta guía de mierda qué tenía que andar hablando, si ella bebió más vino que ninguno anoche! Y súmale dos coñacs que se tomó de digestivo, y todo a costilla nuestra”, agregó una señora muy flaca agitando las manos. “Díales que nosotros no pagaremos ni un céntimo. ¡Nada más eso faltaba!”, aseveró enfáticamente y dirigiéndose a mí otro de los murcianos más enfadados, por supuesto con el respaldo solidario y extensivo de sus compañeros de viaje. »Me dirigí al administrador y le dije: “Dicen que si no fueron ellos entonces fue usted el culpable”, y agregué: “Dicen que la guía les advirtió que usted era muy tonto y prepotente”. “Pero si yo no estaba, yo acabo de llegar”, respondió. “Además, ellos firmaron”, replicó el suizo. Y terminó mascullando: “Así que eso es lo que dijo de mí la guía Wessner”.

»“¿Qué ha dicho?”, demandó un murciano de pijama de cuadros. “Dice que el cargo ya está hecho en sus tarjetas de crédito”, señalé, “que de este hotel no se va nadie sin pagar. Ah y también destacó que su hija es muy guapa”. Lo cual era, entre paréntesis, absolutamente cierto.

Se redoblaron las carcajadas de todos en la mesa.

—“¡Me cago en doscientos!”, exclamó el murciano furioso. “Pero ¡qué coños entra mi hija en todo esto!”. “Emeteria, ¡que te metes al cuarto de inmediato!”, gritó a la chica sonriente su madre escandalizada. “¡Qué no pagamos, joder! ¡Me importa un pijo!, proclamó quién sabe quién. “¡No permitiremos que nos roben!”, vociferó otro más. ¡Esta es una conjura suizo-polaca contra el reino de España!”, exclamó un tercero.

Todos gritaban de todo. »“Pregúntele a este hombre”, me pidió otro murciano iracundo que no había reclamado todavía, “que quién lo autorizó a cargar directamente en nuestras tarjetas el costo del desayuno”. Miré al suizo medio sonriendo y le manifesté: “Pien-san que usted ni siquiera conoce a su guía”. “Claro que la conozco, se llama Joanna Wessner”, me respondió. “¿Cómo?”, repliqué, aparentando no escucharle. “¡Joanna Wessner!”, me respondió casi gritando. “Pues ya escuchó quién dio la autorización”, le dije al murciano que había preguntado y que volteó a ver los demás integrantes del grupo y exclamó: “Pero ¡maldita sea!, que esta mujer es de veras el mismísimo demonio”.

»Justo cuando comenzaba a extrañarme que no hubiese protesta, un murciano, gordito y de rostro muy simpático, reclamó: “Oiga, que me han cambiado mis zapatos y eran muy finos”, mientras los demás se agregaban uno a uno a la protesta: “Vamos, que los míos tampoco son estos”; ¡Demonios, mis zapatos italianos nuevos, ¡que los han sustituido por estos hilachos viejos!, gritó otro; “Pero estos polacos están de veras todos locos, no es posible”; “Oiga usted”, me solicitó un cuarto, “pregúnteles dónde se han llevado nuestros zapatos, joder”.

»Me dirigí al suizo y le dije: “Protestan porque sus zapatos están perfectamente mal aseados, dicen que vosotros los suizos sois

como los polacos, ineficientes y torpes, tal como se los anticipó la guía Wessner". "Oiga", me manifestó el suizo bastante indignado. "Yo creo que debe calmarlos. En mi opinión, todo esto no es para tanto. En realidad, se trata de un problema creado por los comentarios irresponsables de la guía Wessner". Moví la cabeza, como en señal de incredulidad, y les "traduje" a los murcianos: "Dice el suizo que la niña es en verdad guapa y que las cosas se pondrán peor si se la esconden. Además, dice que le indicó la guía Wessner que él no le era del todo indiferente a la muchacha".

"Pero ¡este tío es un gran gilipollas!", gritó el padre y entonces sí tuvieron que detenerlo pues estaba claramente dispuesto a lavar el honor de la doncella con más de un severo tortazo sobre el suizo, que lo observaba con una expresión mezcla de terror y de sorpresa. »"Déjame carajo, que este tío me las paga"; "Calma hombre, calma", advertía uno de los dos que trataban de detenerlo. "Pero ¿no has escuchado lo que ha dicho este *hijoeputa*.?"". "Nada, hombre, mejor espera a desquitarte con la guía de mierda, que estoy seguro es la verdadera culpable de todo".

»El escándalo era ven verdad notable y generalizado cuando decidí despedirme y retirarme, lo que hice con mayor presteza al percatarme de que la mismísima guía Wessner salía del ascensor y con su habitual actitud indolente y autoritaria se dirigía hacia el grupo gritando:

"Pero ¡por Dios! ¿Qué sucede? ¡Calma, calma señores! Que estamos en un país civilizado".

Mis colegas me esperaban ya en el automóvil estacionado enfrente del hotel. "Partamos de inmediato", propuse. "Creo que llegaremos tarde por mi culpa".

»Ya en la carretera, contemplaba en silencio la hermosa Campiña suiza, cuando uno de los compañeros hizo notar que se me dibu-

jaba de repente, y sin darme cuenta, una extraña sonrisa. “Uhhh”, susurró mi amigo Armin Kodjumjan, que aceptó irse con nosotros a Ginebra. “Hay un proverbio armenio que dice...”. La verdad es que ya no me recuerdo cómo es que decía exactamente, pero sí me acuerdo de que significaba mas o menos lo mismo que aquel español:

—“El que sólo se ríe, de sus maldades se acuerda” —Respondieron todos los integrantes de la familia, sobre todo los niños, en un grito envuelto en carcajadas que no cesaban, ni cesaron por varios minutos. Erendirani también estaba roja y le dolía el estómago de reírse tanto.

El mejor elogio provino de uno de sus nietos:

—Esa sí es una verdadera travesura, abuelo.

Para concluir la noche, distribuyeron los regalos sorpresa que había llevado Erendirani para cada uno de los asistentes. Se trataba justamente de los dos libros: *Las andanzas de don Manolo* y *Vivencias y relatos de don Fidencio*. Aquello fue una gran sorpresa para todos, pero, como era de esperarse, sobre todo para don Manolo y don Fidencio y, en especial, para los niños, que, gracias a Erendirani, se adentraban en sus orígenes y en su respectiva cosmovisión de la vida. La inclusión de fotografías hizo que los libros rebasaran las trescientas páginas. A reserva de que todos leerían los textos a la mayor brevedad posible, el resto de la cena, y hasta muy entrada la madrugada, don Manolo y don Fidencio se la pasaron explicando los pormenores y comentando cada una de las imágenes de antaño, describiendo épocas y lugares en ese desfile de reminiscencias y diciéndole a Erendirani a cada instante:

—¡Qué bárbara! Pero ¿de dónde sacaste estas fotos?

Don Fidencio sonrió con dulzura y nostalgia al verse con su adorada Rocío a las puertas de su vieja morada en México y muchos recuerdos multicolores pasaron revoloteando por su mente. Fueron

los niños los que iniciaron el reconocimiento, prorrumpiendo en un escandaloso aplauso al que se unieron todos.

Fue una gran fiesta, una de las mejores de la gran familia. Era una verdadera lástima que Marco se la hubiese perdido.

Capítulo 44.- *La tragedia*

Y así transcurrieron los primeros cuatro meses del milenio, sin novedades sorprendentes, pero avanzando para mantener vigentes los logros: la salud de don Manolo mejoraba y Las Tres Delicias no daban un paso atrás, ni para tomar impulso.

En la segunda semana de mayo, Maripili visitó a Erendirani en su casa para contarle que Artai y ella habían decidido unir sus destinos el sábado 26 de agosto. Era la primera persona con quien compartía la noticia y estaba inmensamente feliz. Le anunció que la boda sería en la Gran Basílica de San Francisco el Grande y que pasarían su luna de miel en las islas griegas. También le comunicó que, por consenso, los padrinos perfectos serían don Fidencio y la propia Erendirani.

—Espero que aceptes, comadre —le musitó.

—Será uno de los grandes honores de mi vida —respondió Erendirani, sinceramente emocionada.

Acordaron que al día siguiente irían ambas con la modista y que la acompañaría a visitar algunos departamentos para buscar su nueva morada.

La taciturna y melancólica Erendirani decidió no viajar al Cortijo del Viento el siguiente fin de semana, sino quedarse en casa con el único propósito de leer y leer.

El sábado se desató una verdadera tormenta en Madrid, el cielo caía escoltado por un impresionante estallido de rayos y centellas, cuando al anochecer sonó su teléfono.

—¿Erendirani? —preguntó una voz.

Aquellos ojos negro azabache se abrieron al máximo y sus piernas flaquearon.

—¿Marco? —preguntó.

—Estoy en el Cortijo del Viento —aclaró él con voz muy seria.

Entonces se le oprimió el estómago, tembló y asustada ordenó:

—¡Quiero hablar con tu padre! ¡Quiero hablar con don Manolo!

Se presentó una pausa tan tensa que vibró el silencio. Marco respondió: —No es posible.

Erendirani, que había aprendido a interpretar la prudencia, le ordenó:

—¿Cómo que no es posible? ¡Pásamelo inmediatamente!

—Es imposible, Erendirani —susurró Marco.

Fue entonces que escuchó a lo lejos el aullido de coyotes, que le revelaban el funesto presentimiento, y fue entonces que se le derrumbó la vida.

—¡No puede ser! —exclamó, lanzando un grito aterrador— ¡No puede ser!... —con voz descompuesta, invadida en llanto— ¡Nooooo!— gritó...

Arrojó el teléfono y salió corriendo desesperada de su casa, sin llevar nada consigo. Conocía muy bien las vicisitudes de la muerte. Bajó la escalera en estampida, llorando a mares, y corrió enloquecida por la calle de Claudio Coello, sin detenerse un instante, ahogándose en la tormenta y en sus lágrimas. No paró, ni dejó de llorar, conster-nada y encolerizada con la vida, hasta llegar al Parque del Retiro.

El vendaval había arreciado y los relámpagos se multiplicaban y le confirmaban la tragedia. No dejaba de correr, exhausta y afligida, no cesaba de llorar y gritar en rebeldía. En aquella inusitada incle-

mencia, sus ojos no pudieron apreciar la pequeña valla que rodeaba la fuente en que tropezó y en cuya base principal se estrelló su cabeza, con un golpe brutal y estruendoso. Su cuerpo se desplomó desmayado con el rostro de Erendirani afortunadamente fuera de la propia fuente. Ahí permaneció inconsciente, sangrando y sin más compañía que la lluvia y un intenso silencio.

Después de gritar infructuosamente el nombre de Erendirani en diversas ocasiones, Marco colgó y llamó de inmediato a Lorenza, quien respondió alarmada al reconocer su voz desconsolada.

—¡Lorenza! —gritó—. Le acabo de dar la terrible noticia a Erendirani de la muerte repentina de mi padre y ella enloqueció, tiró el teléfono y salió corriendo en plena tormenta.

—¿Qué dices? —exclamó Lorenza, abatida—. ¿Don Manolo ha muerto?

—Sí, Lorenza, mi padre murió hace apenas unas horas.

Lorenza se desplomó y se desbordó en llanto compulsivo.

—¡Qué desgracia, qué maldita desgracia! —gritó—. ¿Lo sabe Erendirani?

—Te digo que se lo acabo de comunicar por teléfono —estalló en llanto—, y ella salió corriendo despavorida. Me preocupa mucho, fue un terrible impacto. Iré de inmediato a su casa. Creo que tú podrás llegar antes. ¿Tienes alguna idea de dónde pudo haber ido?

—Claro que no —balbuceó Lorenza, tratando de reponerse—. Salgo ahora mismo. El tiempo sigue terrible. No sé dónde puede estar. Te llamaré apenas llegue. ¡Qué terrible noticia! —añadió antes de colgar, y antes de salir agregó—: ¡Pinche muerte!, siempre llegas cuando no debes.

En el trayecto lloraba y renegaba, sintiéndose aullar ante lo inevitable como un perro bajo la luna, presintiendo la desaparición de Erendirani como un presagio de desgracia mayor. Vaya momento

aciago.

Llamó de inmediato a Maripili, Rodrigo y Pepe Luis, y quedaron en encontrarse en el departamento de Erendirani. Maripili estalló en llanto y escuchó sus propios sollozos en medio del aterrador silencio.

—¡Demonios! —gritó finalmente—. ¿Dónde podrá estar?

Ella solo sabía lo que sabía y se limitaba a invocar a sus dioses. La tormenta azotaba con fuerza y Marco avanzaba a la máxima velocidad posible. Se detuvo en la primera estación de gasolina y llamó a su hermano Gonzalo.

—Marco, voy hacia el Cortijo. Qué terrible, se nos ha ido el viejo, hermano. Me preocupa Erendirani.

—A mí me preocupa más. Enloqueció, tiró el teléfono y salió corriendo. No sabemos dónde está. Voy rumbo a su casa.

—¡Bien hecho! Búscala y encuéntrala, es lo que hubiera querido el viejo. Yo me encargo de todo en el Cortijo. Ten cuidado al conducir, la tormenta no cede; es peligroso.

—Te llamaré al llegar a su casa —indicó Marco y colgó.

Se enjugó las lágrimas con un pañuelo. Se sentía tremenda y profundamente golpeado por la muerte de su padre y muy preocupado por Erendirani, mucho más de lo que hubiera imaginado. Quería abrazarla y consolarla. Se percataba de qué tan importante era ella para él. Sus manos temblaban y hacía un gran esfuerzo por ver el camino entre la densa lluvia. Los limpiaparabrisas actuaban al máximo, pero ayudaban poco.

—Soy un imbécil egoísta —se acusó—. Debí entenderla en su momento. Solo pensé en mis sueños y en mí. La verdad es que la amo profundamente, es lo más importante de mi vida. Mi padre tenía razón, como siempre. Tengo que encontrarla, y encontrarla bien. Tengo pendiente hacerla feliz, me urge verla, estar con ella.

Antes de retomar el camino llamó a casa de Erendirani; le

respondió Lorenza, quien le informó que ella, junto con Maripili, Rodrigo, Artai y Pepe Luis, ya estaban en la casa, pero que Erendirani no estaba. La puerta estaba abierta, el teléfono en el piso y ella no se había llevado ni su bolsa, ni cartera, ni identificación. Los cinco salieron a buscarla en las calles aledañas.

Un trayecto que en condiciones normales tomaba tres horas y media lo recorrió, pese al temporal, en dos horas y cuarenta minutos. Derrapó al girar de Serrano a la calle Claudio Coello, dejó el auto delante de la casa y bajó atropelladamente. Subió de dos en dos las escaleras y se encontró con Lorenza, que esperaba una llamada. Se abrazaron. Los dos lloraban.

—Los demás la están buscando en cuatro direcciones, pero nada. Con este maldito tiempo todo está cañón —maldijo Lorenza—. Te prepararé un café.

—No, Lorenza —protestó Marco—. Yo también iré a buscarla. Estaremos en contacto. —Y descendió por las escaleras como si escapara de un incendio.

Buscaron toda la noche y nada, absolutamente nada. Decidieron distribuirse las visitas a los hospitales más cercanos, pero el esfuerzo resultó infructuoso.

Erendirani seguía inadvertida y desmayada en la fuente y todavía sangraba por la frente cuando la descubrió un niño de escasos catorce años, hijo de un trabajador indocumentado de origen rumano. Trató de incorporarla y confirmar que no había muerto. Parecía que aún respiraba, pero le resultó imposible sacarla de la fuente teñida de rojo por la sangre de Erendirani. Hizo un gran esfuerzo para asegurarse de que no se hundiría en la fuente. Le cruzó entre los brazos una rama que encontró tirada, la amarró al cuello con su cinturón con

el fin de que su rostro permaneciera fuera de la fuente y corrió precipitadamente en busca de ayuda.

Habían transcurrido ya veinte horas y no tenían noticia de Erendirani. Pepe Luis, apoyado con unos compañeros, estaba recorriendo todas las comisarías de Madrid, sin encontrar la menor pista. Marco estaba desesperado, no había probado ni agua. Su consternación era inmensa, su preocupación incontenible. El fuego de la rabia se iba apoderando de su capacidad de discernimiento.

—¡Foh, no puede ser!, ni una pista de mierda ¡joder! —protestaba indignado.

Consternados por el infortunio, se habían incorporado a la búsqueda todos los integrantes del personal de los tres restaurantes, que se cerraron «por causas de fuerza mayor». Así lo anunciaron. Corrían por Las Tres Delicias mil versiones contradictorias.

Dirigidos por Dragos, que así se llamaba aquel chiquillo que la encontró, llegaron corriendo y empujando una carretilla tres migrantes más. La levantaron con mucho cuidado, le pusieron una venda en la cabeza, la subieron a la carretilla, la cubrieron con una frazada y se la llevaron con prisa a la “*Clínica Nuestra*”, que era un pequeño dispensario que habían acondicionado para tratar emergencias médicas de los migrantes y de sus familias. Sabían que acudir a un hospital significaba que darían aviso inmediato a la policía y, con frecuencia, la última fase del tratamiento era la deportación. Un médico, legalmente establecido y del mismo origen, acudía dos veces a la semana, un poco en secreto, para atender las emergencias.

Depositaron con cuidado a Erendirani, que continuaba desvanecida, en una cama limpia de un cuarto pequeño. Era domingo, y uno de ellos fue a buscar al médico a su casa para narrarle lo acontecido. Erendirani no llevaba absolutamente nada consigo, así que no conocían de ella ni siquiera el nombre; ya no digamos el origen o el estado migratorio. Lo que parecía claro es que no era española. Su tez morena tan peculiar la delataba.

Maripili estaba trastornada y casi desesperada, nunca antes se había encontrado en un lance de tamaña envergadura. No sabía hacia dónde dirigirse ni a quién más llamar.

Al tercer día se había ya presentado una denuncia ante la policía local por «desaparición». Marco, con un rostro cada vez más consternado, estaba desesperado.

—¡Coño! ¡Joder! No puede habérsela tragado la tierra. ¿Qué clase de policía tenemos en este maldito gobierno? ¡Mierda!

La instrucción en el Cortijo era posponer el sepelio de don Manolo todo lo que fuera posible.

—Con seguridad es justamente lo que él habría querido —argumentaba Gonzalo.

No resultó posible seguir ocultando el acontecimiento a don Fidencio, si bien preocupaba a todos un segundo terrible golpe justo a los días de la pérdida devastadora de su primo Manolo. Al enterarse, sus ojos se dilataron de pronto con expresión de espanto y una súbita inquietud se le albergó en el alma. Se esforzaba por mostrarse tranquilo en apariencia, pero estaba aterrado por dentro. Una sensación de pánico lo embargaba. Le fue preciso hacer acopio de todas sus fuerzas. Nunca antes se le había visto tan titubeante y derrotado como en esa tarde.

—Él trata de mostrarse con entereza, pero está claro que en el fondo está bien agüitado, no es para menos —recalcó Lorenza, con un aplomo que tampoco sentía—. Han sido días jodidos —agregó. Sólo esperaba que su habitual suerte pusiese las cosas en su sitio, preocupada, sin embargo, de que lo inesperado suele ir seguido con frecuencia de lo lamentable.

Don Fidencio estaba verdaderamente destrozado e inquieto, sabía que los mexicanos desafían a la muerte, pero sí le temen. Si no tenían noticias de ella, algo grave debió haberle sucedido, por más imbatible que fuera. Su escepticismo le impedía hablar y se acrecentaba una angustia de la que intuía le costaría salir.

El médico Vasile Popescu la revisó y diagnosticó que padecía de una neumonía lobular, para lo cual extendió una receta urgente de antibióticos. Además, había sufrido una conmoción cerebral, con el terrible golpe que se dio en la cabeza. Esperaba que fuera del tipo leve. Ella no había vuelto en sí y, por lo tanto, tampoco habían podido preguntarle nada. La verdad es que el cuadro era preocupante. Inferieron que se trataba de otra migrante ilegal. Había que protegerla. Requería de una transfusión más o menos urgente, pues había perdido una cantidad considerable de sangre. El doctor le conectó una botella de suero con algunas sustancias para alimentarla y se llevó una muestra de su sangre para identificar el tipo y los posibles donadores. Por la tarde supieron que el tipo de sangre era AB negativo, el más escaso de todos, y que el único donante idóneo entre el grupo era precisamente Dragos, el joven de catorce años que la había salvado. La transfusión la hicieron justo el quinto día.

Maripili llamó a Pepe Luis y le preguntó alarmada:

—¿Y si regresó aquel infeliz? ¿Y si fue él el que la hizo desaparecer para lograr se venganza? Estoy aterrada, Pepe Luis.

—Cálmate, es muy poco probable, él sabe que su libertad de por vida está en juego. No es tan valiente para asumir semejante riesgo.

—¿Y si contrató a algún otro rufián para hacerlo por él?

—También estaría en riesgo, y tampoco creo que se atrevería, él sabe bien que a través de la Interpol podríamos detenerlo en cualquier país del mundo. Para tu tranquilidad, checaremos todos los vuelos procedentes de su estado y de Nueva York en los días procedentes y a cualquier individuo sospechoso lo investigaremos de inmediato.

Luis checó incluso todos los vuelos hacia México de esa semana, pero ni su nombre ni el de Richard figuró en ninguna lista de pasajeros. También inquirieron en las iglesias cercanas. Las 48 integrantes de *Las discípulas del profesor Lacalle* en tanto que las huestes de Las Tres Delicias con algunos familiares solidarios también la buscaban infructuosamente por toda la ciudad, mostrando una fotografía de Erendirani.

—Es muy extraño —compartió Lorenza, buscando un indicio que le permitiese comprender—. Ella ha sabido siempre cómo hacerle frente a la adversidad, jamás se ha escondido de su destino. Si no se ha reportado conmigo es que no puede.

Ignorando a los transeúntes que recorrían las aceras, Marco había caminado todo Madrid, con un infierno a cuestas, no sabía dónde más buscar. Ninguno sabía dónde más hacerlo.

Al atardecer del sexto día al caer ya la noche, transitaba Marco por los senderos del Parque del Retiro y hablaba de ella, con una obsesión indómita, intentando redimir su torpeza. La adoraba, lo

reconocía. Con una tristeza que cortaba el aire, continuaba su deambular angustioso y se torturaba repitiéndose: «Debí haberla comprendido. Debí entender su candor, se reprochaba su actitud, y simplemente quería dar una explicación racional y moderada a su temperamento desbordado y a su atrevimiento desmedido. Estaba feliz, pero se sentía sonrojada y un poco apenada por su comportamiento inesperado, por aquella explosión de sentimientos, que sospechaba hubiese traspasado las fronteras del erotismo y de la lujuria. Temerosa de que su comportamiento hubiese rebasado tal vez los límites de la entrega y se avecinaba al desenfreno, se estaba sólo mordiendo el rebozo, como una mujer mexicana, y el imbécil de mí, no lo comprendió». Los faroles brillaban débilmente ante el cielo nublado.

Sentía que el mundo se sumía en una tiniebla gris e impenetrable, mientras continuaba caminando desolado en dirección a ninguna parte, hasta que le acometió una rabia inconmensurable. Los pensamientos no acudían a su mente, estaban aprisionados tras un muro oscuro y tenebroso. El fuego del coraje se iba apoderando de su capacidad de discernimiento.

Maripili lo hizo participe de su preocupación sobre la posible venganza de Richard y, al escucharlo, Marco languideció y sintió que se precipitaba directamente en el abismo, y caminaba y caminaba, sin fijarse por dónde andaba y sin encontrar remedio de su desventura. Susurraban los ecos de la noche con un misterioso letargo. La esperanza se mantenía, aunque cada vez con menos vestigios. Aún más, la carencia absoluta de una suposición racional invitaba a especulaciones espeluznantes, y la vida lo observaba con una enigmática e imperturbable indiferencia.

Gonzalo, por su parte, resistía consternado la presión de las autoridades que interrogaban con insistencia acerca de la fecha del sepelio de don Manolo. Decidieron darse un día más, hasta el octavo

después de su partida. Seguramente su padre iba a entenderlo.

Llegó el momento esperado, Erendirani despertó, en extremo debilitada. Dragos, que se había quedado con la encomienda de cuidarla mientras los demás se habían ido al trabajo, se percató y se acercó a ella.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Ella lo miró entre brumas y sólo alcanzó a susurrar:

—Marco... —Antes de desvanecerse nuevamente.

—¿Marco qué...? —preguntó Dragos, pero fue inútil.

Una hora más tarde, Erendirani volvió a despertar por un instante fugaz. Dragos se aproximó de inmediato y le preguntó al oído: —¿Marco que...?

—Marco Rivera... —Alcanzó a murmurar antes de rendirse una vez más entre el delirio y el sueño.

Ya en la tarde-noche, cuando regresaron los demás, Dragos les puso al tanto de que había despertado, pero sólo había podido pronunciar un nombre: «Marco Rivera». Más de dos se miraron entre sí.

—Como Marco Rivera, el abogado que nos defiende —señaló uno de ellos—. ¿Tendrá algo que ver con él?

—Es difícil —respondió otro—, porque Marco Rivera vive en París.

—Pero él es español —agrego un tercero—, y tengo entendido que su familia vive en España.

—Pues no perdemos nada con preguntarle —afirmó Mihai Dumitresco y añadió—: Yo tengo en algún lugar sus datos. —Y abandonó el cuarto. Regresó diciendo—: Aquí está el número de su oficina. —Y procedió a marcarlo, preguntando por el abogado Marco Rivera.

Le respondió Fernanda, una chica de origen vasco, que era precisamente la secretaria de Marco, quien le informó de que no se encontraba en su oficina, que había viajado a Madrid.

—Pues justo de Madrid le llamamos —aclaró—. Por favor anote este número, cuando le llame ¿podría decirle que se comuniqué con Mihai Dumitresco? Puede informarle de que se trata de una mujer lastimada, que no sabemos quién es, pero tal parece que ella lo conoce a él. —Agradeció y colgó—. Pues, por este lado, no hay nada más, que esperar —sugirió a los demás.

Se sentaron alrededor de ella, esperando que volviera a despertar o que regresara el médico.

Capítulo 45.- *El sepelio y el regreso*

Sepultaron a don Manolo con profunda y sincera tristeza, agravada por la desaparición de Erendirani. Lo hicieron en la cúspide de una de las colinas del Cortijo del Viento, desde donde podría contemplar el horizonte, que era su amigo, y también divisar el Cortijo, que era su alcázar. El cortejo y la caminata de regreso fueron para todos una de las vivencias más amargas y sombrías de sus vidas. Cayetana y sus dos hermanas continuaban desconsoladas. Estuvieron todos los parientes y amigos, todos los que lo querían y admiraban, excepto Erendirani.

Fernanda, la secretaria de Marco, tuvo que salir y le pidió a una asistente, una joven francesa un poco atolondrada, que, si don Marco llamaba en su ausencia, le informara que había recibido una llamada de un tal Mihai Dumitresco, un migrante rumano.

—Aquí está su número telefónico. Infórmele que lo único que mencionó es que se trataba de una mujer lastimada, que ellos no conocían, pero que parecía ser que ella sí lo conocía a él.

Erendirani despertó por tercera ocasión pero no emitió palabra alguna; miraba el vacío con una debilidad manifiesta y una profunda melancolía. A ratos volteaba a mirar a Dragos y se le dibujaba una leve sonrisa, pero fue todo; aunque en esta última ocasión el espacio de conciencia fue más prolongado antes de volver a caer en un sueño profundo.

Durante la ausencia de Fernanda, Marco llamó a la oficina preguntando a la asistente si alguna mujer había llamado. Ella respondió

que no, que solo un migrante rumano había hecho una llamada. Marco le reiteró que por ahora no quería tratar asuntos de trabajo, a lo que ella respondió: «De acuerdo», y ambos colgaron.

El abogado y gran amigo de don Manolo insistió en hacerles entrega de su testamento. Con cierto desagrado y poco interés, aceptaron, conscientes de que difícilmente se reunirían de nuevo por algún tiempo. El resto de los acompañantes ya se había retirado. El abogado inició su alocución diciendo:

—Les agradezco que hayan aceptado. Sé que soy impertinente e inoportuno. Les dejaré una copia a cada uno, así que no los molestaré leyéndolo; solo quisiera informarles de que es muy probable que no estuvieran suficientemente enterados de cuál era la fortuna y los bienes de Manolo. Solo señalaré que dejó una cantidad para formar un fondo que garantiza una pensión vitalicia para Cayetana; que las cuatro grandes haciendas que había adquirido en Andalucía las hereda a sus dos hermanas, a su sobrina Maripili y a Lorenza Jiménez Ruiz; y que los valores, depósitos bancarios e inversiones financieras —lo que podría llamarse su fortuna en efectivo— se distribuirán en tres partes iguales a sus hijos Gonzalo y Marco, y a Erendirani Sánchez Pérez, entregándose a esta última la propiedad del Cortijo del Viento. Esto último, por supuesto, no fue sorpresa para nadie. Los libros de su biblioteca los dejaba a su querido primo Fidencio, quien debía hacer la promesa de leerlos todos antes de morir.

Marco dejó al notario proporcionando detalles e informando de procedimientos y salió a la terraza para llamar a Pepe Luis y confirmar que no había absolutamente nada nuevo. Su ánimo se desplomaba de nuevo.

—¿Llamó don Marco durante mi ausencia? —preguntó Fernanda a la asistente.

—Sí, quería saber si había recibido llamada de una mujer

preguntando por él.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no, que solo había llamado un migrante rumano.

—¿Le contaste lo que dijo el migrante?

—No, claro que no. Don Marco me insistió en que no quería tratar asuntos de la oficina.

—¡Eres una gilipollas! —susurró Fernanda.

—¿Una qué? —preguntó la asistente.

—Nada, olvídale —respondió Fernanda mientras marcaba el número de don Marco—.

—Don Marco, soy Fernanda. Sé que la asistente le informó sobre la llamada de un migrante rumano. Sé también que usted no quiere tratar asuntos de la oficina por ahora; sin embargo, pienso que debe estar enterado de que este señor, Mihai Dumitresco, señaló que se trataba de una mujer lastimada, que ellos no conocen, pero parece que ella sí lo conoce a usted.

Marco se levantó atropelladamente. Lo invadió una sensación de vértigo y preguntó con ansiedad:

—¿Dejó algún número?

—Sí —indicó Fernanda—, ya se lo doy.

Mientras Marco tomaba nota, le reconoció a su secretaria:

—Eres brillante, Fernanda. Te amo.

Y colgó. Ella se sentó y quedó sumergida en una sonrisa de placentera satisfacción, que la asistente no alcanzaba a comprender.

Marco marcó el número y escuchó una voz amable:

—Quiero hablar con Mihai Dumitresco —dijo.

—Soy yo —respondió la voz.

—Don Mihai, soy Marco Rivera. Me dejó un mensaje acerca de una mujer... ¿Cómo está ella?

—Ahora bastante mejor, pero aún no está completamente

bien. Hace unos diez días la encontramos desmayada sobre una fuente en el Parque del Retiro, con un fuerte golpe en la cabeza. La trajimos a nuestra pequeña clínica donde atendemos emergencias de migrantes rumanos. No traía ningún documento que permitiera identificarla, así que para no complicar su situación —si era otra migrante indocumentada— decidimos que nuestro doctor la atendiera. Apenas esta tarde recobró el conocimiento y lo único que pudo decir fue su nombre.

—Gracias, don Mihai, mil gracias. Por favor, tome nota del número al que puede llamarme o dejarme un mensaje, y dígame la dirección de la clínica. Estoy saliendo de Andújar y estimo llegar en poco más de dos horas.

Marco salió corriendo del Cortijo, sin dar explicaciones a nadie, subió a su auto y partió, rechinando las llantas. Estaba seguro de que se trataba de ella. Las lágrimas lo invadieron una vez más mientras conducía a máxima velocidad. Pensó que necesitaría otro par de limpiaparabrisas. Lo envolvía una extraña mezcla de júbilo y preocupación, desazón y regocijo.

Reflexionaba sobre lo inmenso de su amor por ella. Jamás imaginó que podría amar con tal ahínco, determinación y convicción.

—¡Resiste, mi amor! —suplicó en voz alta—. Todavía tengo que cumplir la misión de convertirme en la mujer más feliz del planeta.

Al acercarse a Madrid, pensó que era importante informar a Lorenza y Maripili, así que se detuvo y en una cabina las llamó para contarles:

—Creo haber encontrado a Erendirani. Diríjanse al número 560 de la Avenida de los Poblados, en el barrio de Vista Alegre, distrito de Carabanchel. Se trata de una pequeña clínica de atención médica para migrantes rumanos. Estaré ahí en treinta minutos.

Ambas partieron de inmediato acompañadas de Rodrigo y

Artai. Estaban inquietas, pero emocionadas. Lorenza lloraba poseída de una terrible impaciencia.

Marco llamó también a su tío Fidencio, quien recibió la noticia con un júbilo desbordante y prometió acudir enseguida. Con dificultad y lágrimas de felicidad anotaba la dirección de la clínica mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa incontenible. Le costaba trabajo disimular su regocijo.

Erendirani había despertado una vez más y, a medida que la amnesia desaparecía, iban surgiendo lágrimas y dolor en su alma.

Capítulo 46.- *El reencuentro*

Marco llegó finalmente a la pequeña clínica de los migrantes rumanos, llamada “Unitatea de Servicii Medicale”. Descendió de su auto con premura y, en la puerta de acceso, se encontró con Mihai Dumitresco, aquel hombre interesante y tranquilo con quien había conversado por teléfono.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Sígueme —indicó don Mihai mientras avanzaba—. Ya comenzó a hablar y a comer, parece que las cosas van mejor.

Llegaron a una pequeña habitación donde el joven Dragos le daba con cucharadas de caldo tibio, rodeada de cuatro rumanos esperanzados que sonreían satisfechos. Marco entró con pasos titubeantes y se acercó cautelosamente. Allí estaba ella, con su radiante palidez y su mirada encantadora, desbordando melancolía. Erendirani lo miró emocionada, como si su imagen formara parte de un espejismo; sus ojos tristes recobraron el brillo y su rostro demacrado dibujó una dulce sonrisa. Ella sintió las gaviotas de su alma volando inquietas y un hálito de belleza iluminó su rostro; para él fue como si surgiera el arcoíris después de una gran tormenta.

Erendirani tardó unos segundos en recuperar el pulso. Sintió que resurgía un tenue aroma de esperanza. Marco se lanzó hacia ella y la estrechó en un abrazo delicado que detuvo el tiempo. Fue como un bálsamo para ella. Le acarició la mejilla con discreta ternura y extrema cautela.

—Mi amor —le susurró al oído—, te amo, te adoro.

Ella hizo un esfuerzo por hablar, pero su debilidad aún era patente. Su ánimo se dulcificó al instante. El tono de las palabras de Marco fue un sedante para ella. Con lágrimas desbordadas, se dijeron

en un beso sutil todo lo que habían reprimido durante meses. Todos, en especial Dragos, contemplaban aquella escena exaltante profundamente conmovidos y sin expresar sonido alguno que pudiera romper el encantamiento.

El segundo en acceder a la habitación fue don Fidencio, que fingía una gran fortaleza. Se acercó muy despacio, con pasos temblorosos, le tomó la mano y solo exclamó:

—¡Gracias a Dios! —con una sonrisa serena que lo decía todo. Se sentía salir de aquel torbellino; su sangre entumecida comenzaba a circular ardiente.

En ese momento llegaron Lorenza, Rodrigo, Maripili y Artai, con gran sonrisa y alegría incontenible.

—¡Comadre! —gritó Lorenza—. Nos vas a matar, condenada. ¿Qué andabas de parranda o qué? —Y la abrazó con especial cuidado y sin dejar de llorar.

—Mi hermana —dijo suavemente Maripili al abrazarla—, ¿dónde te habías escondido?

—¡E que fui caprichosa! —respondió Erendirani sonriendo.

Don Fidencio y Maripili se rieron como no lo hacían en días.

—Tienes buen aspecto —mintió Rodrigo.

Artai se limitó a tomarla de la mano, expresando todo su sentir con la sonrisa.

El doctor Vasile Propescu, que observaba apacible el acontecimiento, les advirtió:

—Sin dudas este reencuentro ha sido maravilloso, pero me temo que han sido demasiadas emociones. Les sugiero que la dejemos descansar unas horas. Mientras tanto, les explicaré cómo ha evolucionado su salud y decidiremos qué sigue.

Todos asintieron y, despidiéndose con una mirada afable, lo siguieron a la habitación contigua, mientras Erendirani permanecía

hechizada, tomada de la mano de Dragos, que sonreía.

Vasile Propescu procedió a relatar con detalle lo acontecido desde que Dragos la encontró, aquella noche de terrible tormenta, desmayada en una fuente del Parque del Retiro. Explicó que, al no poder identificar su nombre, origen ni estatus migratorio, decidieron no poner en riesgo su estancia en el país y tratarla en la clínica. El diagnóstico conmovió a los cinco: «Neumonía lobular y conmoción cerebral», a lo que más tarde se agregó una anemia casi inevitable.

—Creo que, si ustedes lo deciden, podría ser trasladada a un hospital de confianza. Recomendando, en todo caso, que sea en ambulancia.

—Creo que debemos comentarlo con ella —sugirió Marco.

—Yo también —agregó Lorenza—. Pienso que será la única manera.

—Esperaremos, pues —aceptó Marco—. Usted y yo, don Mihai Dumitresco, ya nos conocíamos en la Corte, ¿verdad?

—Así es —respondió don Mihai—. No creí que se acordara. Dudamos en un principio, pues usted radica en París, ¿cierto?

—Radicaba, don Mihai. De ahora en adelante me haré cargo de las oficinas en Madrid de nuestra organización. Estoy por iniciar el traslado, ahora con más razón.

—Pues qué bueno también para nosotros —apuntó uno de los migrantes rumanos del grupo.

—Y para todos los migrantes en España debo decir —añadió otro.

En ese momento Dragos entró en la habitación diciendo:

—Se ha quedado dormida, su semblante es otro y comió muy bien. Creo que quiere recuperarse pronto.

Tres horas más tarde, Erendirani despertó y quiso hablar con Marco. Lo recibió con una gran sonrisa. Él estaba embelesado y se

sentía contento como hacía mucho que no se había sentido. Se sumaron el doctor Vasile Propescu y don Mihai Dumitresco, además de Lorenza, Maripili, Rodrigo y Artai. Dragos no se despegaba de ella ni un instante.

—El doctor nos dice que podríamos trasladarte a un hospital —afirmó Marco—, siempre y cuando lo hagamos en ambulancia. ¿Qué te parece?

—Si es posible —respondió ella—, pero preferiría quedarme aquí hasta poder caminar sola. Me portaré muy bien y comeré mejor. Lorenza y Artai me traerán ocasionalmente algunas de sus delicias. Toda la gente aquí es muy linda y al doctor Vasile le tengo gran confianza.

—Por supuesto que es posible —afirmó Marco—, y creo que sí lo es, ¿verdad, don Mihai y doctor Vasile?

—Por supuesto —respondieron ambos al unísono.

—Será un gran placer —agregó don Mihai Dumitresco.

—¡Claro! —añadió Dragos

—Ya verás los platillos que te vamos a traer —pronosticó Lorenza—. Seguro que se sumará Raffaele, y traeremos suficiente para que puedas convidar a tus amigos. Te vamos a poner gorda, te lo aseguro —agregó.

Y así fue. Marco casi no se movió de la clínica, le llevó una pantalla y un videograbador para ver juntos películas mexicanas de la gran época cada noche, que él disfrutaba más que la propia Eren-dirani. Tuvieron que limitar las visitas de amigos a cinco minutos. Las integrantes de las Discípulas del Maestro Lacalle, el personal y familiares de Las Tres Delicias, también tenían que reservar su acceso conforme a la programación bajo el estricto control de Dragos. Los platillos especiales y manjares prometidos estuvieron presentes día a día, para regocijo de todos.

Una noche, Erendirani conversó con Dragos y le preguntó si tenía pensado continuar sus estudios, a lo que él respondió:

—Me encantaría, pero sé que asistir a la universidad está fuera de nuestro alcance. Mis padres trabajan duro para que mi hermana y yo vivamos mejor que ellos.

—Si te hubiera sido posible —preguntó ella—, ¿qué te habría gustado estudiar?

—Ah... pues, si pudiera, también estudiaría para abogado, como don Marco, y me dedicaría a defender a los trabajadores, sobre todo a los migrantes.

—Mira, Dragos, tú y yo vamos a hacer un pacto. El restaurante donde trabajo te concederá una beca para que puedas continuar tus estudios y caminar hacia la universidad, pero debes comprometerte a estudiar mucho y a leer mucho. Si fallas, se acabó la beca. ¿Estamos de acuerdo?

—¿De veras, Erendirani? Eso sería como un cuento. Mis padres estarán muy orgullosos de mí. Te lo agradeceré toda la vida.

—No olvides que tú y yo ya somos hermanos de sangre —le destacó—. Y tu hermana, ¿qué quería estudiar?

—¿Ruxandra? Ella sueña con ser enfermera.

—Pues llámala, que también haremos un pacto con ella.

A partir de esa noche, Ruxandra se convirtió en la niña rumana más feliz de todo Madrid. «Y no te voy a fallar nunca, Erendirani», fue el sello de su compromiso. A partir de ese instante, sintiéndose ya enfermera, se sumó al cuidado extremo de Eendirani

Justo dos semanas después, Erendirani volvió a ver la luz del sol y a caminar por Madrid. La despedida fue muy emotiva, llena de abrazos. Don Mihai Dumitresco, el doctor Vasile Propescu, los padres de Dragos y Ruxandra, y otros cuatro migrantes rumanos que acompañaron su convalecencia la abrazaron y le prometieron que

visitarían uno de los restaurantes de Las Tres Delicias al menos una vez al mes. Uno de ellos confesó que habían difundido por varios días en el Parque del Retiro que aquella fuente, donde la encontraron, se llamaba “La fuente de Erendirani”, que ya muchos la nombraban así en su honor, y que no descansarían hasta que toda Madrid la conociera por ese nombre.

Capítulo 47.- *¿Te avientas?*

Erendirani se sintió dichosa al entrar de nuevo a su casa, pero sobre todo de hacerlo de la mano de Marco, quien le juró que no volvería a perderla nunca más. Desde aquella noche mágica en París, Erendirani no había dejado de amarlo como una loca, ni siquiera un instante. Marco, por su parte, dedicó los tres primeros días en casa a explicarle con el mayor detalle lo que ella significaba en su vida y a describirle con precisión lo que su corazón manifestaba cada vez que pensaba en ella. Erendirani sonreía complacida, y sonrió aún más al recordar aquella tarde en que su hija Luisa le dijo: «Los españolitos no están nada mal».

El personal de Las Tres Delicias insistió en organizarle un evento especial en cada uno de los restaurantes para festejar su regreso. En verdad la querían, y todos sintieron que su nave volvía a surcar los mares, bajo la mano firme de su gran capitán, convencidos de que nunca más navegarían a la deriva.

—Quiero visitar el Cortijo del Viento —le pidió una tarde a Marco, quien, bajo el pretexto de cuidarla, se había instalado en su casa, si bien ya buscaban con discreción su nuevo hogar en Madrid y la fecha en que compartirían la decisión que habían tomado de unir sus vidas para siempre.

—Iremos mañana sábado —respondió Marco, ya erradicado para siempre de aquel carácter taciturno.

—Me urge hablar con él —aclaró ella casi susurrando.

Llegaron justo al mediodía al Cortijo del Viento, que ahora se

mostraba demasiado grande y vacío para ocultar su profunda tristeza. La recibió Cayetana con un efusivo abrazo.

—Se nos fue, Erendirani, se nos fue —le susurró, desbordada en lágrimas—. No logro hacerme a la idea, no puedo.

—¡Coraje! —respondió Erendirani—. Eso es lo que tú y yo vamos a necesitar. Mucho coraje. Debemos pensar en lo que él hubiese querido y hacer precisamente eso.

Marco y Erendirani subieron en corcel por la colina con un ramo de tulipanes en la mano. Iban cabalgando muy serios, con una mirada cargada de melancolía y nostalgia, y al llegar a la tumba de su gran amigo descendieron.

—Déjame unos minutos sola con él —le pidió Marco—. Tengo que contarle algunos secretos.

Él sonrió y con un gesto la invitó a avanzar.

Se acercó lentamente y habló con él; y como se trataba de secretos, los guardaron en silencio. Solo diremos que Erendirani se secó las lágrimas con el pañuelo en más de una ocasión y que en algún momento parecía reprenderlo con severidad.

En última instancia era el amigo cómplice que jamás tuvo, que supo entenderla en todo momento y matizarle la vida con sabiduría, desplantes y alegría.

Ella sabía bien que nunca volvería a disfrutar aquella atmósfera seductora y mágica que envolvía sus relatos.

Tras unos minutos, Marco se acercó despacio para depositar las flores con ella sobre el sepulcro. Se tomaron de la mano y se quedaron un buen rato contemplando en silencio el horizonte.

Finalmente, Marco sentenció:

—Te adoraba, Erendirani, te adoraba profundamente.

—Me adora —respondió ella—, me adora. Mis antepasados, los mexicas, consideraban que uno muere de verdad cuando es

olvidado. Él no morirá nunca porque yo lo recordaré siempre.

Regresaron al Cortijo casi al galope, volteando a mirarse de vez en cuando, solo para intercambiar una dulce sonrisa o un guiño. Marco sintió de golpe una emoción profunda, llena de entusiasmo y optimismo, al escuchar a Erendirani decir, nuevamente de pie y dispuesta a luchar:

—Cayetana, he estado pensando que el Cortijo del Viento lo convertiremos en uno de esos grandes albergues llamados paradores; será como un oasis en la llanura, cuyo principal atractivo será un extraordinario restaurante de cocina andaluza llamado “Las Delicias de don Manolo”, donde ofreceremos, como legado, sus platillos favoritos. ¿Qué te parece? ¿Nos aventamos?

.....

Epílogo

No sé si alguna vez lo leí o solo lo pensé: cuando los escritores creamos un personaje con verdadero carácter y convicción como protagonista, ese personaje influye y llega un momento en que nos desplaza y se apodera de la historia, convirtiéndonos en simples escritores.

Erendirani me dijo muy seria que no sería capaz de resistir un golpe semejante con su mejor amigo y maestro, don Fidencio, así que, aunque eso implica perderse las vicisitudes de su memorable idilio, la elegante boda de Maripili y la apoteótica suya propia —además de la interesantísima creación del Parador del Cortijo del Viento—, los que dejamos a la imaginación del lector— me instruyó a recurrir a la única manera posible de hacerlo inmortal: *concluir esta novela*. Por tanto, acato esas indicaciones y doy por terminada la historia de un par de mujeres mexicano-españolas que, en un momento —siempre oportuno— de sus vidas, decidieron confiar en sí mismas, atreverse a tomar las riendas de su destino y hacerse cargo de que las cosas relevantes sucedieran.



mariolopezespinoza@yahoo.com.mx

@MLEspinoza

525516337094